

ATA
ATA



CENTRO NACIONAL DE LECTURA

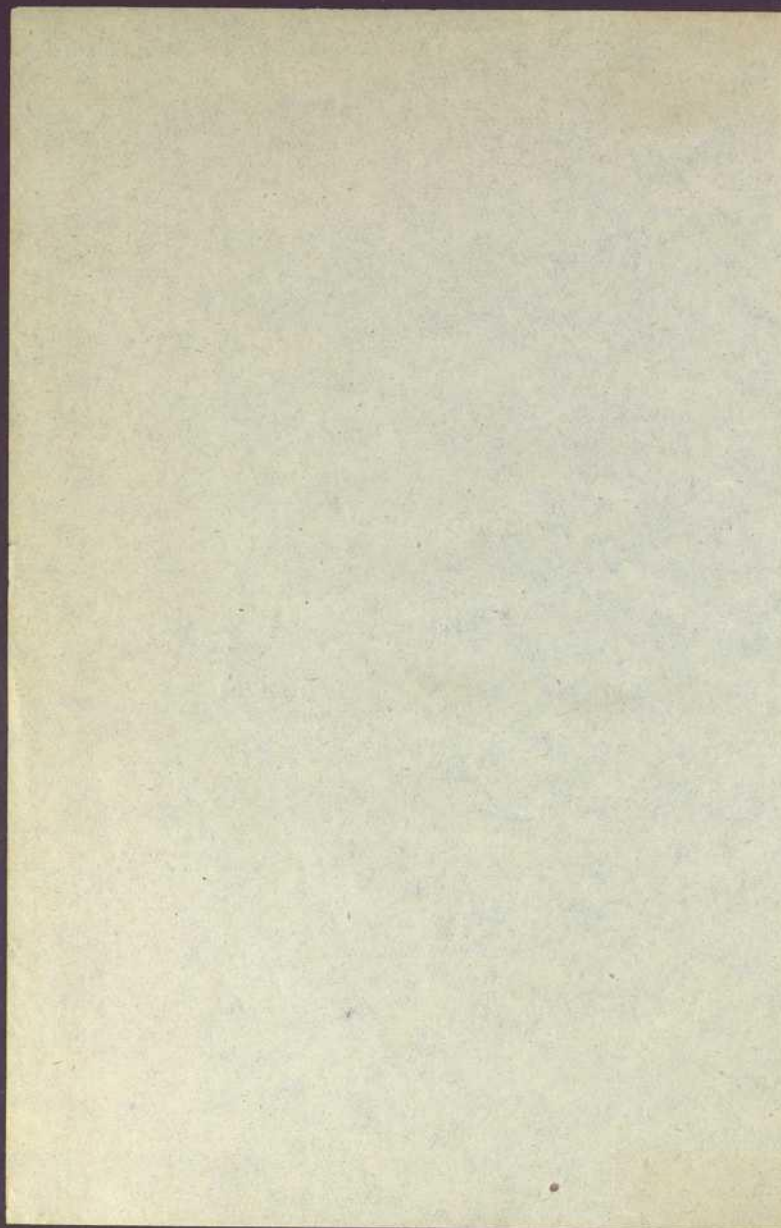
BIBLIOTECA

Sala

Estante B-7

Signatura 618





F.A. 4518

BARONESA DE OBCZY
LA PIMPINELA ESCARLATA

LA PIMPINELA
ESCARLATA



1874
EDITORIAL PUERTO, S. L.
ARSENAL, P.
SAN JUAN

LA PIMPINEA ESCARBATA



• 21

Señorina FA 4518

BARONESA DE ORCZY

Barstov

LA PIMPINELA ESCARLATA

VERSION CASTELLANA DE
RICARDO G. LLANOS



~~R-9302~~
n R-1674

EDITORIAL PUEYO, S. L.

ARENAL, 6

MADRID

BARONESA DE ORCZY

LA PIMPINELA
ESCARLATA

VERSION CASTELLANA DE
RICARDO G. LLANOS



EDITORIAL PUYO, S. A.

Imp. Viuda de Calo Sáez, Mesón de Paños, 6. Madrid.



LA
PIMPINELA ESCARLATA

PARÍS: SEPTIEMBRE DE 1792.

EN la barricada occidental, y poco antes de ponerse el sol, en el mismo lugar en que diez años después un déspota soberbio y tirano erigió, a la gloria de la nación y a su propia vanidad, un monumento imperecedero, se agitaba una alborotada turba de seres que no tenían de humano más que el nombre, pues, al verlos y oírlos, dejaban la impresión de fieras salvajes, animadas por viles pasiones y por una sed de venganza y de odio.

Durante gran parte del día había estado la guillotina dedicada a su lúgubre tarea; todo aquello de que Francia se había vanagloriado en siglos pasados—nombres linajudos, sangre azul—, pagaba ahora el tributo impuesto por su ardiente deseo de libertad y de fraternidad. Unicamente a tan avanzada hora de la tarde cesaban las carnicerías sangrientas, porque momentos antes de anoecer, y de cerrarse definitivamente las barricadas para la noche, solían presenciarse en ellas

espectáculos del mayor interés para el populacho, que, abandonando precipitadamente la plaza de la Grève, acudía, presuroso, a agolparse en las distintas barricadas para gozar del interesante y divertido espectáculo que le ofrecía a diario aquel enjambre de imbéciles aristócratas.

Todos ellos eran, naturalmente, traidores al pueblo, hombres, mujeres y niños, descendientes, acaso, de aquellos hombres ilustres que, desde la época de las Cruzadas, habían sido el orgullo y la gloria de Francia: su rancia nobleza. Sus antepasados oprimieron al pueblo, lo tuvieron aplastado bajo los rojos tacones de sus elegantes zapatos guarnecidos de hebillas, y hoy el pueblo trocábase en gobernante de Francia y aplastaba a sus antiguos amos, no bajo sus tacones—pues en aquella época andaban descalzos las más de las veces—, sino bajo un peso más vigoroso: la cuchilla de la guillotina.

Y todos los días y a todas horas, el horrendo instrumento de tortura reclamaba sus numerosas víctimas—ancianos, adolescentes, débiles criaturitas—hasta que llegara el momento de pedir aun la cabeza de un rey y la de una joven y hermosa reina.

Pero así tenía que suceder. ¿No era, acaso, el pueblo el que hoy regía los destinos de Francia? Todo aristócrata era traidor, como lo fueron sus antepasados; durante doscientos años el pueblo trabajó, ruda y afanosamente, muriéndose de hambre, para costear, con su sudor, los pródigos derroches de una corte de refinamiento y lujo; hoy, los descendientes de aquellos que habían contribuído al esplendor de aquellas cortes se

veían precisados a ocultarse, a huir, si querían sustraerse a la tardía venganza del populacho.

Y lo más chistoso del caso eran los medios que ponían en práctica para ocultarse o huir. Por las tardes, antes de cerrarse las puertas, y cuando los carros del mercado desfilaban, en procesión, por las distintas barricadas, no faltaba algún aristócrata necio que tratase de salvarse de las garras del Tribunal Revolucionario. Con varios disfraces, con diferentes pretextos, procuraban deslizarse por las barreras, que se hallaban cuidadosamente defendidas por soldados ciudadanos de la República. Hombres vestidos de mujer, mujeres en traje de hombre; chiquillos disfrazados con harapos de mendigo; los había de todas las clases sociales: nobles de alta alcurnia, condes, marqueses y hasta duques, anhelaban huir de Francia y refugiarse en Inglaterra o en cualquier otro país, igualmente abominable, para tratar desde allí de enconar los ánimos extranjeros contra la gloriosa revolución, o para alistar un ejército para liberrar a aquellos desventurados prisioneros del Temple, que se llamaron una vez soberanos de Francia.

Pero casi siempre caían prisioneros en las barricadas. El sargento Bibot, que vigilaba la Puerta Occidental, en particular, tenía un olfato prodigioso para husmear a un aristócrata, por perfecto que fuera su disfraz. Y entonces comenzaba la burla. Bibot solía contemplar su presa con la misma satisfacción que el gato contempla al ratón; jugaba con ella, a veces durante un cuarto de hora, y fingía dejarse engañar por el disfraz, las pelucas y demás prendas que ocultaban la identidad de algún noble de elevada jerarquía; marqués o conde,

Bibot era un hombre de gran agudeza, y merecía la pena hallarse cerca de aquella barricada occidental sólo por presenciar cómo detenía a un aristócrata en el momento mismo de tratar de escapar de la venganza del pueblo.

En varias ocasiones dejaba Bibot que su presa traspusiera los umbrales de las puertas y se creyera, durante unos momentos por lo menos, que había logrado escapar de París y que hasta conseguiría llegar a salvo a las costas de Inglaterra; pero una vez que el infeliz había andado diez metros a campo raso, mandaba dos hombres para que le prendiesen y lo trajesen ante él despojado de su disfraz.

Estas escenas resultaban sumamente graciosas, porque con alguna frecuencia el fugitivo solía ser una mujer, alguna altiva marquesa, que ponía cara compungida al ver que, a la postre, había caído en las garras de Bibot y saber que al día siguiente la esperaba un juicio sumarísimo que la condenaría al amoroso abrazo de "Doña Guillotina".

No era extraño, pues, que en aquella hermosa tarde de septiembre estuviesen tan ávidamente excitados los ánimos de la muchedumbre que rodeaba la puerta de Bibot. La sed de sangre aumentaba con su satisfacción, no llega nunca a la saciedad; la turba, que había visto ese día caer un centenar de cabezas de nobles bajo la cuchilla de la guillotina, quería asegurarse de que vería caer otras cien al día siguiente.

Bibot se hallaba sentado sobre un tonel vacío y volcado junto a la puerta de la barricada; a sus órdenes tenía un pequeño destacamento de soldados ciudadanos. La faena había sido ruda

últimamente. Los detestables aristócratas, sobrecogidos de terror, hacían esfuerzos inauditos para huir de París: hombres, mujeres y niños cuyos antepasados, aun en épocas remotas, sirvieron a los traidores Borbones, eran asimismo traidores y una buena presa para la guillotina. A diario se proporcionaba Bibot la inmensa satisfacción de desenmascarar a unos cuantos fugitivos realistas y de enviarlos a ser juzgados por el Tribunal Revolucionario y por el acusador público, el ciudadano Fouquier-Tinville, aquel buen patriota.

Tanto Robespierre como Dantón elogiaban el celo de Bibot, y éste se vanagloriaba de que por su iniciativa habían perecido en la guillotina lo menos cincuenta aristócratas.

Y hoy, todos los sargentos que vigilaban las distintas barricadas habían recibido órdenes especiales. Durante los últimos días, un crecidísimo número de aristócratas había logrado escapar de Francia y refugiarse en Inglaterra. Circulaban curiosos rumores acerca de aquellas huídas, por hacerse demasiado frecuentes y llevarse a cabo con singularísima audacia; los ánimos empezaban a excitarse de manera extraordinaria. El sargento GrosPierre fué guillotinado por haber dejado escapar por la Puerta del Norte y ante sus mismas barbas a toda una familia de aristócratas.

Se aseguraba que estas fugas las organizaba una partida de ingleses cuya audacia parecía no tener igual, y que por el solo deseo de mezclarse en lo que no les importaba, dedicaban sus ratos de ocio a arrebatar a "Doña Guillotina" sus legítimas víctimas. Estos rumores tomaron pronto incremento; no cabía duda que existía aquella partida

de ingleses intrusos, y, para más detalles, parecían estar a las órdenes de un jefe de una audacia y arrojo extraordinarios. Circulaban las más inverosímiles leyendas acerca de la manera en que él y los aristócratas que ponía en salvo se hacían invisibles al llegar a las barricadas, y franqueaban las puertas de modo sobrenatural.

Claro que nadie había visto a aquellos ingleses misteriosos, y de su jefe nadie hablaba sin un estremecimiento de superstición. El ciudadano Fouquier-Tinville solía recibir misteriosamente un pedacito de papel durante el transcurso del día; unas veces se lo encontraba en un bolsillo del gabán, y otras se lo alargaba alguien al atravesar el gentío para ir a presidir alguna sesión del Tribunal Revolucionario. El papelito anunciaba, indistintamente, con laconismo, que la partida de entremetidos ingleses continuaba su tarea, y, a guisa de firma, ostentaba siempre un signo en rojo —una florecilla en forma de estrella— que en Inglaterra se llama “pimpinela escarlata”. Y a las pocas horas de recibir tan insolente aviso llegaba a oídos de los ciudadanos del Tribunal Revolucionario que un gran número de aristócratas realistas habían logrado ganar la costa y navegaban en salvo con rumbo a Inglaterra.

Reforzaronse las guardias de las puertas; amenazóse con la muerte a los sargentos que las custodiaban, y ofreciéronse generosas recompensas por la captura y detención de aquellos insolentes y atrevidos ingleses. Se ofreció una recompensa de 5.000 francos al hombre que lograra “echarle la mano encima” al misterioso y alusivo “Pimpinela Escarlata”;

Todo el mundo pensó en Bibot, y éste dejó que tal creencia echara raíces en la calenturienta imaginación de todos; de ahí que un día tras otro acudiera la gente a atisbar a Bibot a la Puerta Occidental, con el deseo de presenciar el momento en que "echase el guante" a algún fugitivo aristócrata, acompañado quizá por el misterioso inglés.

—¡Bah!—decía Bibot al cabo, que era su hombre de confianza—. ¡El ciudadano GrosPierre fué un mentecato! ¡Si hubiese estado yo en la Puerta del Norte la semana pasada...!—y escupió en señal de desprecio por la estupidez de su compañero.

—¿Qué ocurrió, ciudadano? — preguntó el cabo.

—GrosPierre se hallaba vigilando la puerta —comenzó Bibot pomposamente, al paso que la muchedumbre se apiñaba, ávida de escuchar la narración—. Todos hemos oído hablar de ese condenado inglés, de ese detestable "Pimpinela Escarlata". Y, ¡voto al chápiro!, que por mi puerta no habría de pasar como no fuera el mismísimo demonio. Pero GrosPierre fué un imbécil. Por las puertas salían las carretas del mercado; una de ellas iba cargada de toneles y guiada por un anciano que llevaba a un muchacho a su lado. GrosPierre estaba aquella tarde borracho; pero, como se tenía por muy listo, examinó los toneles, por lo menos la mayor parte de ellos, y al ver que iban vacíos, dejó salir la carreta.

Un murmullo de rabia agitó el grupo de infelices harapientos que rodeaban al ciudadano Bibot.

—Media hora después—prosiguió el sargento— se presentó un capitán de la Guardia con doce

soldados: “¿Ha pasado por aquí alguna carreta?”, preguntó, anhelante, a GrosPierre. “¡Sí —contestó éste—; no hace media hora!” “¿Y has dejado que se escapen?, gritó el capitán, furioso—. ¡Pagarás con tu vida, en la guillotina, ciudadano sargento! ¡Ocultos en ese carro iban el linajudo duque de Chalis y toda su familia!” “¿Cómo? ¿Qué decís?”, gritó, estupefacto, GrosPierre, con voz de trueno. “¡Lo que oyes! Y el que guiaba no era otro que el execrable inglés “Pimpinela Escarlata”.

Un rugido de maldición acogió este relato. El ciudadano GrosPierre pagó con la vida su torpeza.

Reía Bibot de tan buena gana, que tardó algún tiempo en reanudar su narración:

—“¡A ellos, muchachos!—gritó el capitán—. ¡Acordaos de la recompensa; corramos, que no pueden haberse alejado mucho!”—continuó Bibot, al fin—. Y uniendo la acción a la palabra franqueó de un salto la puerta, seguido de sus doce soldados.

—¿Llegarían tarde?—aulló, convulsa, la muchedumbre.

—¿No lograron alcanzarlos?

—¡Maldito sea GrosPierre, por su necesidad!

—¡Bien empleada le estuvo la muerte!

—¡Mira que no registrar con cuidado aquellos toneles!

Pero estas salidas divertían extraordinariamente al ciudadano Bibot, que reía a carcajadas hasta saltársele las lágrimas y dolerle los costados de tanto reír.

—¡Pues, no, señor!—dijo, por fin—. Los

aristócratas no iban dentro del carro ni el que guiaba era "Pimpinela Escarlata".

—¿Qué dices?
—¡No! ¡El capitán de la Guardia era aquel endemoniado inglés, y cada uno de sus soldados, un aristócrata!

La muchedumbre enmudeció; la narración tenía algo de sobrenatural, y aunque la República abolió el nombre de Dios, no había logrado borrar por completo en el ánimo del pueblo el temor a lo sobrehumano. ¡Aquél inglés debía de ser, en efecto, el mismo demonio!

El sol descendía majestuosamente hacia Poniente. Bibot se preparaba a cerrar las puertas.

—¡Adelante con los carros!—dijo.

Alineadas habría, aproximadamente, una docena de carretas con toldo, listas a salir de la ciudad, en busca de las provisiones a la cercana campiña, para el mercado del día siguiente. La mayoría eran conocidísimas de Bibot, porque entraban y salían por su puerta dos veces al día. Conversó con algunos de los dueños—en su mayoría, mujeres—, y registró con cuidado el interior de las carretas.

—¡Quién sabe!—solía decirse—. Y a mí no me pescan como al imbécil de GrosPierre.

Las mujeres de los carros acostumbraban a pasarse el día en la plaza de la Grève, debajo del tablado de la guillotina, donde se entretenían en hacer calceta y murmurar, mientras presenciaban la llegada de los furgones que conducían a las víctimas que a diario reclamaba el reinado del terror. Se divertían viendo llegar a los aristócratas para asistir a las recepciones de "Doña Guillotina";

por lo que los puestos más cercanos al tablado eran solicitadísimos. Bibot, que durante el día había estado de guardia en la plaza de la Grève, reconoció a casi todas las viejas brujas, "las calceteras", como las llamaban, que allí se sentaban con su calceta, mientras caían una a una las cabezas bajo la cuchilla y quedaban todas salpicadas con la sangre de aquellos aborrecibles aristócratas.

—¡Eh, abuela!—dijo Bibot a una de aquellas horripilantes viejas—. ¿Qué llevas ahí?

La había visto durante el día con su calceta y con su látigo. Asida al puño de éste llevaba ahora una sarta de bucles de todos los colores, del dorado al plateado, del rubio al castaño, y los acariciaba con sus enormes y huesosos dedos, riéndose burlescamente de Bibot.

—Trabé amistad con el *amante* de "Doña Guillotina"—díjole la vieja con risa grosera—, y a medida que caían rodando las cabezas, les cortaba estos rizos para mí. Me ha prometido algunos más mañana, pero no sé si me hallaré en mi sitio de costumbre.

—¿Y por qué no, abuela?—preguntóle Bibot, que, aunque soldado viejo, no podía menos de estremecerse ante aquella horrible y repugnante figura de mujer que en el puño del látigo llevaba aquel macabro trofeo.

—Mi nieto tiene las viruelas—contestóle la vieja, señalando temblonamente con su dedo pulgar hacia el interior de la carreta—. Hay quien dice que es la peste, y, si lo es, no me dejarán entrar mañana en París.

Bibot, que al oír lo de las viruelas había retrocedido con presteza, al escuchar ahora que la vieja

hablaba de la peste con una naturalidad asombrosa, echóse rápidamente hacia atrás.

—¡Maldita seas!—exclamó, gruñendo, mientras la gente toda se apartaba apresuradamente de la carreta y la dejaba completamente a solas en medio del lugar.

—¡Maldito tú, ciudadano, por cobarde!—dijo la vieja, soltando una ruidosa carcajada—. ¡Vaya un hombre, que les tiene miedo a las enfermedades!

—¡Voto al chápiro! ¡La peste!

Todos quedaron horrorizados y silenciosos ante aquella horrible enfermedad, lo único que aún podía despertar terror y repugnancia en aquellas salvajes y embrutecidas criaturas.

—¡Lárgate ya de aquí con tu pestilente crío!—gritó Bibot con voz ronca. Y la vieja, con una sonrisita burlona, seguida de un chiste soez, fustigó a su enflaquecido jaco y pasó desdeñosamente la puerta con su carreta.

Aquel incidente echó a perder la tarde. La gente estaba horrorizada ante aquellas dos terribles maldiciones, aquellas dos incurrables enfermedades, precursoras de una muerte atroz y en el mayor abandono. Vagó durante un rato por las barricadas, silenciosa, taciturna, mirando a todos lados con recelo, evadiendo como por instinto el contacto con los demás y temiendo que la peste estuviese ya en acecho de su presa.

Momentos después presentóse repentinamente un capitán de la Guardia, igual que habíale ocurrido a GrosPierre. Pero Bibot le conocía, y no había temor de que esta vez fuese algún granuja inglés disfrazado.

—¡Un carro!...—gritó, casi sin aliento, antes de llegar a la puerta.

—¿Qué carro?—preguntóle Bibot con aspreza.

—Uno guiado por una horrible vieja; una carreta con toldo.

—Una docena de ellas habría.

—¿Una condenada vieja que decía tener a su nieto atacado de la peste?

—¡Sí!

—¿No habréis permitido que salga?

—¡Voto al chápiro!—exclamó Bibot, cuyas amoratadas mejillas tornáronse repentinamente lividas por el espanto.

—Dentro de la carreta iban la encopetada condesa de Tournay y sus dos hijos, todos ellos traidores y condenados a muerte.

—¿Y la vieja?—preguntó Bibot entre dientes, mientras un escalofrío de superstición y temor recorría su espalda.

—¡Rayos y centellas!—replicó el capitán—. Se teme que sea ese maldito inglés en persona, ese endemoniado "Pimpinela Escarlata".



II

DOVER: "EL REPOSO DEL PESCADOR"

HALLÁBASE Sarita en la cocina, sumamente atareada; en el gigantesco fogón veíase una fila de cacerolas y sartenes, y en un rincón, una enorme marmita llena de sopa; un asador que giraba con pausada lentitud presentaba alternativamente al calor de la lumbre todos los lados de un magnífico solomillo de vaca. Las dos jovencueltas maritornes, que no cesaban de ir y venir de un lado a otro, ansiosas de prestar su ayuda, se hallaban sofocadas y anhelantes; habíanse arremangado sus manguitas de percal hasta más arriba de los hombros de sus codos, y ahogaban la risa que les retozaba en el cuerpo diciéndose chistes la una a la otra cada vez que la señorita Sara se volvía de espaldas. Y la vieja Jemina, de carácter gruñón y de un corpachón voluminoso, refunfuñaba quedadamente sin cesar mientras removía metódicamente la sopa en la marmita.

—Oye, Sarita—llamó una voz, jovial por lo menos, ya que no armoniosa, desde el contiguo salón.

—¡Válgame el Señor!—exclamó Sarita, riendo de buena gana—. ¿Qué querrán ahora?

—La cerveza, seguramente. ¿Qué han de querer?—gruñó Jemina—. ¿Creías que a Diego Pitkin le bastaría un solo jarro?

—Y el señor Harry también traía cara de tener sed—dijo Marta, una de las jovencillas maritornes, con cándida sonrisa; y sus ojos, negros como el azabache, guiñaban al encontrarse con los de su compañera, haciendo ambas esfuerzos por contener la risa.

Una ráfaga de enojo cruzó el rostro de Sarita, que se frotaba nerviosamente las manos en sus redondas y bien proporcionadas caderas, como ansiando ponerlas en las sonrosadas mejillas de Marta. Pero venció, al fin, su innato buen humor, y, reponiéndose al punto, hizo un gracioso gesto y, encogiéndose de hombros, volvió a enfrascarse en su tarea de freír patatas.

—¡Oye, Sarita; eh, Sarita!— Y las voces que llamaban a la frescota hija del mesonero venían coreadas por el ruido de los vasos, con que golpeaban, impacientes, las mesas de roble del salón.

—¡Saritaaa...!—gritó una voz con insistencia—. ¿Piensas pasarte la noche buscando la cerveza, Sarita?

—¡Cuidado! Bien podría padre llevarles la cerveza—decía Sarita, entre dientes, mientras Jemina, en silencio y con su indolencia habitual, cogió de la alacena dos grandes jarros, coronados con sus copetes de espuma, y empezó a llenar unos jarritos de latón de aquella cerveza fabricada en casa, que, desde el tiempo del rey Carlos, había hecho famoso a "El Reposo del Pescador"—
¡Cuidado, sabiendo lo atareadas que estamos!

—Tu padre está ocupadísimo hablando de política con míster Hempseed, para inquietarse por ti ni por tu cocina—refunfuñó Jemina quedamente.

Sarita se acercó a un espejito colgado en un

ángulo de la cocina, y, alisándose a toda prisa el cabello, dejó caer coquetonamente a un lado su capotita plegada de encajes sobre sus negros bucles, y cogiendo tres jarritos por las asas, con cada una de sus lindas y carnosas manitas, se dirigió al salón, sonriente, al par que sonrojada y alegre.

Y por cierto que no se notaban allí los apuros y la actividad que tan atareadas y sofocadas tenían a las cuatro mujeres en la calurosa cocina contigua.

El salón de "El Reposo del Pescador" era ya, a comienzos del siglo XIX, un lugar curioso. A fines del siglo XVIII, en el año de gracia de 1792, no había alcanzado aún aquella notoriedad e importancia que le dieron luego otro siglo más y los trastornos y locuras de la época. Pero era muy antiguo; sus vigas y maderos, sus artesonados asientos de alto respaldo, estaban ennegrecidos por el tiempo, y en sus mesas, largas y barnizadas, los innumerables jarritos de peltre habían dejado grabados fantásticos dibujos, en circulitos de distintos tamaños. En la alta ventanita, formada de cuadritos de cristal, con sus marquitos de plomo, veíase una hilera de macetas con geranios escarlata y delfinios azules, que prestaban un vivo colorido al fondo apagado del roble.

Hasta el más indiferente hubiera podido observar que Jellyband, el mesonero de "El Reposo del Pescador", era hombre adinerado. En los antiguos y soberbios aparadores veíanse los objetos de metal; los de cobre, en el anaquel de la gigantesca chimenea; todo brillaba como si fuera de oro y plata. Los baldosines rojos del piso relucían tanto

como los geranios escarlata que se veían en el poyo de la ventana; todo indicaba una servidumbre buena y numerosa y una parroquia constante y perteneciente a una clase que podía sostener la sala del mesón a una altura de elegancia y orden.

La entrada de Sarita, sonriente y con el ceño un tanto fruncido, con aquella sonrisa que dejaba ver una fila de blancos y diminutos dientes, fué acogida con estruendosos y unánimes aplausos.

—¡Ya está aquí Sarita! ¡Olé, Sarita! ¡Viva Sarita! ¡Olé, la niña preciosa!

—Creí que te habías quedado sorda en la cocina —dijole Diego Pitkin entre dientes, pasándose el dorso de la mano por los secos labios.

—¡Bueno, bueno!—dijo Sarita riéndose y depositando los recién llenos jarritos sobre las mesas—. ¡Cualquiera diría que os devora la prisa! ¿Es que está agonizante la abuela? ¿Querrá ver a la pobrecilla antes de morir? Jesús; en mi vida he visto prisa mayor.

Y aquel chiste, acogido alegremente por los comensales fué objeto de broma durante largo rato. Sarita no parecía tener prisa por volverse a sus cazuelas y sartenes. Un joven, de rubios y ensortijados cabellos y de vivos y ardientes ojos azules, absorbía toda su atención, mientras los atrevidos chistes sobre la supuesta abuela de Diego Pitkin iban de boca en boca y el humo del tabaco enrarecía la atmósfera del salón.

Frente a la chimenea, con las dos piernas extendidas y abiertas y su larga pipa de arcilla en la boca, se veía al digno señor Jellyband, dueño de "El Reposo del Pescador", como lo fueron antes su padre, su abuelo y su bisabuelo. Regordete, de

rostro jovial y cabeza algo calva, el señor Jellyband representaba el prototipo verdadero del inglés rural, de aquella época en que en Inglaterra llegó a su colmo el prejuicio insular y continental, el egoísmo casero; en que para todo inglés, lo mismo lord que hacendado o campesino, el continente europeo, en su totalidad, era considerado como la cuna de la inmoralidad, y el resto del mundo, como un suelo inculto poblado de salvajes y antropófagos.

Nuestro digno mesonero se mantenía a pie firme, dando grandes chupadas en su larga pipa, e importándole un bledo todos sus conciudadanos y despreciando a todos los que no lo fueran. Vestía el típico chaleco escarlata de relucientes botones dorados, calzón corto de pana, medias de lana gris, y los elegantes zapatos de hebillas que, en aquella época, caracterizaban a todo posadero digno de la Gran Bretaña; la bella Sarita, huérfana de madre, necesitaba de todos sus cinco sentidos para atender debidamente a todas las tareas que pesaban sobre sus hermosos hombros, mientras el digno Jellyband discutía los asuntos de actualidad con sus más privilegiados huéspedes.

Y en verdad que la sala del mesón, alumbrada con dos hermosas lámpara doradas, que pendían de las vigas del techo, presentaba un aspecto sumamente cómodo y agradable. A través de la densa nube producida por el humo del tabaco, que se arrinconaba en todos los ángulos del salón, veíanse las caras coloradotas de los parroquianos del señor Jellyband, tan satisfechas, que alegraban la vista y daban idea de las cordiales relaciones que entre sí mantenían y de la amistad que los

unía al patrón y a todo el mundo. Por todos los ámbitos del salón resonaban las carcajadas con que se acompañaban las conversaciones amenas, ya que no de naturaleza altamente intelectual, mientras la burlona sonrisa de Sarita daba pruebas de lo bien que aprovechaba Mr. Harry Waite los breves momentos que la joven parecía dispuesta a concederle.

La mayoría de los comensales al salón del señor Jellyband eran pescadores, y sabido es que los pescadores son gente de mucha sed, que gusta de beber mucho, debido a que las sales marinas que aspiran secan sus gargantas y les incitan a remojarlas. Pero "El Reposo del Pescador" era algo más que un mero punto de reunión para aquellas humildes personas. De allí partía a diario la diligencia que hacía el servicio entre Londres y Dover, y todos los viajeros que procedían del otro lado de la Mancha y los que emprendían "el gran viaje" conocían bien a Jellyband, sus vinos franceses y sus cervezas de fabricación doméstica.

Hacia fines de septiembre de 1792, el tiempo, hasta entonces espléndido y caluroso, sufrió un cambio brusco; durante dos días estuvieron cayendo lluvias torrenciales en el sur de Inglaterra, amenazando destruir las florecientes cosechas de manzanas, peras y ciruelas tardías. La lluvia azotaba los cristales en aquel momento y se precipitaba por la chimenea, haciendo chisporrotear los leños de la alegre lumbre.

—¡Caracoles! ¿Habéis visto septiembre más lluvioso, señor Jellyband?—preguntó mister Hempseed.

Ocupaba éste uno de los asientos de la parte interior de la chimenea, que siempre reservaban

para él, pues era considerado como una autoridad y un personaje importante, no solamente en "El Reposo del Pescador", donde el señor Jellyband le elegía precisamente como contendiente para sus polémicas políticas, sino en toda la comarca, donde se le guardaba el más profundo respeto por su erudición y, más especialmente, por sus conocimientos de la Sagrada Escritura.

Con una mano metida en el amplio bolsillo de su calzón de pana y bajo su raída, aunque primorosamente bordada, chupa, y con la otra en su larga pipa de arcilla, míster Hempseed contemplaba, aburrido, a lo largo del salón las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales de la ventana.

—No—contestóle Jellyband sentenciosamente—; no creo haber visto otro igual, míster Hempseed. Y eso que llevo cerca de sesenta años en la comarca.

—Cierto; pero de los tres primeros no se acordará usted, señor Jellyband—interpuso míster Hempseed tranquilamente—. No sé de ningún chiquillo que se ocupe seriamente del tiempo, por lo menos en estos barrios, donde llevo yo cerca de setenta y cinco años, señor Jellyband.

Su superioridad intelectual era tan manifiesta, que el señor Jellyband no se halló, por el momento, en condiciones de alegar los acostumbrados argumentos que empleaba en casos tales.

—Parece que estamos en abril más que en septiembre, ¿verdad?—dijo míster Hempseed con tristeza al ver las gotas de lluvia deslizarse por la chimenea, haciendo chisporrotear la lumbre.

—;Efectivamente!—contestó el digno mesonero—. Pero, como iba diciendo, míster Hempseed,

¿qué se puede esperar de un Gobierno como el nuestro?

Míster Hempseed movió la cabeza con aire sapientísimo, como si demostrara la profundísima desconfianza que sentía hacia el clima británico y hacia el gobierno inglés.

—Nada espero, señor Jellyband—contestó—; de la gente pobre como nosotros no se ocupan en Londres, y, como cosa sabida, me quejo pocas veces. Mas cuando llegan las cosas al extremo de sufrir un septiembre lluvioso y exponerse a que todas las frutas se pudran y mueran, como los primogénitos de las madres egipcias, sin servir para nada bueno, ¡infelices!, sino para pasto de unos cuantos judíos, buhoneros y traficantes, con sus naranjas y frutas deterioradas extranjeras, que no compraría nadie si las manzanas y las peras inglesas fueran gordas y sazonadas... Así dice la Biblia...

—Esa es la pura verdad, míster Hempseed—replicó Jellyband—, y por eso le decía: ¿qué se puede esperar? Ahí tenéis a esos diablos franceses, al otro lado del Canal, asesinando a su rey y a su nobleza, mientras nuestros políticos Pitt, Fox y Burke discuten si debemos nosotros, los ingleses, dejarles que continúen sus criminales hazañas. “¡Dejadles que asesinen!”, dice míster Pitt. “¡Detenedles!”, replica míster Burke.

—Y dejadles que asesinen, digo yo, y malditos sean—continuó míster Hempseed enfáticamente, pues tenía poco afecto a las teorías políticas de su amigo Jellyband, porque en ellas perdía siempre terreno y porque le ofrecían pocas oportunidades de lucir aquella omnipotente sabiduría que le había granjeado tan soberbia reputación en la vecin-

dad y tantos jarros de cerveza a costa del dueño de "El Reposo del Pescador".

—Dejadles que maten—volvió a decir—; pero que no llueva de este modo en el mes de septiembre, porque es contrario a toda ley de naturaleza y a la Biblia, que dice...

—¡Válgame Dios, míster Harry, qué susto me habéis dado!

Desgraciadamente para Sarita y sus coqueterías, semejante exclamación vino a turbar el breve intervalo en que míster Hempseed tomaba aliento para lanzar a sus oyentes uno de aquellos versículos de la Biblia que tan famoso le habían hecho, atrayendo sobre la pobre Sarita toda la cólera de su padre.

—¡Vamos, Sarita, chiquilla!—dijo, tratando de dar a su alegre rostro un aire de mal humor—. Déjate de tontear con esos jovencuelos y anda a continuar tus tareas.

—Todo va bien, padre.

Pero el señor Jellyband se mostró inflexible. Para el porvenir de su única y frescota hija, que cuando Dios lo dispusiera sería dueña de "El Reposo del Pescador", abrigaba propósitos mucho más elevados que los de verla casada con uno de estos jóvenes que se ganaban el mísero sustento pescando.

—¿Me has oído, muchacha?—dijo con ese tono reposado que ninguno de la casa se atrevía a desobedecer—. Sigue preparando la cena para lord Tony, que si no sale esmeradísima y no queda satisfecho, ya verás la que te espera; y no te digo más.

De mala gana, obedeció Sarita.

—¿Esperáis huéspedes distinguidos esta noche, señor Jellyband?—preguntó Diego Pitkin, esfor-

zándose en distraer la atención del mesonero hacia la retirada de Sarita.

—¡Precisamente!—contestóle Jellyband—. Amigos del propio lord Tony. Duques y duquesas del otro lado de la Mancha, a quienes el joven milord y su amigo sir Andrews Foulkes y otros jóvenes nobles han ayudado a escapar de las garras de aquellos endiablados asesinos.

Pero esto era demasiado para la quisquillosa filosofía de mister Hempseed.

—¡Válgame Dios!—dijo—. Y ¿para qué harán eso? No soy yo partidario de mezclarme en asuntos ajenos. La Sagrada Escritura dice...

—Puede que así sea, mister Hempseed—interrumpióle el señor Jellyband sarcásticamente—. Como sois amigo particular de mister Pitt, y, según dicen, de mister Fox también, decís: ¡Dejadles que asesinen!

—Perdonad, señor Jellyband—protestó mister Hempseed débilmente—; pero no recuerdo haberlo dicho.

Pero el señor Jellyband, que había logrado al fin encauzar sus argumentos, no pensaba detenerse tan pronto.

—O quizá se haya hecho amigo de algún "franchise" de esos que, según se cuenta, quieren persuadirnos a los ingleses para que aprobemos su sanguinario proceder.

—No os comprendo, señor Jellyband—profririó mister Hempseed—; pero lo que sé es que...

—Lo que yo sí sé—continuó el mesonero— es que allí tenéis a mi amigo Peppercon, dueño de "El Jabali de la Casa Azul" y el inglés más leal y

patriota que se podía encontrar en toda la comarca. Y, ¡miradle ahora! Hizo amistad con algunos de aquellos gabachos, intimó con ellos lo mismo que si hubieran sido ingleses en lugar de malvados ateos extranjeros, y ahí lo tenéis: hoy habla de revoluciones, de libertad, de “¡abajo los aristócratas!”, lo mismito que hace míster Hempseed, que se halla presente.

—Perdonad, señor Jellyband— volvió a decir míster Hempseed con voz débil—; pero no recuerdo haber dicho jamás cosa semejante.

El señor Jellyband había apelado al testimonio de los que le escuchaban, aterrados y boquiabiertos, las malandanzas de Peppercon.

En una de las mesas había sentados dos parroquianos que, a juzgar por sus trajes, debían de ser caballeros. Estaban jugando al dominó, pero hacía un buen rato que, sin terminar la partida, habían separado las fichas y, muy divertidos al parecer, escuchaban atentamente las teorías internacionales vertidas por Jellyband. Uno de ellos, en cuyos labios vagaba aún una sonrisa repósada y sarcástica, se volvió hacia el centro del salón, donde se hallaba Jellyband.

—Mi probo amigo—dijole tranquilamente—: por lo visto creéis que esos franceses malvados, según decís, fueron lo suficientemente astutos para dar al traste como quien dice con las ideas de vuestro amigo Peppercon. Y ¿cómo creéis que se las arreglarían?

—¡Bendito sea el Señor!—replicó el mesonero—. Seguramente le convencerían con sus discusiones. Esos “franchutes” poseen el don de la verbosidad, según he oído contar, y ahí tenéis a míster Hemp-

seed, que podrá daros cuenta de cómo se las componen para persuadir a la gente.

—¿Será posible, míster Hempseed?—preguntó el desconocido, cortésmente.

—¡No, señor!—contestóle míster Hempseed, exasperado—; no creo poder facilitaros los informes que me pedís.

—A fe mía—continuó el desconocido—que será de esperar, mi digno mesonero, que esos malvados espías no logren trastornar sus leales ideas.

La jovialidad de Jellyband no podía resistir tanto; así que prorrumpió en una estrepitosa carcajada, que halló eco fácil en todos los presentes, que algo le eran en deber.

—¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo, jo! ¡Je, je, je!—. En todos los tonos reía el bueno de nuestro mesonero, y tan nerviosa era su risa, que ya le dolían los costados y hasta las lágrimas saltaban de sus ojos—. ¿A mí? ¡Vamos! ¿Le habéis oído? ¿Que trastornarán mis ideas? ¡Señor! ¡Por el amor de Dios! ¡Qué cosas tan extrañas decís!

—Bueno, señor Jellyband, bueno—interrumpióle míster Hempseed sentenciosamente—; ya sabéis lo que dice la Sagrada Escritura: “El que crea estar seguro, que procure no caer.”

—Perfectamente, míster Hempseed—contestóle Jellyband, que aún se apretaba los costados de risa—; pero es que la Sagrada Escritura no me conocía. Nunca apuraría yo un vaso de cerveza con esos matones franceses, nunca; ni hay cosa en el mundo que pueda hacerme variar de opinión. ¡Tate! Si hasta he oído decir que esos estúpidos no saben siquiera hablar el inglés, y es claro que si uno de ellos me hablara en gabacho, en esa lengua

impía, le conocería a escape, ¿estamos?; y lo que dice el refrán: "hombre prevenido vale por dos".

—Indudablemente, mi probo amigo—asintió el desconocido alegremente—; ya veo que sois demasiado listo y que podríais hacer frente a veinte franceses que se os presentaran. Brindo, pues, a vuestra salud, mi digno mesonero. ¿Queréis honrarme escanciando esta botella conmigo?

—Sois muy amable, caballero—repuso Jellyband enjugándose las lágrimas, que aún brillaban en sus ojos a consecuencia de la risa—. Acepto de buen grado.

El desconocido escanció el vino en dos vasos, y ofreciendo uno al mesonero, tomó el otro para sí.

—Aunque todos somos ingleses leales—dijo mientras la burlona sonrisa de antes volvía a asomar a sus delgados labios—, no podemos menos de admitir, por muy leales que seamos, que este vinillo, por lo menos, es una de las cosas exquisitas que nos vienen de Francia.

—¡Cierto! Ninguno de nosotros lo negaría—afirmó el mesonero.

—¡Brindo por la salud del mejor mesonero de Inglaterra, nuestro dignísimo señor Jellyband!—dijo el desconocido, levantando la voz.

—¡Viva Jellyband!—corearon todos los presentes. Y una salva de aplausos y el ruido ensordecedor que producían los jarritos de metal al chocar contra las mesas acompañaban las carcajadas y las exclamaciones de Jellyband, que gritaba:

—¡A mí, trastornarme la cabeza ningún malvado extranjero! ¡Cómo! ¡Por el amor de Dios! ¡Qué cosas más extrañas decís, señor!

El desconocido movió la cabeza en señal de asentimiento. Era verdaderamente un absurdo suponer que hubiese nadie que lograra turbar las ideas tan sólidamente basadas, del señor Jellyband respecto a la total inutilidad de los habitantes de todo el continente europeo.

III

LOS REFUGIADOS

EN aquella época, los ánimos en toda Inglaterra estaban verdaderamente enconados en contra de todos los franceses y de sus hazañas. Los buques matuteros y los mercantes que hacían la travesía entre las costas de Francia e Inglaterra eran portadores también de noticias que hacían hervir la sangre de todo honrado inglés que las oía, haciéndole arder en deseos de darles "una tunda" a aquellos asesinos que habían encarcelado a su rey y a toda la familia real y que habían sometido a la reina y a sus augustos hijos a toda clase de indignidades, y que hasta pedían la sangre de todos los Borbones y de cada uno de sus adeptos.

La ejecución de la princesa de Lamballe, la joven y encantadora amiga de María Antonieta, produjo en toda Inglaterra un espanto indescripible, y las diarias ejecuciones de realistas de noble linaje, cuyo solo delito era llevar un nombre aristocrático, clamaban la venganza de toda la Europa civilizada.

Sin embargo, nadie se atrevía a intervenir. Burke agotó toda su elocuencia, tratando de incitar al Gobierno británico en contra del Gobierno revolucionario de Francia; pero míster Pitt, con

la prudencia que le caracterizaba, no creía que estuviera el país en condiciones para meterse en nuevas aventuras, en otra ardua y costosa guerra. A Austria es a quien correspondía tomar la iniciativa; a Austria, cuya más bella hija era a la sazón una reina destronada, a la que una ensoberbecida muchedumbre encarceló y llenó de injurias; y seguramente—así decía mister Fox—no era razonable que Inglaterra entera recurriera a las armas porque a una partida de franceses se le antojara asesinar a otra.

En cuanto a Jellyband y sus compatriotas, hijos de la rubia Albión, aunque miraban a los extranjeros con menosprecio aterrador, eran, en general, y casi sin una sola excepción, realistas y antirrevolucionarios y estaban furiosos contra la calma y la moderación de Pitt, sin parar mientes en las razones diplomáticas por éste alegadas, y que, como era natural, encauzaban la política del gran ministro.

En esto, Sarita entró precipitadamente en el salón, dando señales evidentes de una excitación y un apresuramiento inusitados. Mientras la alegre tertulia no se cuidaba de los ruidos de fuera, ella había observado que un jinete, calado por la lluvia, lo mismo que su cabalgadura, se había detenido ante la puerta de "El Reposo del Pescador", y mientras el mozo se acercaba para tenerle el caballo, Sarita se dirigió a la cancela para recibir a tan agradable visita.

—Padre, creo haber visto el caballo de lord Antony en el patio—dijo, mientras cruzaba a escape el salón.

Pero ya la puerta se había abierto de par en

par y un brazo, cubierto de un paño pardusco, asomaba, chorreando agua, para abrazar la cintura de la muchacha, mientras en el salón se oía el eco de una alegre voz, que decía:

—¡Benditos sean tus negros ojazos, preciosa Sarita!

Jellyband se adelantó entonces, presuroso y solícito, como siempre, a recibir a uno de sus más agradables huéspedes.

—¡Válgame Dios, Sarita!—prosiguió lord Antony, besando las sonrosadas mejillas de la joven—. ¿Sabes que cada día estás más bella? Y vos, mi amigo Jellyband, os desharéis ahuyentando muchachos ansiosos de abrazar este talle esbelto y elegante. Y vos, ¿qué me contáis, míster Waite?

Pero míster Waite, indeciso entre el respeto que guardaba a milord y su aversión hacia las bromas de aquella índole, contestó sólo con un receloso gruñido.

Lord Antony Dewhurst, hijo del duque de Exeter, era, a la sazón, el prototipo del joven elegante inglés: bien formado, ancho de espaldas y de cara alegre y sonriente, que llevaba consigo la alegría adondequiera que iba. Era un acabado *sportsman*, amable, cortés y de buen tono, de bastante talento y buen temple, y, además, persona grata y popularísima en todos los elegantes salones de la sociedad londinense, así como en todos los mesones de la aldea. Todo el mundo le conocía en "El Reposo del Pescador", pues era amigo de cruzar el Canal y de pasar, con frecuencia, cortas temporadas en Francia, y lo mismo a la ida que a la vuelta hacía noche en casa de Jellyband.

Saludó con una inclinación de cabeza a Waite

y a Pitkin y demás parroquianos, y cuando, al fin, soltó la cintura de Sarita, se acercó a la chimenea a calentarse y secarse la ropa. Al propio tiempo echó una rápida y recelosa ojeada hacia los dos desconocidos, que habían reanudado tranquilamente su partida de dominó; una expresión de angustiosa solicitud ensombreció su alegre rostro. Pero fué pasajera, y en seguida se dirigió a míster Hempseed, que le saludaba respetuosamente.

—Bueno, míster Hempseed, ¿y cómo va la fruta?

—Muy mal, milord, muy mal—replicó míster Hempseed con acento lúgubre—; pero ¿qué se puede esperar de un Gobierno como el nuestro, que protege a esos bribones de franceses, que ansían asesinar a su rey y a toda su nobleza?

—¡Voto a bríos!—replicó lord Antony—. Y es verdad, amigo Hempseed; por lo menos a todo el que pescan, por desgracia. Pero esta noche esperamos la llegada de unos cuantos amigos que lograron escapar de sus garras.

Al proferir estas palabras dirigía una mirada provocativa hacia los dos pacíficos desconocidos del rincón.

—Gracias a vos, milord, y a vuestros amigos, según he oído contar—dijo Jellyband.

Mas lord Antony dejó caer al punto su mano sobre el brazo del mesonero, en señal de advertencia para que callase.

—¡Silencio!—dijo vivamente, a la par que se volvía a mirar a los desconocidos.

—¡Vive Dios, milord!—replicó Jellyband—; son gente de confianza. Nada temáis. Si no su-

piese que estábamos entre amigos, nada hubiera hablado. Aquel caballero es súbdito del rey Jorge, y tan leal y patriota como vos mismo, milord, y perdonad la comparación. Hace poco que llegó a Dover, y piensa emprender sus negocios en estos barrios.

—¿Negocios? ¡A fe mía que serán como agente de pompas fúnebres! Pues juro que jamás vi cara más lúgubre.

—El señor es viudo, según creo, milord, e indudablemente será ésta la causa de su melancolía; pero, a pesar de ello, es amigo; respondo de él como de mí mismo. Y ya comprenderéis, milord, que nadie mejor que el amo de una populárisima hostería puede juzgar de las caras de sus parroquianos.

—¡Ah! Si estamos entre amigos, está muy bien —replicó lord Antony, que, al parecer, no tenía ganas de discutir el asunto—. Pero, decid: ¿no tendréis más huéspedes, verdad?

—Ninguno, milord, ni se espera a nadie; es decir...

—¿Qué...?

—Ninguno que sea molesto a milord; estoy seguro.

—¿Quién es?

—Sir Percy y lady Blakeney, milord. Vendrán más tarde, pero no piensan quedarse.

—¿Lady Blakeney?—interrogó lord Antony, con sorpresa.

—La misma, milord. Hace un momento vino el lacayo de sir Percy. Dice que el hermano de lady Blakeney cruzará hoy, en el *Day-Dream*, o sea el yate de sir Percy. Este y milady le acompaña-

rán hasta aquí, para despedirle. No os incomodará, ¿verdad, milord?

—Nada de eso, no me incomoda, amigo; nada ha de molestarme como no sea que esa cena que está preparando Sarita no resulte de lo mejor que ella sabe hacer y de las que acostumbran a servirse en "El Reposo del Pescador".

—No temáis por eso, milord—contestó Sarita, que se hallaba atareada poniendo la mesa.

En ésta se veía un gran ramillete de daliás de vivos colores, en el centro, y los relucientes vasos de peltre y la loza azul presentaban un aspecto halagüeño y atractivo.

—¿Cuántos cubiertos pongo, milord?

—Cinco, bella Sarita; pero que haya cena bastante para diez, por lo menos; nuestros amigos llegarán cansados y, según espero, con buen apetito. Yo mismo me siento esta noche capaz de comerme solito un gran guisado de carne de vaca.

—Pero ¡si creo que están aquí ya!—exclamó Sarita, agitada, mientras se oía, a lo lejos, un ruido de caballerías, que se distinguía claramente y se acercaba con rapidez.

Todo el salón se puso en movimiento. Todos tenían curiosidad por ver a los elegantes amigos de lord Antony, que llegaban del otro lado de la Mancha. Sarita se miró un par de veces en el espejito colgado en la pared, y el señor Jellyband, como digno mesonero, salió muy ufano a dar el primer parabién a los ilustres huéspedes. Únicamente los dos desconocidos del rincón parecían no preocuparse de la agitación general. Terminaban tranquilamente su partida de dominó, y ni una

vez siquiera habían levantado la vista hacia la puerta.

—Adelante, condesa; por la puerta a la derecha—se oyó que gritaba una voz jovial.

—Y es verdad, son ellos—afirmó lord Antony con júbilo—. Anda, mi bella Sarita, ve a ver si nos ponen la cena con presteza.

Abrióse la puerta de par en par y, precedidos de Jellyband, que multiplicaba sus reverencias y bienvenidas, entraron en el salón dos señoras y dos caballeros.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos sean a nuestra vieja Inglaterra!—dijo lord Antony efusivamente, acercándose a los recién llegados y ofreciéndoles cordialmente ambas manos.

—¡Oh! ¿Vos debéis de ser lord Antony Dewhurst?—dijo una de las señoras, con acento francés muy pronunciado.

—A vuestros pies, señora—replicó éste, besando ceremoniosamente las manos de ambas damas. Luego, volviéndose hacia los dos caballeros, les estrechó cordialmente las manos.

Sarita ayudaba ya a quitarse sus abrigos de viaje a las señoras, que, estremeciéndose de frío, se acercaron presurosas al resplandeciente hogar.

Todo era agitación entre los parroquianos del salón. Sarita se retiró, afanosa, a la cocina, mientras Jellyband, que se deshacía en reverencias, acercaba unas sillas a la lumbre. Mister Hempseed, llevándose la mano a la frente, en señal de respetuoso saludo, se preparaba, tranquilamente, a ceder su asiento en la chimenea, y, entretanto, los otros comensales observaban con curiosidad, aunque respetuosamente, a los extranjeros.

—¿Qué os puedo yo decir, señores míos?—exclamó la mayor de las dos señoras, extendiendo sus finas y aristocráticas manos al calor de la lumbre y contemplando, con gratitud indescriptible, a lord Antony, primero, y luego a uno de los jóvenes que la habían acompañado y que en aquel momento se despojaba de su pesada esclavina.

—Decid solamente que estáis contenta de hallaros en Inglaterra, condesa—replicó lord Antony—; decidnos que el viaje no os ha fatigado demasiado.

—¡Sí, sí, estamos contentísimos de hallarnos en Inglaterra!; tan contentos, que ya hemos olvidado los sufrimientos que hemos tenido que pasar—dijo ella, con lágrimas en los ojos.

Su voz era dulce y armoniosa, y en su noble y hermoso rostro se hallaban impresas las huellas del sufrimiento. Prematuras arrugas surcaban su frente, coronada de abundantes y sedosos cabellos, blancos como la nieve, y peinados, según la moda de entonces, muy recogidos sobre la frente.

—Espero que mi amigo, sir Andrew Foulkes, os haya resultado un divertido compañero de viaje, señora.

—¡Ah, sí! Sir Andrew es la bondad personificada. Mis hijos y yo no podremos nunca demostrar lo bastante nuestra gratitud hacia él.

Su compañera, una delicada joven, en la que el cansancio y el dolor prestaban una expresión aññada y conmovedora, no había dicho nada aún; pero sus negros y rasgados ojos, preñados de lágrimas, dejaron de contemplar la lumbre para buscar los de sir Andrew Foulkes. Este, que se había acercado al hogar, y estaba a su lado, la

devoraba con la vista; al encontrarse ella con aquella franca mirada, que estudiaba sus dulces facciones, un leve tinte de rubor coloreó sus pálidas mejillas.

—¡De modo que esto es Inglaterra!—dijo, contemplando con ingenua curiosidad la enorme chimenea abierta, las vigas de roble y los campesinos, con sus chupas bordadas y sus joviales y rubicundos semblantes ingleses.

—Es un pequeño rincón de Inglaterra, y completamente a vuestra disposición, señorita—replicó sir Andrew, sonriéndose.

La joven volvió a sonrojarse, y esta vez una leve y dulce sonrisa iluminó su rostro. No dijo más, y sir Andrew también calló; pero ambos jóvenes se comprendieron, como suelen comprenderse siempre todos los jóvenes, y como se han comprendido desde que el mundo es mundo.

—Pero ¿y esa cena?—interpeló lord Antony, con alegre voz—. La cena, amigo Jellyband. ¿Dónde se ha metido esa preciosa moza con la sopera? ¡Caracoles, hombre! Mientras contempláis, con la boca abierta, a estas señoras, se os van a desmayar de pura hambre.

—Un momento, milord, un momento—dijo Jellyband, abriendo la cancela que conducía a la cocina, y con voz cariñosa, pero fuerte, exclamó: —¡Sarita! ¡Oye, Sarita! ¿Estás lista, nena mía?

Sarita, que estaba preparada, apareció al momento en el umbral con una enorme sopera, que esparcía un olorcillo agradable y unas nubecillas de blanco humo.

—¡Vaya por Dios! Al fin apareció la cena—exclamó lord Antony de buen humor—. ¿Me con-

cedéis el honor?—añadió, ceremonioso y cortés, ofreciendo el brazo a la condesa para conducirla a la mesa.

En el salón se agitaban todos; mister Hempseed y la mayoría de los campesinos y pescadores se habían marchado, para dejar más sitio a los huéspedes “de calidad” y para acabar de fumarse en otro lado las pipas. Solamente quedaban los dos desconocidos, que seguían, tranquila y despreocupadamente, su partida de dominó, y se bebían sus copas de vino, mientras Harry Waite, en otra mesa, iba poniéndose de mal talante al observar los afanes de Sarita por servir a los nuevos comensales.

Sarita representaba un lindo ejemplar de la vida rural inglesa, y no era extraño, pues, que el joven y enamorado francés pudiese apenas separar los ojos de tan preciosa cara. Era el vizconde de Tournay un joven imberbe, que apenas contaba diecinueve años; las espantosas tragedias que se desarrollaban en su país habían dejado en su ánimo ligerísimas huellas. Vestía con elegancia, y hasta con afectación, y una vez sano y salvo en Inglaterra, estaba dispuesto, por lo visto, a olvidar los horrores de la revolución y a dedicarse a las delicias que le brindaba el nuevo país.

—¡Canario! Si esto es Inglaterra, me satisface —dijo, mientras seguía comiéndose a Sarita con los ojos, con visibles muestras de satisfacción.

Sería imposible describir gráficamente la exclamación que se escapó de los convulsos labios de mister Harry Waite al observar el proceder del joven extranjero. Únicamente el respeto a “la

calidad" de los huéspedes y, sobre todo, a lord Antony, refrenaba su coraje, haciendo rechinar sus dientes.

—¡Es que aquí estamos ya en Inglaterra, joven y vicioso réprobo!—interpuso lord Antony, riéndose—; así, pues, os ruego no introduzcáis vuestras inmorales costumbres extranjeras en país moralísimo de suyo.

Lord Antony se había sentado ya a la cabecera de la mesa y daba su derecha a la condesa. Jellyband se ufanaba en llenar los vasos y acercar las sillas. Sarita estaba en disposición de servir la sopa. Los amigos de Harry Waite habían logrado arrancarlo de allí, al fin, pues su mal talante se agravaba, y se hacía cada vez más violento, al ver la franca admiración del vizconde por Sarita.

—¡Susana!—dijo la inflexible y severa condesa, con tono grave e imponente.

Y Susana se sonrojó de nuevo; había perdido la noción del tiempo y del lugar mientras se mantenía de pie, delante de la lumbre, y dejaba que los ojos del bello y joven inglés se posaran sobre su dulce rostro y su mano decansara sobre la suya, como inconscientemente. Pero la voz de su madre la hizo volver a la realidad.

—Voy, mamá—dijo sumisamente, y fué a ocupar su sitio en la mesa.

calidad" de los huéspedes y sobre todo, a lord Antony, retirando su cuerpo haciendo rechinar sus dientes.

—Es que aquí estamos ya en Inglaterra, joven y ligero rechobol—interrumpió lord Antony, riendo—; así pues, es tiempo de introducir las leyes impuestas a los extranjeros en país inglés.

IV

LA LIGA DE "LA PIMPINELA ESCARLATA"

Los que estaban reunidos en aquella mesa formaban un grupo alegre, al parecer, y hasta feliz. Componían el grupo sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst, ambos jóvenes y guapos, distinguidos, de esmerada educación, e ingleses típicos de aquel año de gracia de 1792, y la aristocrática dama francesa y sus dos hijos, que acababan de escapar de Francia, salvándose de peligros horrendos, para hallar, al fin, un refugio seguro en las protectoras costas de Inglaterra.

Los dos desconocidos del rincón parecían haber terminado su partida; uno de ellos se levantó, y con la espalda vuelta a la alegre compañía de los que cenaban, se envolvió, con pausada deliberación, en su abrigo de tres esclavinas. Mientras esto hacía echó una rápida ojeada en torno suyo. Todos reían y charlaban, por lo que, volviéndose a su compañero, murmuró a su oído estas palabras: "¡No hay peligro!" Entonces aquél se dejó caer de rodillas, con una presteza adquirida, sin duda, con la mucha práctica, y desapareció al punto, silenciosamente, y a gatas, por debajo de la banqueta de roble. En seguida, el otro, dando las buenas noches en voz muy alta, salió de la habitación.

En la mesa no notó nadie aquella singular y silenciosa maniobra; pero cuando el desconocido cerró la puerta tras sí, dejaron escapar todos, instintivamente, un suspiro de satisfacción.

—¡Al fin, solos!—dijo lord Antony con jovialidad.

Entonces, levantándose el joven vizconde de Tournay, y con la elegante afectación que singularizaba aquella época, levantó su copa y, hablando en chapurrado inglés, dijo:

—¡Brindo por Su Majestad Jorge III de Inglaterra, a quien Dios bendiga por la hospitalidad que nos ofrece a los pobres expatriados de Francia!

—¡Viva Su Majestad el rey!—respondieron a coro lord Antony y sir Andrew, lealmente.

—Yo brindo por Su Majestad el rey Luis de Francia—prosiguió sir Andrew, en tono solemne—. ¡Que Dios le proteja y le dé la victoria sobre sus enemigos!

Todos se pusieron en pie y bebieron en silencio. La suerte del infortunado rey francés, encarcelado por sus propios vasallos, parecía entenebreecer hasta el rostro risueño de Jellyband.

—Y brindemos también por el señor conde de Tournay de Basserive—dijo alegremente lord Antony—. Que antes de unos días podamos estrecharle la mano y darle nuestra bienvenida.

—¡Ah señor!—dijo la condesa, llevándose a los labios la copa con mano trémula—; casi no me atrevo a abrigar esperanzas.

Pero como lord Antony servía la sopa y Jellyband y Sarita repartían los platos, la conversación cesó por unos momentos y todos empezaron a comer.

—¡Tened confianza, señora—dijo lord Antony, después de un rato—, que mi brindis no será en vano! Ya que os halláis aquí, fuera de peligro, con la señorita Susana y mi amigo el vizconde, podéis también estar tranquila respecto a la suerte de vuestro esposo.

—¡Oh señor; confío en Dios!—replicóle la condesa, dando un profundo suspiro—. No me queda más que implorar y tener confianza en la divina Providencia.

—Sí, confiad en Dios—repuso sir Andrew Foulkes—y en los amigos ingleses que han jurado salvar al conde y cruzar la Mancha con él, del mismo modo que hoy lo han hecho con vos, señora.

—¡Sí, sí, señor mío!—se apresuró a contestar la condesa—. Tengo la más completa confianza en vos y en vuestros compañeros. Puedo aseguraros que su fama se extiende por toda Francia. Maravillosa fué, en verdad, la manera como algunos de mis amigos particulares lograron escapar de las garras de aquel horrendo Tribunal Revolucionario. Y todo por obra vuestra y de vuestros amigos.

—Sólo éramos un instrumento, señora condesa.

—Pero mi esposo, caballero, corre un peligro inminente—dijo la condesa, y el llanto parecía velar su voz—; nunca debiera haberle abandonado, nunca. Pero ¡mis hijos! Mas el dolor desgarraba mi alma y luchaba entre mi deber para con él y para con mis hijos. Se negaban a partir sin mí, y vos y vuestros amigos me prometisteis solemnemente que salvaríais a mi esposo. Mas, ¡ay!, ahora que me encuentro aquí, segura, en esta bella y libre Inglaterra, tortura mi mente el re-

cuerdo de que él estará ocultándose, huyendo, para salvar su vida, acosado como una fiera salvaje, en horrible peligro. ¡Ah!, nunca debí haberle abandonado.

Y la desventurada dama, completamente abatida por el cansancio, el dolor y las emociones, que habían dejado impresas sus huellas en su severo y aristocrático rostro, lloraba en silencio. Susana corrió hacia ella y trató de secar sus lágrimas con besos.

Ni lord Antony ni sir Andrew trataron de calmar el inmenso dolor de la condesa, pero en sus rostros se veían señales evidentes de la compasión que hacia ella sentían. Su silencio mismo era prueba palpable de ello; pero, como siempre, desde que Inglaterra fué lo que es, el inglés se avergonzó de sus propias emociones, de su propia sensibilidad; ambos jóvenes callaron, esforzándose en disimular sus sentimientos y tratando, en vano, de ocultar su emoción.

—Caballero—dijo Susana, repentinamente, entre los abundantes bucles de su sedosa cabellera castaña—: confío en vos en absoluto, y abrigo la certeza de que traeréis a mi padre sano y salvo a Inglaterra, como lo hicisteis con nosotros.

Con tanta confianza, con tanta fe profería sus palabras, que las lágrimas de la condesa parecieron secarse como por encanto, y la sonrisa volvió a aparecer en sus labios.

—¡Por Dios, señorita, me avergonzáis!—replicó sir Andrew—; pues aunque mi vida está toda a vuestra disposición, sólo he sido un humilde instrumento en manos de nuestro valeroso jefe, que fué quien organizó y efectuó la fuga.

Eran tan vehementes y tan apasionadas sus palabras, que Susana no pudo menos de contemplarle de hito, admirada de su fogosidad.

—¿Vuestro jefe, caballero?—preguntó la condesa con vivo interés—. Es verdad, debéis de tener un jefe; no se me ocurrió pensar en ello antes. Mas decidme: ¿dónde está? Voy al punto a buscarle para expresarle, a sus pies, nuestra gratitud por el bien que nos ha hecho.

—¡Imposible, señora!—dijo vivamente lord Antony.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque “Pimpinela Escarlata” trabaja ocultamente; su identidad se da únicamente a conocer bajo juramento solemne de guardar el secreto, y el cual prestan sus más allegados adeptos.

—¿“Pimpinela Escarlata”? ¡Qué nombre tan chistoso! Y decidme—dijo Susana, riendo alegremente y mirando con interés y curiosidad a sir Andrew, cuyo semblante rebosaba satisfacción—: ¿qué significa “Pimpinela Escarlata”?

Los ojos de sir Andrew brillaban de entusiasmo y parecía realmente que toda la veneración, todo el amor y admiración que sentía hacia su jefe resplandecía en su rostro.

—“Pimpinela Escarlata” es el nombre con que conocemos a una humilde florecilla que crece aquí, a orillas de los caminos—contestó al fin—; pero también es el nombre elegido para ocultar la identidad del hombre mejor y más valeroso del mundo entero, con el fin de lograr así mejor éxito en la noble empresa que ha emprendido.

—¡Ah!, comprendo—interpuso el joven vizconde—. He oído hablar de la pimpinela escarlata,

Es una flor chiquitita, escarlata, ¿verdad? Se dice en París que cada vez que un realista logra fugarse a Inglaterra, ese pobre diablo de Fouquier-Tinville, el procurador, recibe un papelito con el dibujo escarlata de aquella florecilla. ¿Es cierto?

—Así es—afirmó lord Antony.

—Entonces, ¿hoy debe de haber recibido un papelito semejante?

—Indudablemente.

—¿Y qué le dirá?—exclamó Susana alegremente—. He oído decir que lo único que aterroza al procurador es esa florecilla escarlata.

—A fe mía—dijo sir Andrew—que aún tendrá tiempo sobrado para estudiar la forma de esa florecita escarlata.

—¡Ah caballero!—suspiró la condesa—. Todo esto parece cosa de novela, y nada comprendo.

—¿Y para qué intentarlo, señora?

—¿Queréis explicarme por qué vuestro jefe y vos empleáis el dinero, gastándolo a manos llenas, y arriesgáis la vida? Porque arriesgáis la vida cada vez que pisáis el suelo francés por salvar a franceses y francesas que ningún interés tendrán para vos.

—Por *sport*, señora condesa; por distracción—aseguró lord Antony con alegre sonrisa y voz fuerte y jovial—. Nuestra nación es la nación de los *sportsmen*, ¿comprendéis?, y a la sazón, el arrancarle al podenco la liebre de entre los dientes viene a ser el *sport* de moda.

—No, no; no es solamente *sport*, señor. Estoy segurísima que la humanitaria obra que emprendéis tiene un móvil más noble que el *sport*.

—A fe mía, señora, que tendría un placer in-

menso en que lo descubrieseis. Pero os juro que me gusta este juego y que jamás tropecé con *sport* más entretenido que el de correr inminentes peligros y escapar de ellos por un pelo. ¡Adelante, siempre adelante!

Pero la condesa movió la cabeza con incredulidad. Parecíale absurdo que aquellos jóvenes, con su famoso jefe, todos ricos y probablemente de familias distinguidas, afrontasen peligros horribles; le constaba que así lo hacían de continuo, sin más móvil que la distracción. En Francia no les resguardaba su nacionalidad, pues todo el que albergaba a algún realista o sospechoso era condenado sin piedad, al ser descubierto, y ejecutado sumarisimamente, cualquiera que fuese su nacionalidad. Y esa partida de jóvenes ingleses, según le constaba, desafiaban al implacable y cruel Tribunal Revolucionario, y dentro de los muros mismos de París, y casi al pie de la guillotina arrebataban las víctimas sentenciadas a muerte. Recordaba temblando los recientes incidentes de su fuga de París con sus dos hijos: oculta bajo el toldo de un destartalado carro y entre un montón de nabos y de berzas, no se atrevía ni aun a respirar, mientras el populacho gritaba en aquella horrorosa barricada occidental: "*A la lanterne les aristos!*" ¡Mueran los aristócratas!

Todo había sido un milagro. Los dos esposos supieron que sus nombres estaban incluidos en la lista de "sospechosos", que el juicio sumarísimo y la condena de muerte les alcanzaría dentro de unos días, quizá dentro de unas horas. Luego, un rayo de esperanza, de salvación: aquella misteriosa epístola, firmada con la enigmática divisa escar-

lata; las claras y perentorias indicaciones; el separarse de su marido, cosa que desgarró el alma de la pobre condesa; después, la esperanza de volver a reunirse con él; la huída con sus dos hijos; la carreta; aquella asquerosa vieja que guiaba y que con su macabro trofeo en el puño del látigo semejava una repugnante y endiablada criatura.

La condesa paseó la mirada en torno suyo; contempló la original y antigua hostería inglesa, la tranquilidad de aquel país de las libertades civiles y religiosas, y cerró los ojos para ahuyentar el espectro de las escenas de la barricada occidental, para no ver la turba, que retrocedió con espanto al oír a la bruja hablar de la peste.

La condesa, oculta en la carreta, esperaba por momentos ser descubierta, presa, procesada y condenada con sus dos hijos; pero los intrépidos ingleses, a las órdenes de su valiente jefe, arriesgaron sus vidas para salvarlos, como antes habían salvado a un sinnúmero de inocentes. ¿Y sólo por distracción? ¡No era posible!

En los ojos de Susana, que estaban clavados en sir Andrew, leía éste claramente la convicción de que, por lo menos él, salvaba a sus semejantes de una muerte terrible e inmerecida por razones más elevadas y más nobles de lo que su amigo la quería hacer creer.

—¿Cuántos hay en vuestra valiente liga, señor? —preguntó tímidamente.

—Veinte en total, señorita —replicó sir Andrew—. Uno que ordena y diecinueve que obedecen. Somos ingleses todos, y todos juramentados a una causa sola: la de obedecer a nuestro jefe en el rescate de los inocentes.

—¡Que Dios os proteja, caballero!—dijo la condesa con fervor.

—Así lo ha hecho hasta la fecha, señora.

—Todo, todo esto es maravilloso para mí. ¡Que seáis tan atrevidos e intrépidos y que os consagréis a vuestros semejantes con tanta entereza!... ¡Y que seáis ingleses, cuando en Francia abunda tanto la traición en nombre de la libertad, de la fraternidad!...

—Sí; en Francia, las mujeres se encarnizaban aún más contra nosotros, los aristócratas, que los mismos hombres—dijo, suspirando, el vizconde.

—Esa es la verdad—añadió la condesa; y en sus entristecidos ojos brilló una mirada de altivo desdén y de intensa amargura—. Por ejemplo, ahí tenéis a aquella mujer, Margarita Saint-Just, que denunció al marqués de Saint-Cyr y a toda su familia ante el horrendo Tribunal del Terror.

—¿Margarita Saint-Just?—dijo lord Antony, echando una rápida y furtiva mirada hacia sir Andrew—. ¿Margarita Saint-Just? Seguramente...

—Sí—contestó la condesa—; seguramente la conocéis. Fué primera actriz de la Comedia Francesa, y recientemente contrajo matrimonio con un inglés. Debéis de conocerla.

—¿Conocerla?—dijo lord Antony—. ¿Conocer a lady Blakeney, la mujer más en boga en Londres, la esposa del hombre más rico de Inglaterra? ¡Pues es claro que todos conocemos a lady Blakeney!

—Fué discípula mía cuando estuve en el convento, en París—replicó Susana—, y juntas vinimos a Inglaterra para aprender vuestro idioma.

Yo quería muchísimo a Margarita, y se me hacía duro creer que cometiese acto tan infame.

—Increíble parece, en verdad—dijo sir Andrew—. ¿Estáis segura que fué ella quien denunció al marqués de Saint-Cyr? ¿Por qué habría de hacer semejante cosa? Seguramente será alguna equivocación.

—Es imposible equivocarse, caballero—replicó la condesa fríamente—. El hermano de Margarita Saint-Just es un conocido y furioso republicano. Según se cuenta, existía entre él y mi primo, el marqués de Saint-Cyr, una enemistad de familia. Los de Saint-Just son plebeyos, y el Gobierno republicano emplea a muchos de ellos como espías. Puedo aseguraros que no ha habido equivocación. ¿No conocéis la historia?

—A fe mía, señora, he oído algunos rumores vagos; pero en Inglaterra no hay quien les dé crédito. El esposo, sir Percy Blakeney, es un hombre riquísimo, de posición elevadísima en la sociedad e íntimo amigo del príncipe de Gales, y lady Blakeney es el árbitro de la moda y una de las elegantes de la sociedad londinense.

—Así será, señor. Nosotros hemos de vivir retraidamente, como es natural; pero Dios quiera que mientras habite yo este bello país no tenga que encontrarme jamás con Margarita Saint-Just.

Una gran tristeza parecía turbar el júbilo de aquel pequeño grupo en derredor de la mesa. Susana tornóse triste y silenciosa; sir Andrew, inquieto, jugaba con el tenedor, mientras la condesa, encerrada en su altivez aristocrática, se mantenía tiesa, rígida e inflexible en su sillón de respaldo alto. En cuanto a lord Antony, dejaba

entrever evidentes muestras de disgusto y cambiaba de vez en cuando miradas de inteligencia con Jellyband, que, como él, parecía hallarse sumamente inquieto.

—¿A qué hora esperáis a sir Percy y a lady Blakeney?—pudo preguntar al mesonero a media voz y sin ser observado.

—De un momento a otro, milord—replicó el interpelado en el mismo tono.

Mientras esto decía se oyó el lejano ruido de un coche que se acercaba y que por momentos se hacía más vivo, hasta que se distinguió un fuerte vocerío y el chocar de los cascos de los caballos contra los guijarros del empedrado. Seguidamente, el mozo de cuadra abrió con ímpetu la puerta del salón, y, entrando de un salto, anunció con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Sir Percy Blakeney y milady! ¡Ya llegan!

Y entre el vocerío, el ruido de los arrees y el resonar de los cascos de las caballerías, se oyó detenerse ante "El Reposo del Pescador" el magnífico coche, tirado por cuatro caballos bayos, de lord Blakeney.

V

MARGARITA

INSTANTÁNEAMENTE se trocó la sala de la hostería, con sus vigas de roble, en escena de irremediable confusión y desarreglo. Al primer aviso del mozo de cuadra, lord Antony, soltando una exclamación de disgusto, se levantó apresuradamente de su asiento e hizo muchos y diversos encargos al desgraciado Jellyband, que, aturdido, parecía no saber qué hacer.

—¡Hombre, por Dios! Tratad de detener a lady Blakeney—le decía al mesonero—. Entretenedla un momento para dar tiempo a que estas señoras se retiren. ¡Voto a tal!—añadió renegando aún más enfáticamente—. ¡Qué contrariedad!

—¡Pronto, Sarita, las velas!—gritó Jellyband mientras corría de aquí para allí, fastidiando espantosamente a los demás.

La condesa se había puesto en pie, manteniéndose grave y majestuosa, mientras se esforzaba en disimular su agitación con la máscara de sangre fría más decorosa.

—No quiero verla, no quiero verla—repetía maquinalmente.

Aumentaba el ruido de voces por la parte de afuera, y todo era ruido por la llegada de huéspedes tan importantes,

—¡Muy buenos, sir Percy! ¡Buenos los tenga, milady! ¡Para serviros, sir Percy!

Larga y seguidamente se oía aquel coro de voces, con las que alternaba una débil voz, que decía:

—¡Una limosna para el pobre ciego; por caridad, tengan compasión de este pobre ciego!

Y de pronto se oyó entre el barullo una voz de dulzura sin par, que decía:

—¡Dejad tranquilo al infeliz y dadle de comer a expensas mías!

La voz no era penetrante, aunque muy melodiosa, con un tonillo especial y un ligero acento extranjero. Todos los del salón la oyeron y se detuvieron instintivamente un momento para escucharla. Sarita, con las velas en la mano, esperaba ante la puerta de enfrente, que daba paso a los dormitorios de arriba; la condesa se disponía a retroceder precipitadamente ante aquella suave y armoniosa voz, y Susanita, aunque de mala gana, se disponía a seguir a su madre y miraba, apesadumbrada, hacia la puerta por donde esperaba ver aparecer a su muy querida y antigua condiscípula.

Jellyband, entonces, abrió la puerta creyendo, tonta y ciegamente, que aún podría evitar la catástrofe que presentía, y en el momento mismo se oyó la misma voz suave y dulce decir, entre risas alegres y una fingida consternación:

—¡Brrrr! Estoy más mojada que un arenque. ¡Jesús, Dios mío! ¡Habrás visto clima más despreciable!...

—¡Susana, ven al momento, lo deseo!—exclamó la condesa, apresuradamente.

—¡Oh mamá!—imploraba Susana.

—Milady..., ejem..., ejem..., milady—decía la

voz de Jellyband, con acento trémulo y débil, mientras que, con disimulo, trataba de obstruirla el paso.

—¡Pardiez, buen hombre!—dijo lady Blakeney, con impaciencia—. ¿Por qué me estorbáis el paso? ¿Por qué saltáis y bailáis en un pie, como las grullas? ¡Dejadme llegar a la lumbre, hombre, que me muero de frío!—Y, apartando con suavidad al mesonero, entró lady Blakeney, majestuosamente, en el salón.

Existen muchos retratos y miniaturas de Margarita Saint-Just, lady Blakeney, como se llamaba a la sazón; pero es dudoso que haya alguno de ellos que haga justicia a su singular belleza. De estatura más elevada de la usual, porte magnífico y figura majestuosa, no es de extrañar que la misma condesa se detuviera un instante para admirarla, involuntariamente, antes de volver la espalda a tan encantadora visión.

Margarita Blakeney apenas contaba veinticinco años, y su belleza estaba en todo su apogeo. El sombrero, grande, de ondulantes plumas, esparcía una leve sombra sobre su clásica frente, coronada de cabellos castaño-rojizos, que estaban entonces sin empolvar. Sus encantadores labios, casi infantiles, y su nariz recta y fina, la barbilla redondeada y la delicada garganta parecían embellecerse con el pintoresco traje de la época. El vestido, de rico terciopelo azul, moldeaba las bellas líneas y los hermosos contornos de su cuerpo; una diminuta mano sostenía, con dignidad característica, el alto bastón, adornado con la gran moña de cintas que las damas de la sociedad acababan de adoptar como moda.

Con una rápida ojada se dió cuenta Margarita Blakeney de cuantos en la habitación se hallaban presentes. Saludó con afabilidad a sir Andrew Foulkes, con una leve inclinación de cabeza, mientras ofrecía su mano a lord Antony.

—¡Hola, milord Tony! ¿Vos por aquí? ¿Qué hacéis en Dover?—preguntó con genialidad.

Y, sin esperar la respuesta, se volvió, encontrándose cara a cara con la condesa y con Susana. Su rostro resplandeció de alegría, y, extendiendo los brazos hacia la joven, dijo:

—¡Pues si es mi Susanita! ¡Pardiez!, bella ciudadanita, ¿cómo te encuentro en Inglaterra? ¡Y también la señora condesa!

Se acercó a ellas, efusivamente, sin la más mínima turbación ni en su ademán ni en su sonrisa. Lord Tony y sir Andrew contemplaban aquella escena presa del más vivo interés. Aunque ingleses, habían visitado Francia muchas veces y habían alternado lo bastante con franceses para poderse hacer cargo de la altivez inflexible y del odio mortal con que la rancia nobleza francesa miraba a todos aquellos que contribuyeron a su ruina. Armando Saint-Just, el hermano de la bella lady Blakeney, aunque reconocidamente moderado y conciliador en sus opiniones, era un fogoso republicano; sus rencillas con la linajuda familia de Saint-Cyr, cuyas verdaderas causas no habían llegado nunca a saberse, dieron por resultado la ruina y la casi completa aniquilación de los Saint-Just, y hoy que sus partidarios habían triunfado en Francia, se encontraba frente a frente con aquellos tres refugiados, que se habían visto precisados a expatriarse para salvar sus vidas, y que

se hallaban despojados de todo lo que poseyeron durante muchos siglos de lujo y de despilfarro; un vástago gentil de aquella misma familia republicana, de aquellos que echaron abajo un trono y desmembraron una aristocracia cuyo abolen-go databa de muchos siglos y se perdía en la te- nebrosa y oscura lontananza del tiempo.

Ella miraba con toda la inconsciente insolencia de la belleza, y les ofrecía su linda mano, como si con aquella sola acción quisiera borrar los ho- rrores y la sangre derramada durante los últimos diez años.

—¡Susana, te prohíbo hablar con esa mujer!
—exclamó la condesa con severidad, cogiendo del brazo a su hija.

Se expresaba en inglés, para que todos la oye- ran y la entendieran; los dos jóvenes ingleses, así como el mesonero y su hija, quedaron horroriza- dos al escuchar tal insolencia en presencia de mi- lady, que era inglesa, por ser esposa de sir Percy, y muy amiga del príncipe de Gales, por más señas.

Lord Antony y sir Andrew Foulkes se miraron atónitos y presenciaron con horror aquel insulto tan injustificado. El uno profirió una exclamación de súplica, el otro de advertencia, y ambos echa- ron una rápida mirada hacia la puerta, por la que se había escuchado una voz lenta y de un timbre agradable.

Únicamente Margarita Blakeney y la condesa de Tournay se mantuvieron, al parecer, impasi- bles. Y esta última, austera, erguida y sumamente altiva, apoyaba aún la mano en el brazo de su hija, y parecía la encarnación misma del orgullo inflexible. El gentil rostro de Margarita palideció

un instante, hasta ponerse blanco como el suave fichú que rodeaba su garganta, y un observador perspicaz hubiera podido notar que la mano con que sostenía el alto bastón adornado de cintas se cerraba con fuerza nerviosa y temblaba ligeramente.

Mas esto fué pasajero: sus cejas se arquearon levemente al instante; una sarcástica sonrisa asomó a sus labios, y con sus claros ojos azules miró frente a frente a la condesa; luego, encogiéndose de hombros, exclamó jovialmente:

—¡Caramba, ciudadana! ¿Qué mosca os ha picado?

—Estamos en Inglaterra, señora—replicóle la condesa fríamente—, y soy libre para prohibir que mi hija estreche vuestra mano amistosamente. ¡Vente, Susana!

Hizo una seña a su hija, y sin volverse a mirar a Margarita Blakeney saludó con una profunda reverencia, al estilo antiguo, a los dos jóvenes, y salió majestuosamente del salón.

Durante el breve silencio que reinó en la habitación se oía el ruido producido por el roce de la falda de la condesa, que se perdía en el corredor. Margarita contempló por unos instantes aquella figura erguida, que desaparecía por la puerta, con una mirada fija, impregnada de coraje; mas al ver a Susanita preparándose, sumisa y obediente, a seguir a su madre, resplandeció en los ojos de lady Blakeney una mirada dulce e ingenua, preñada de cariñoso afecto, desapareciendo al instante su grave continente.

Susanita recogió aquella dulce mirada; el carácter bondadoso de la niña se conmovió de compa-

sión por la bella mujer; la obediencia filial se desvaneció ante su tierna emoción; llegó hasta la puerta, retrocedió y vino corriendo hacia Margarita, y, echándole los dos brazos al cuello, la besó con efusión; después siguió, obediente, a su madre. Tras ella iba Sarita, que sonreía dulcemente, mostrando todos los hoyitos de su rostro, y que antes de salir hizo a milady una última reverencia.

Aquel hermoso y delicado impulso de Susana aflojó un tanto la desagradable tirantez. Sir Andrew siguió con la vista la silueta de la joven, hasta que desapareció por el pasillo. Y entonces sus ojos tropezaron con los de lady Blakeney, que le contemplaba con afán, mientras una alegre sonrisa entreabría sus labios y con lindísima afectación enviaba besos a las damas que por aquella puerta se retiraban.

—¿Conque así andamos?—dijo con jovialidad—. ¡Vaya por Dios, sir Andrew! ¿Habrás visto persona menos simpática? ¡Dios quiera que no me vuelva así cuando llegue a vieja!

Y recogiendo la falda y simulando andares majestuosos, se dirigió, contoneándose, hacia la chimenea:

—¡Susana, te prohibo hablar con esa mujer!
—dijo, imitando la voz de la condesa.

Quizá la risa que acompañó a estas frases fuese dura y falsa, pero ni sir Andrew ni lord Antony eran perspicaces observadores para notarlo. Y tan perfecta fué la imitación, con tal exactitud reprodujo el tono de voz de la condesa, que ambos jóvenes, profundamente admirados, exclamaron a un tiempo:

—¡Bravo!

—¡ Ah lady Blakeney!—añadió lord Tony—. ¡ Cómo os echarán de menos en la Comedia Francesa, y qué odio le tendrán en París a sir Percy por haberles robado su estrella refulgente!

—¡ No es posible, hombre de Dios!—dijo Margarita, encogiendo sus lindos hombros—. No es posible odiar a sir Percy por ningún motivo. Sus chistosas ocurrencias apaciguarían a la mismísima condesa.

El joven vizconde, que había optado por no seguir a su madre en su majestuosa retirada, se adelantó ahora, dispuesto a defender a la condesa si lady Blakeney persistía en sus rechiflas. Pero antes de que pudiese pronunciar la primera palabra de protesta resonó una risa alegre y llena de vanidad, apareciendo al instante en el umbral de la puerta un hombre extraordinariamente alto y ricamente trajeado.

VI

UN PETIMETRE DE 1792

SEGÚN nos cuentan las crónicas de aquella época, sir Percy Blakeney, en aquel año de gracia de 1792, frisaba en los treinta años. Era de estatura elevadísima, aun para ser inglés, ancho de espaldas y macizo de cuerpo; hubiera podido considerársele como extraordinariamente hermoso a no ser por la desidia que se observaba al punto en sus profundos y azules ojos, y por aquella eterna risa inocente que parecía afean las líneas vigorosas y francas de su boca.

Cerca de un año hacía ya que sir Percy Blakeney—hombre de títulos nobiliarios y uno de los más ricos de Inglaterra, árbitro de todas las modas e íntimo amigo del príncipe de Gales—había regresado de un viaje por el Extranjero, acompañado de una bella, encantadora e inteligente esposa francesa, con gran asombro de la elegante sociedad londinense y de Bath. El—el más frío, flemático e insulso inglés, que sólo había logrado siempre hacer bostezar de aburrimiento a las mujeres—, él se había llevado aquel brillante premio matrimonial que, según afirmaban los cronistas, había sido siempre solicitadísimo.

Margarita Saint-Just hacía su *début* en los círculos aristocráticos de París precisamente en el ins-

tante mismo en que estallaba la revolución más enorme que se ha conocido en el mundo dentro de los muros mismos de París. Apenas contaba dieciocho años, pero pródigamente dotada de belleza y de talento, y escudada únicamente por su joven y cariñoso hermano, logró pronto reunir en torno suyo y hacer concurrir a su precioso piso de la calle de Richelieu a una corte de admiradores tan brillante como exclusiva; exclusiva, se entiende, tan sólo desde un punto de vista; Margarita Saint-Just era republicana de principios y de convicciones: la igualdad de nacimiento era su lema; la desigualdad de fortuna no era, a su modo de ver, más que una adversa casualidad, y la única desigualdad que admitía era la del talento.

—El dinero y los títulos pueden heredarse; pero el talento, no—solía decir.

Por lo que su atractivo saloncito estaba reservado para todo lo original, lo intelectual, lo brillante e ingenioso que entre hombres inteligentes y mujeres de talento se podía hallar; y bien pronto llegó a considerarse en el mundo intelectual —que aun en aquellos tiempos y en aquella turbulenta época tenía su esfera en París—que la entrada en su saloncito daba realce a toda carrera artística.

Los hombres de ingenio, de distinción y hasta de posición elevada formaban perpetua y brillante corte en torno de la joven y encantadora actriz de la Comedia Francesa, y cual fulgurante cometa que arrastra tras sí a lo más distinguido y reluciente de la Europa intelectual deslizábase Margarita por entre aquel París republicano, revolucionario y cruel.

Hasta que llegó al colmo. Con indulgente sonrisa lo calificaban unos de excentricidad de artista; los otros, de prudente previsión contra los incidentes que en París se producían, se multiplicaban y se atropellaban. Mas, para todos, el móvil de aquel colmo seguía siendo un rompecabezas y un misterio. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que Margarita Saint-Just se casó cierto día con sir Percy Blakeney; así, como suena, sin avisar a sus amigos, sin la consabida *soirée de contrat*, sin el tradicional *dîner de fiançailles* ni ninguna de las acostumbradas fiestas con que se amenizaban entonces las bodas a la moda francesa.

De qué medios se valió aquel estúpido e insulso inglés para lograr ser admitido en el círculo intelectual que giraba en torno de "la mujer de más ingenio de Europa", como solían llamarla sus íntimos unánimemente, nadie lo consiguió saber, si bien los murmuradores y maledicientes decían, en tono chusco: "Llave dorada abre todas las puertas de par en par."

Pero el caso es que "la mujer de más ingenio de Europa" enlazó su suerte con la del "maldito idiota" Blakeney, y ni aun sus más íntimos amigos podían explicarse tan extraño proceder, a no ser el colmo supremo de la excentricidad. Los amigos, al saberlo, rechazaban la idea de que Margarita Saint-Just hubiese contraído matrimonio con un imbécil únicamente por las ventajas que en el mundo pudiera ofrecerle éste. Les constaba a ciencia cierta que Margarita jamás se había preocupado por el dinero, y menos aún por los títulos nobiliarios; además, había en el mundo cosmopolita que la rodeaba una media docena, por lo menos, de hom-

bres que, aunque menos acaudalados que Blake-ney, le igualaban en nobleza y que se hubieran considerado inmensamente felices ofreciendo a Margarita la posición que su antojo hubiera ambicionado.

En cuanto a sir Percy, todos opinaban que era de todo punto incompetente para haber hecho presa en el alma de la joven. Sus principales méritos parecían consistir en su ciega adoración y su cuantiosa fortuna, unidos a la notable preferencia que le dispensaba la corte de Inglaterra, donde gozaba de gran favor; y, sin embargo, la sociedad londinense opinaba que hubiera obrado con más cordura ofreciendo todos estos méritos a una esposa menos brillante y de ingenio menos singular.

Aunque últimamente era la figura de más relieve en la sociedad inglesa, sir Percy había pasado la mayor parte de sus mocedades en el Extranjero. Su difunto padre, sir Algernos Blakeney, tuvo la terrible desdicha de ver enloquecer, de modo incurable, a su joven e idolatrada esposa al cabo de dos años de felicidad conyugal. Acababa de nacer sir Percy cuando la difunta lady Blakeney fué atacada de aquella terrible dolencia, que por aquel entonces se consideraba incurable y poco menos que el azote de Dios para toda la familia. Marchó sir Algernos con su desventurada esposa al Extranjero, donde se supone que se educó sir Percy. y entre una madre loca y un padre aturdido fué desarrollándose hasta llegar a su mayor edad. La muerte de sus padres, ocurrida al poco tiempo, dejóle libre, y como sir Algernos había hecho forzosamente una vida sencilla y retraída, el caudal de la familia Blakeney se había centuplicado.

Sir Percy viajó por distintos países antes de

instalar en su hogar a su joven y bella esposa francesa. Los elegantes círculos de moda de entonces acogieron con los brazos abiertos a ambos esposos. Sir Percy era rico, su mujer bien educada, y ambos del agrado del príncipe de Gales. A los seis meses, todo el mundo les aclamaba como los "árbitros" de la moda y de la elegancia. Los gabanes de sir Percy eran la comidilla de Londres; citábanse sus sandeces y burlábanse de su risa idiota los jóvenes adinerados en los semanarios satíricos y en los paseos. Que era tonto de remate era cosa sabida y nada extraña, pues todos los Blakeney, durante muchas generaciones, habían sido notoriamente pobres de entendimiento, y este vástago unía, además, la circunstancia de que su madre también había muerto loca.

Sin embargo, la sociedad le aceptaba y le mimaba, admirando sus magníficos trenes y caballos de pura sangre y complaciéndose en asistir a sus fiestas y catar sus soberbios vinos. En cuanto a su casamiento con "la mujer de más ingenio de Europa", había que rendirse a lo inevitable, que llegó con paso certero y rápido. Nadie le compadecía, pues él solo se había buscado su estrella. Abundaban en Inglaterra muchachas bien parecidas y de alta alcurnia que con gusto le hubieran ayudado a derrochar los millones de la familia y hubieran reído sus sandeces, su simpleza y su buen humor. Además, nadie compadecía a sir Percy, pues parecía no necesitar que le compadecieran: tan ufano se hallaba con su inteligente y lista esposa, que parecía importarle un bledo cuanto le rodeaba, y ni siquiera se preocupaba de que ella tuviera tan poco cuidado en disimular el compla-

ciente desprecio que tan evidentemente sentía hacia él, ni de que le hiciera el blanco de sus chanzonetas, aguzando, a expensas suyas, el acerado filo de su sátira ingeniosa y mordaz.

Blakeney era demasiado imbécil para apercibirse de que su mujer le ponía en ridículo; y la sociedad no supo nunca con certeza si sus relaciones conyugales con la encantadora parisina eran todo lo cordiales que sus esperanzas y su leal afecto habían anhelado.

En su hermosa morada de Richmond desempeñaba, con su imperturbable y habitual buen humor, un papel secundario al lado de su inteligente esposa; la colmaba de presentes y de joyas, satisfacía sus menores caprichos y la proporcionaba toda clase de lujos, que ella aceptaba con gracia inimitable. Ella era siempre quien hacía los honores de su soberbia mansión, con la misma afabilidad con que recibía antes a sus reuniones intelectuales de París.

La belleza física de sir Percy Blakeney era indiscutible, a pesar de su habitual expresión de indolencia y de aburrimiento. Vestía irreprochablemente, exageraba las modas de modo increíble, y era siempre el primero en introducir en Londres las últimas novedades de París, con el buen gusto innato de un acabado y perfecto *gentlemen* inglés. Y particularmente aquella tarde de septiembre, a pesar de su largo viaje en coche y de la lluvia y el barro, vestía un gabán de corte irreprochable que caía sobre sus magníficos hombros como en un maniquí, y sus manos, de una blancura y suavidad afeminadas, asomaban por entre las plisadas golas de finísimos encajes de Malinas; la levita,

de raso, extravagantemente corta de talle; el chaleco, de amplísimas solapas, y el ajustado pantalón rayado, ponían de relieve su robusta configuración, y en sus ratos de inmovilidad podía admirarse un soberbio ejemplar de virilidad inglesa; mas cuando sus afectados gestos y modales, acompañados de aquella risita estúpida, volvían a aparecer, terminaba bruscamente toda la admiración que pudiera sentirse por sir Percy Blakeney.

Había penetrado en el salón de la vieja hostería con ceremoniosa insolencia, sacudiéndose la lluvia del elegante gabán; y, colocando el dorado armazón de su monóculo en uno de sus apáticos ojos azules, contempló aquel grupo, que guardaba un repentino y para él incomprensible silencio.

—¿Qué tal, Tony? ¿Cómo estamos, Foulkes? —dijo reconociendo a ambos jóvenes y alargándoles la mano—. ¡Voto a bríos, querido amigo! —añadió, disimulando un ligero bostezo—. ¡Habrás visto día más brutal! ¡Qué maldito clima!

Margarita, con una risa original, mezcla de desconcierto y de sarcasmo, habíase vuelto hacia su marido y le miraba de pies a cabeza, con un alegre pestañear de sus claros ojos azules.

—¡Vaya por Dios!—exclamó sir Percy al ver que el silencio se prolongaba demasiado y nadie hacía comentario alguno. ¡Qué corridos parecís todos! ¿Qué sucede?

—¡Oh, no es nada, sir Percy!—replicó Margarita con cierta genialidad que, sin embargo, parecía un tanto forzada—; nada que pueda turbar vuestra serenidad; se trata sólo de un insulto inferido a vuestra esposa.

La sonrisa con que acompañó estas frases tenía,

sin duda, el evidente propósito de tranquilizar a sir Percy acerca de la gravedad de lo ocurrido. Y al parecer, lo consiguió, porque éste, mezclando su risa a la de ella, replicó con candidez:

—¡Vaya por Dios, querida! ¿Será posible? ¡Caramba! ¿Y quién ha sido el insolente que se ha atrevido a ello?

Quiso interponerse lord Tony, mas no tuvo tiempo: ya el vizconde se había adelantado apresuradamente.

—¡Caballero!—dijo, empezando su pequeño discurso con una primorosa reverencia y hablando en inglés chapurrado—: mi madre, la condesa de Tournay de Basserive, ha ofendido a esta dama, que, según veo, es vuestra esposa. No puedo pedirle perdón en nombre de mi madre; para mí, todo cuanto mi madre hace está bien hecho; pero estoy dispuesto a ofrecerles la satisfacción de rigor entre hombres de honor.

E incorporando su frágil y delgado cuerpecito todo lo que pudo, miró el joven de pies a cabeza a sir Percy Blakeney con aire de fiereza y fogosidad, al par que una mirada de entusiasmo brilló en sus negras pupilas.

—¡Dios santo, sir Andrew!—dijo Margarita, soltando una de sus alegres y contagiosas carcajadas—. ¡Contemplad este precioso cuadro: el pavo inglés y el gallito francés de Bantam!

La semejanza era perfectísima, y el pavo inglés, completamente aturdido, miraba al gracioso gallito francés revolotear en torno suyo con aire amena-

zador.

—¡Válgame Dios, caballero!—dijo, por fin, sir Percy, ajustándose el monóculo e inspeccionando

al francesito con franca extrañeza—. En nombre de la vindicta pública, ¿queréis decirme dónde diantre aprendisteis el inglés?

—¡Caballero!—protestó el vizconde, enojado ante la interpretación que daba a sus ademanes belicosos aquel inglés de imponente aspecto.

—¡Sí que es una maravilla!—prosiguió sir Percy imperturbable—. ¡Soberbiamente maravilloso! ¿No os parece, Tony? No poseo yo con tanta perfección la jerga francesa, ¿verdad?

—No; doy fe de ello—replicó Margarita—. Sir Percy tiene un acento británico que se conoce en seguida.

—Caballero—exclamó de nuevo el vizconde, muy serio y en inglés más chapurrado todavía—, temo que no me hayáis entendido. Os ofrezco la única satisfacción que puede haber entre hombres de honor, entre caballeros.

—¿Y qué demonios es eso?—preguntó sir Percy suavemente.

—¡Mi espada, caballero!—replicó el vizconde, que, aunque confuso, empezaba a perder los estribos.

—Vos, que sois un perfecto *gentleman*, lord Tony—dijo Margarita alegremente—, os apuesto diez contra uno en favor del gallito francés.

Pero sir Percy miró de hito en hito y con soñolienta mirada al vizconde un breve rato; luego, tapándose la boca para ocultar otro bostezo, estiró sus largas piernas, y volviéndose lentamente, dijo entre dientes con visibles muestras de buen humor:

—¡Dios os bendiga, hombre! ¡Qué demonio de joven! ¿Y para qué quiero yo vuestra espada?

Los pensamientos y las emociones del vizconde en aquel momento, al verse tratado con tan marcada insolencia por aquel zancudo inglés, llenarían páginas enteras de sanas meditaciones. Y, sin embargo, todo cuanto dijo quedó reducido a una sola frase articulada, pues las otras palabras quedaron ahogadas por su iracunda agitación.

—¡Un duelo, caballero!—balbució.

Blakeney se volvió de improviso y contempló a aquel colérico jovenzuelo, sin que por un instante se turbara su admirable buen humor. Con su característica sonrisa estúpida, deslizó las delicadas y largas manos en los amplios bolsillos de su gabán, y enunciando sus palabras con lentitud, dijo:

—¿Un duelo?... ¡Vaya por Dios!... ¿Era eso lo que queríais decir? ¡Caracoles! ¡Sois un joven matachín y sanguinario! ¿Tenéis ganas de agujerearle la piel a un hombre de bien?... Pues os diré, señor mío, que yo no me he batido —añadió, sentándose tranquilamente y volviendo a estirar sus largas piernas—. ¡Maldito lo que tienen de agradable los duelos! ¿Verdad, Tony?

El vizconde había oído, sin duda, hablar vagamente de que la costumbre del duelo entre caballeros se había prohibido rigurosamente en Inglaterra, y que la ley castigaba con mano dura los desafíos; sin embargo, él, como francés, para quien las nociones de caballerosidad y de honor se basaban en un código apoyado en muchos siglos de tradición, encontraba poco menos que monstruoso el espectáculo de un *gentleman* que rehusara aceptar un duelo. Hállabase perplejo, indeciso entre despreciar a aquel flemático inglés o abofe-

tearle y llamarle cobarde; pero le detenía el pensamiento de si tal proceder en presencia de una dama pudiera interpretarse como indigno de un caballero, cuando oportunamente intervino Margarita.

—Lord Tony—dijo con aquella suave y dulce voz—: ruégoos hagáis las veces de pacificador. Este muchacho está furioso y sería capaz de agredir a sir Percy—añadió con el más cruel sarcasmo y una risita sardónica, que no hizo la menor huella en la plácida serenidad de su esposo, y, volviéndose, exclamó en tono burlón—: ¡Ganó el pavo inglés! Sir Percy es capaz de enojar a todos los santos de la corte celestial sin perder entre tanto su habitual buen humor.

Pero Blakeney, de buen talante, como siempre, se reía de sí mismo, coreando a los demás.

—¡Mirad qué sutileza!, ¿verdad?—dijo, volviéndose amablemente hacia el vizconde—. Mi esposa es una mujer de ingenio, caballero. ¡Ya tendréis ocasión de apreciarlo si vivís algún tiempo en Inglaterra!

—Tiene razón sir Percy, vizconde—dijo lord Antony, interviniendo y apoyando amistosamente la mano sobre el hombro del joven francés—. No sería prudente que empezaraís vuestra carrera en Inglaterra provocando un lance con sir Percy.

El vizconde vaciló aún unos instantes; luego, encogiéndose ligeramente de hombros ante el tan singular código de honor que regía en aquel país de las nieblas, dijo con profunda dignidad:

—¡Perfectamente! Si el señor se halla satisfecho, por mí queda ventilada la cuestión. Vos, milord, sois nuestro protector. Si he obrado mal, perdonadme; me retiraré.

—Sí, hacedlo—replicó sir Blakeney, con un profundo suspiro de satisfacción—; retiraos al otro lado de la estancia. ¡Maldito cachorrillo, vaya un temple!—murmuró entre dientes—. A fe mía, Foulkes—añadió en alta voz—, si es ésta una muestra de la mercancía que vos y vuestros amigos importáis de Francia, os aconsejo la tiréis al agua en medio de la Mancha, amigo mío, pues si no, tendré que consultar con el amiguito Pitt, y he de aconsejarle que imponga una tarifa prohibitoria, y si persistís en el matute, que os ponga con él a buen recaudo.

—¡Vaya por Dios, sir Percy! Vuestra caballerosidad os extravía—dijo Margarita con coquetería—. Olvidáis que también vos importasteis de Francia un bulto de mercancía análoga.

Blakeney se levantó con gran calma, y haciendo una profunda y ceremoniosa reverencia, dijo con consumada galantería:

—Es que yo, señora, logré conseguir la flor y nata del mercado, y mi buen gusto es infalible.

—Más aún que vuestra caballerosidad, según me temo...—contestó ella sarcásticamente.

—¡Por vida de Belcebú, querida mía, sed razonable! ¿Creéis acaso que voy a permitir que haga de mi cuerpo un acerico el primer zascandil que no tenga el buen gusto de admirar la belleza de vuestra nariz?

—¡Por Dios, sir Percy!—dijo lady Blakeney. Y haciéndole una original y gentil reverencia:

—¡Nada temáis! No es a los hombres a quienes desagrada la forma de mi nariz.

—¡Qué miedo ni qué demonios! ¿Dudáis acaso de mi valor, señora? No en balde soy parti-

dario del boxeo, ¿verdad, Tony? Más de una vez he boxeado con Red Sam. ¡Vaya!, y que no le salió la cuenta bien del todo conmigo.

—A fe mía, sir Percy—digo Margarita con una alegre y estrepitosa carcajada que resonó en todos los ámbitos de la estancia—, hubiera querido veros entonces. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué lindo cuadro ofreceríais! Y... y tenerle miedo a un muchachillo francés... ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je!—reía también sir Percy con excelente humor—. ¡Vaya por Dios, señora, me honráis! ¡Caramba, Foulkes, fijaos bien: he conseguido hacer reír a mi mujer!... ¡La mujer de más ingenio de Europa!... ¡Caracoles! Eso bien merece un ponche para celebrarlo dignamente—. Y dando fuertemente con el puño cerrado en la mesa que tenía al lado, gritó—: ¡Eh, Jellyband! ¡Pronto, hombre!

Volvió a restablecerse la concordia, y Jellyband, haciendo un prodigioso esfuerzo, logró recobrar la serenidad perdida con las muchas emociones experimentadas en los últimos treinta minutos.

—Un ponche, Jelly; caliente y fuerte, ¿eh?—dijo sir Percy—. Hay que remojar la agudeza con que conseguí hacer reír, en este momento mismo, a la mujer de más ingenio... ¡Ja, ja, ja!... ¡Aprisa, mi buen Jelly!

—Ya no hay tiempo, sir Percy—interpuso Margarita—. Dentro de un momento vendrá el patrón, y mi hermano tendrá que embarcarse, si el *Day-Dream* ha de aprovechar la subida de la marea.

—¿Tiempo, querida mía? De sobra lo tiene cual-

quier *gentleman* para emborracharse y coger el barco antes de que baje la marea.

—Creo, milady—dijo Jellyband, respetuosamente—, que viene ya el señor con el patrón de la goleta de sir Percy.

—Pues, precisamente—dijo Blakeney—. Armando llega a tiempo para beber con nosotros el espumoso ponche. ¿Creéis, Tony, que aquel mequetrefe de vuestro amigo—añadió, volviéndose hacia el vizconde—querrá beber también una copa con nosotros? Decidle que la beberemos en señal de reconciliación.

—En fin, parecéis tan divertidos—dijo Margaritha—, que confío en que me perdonaréis si me despido de mi hermano en otra habitación.

Hubiese sido de mal tono protestar. Lord Antony y sir Andrew comprendieron al punto que no podía lady Blakeney sentirse en aquel momento muy en armonía con ellos. El fraternal cariño que sentía hacia su hermano, Armando Saint-Just, era sumamente profundo. Acababa de pasar éste una temporada con ella, en su morada inglesa, y regresaba ahora para servir a su patria, precisamente en el momento en que la más constante devoción solía ser recompensada con la muerte.

Tampoco trató sir Percy de detener a su esposa. Con aquella cortesía consumada y un tanto afectada que caracterizaba todos sus gestos, abrió la puerta del salón para dar paso a su esposa, haciéndole la más correcta y pulcra reverencia que la moda de aquella época exigía al pasar ella majestuosamente por su lado, sin dirigirle sino una rápida y desdeñosa mirada. Tan sólo sir Andrew Foulkes, que desde que conoció a Susana de

Tournay parecía haberse hecho más hondamente susceptible, notó la ardiente y apasionada mirada con que el imbécil y locuaz sir Percy siguió la silueta de su encantadora esposa hasta perderla de vista.

VII

U

Había cesado la lluvia. Entre las nubes que
rápidas cruzaban el horizonte penetraban los
rayos del sol, que tras la tormenta iluminaban las
bellas y altas costas de Kent y las antiguas y
desiguales casas agrupadas alrededor del ruine
del Administrador. Margarita Blakeney salió al
portal y contempló el mar. Sobre el vértice londo
del firmamento se dibujaba la silueta de un cis-
ne que volaba con sus blancas alas desplega-
das que se balanceaba suavemente con la brisa.
Era el Day-Dream, el vate del sir Percy Blakeney,
que estaba listo para darse a la mar, para
conducir a Urania a Armado. Saint-Just que
volvía al tubalento y cruel centro de aquella re-
volución que había destruido sus glorias.
que implacablemente perseguía sus religión que
destruía una sociedad para tratar de reedificar



VII

EL RINCONCITO OCULTO

UNA vez fuera de aquel bullicioso salón, al hallarse sola en la penumbra del corredor, Margarita Blakeney pareció respirar con más libertad. Suspiró profundamente, como lo hace aquel que por largo tiempo se siente oprimido por el grave peso del constante dominio de sí mismo, y no se cuidó siquiera de las lágrimas que bañaban sus mejillas.

Había cesado la lluvia. Entre las nubes que, rápidas, cruzaban el horizonte penetraban los rayos del sol, que tras la tormenta iluminaban las bellas y alegres costas de Kent y las antiguas y desiguales casas agrupadas alrededor del muelle del Almirantazgo. Margarita Blakeney salió al portal y contempló el mar. Sobre el variable fondo del firmamento se dibujaba la silueta de un elegante bergantín, con sus blancas velas desplegadas que se balanceaba suavemente con la brisa. Era el *Day-Dream*, el yate de sir Percy Blakeney, que estaba listo para darse a la mar, para conducir a Francia a Armando Saint-Just, que volvía al turbulento y cruel centro de aquella revolución, que había derrumbado una monarquía, que implacablemente perseguía una religión, que destruía una sociedad para tratar de reedificar

sobre las cenizas de la tradición una nueva utopía con la que pocos soñaban y ninguno se sentía con fuerzas para establecer.

Veíanse en lontananza dos siluetas que se acercaban a paso rápido a "El Reposo del Pescador": una, la de un hombre aviejado, cuya redonda y abultada cara estaba rodeada de largas melenas de pelo canoso, y que se movía con aquellos vaivenes singulares tan característicos en todo marino; la otra, la de un joven esbelto, que vestía un gabán oscuro de muchas esclavinas y de impecable corte; estaba pulcramente afeitado y sus negros cabellos, echados muy atrás, dejaban ver una frente noble y despejada.

—¡Armando!—exclamó Margarita Blakeney tan pronto como sus ojos descubrieron a lo lejos a su hermano. Y una alegre sonrisa iluminó, a través de las lágrimas, su dulce rostro. A los pocos minutos abrazábanse cariñosamente los dos hermanos, mientras el viejo patrón se apartaba con respeto.

—¿Qué tiempo nos queda, Briggs, para el embarque de monsieur Saint-Just?—preguntó lady Blakeney.

—Antes de media hora debemos levar anclas, milady—replicó el viejo, tirándose de la canosa melena.

Colgóse Margarita del brazo de su hermano y lo condujo hacia las rocas.

—Media hora—dijo, contemplando el horizonte con anhelo—. Dentro de media hora estarás lejos de mí, Armando. ¡Oh, no puedo creer que te vayas, querido mío! Como un ensueño se han deslizado estos últimos días en que Percy ha estado ausente y te he tenido para mí sola.

—No me voy lejos, bien mío—dijo el joven con ternura—; no tengo que cruzar más que un reducido estrecho y andar unas cuantas leguas de carretera; pronto puedo volver.

—Si no es por la distancia, Armando, sino por aquel horrendo París. ¡Ahora!...

Habían llegado al borde del acantilado. La suave brisa del mar, soltando los cabellos de Margarita, los agitaba como penachos de pluma, haciendo flotar también los adornos del blando fichú de encajes, que se arrollaba a su talle cual blanca y flexible serpiente. Con su vista quería penetrar los lejanos horizontes, tras los cuales se hallaban las costas de Francia; de Francia, que inexorable y severa exigía de sus más nobles hijos el tributo de su sangre.

—Es nuestro bello país, Margarita—dijo Armando, pareciendo adivinar sus pensamientos.

—Es que en nuestra patria van demasiado lejos, Armando—dijo ella con vehemencia—. Tú eres republicano... y yo también...; tenemos idénticas ideas, idéntico entusiasmo por la libertad y la igualdad...; pero estoy segura de que tú mismo comprendes que van demasiado lejos en sus represalias...

—¡Silencio!—dijo Armando instintivamente y echando una rápida mirada en torno suyo.

—¡Ah! ¿Lo ves? No crees estar seguro al hablar de estas cosas ni aun aquí, en Inglaterra—y repentinamente se abrazó a él con profundo y maternal cariño—. ¡No te vayas, Armando!—imploraba—. ¡No vuelvas allí! ¿Qué sería de mí si... si... si...?

Y los sollozos ahogaban su voz, mientras sus

tiernos y cariñosos ojos azules suplicaban al joven, que, clavando en ellos los suyos con firmeza, dijo con ternura:

—En todo caso serías mi valiente hermana, que no debe olvidar nunca que cuando Francia está en peligro sus hijos no deben volverle las espaldas.

A medida que hablaba, la sonrisa reaparecía en los labios de Margarita: una sonrisa dulce, ingenua y cariñosísima, que parecía ahogada en lágrimas.

—¡Oh Armando!— dijo con vehemencia—. ¡Cuántas veces he deseado que no tuvieras tantas y tan nobles virtudes! Te aseguro que tus peccadillos ofrecen menos peligro y proporcionan menos disgustos. Pero serás prudente, ¿verdad?—añadió muy seria.

—En lo que sea posible, te lo prometo.

—Acuérdate, querido mío, que no tengo a nadie más que a ti que... que... mire por mí...

—¡No digas eso, nena mía! Ahora tienes otro cariño. Percy te quiere...

—Me quería... antes...—murmuró Margarita, y una mirada de extraño anhelo asomó a sus ojos.

—Pero, seguramente...

—Vamos, vamos, querido niño mío, no te apenes por mí. Percy es muy bueno...

—¡Pues no he de apenarme por ti, Margaritina mía! Claro que sí—interrumpióle Armando con energía—. Escúchame, bien mío. Si antes no te hablé de esto fué porque algo parecía prohibirme que te interrogara. Mas ahora me es imposible ya dejarte sin hacerte una pregunta. Si no quieres, no la contestes—añadió al notar que bri-

llaba en los ojos de Margarita un fulgor extraño y receloso.

—¡Habla!—dijo sencillamente.

—¿Sabe sir Percy Blakeney que..., quiero decir, conoce el papel que desempeñaste en el encarcelamiento del marqués de Saint-Cyr?

Margarita dejó asomar a sus labios una sonrisa triste y llena de amargura, que contrastaba con el timbre de su armoniosa voz.

—¿Que yo denuncié al marqués de Saint-Cyr, quieres decir? ¿Que lo denuncié a aquel tribunal que lo condenó a él y a toda su familia a la guillotina? ¡Sí, lo sabe! Se lo conté después de habernos casado...

—¿Le relataste las circunstancias... que te ponían a cubierto de toda inculpación?

—Era demasiado tarde para hablar de las circunstancias; ya le había contado otro la historia, y, al parecer, mi confesión llegó tarde. Ya no podía alegar circunstancias atenuantes; no podía rebajarme tratando de explicar...

—Continúa... ¿Qué más?

—Que ahora, Armando, tengo ya la absoluta convicción de que el imbécil mayor de Inglaterra siente hacia su esposa el más profundo menosprecio.

Era tanta la amargura que rebosaba en sus palabras, que Armando, que la quería con toda el alma, sintió que había abierto imprudentemente una herida dolorosa, de la que brotaba sangre.

—Pero sir Percy te amaba, Margarita—volvió a decir con dulzura.

—¿Que me amaba? Hubo un tiempo, Armando, en que así lo creí; si no, no me hubiera casado

con él. No dudo—añadió, hablando con rapidez, como aliviada de quitarse, por fin, la pesada carga que le oprimía desde hacía muchos meses—, no dudo que hasta tú mismo creíste, como todos, que me casé con sir Percy por sus riquezas; pero te aseguro, querido mío, que no fué así. Parecía adorarme con una pasión tan intensa, que me llegó al alma. Bien sabes que a nadie había amado antes, y tenía entonces veinticuatro años; de manera que creía, como era natural, que mi temperamento no estaba hecho al amor. Pero siempre se me figuraba que debía ser excelsa la sensación de ser amada ciegamente, con pasión, con idolatría...; esto es, adorada sin reservas, por entero..., y precisamente porque Percy era un memo y un idiota me gustaba y me atraía más, porque suponía que habría de quererme mucho. Al hombre de ingenio le reclaman otras obligaciones, como es natural; al hombre ambicioso, otras esperanzas; pero un hombre necio se me figuraba que sólo se ocuparía de adorar, sin preocuparse de nada más. Y estaba deseosa de corresponder a su pasión, Armando; me hubiese dejado adorar y, a mi vez, le hubiera ofrecido una ternura inmensa...—y acompañó estas frases con un hondo suspiro, que encerraba todo un mundo de ilusiones perdidas.

Armando Saint-Just la había dejado hablar sin interrumpirla; la escuchaba mientras sus propios pensamientos se perdían en el vacío. Era terrible ver a una mujer joven y bella, casi una niña, y apenas en los umbrales de la vida y ya perdidas las esperanzas, las ilusiones, aquellos dorados y fantásticos ensueños que hacen de la juventud un hermoso y eterno edén.

Y, sin embargo, quizá—aunque quería entrañablemente a su hermana—, quizá comprendía; había estudiado a los hombres de muchos países, de todas las edades, de todas las esferas sociales e intelectuales, y para sus adentros comprendía lo que Margarita no quiso revelar. Concedido que Percy Blakeney era lerdo; pero aún podía caber en aquel torpe cerebro el orgullo propio del descendiente de un antiquísimo linaje de *gentlemen* ingleses. Un Blakeney murió en el campo de Bosworth, y otro sacrificó vida y hacienda por un Estuardo traidor; y ese mismo orgullo, que el republicano Armando calificaría tal vez de absurdo y parcial, debió de ser herido en lo más vivo al conocer el hecho de que era culpable lady Blakeney. Era muy joven entonces, equivocada y mal aconsejada, tal vez. Eso lo sabía Armando; y aquellos que se aprovecharon de los pocos años que tenía Margarita, de sus vehementes impulsos y de su falta de prudencia, lo sabían aún mejor; pero Blakeney era corto de inteligencia; sin duda no reparó en las “circunstancias”, se aferró a los hechos, y éstos le mostraron a lady Blakeney denunciando a un semejante ante aquel tribunal que no sabía perdonar, y el desprecio que aquella acción había de causarle, por inconsciente que fuera, por fuerza tenía que matar su cariño, en el que no podían participar ni la simpatía ni el entendimiento.

Pero, aun así, se hallaba perplejo ante su propia hermana. ¡Hay en la vida y en el amor caprichos tan extraños! ¿Sería posible que con la frialdad y el desamor de su marido se hubiera encendido en el corazón de Margarita un cariño ardiente y apasionado hacia él? En la senda del amor suelen

tocarse los más singulares extremos, y cabía en lo posible que una mujer como ella, que había tenido a sus pies a casi todos los hombres de talento de Europa, se hubiera enamorado de un tonto.

Margarita miraba al sol, que se ponía lentamente; Armando no podía verle la cara, y, sin embargo, parecióle ver algo que, reluciendo en la dorada luz crepuscular, se desprendió de sus ojos y fué a caer en el lindo fichú de encaje.

Mas aquel asunto no era posible tratarlo con ella. Conocía demasiado bien su ardiente y apasionado carácter y parecía comprender el misterio que ocultaba bajo sus llanos y francos modales.

Habían estado siempre juntos; habíanse criado los dos en íntimo contacto, pues sus padres murieron cuando Armando era un mozalbete y Margarita muy niña aún. Le llevaba él unos ocho años, y siempre había velado por ella hasta que se casó; la había escudado durante aquellos años felices que vivieran en el piso de la calle de Richelieu, y vió con profunda pena y cierta mezcla de presentimiento el desarrollo de su nueva existencia en Inglaterra.

Esta era su primera visita desde que Margarita se casó, y todo hacía creer que aquellos cuantos meses de separación habían dejado caer un finísimo y ligero velo, que se interponía entre los dos hermanos. Existía el mismo intenso y profundo cariño, sí; pero ahora parecía que cada uno de ellos guardaba en lo más recóndito del alma un rinconcito oculto en que el otro no osaba penetrar.

Muchas cosas había que Armando Saint-Just no podía contar a su hermana: el aspecto político de la revolución en Francia cambiaba casi a diario;

quizá no pudiera ella comprender que sus opiniones y sus simpatías podían modificarse a medida que tomaban incremento los horribles excesos que cometían los que fueron sus amigos. Y Margarita no podía revelar a su hermano los secretos de su alma; apenas si los comprendía ella misma; sólo sabía que en medio de tanto lujo se sentía abandonada y no era feliz.

Y hoy marchaba Armando; temía por su vida, anhelaba su presencia. No quería perder estos últimos, tristes, pero dulces momentos que les quedaban para estar juntos, hablando de sí misma. Guióle lentamente por la costa hasta llegar a la playa, apoyando cariñosamente su brazo en el de su hermano; tenían todavía mucho que decirse, pero todo ajeno a lo que guardaban en el rincón oculto de sus almas.

VIII

EL AGENTE AUTORIZADO

EL día moría rápidamente, y el largo y frío crepúsculo veraniego de Inglaterra extendía su nebuloso manto sobre la verde campiña de Kent.

El *Day-Dream* se había hecho a la vela, y Margarita Blakeney hacía media hora que estaba sola en la costa, observando aquellas blancas velas que alejaban de su lado tan velozmente al único ser que realmente la quería, a quien ella amaba entrañablemente y en quien únicamente podía confiar.

A la izquierda, y a corta distancia de allí, las luces del salón de "El Reposo del Pescador" brillaban, amarillentas, entre la niebla, que se espesaba más y más; a ratos, sus doloridos nervios parecían hacerle percibir el bullicio y la divertida charla que venían de aquella dirección, y hasta creía distinguir la eterna risa estúpida de su marido, que siempre lastimaba sus sensibles oídos.

Sir Percy había tenido la delicadeza de dejarla completamente sola. Suponía ella que tal vez comprendiera él, con su bondadosa estupidez, su anhelo de estar sola mientras aquellas blancas velas desaparecían en la confusa lontananza. El, cuyas nociones de conveniencia y de decoro eran extremadas, no había indicado siquiera la idea de que

un sirviente se hallase, para caso de necesidad, al alcance de su voz. Margarita le agradecía todo esto a su esposo y procuraba siempre darle pruebas de agradecimiento por sus constantes cuidados, por su generosidad, que realmente no tenía límites. Hasta pugnaba a veces por reprimir los sarcásticos y amargos pensamientos que sobre él tenía y que la obligaban a pesar suyo a proferir frases crueles, insultantes, con la vaga esperanza de zaherirle.

Sí, con frecuencia anhelaba lastimarle para que se convenciera de que ella también le despreciaba, de que también ella se había olvidado de que una vez casi le amó. Amó a aquel insulto fatuo, que parecía incapaz de pensamientos más elevados que los que se relacionaban con una corbata o con el nuevo corte de algún gabán. ¡Bah!... ¡Y, sin embargo!... Vagos recuerdos, dulces, ardientes, en armonía con el tranquilo crepúsculo de aquella tarde de estío se agolpaban en confuso tropel a su memoria y se mecían en las invisibles alas de la suave brisa del mar; recuerdos de aquellos tiempos en que él empezó a adorarla con devoción, como un esclavo, con un amor latente, tan intenso que la fascinaba.

Pero repentinamente todo aquel amor pareció desaparecer por completo; toda aquella adoración que mientras duró el noviazgo le había parecido algo así como la servil fidelidad de un perro, se había desvanecido. Veinticuatro horas después de aquella sencilla y corta ceremonia de la bendición nupcial en la vieja iglesia de Saint-Roch, hábale contado cómo por inadvertencia habló de ciertos asuntos relacionados con el marqués de Saint-Cyr, en presencia de unos amigos suyos, que utilizaron

sus palabras para denunciar al infortunado marqués y hacerle perecer en la guillotina con toda su familia.

Margarita odiaba al marqués; hacía muchos años que Armando, su hermano querido, amaba a Angela Saint-Cyr; pero Saint-Just era plebeyo, y el marqués estaba inbuído del orgullo y de los arrogantes prejuicios de su clase. Armando, el respetuoso y tímido amante, se aventuró un día a enviar al ídolo de sus ensueños una pequeña poesía llena de entusiasmo, llena de ardor y de apasionamiento. A la noche siguiente le acecharon los criados del marqués de Saint-Cyr en las afueras de París, y le apalearon ignominiosamente, como se apalea a un perro, hasta dejarle casi exánime y sin vida sólo porque osó levantar los ojos hacia la hija de un aristócrata. Incidentes de esta índole ocurrían en Francia casi a diario por aquel entonces, unos dos años antes de la gran revolución, y fueron los que dieron lugar a las crueles represalias que unos cuantos años después hicieron caer bajo la cuchilla de la guillotina a la mayoría de aquellas altivas cabezas.

De todo esto se acordaba Margarita. ¡Cuánto debió de sufrir su hermano, ofendido en su dignidad de hombre, en su orgullo, en su amor propio! Su sufrimiento debió de ser espantoso. Jamás se atrevió ella a analizarlo ni a escudriñarlo.

Llegó después el día del justo castigo. Saint-Cyr y sus iguales se dieron cuenta de que sus amos eran los mismos plebeyos a quienes despreciaban. Armando y Margarita, dos espíritus preclaros, con el entusiasmo propio de su edad, adoptaron las doctrinas utópicas de la revolución, mientras el mar-

qués de Saint-Cyr y su familia pugnaban por retener aquellos privilegios que los encumbraban socialmente por encima de sus semejantes. Margarita, impulsiva y ligera, sin pesar el sentido de sus palabras, resentida aún por la atroz ofensa que su hermano recibiera de parte del marqués, se enteró por casualidad en su corrillo particular que los de Saint-Cyr estaban en traidora y secreta inteligencia con Austria, con el fin de conseguir el apoyo del emperador para sofocar en su país la revolución, que cada vez tomaba mayor incremento.

Una sola denuncia bastaba en aquella época; unas irreflexivas palabras de Margarita con referencia al marqués de Saint-Cyr dieron su fruto en veinticuatro horas. Fué preso el marqués. Registraron sus papeles y hallaron en los cajones de su escritorio cartas del emperador de Austria prometiendo envíos de tropas para pelear con el populacho de París. Fué acusado de delito de lesa majestad y condenado a la guillotina por traidor a la patria, compartiendo su mujer y sus hijos la misma suerte atroz.

Horrorizada Margarita ante las consecuencias de su imprudente ligereza, se encontró impotente para salvar al marqués; su tertulia particular y todos los jefes del movimiento revolucionario la aclamaban como a una heroína; y al contraer matrimonio con sir Percy Blakeney no se hizo cargo, tal vez, de la austeridad con que juzgaría aquél la falta que inadvertidamente cometió y que aún oprimía de un modo horrible su alma. Todo se lo confesó a su marido, confiada en aquel ciego amor, en aquella ilimitada influencia que sobre él ejercía, creyendo que lograría hacerle olvidar pronto

la mala impresión que pudiera causarle el desastroso efecto que pudiera producir en los oídos de un buen inglés.

De momento pareció, efectivamente, tomarlo todo con imperturbable calma; hasta parecía no comprender el sentido de lo que le contaba; pero lo cierto fué que desde aquel momento mismo desapareció por completo aquella idolatría; jamás volvió a ver en él la más insignificante prueba de aquel amor que durante algún tiempo creyó que le pertenecía en absoluto, que era exclusivamente suyo. Un abismo inmenso se abrió entre ambos; quedaron distanciados el uno del otro: sir Percy pareció haberse despojado del amor ardiente que le había profesado, como de un guante que le disgustaba. A pesar de sus esfuerzos para exasperarle con los acerados dardos que su sorprendente inventiva dirigía contra su torpe entendimiento, nada lograba; trató de encender sus celos, ya que no era posible estimular su amor, y quiso aguijonearle para que se defendiera; mas todo en vano, todo fué inútil: cuanto hacía o decía se estrellaba contra la irritante pasividad de sir Percy. Nada le hacía alterarse, continuaba impasible, articulando con lentitud sus palabras, como medio adormilado; siempre cortés, invariablemente galante. Todo lo que el mundo y un esposo acaudalado podían ofrecer a una mujer bonita era suyo, y, sin embargo, tan pronto como se perdieron entre las negras brumas de aquel bello crepúsculo del estío las blancas velas del *Day-Dream*, Margarita se sintió más sola que el pobre vagabundo que se arrastra fatigosamente por entre las toscas rocas del acantilado.

Margarita Blakeney dejó escapar otro profundo suspiro, y volviéndose de espaldas al mar abandonó las escarpadas rocas y se dirigió con paso lento hacia "El Reposo del Pescador". A medida que iba aproximándose hacíaase más claro y más perceptible el rumor de las joviales y alegres carcajadas. Reconoció la agradable voz de sir Andrew Foulkes, las estruendosas risotadas de lord Tony y alguna que otra frase soñolienta de su esposo. Acordándose entonces de lo solitario del paraje y de que las sombras de la noche oscurecían por momentos el camino, aligeró el paso y... en este momento notó que un desconocido se acercaba rápidamente. Margarita ni siquiera levantó la vista; nada temía, y, además, "El Reposo del Pescador" estaba ya al alcance de su voz.

El desconocido se detuvo al notar que Margarita avanzaba hacia él con paso rápido, y en el momento en que iba a pasar por su lado dijo con voz reposada:

—¡Ciudadana Saint-Just!

Margarita exhaló un pequeño grito de sorpresa al oírse llamar por su nombre de soltera. Levantó los ojos hacia el desconocido, y con una exclamación de verdadera alegría extendióle ambas manos con efusión.

—¡Chauvelin!—exclamó.

—El mismo, ciudadana. A vuestras órdenes—dijo el extranjero, besándole galantemente las extremidades de los dedos.

Margarita permaneció en silencio unos momentos contemplando con visibles muestras de regocijo la poco atractiva figurita que ante sí tenía. Chauvelin frisaba ya en los cuarenta, y en su aspecto podía distinguirse su perspicacia y sagaci-

dad, que ponían de relieve las miradas de zorro astuto que brillaban en sus profundos y hundidos ojos. Era el mismo que dos horas antes convidó a monsieur Jellyband a escanciar unas copas.

—Chauvelin..., amigo mío...—exclamó Margarita dejando escapar un suspiro de alegría—, me complace extremadamente veros.

Era indudable que la pobre Margarita Saint-Just, sintiéndose tan sola en medio de sus grandezas y de su esplendor, entre sus encopetados amigos, se alegraba de todas veras de ver una cara que le recordaba aquellos tiempos felices de París en que fué la reina de aquellas reuniones intelectuales de la calle de Richelieu. Y su misma alegría hizo que no notara la sarcástica sonrisa que asomaba a los descarnados labios de Chauvelin.

—Pero, decidme —añadió con genialidad—: ¿por qué o por quién diantre os halláis en Inglaterra?

Había reanudado su camino hacia la hostería, y Chauvelin la siguió, colocándose a su lado.

—Podría devolveros tan refinado requiebro, linda señora —dijo él—. ¿Qué hacéis vos por aquí?

—¿Yo?—replicó ella, encogiéndose de hombros—. *Je m'ennuie, mon ami*; eso es todo.

Habían llegado al pórtico de "El Reposo del Pescador"; pero Margarita no parecía tener mucha prisa por entrar. El ambiente de la noche, después de la tormenta, era delicioso. Había encontrado a un amigo que exhalaba el aroma de París, que conocía mucho a Armando, que podía hablar con ella de aquellos buenos y alegres amigos que había dejado allí. De manera que se detuvo en

el precioso vestíbulo mientras escuchaba el ruido de las alegres carcajadas que salían de la ventana, magníficamente iluminada, del salón, mezcladas con las voces que llamaban a Sarita pidiéndole cerveza; el retintín de los cubiletes y el ruido de los dados, que se confundían con la risa apática e indolente de sir Percy Blakeney. Manteníase Chauvelin a su lado, mirándola de hito en hito, estudiando con sus penetrantes y sagaces ojos amarillentos aquel precioso rostro, que tan ingenuo y dulce parecía a la suave luz crepuscular.

—Me sorprendéis, ciudadana—dijole muy tranquilo, mientras tomaba un polvito de rapé.

—¿De veras?—replicóle ella alegremente—. A fe mía, mi pequeño Chauvelin, hubiera creído que vuestra viva penetración os haría adivinar que una atmósfera compuesta de niebla y de virtudes no habría jamás de sentarle bien a Margarita Saint-Just.

—¡Caramba! ¿Tan grave está la cosa?—preguntóle en tono burlón.

—¡Tan grave, y aun peor!—contestó Margarita.

—¡Qué cosa más rara! Y yo que pensaba que una mujer bonita encontraría la vida de campo en Inglaterra extraordinariamente divertida.

—¡Sí! También lo creía yo—murmuró ella, suspirando—. Las mujeres bonitas—prosiguió meditabunda—debieran divertirse en Inglaterra, ya que todo lo agradable, todo aquello que a diario hacen les está vedado.

—¡Precisamente!

—¿Queréis creer, mi pequeño Chauvelin—dijo muy seria—, que muchas veces me pasó un día

entero..., ¡todo un día!..., sin tropezar con una sola tentación?

—No me extraña, pues—contestóle Chauvelin con galantería—, que la mujer de más ingenio de Europa se aburra soberanamente.

Soltó Margarita una de sus sonoras e ingenuas carcajadas, añadiendo con travesura:

—Ved, pues, si la cosa es grave; de no serlo, quizá no me hubiera regocijado tanto veros.

—¡Y esto al año de un romántico casamiento por amor!

—Sí; al año de un romántico casamiento por amor. He ahí el problema...

—¡Ah!... Aquella idilica locura—dijo Chauvelin con refinado sarcasmo—, ¿no duró más de unas semanas?

—Las locuras idílicas nunca son de larga duración, mi pequeño Chauvelin. Nos atacan de la misma manera que nos da el sarampión, y se curan con igual facilidad.

Chauvelin volvió a tomar un polvito de rapé; al parecer, era de los adictos a aquella perniciosa costumbre tan en boga en aquella época; o quizá el rapé le sirviera para ocultar o disimular, en momento oportuno, las miradas astutas que solía emplear para penetrar en lo más recóndito de las almas de aquellos con quienes trataba.

—No me extraña, pues—volvió a repetir con la misma galantería—, que el cerebro más privilegiado de Europa sufra de incurable tedio.

—Abrigaba esperanzas de que conoceráis una receta para curar este mal, mi pequeño Chauvelin.

—¿Cómo podría obtener éxito cuando sir Percy Blakeney no ha podido conseguirlo?

—Descartemos del asunto a sir Percy, si os parece—dijo Margarita en tono seco.

—Querida señora, perdonad; pero eso es precisamente lo que no podemos hacer—replicó Chauvelin, y sus ojos penetrantes, de zorro astuto, lanzaron una rápida mirada sobre Margarita—. Poseo una magnífica receta que curaría el caso más crónico de aburrimiento, y con sumo placer os la daría, pero...

—Pero ¿qué?

—¡Que tenemos a sir Percy!

—¿Y qué tiene que ver él en el asunto?

—Temo que sea mucho. La receta que quería ofreceros, linda dama, lleva un nombre muy plebeyo: el trabajo.

—¿El trabajo?

Chauvelin contempló a Margarita con fijeza, como si quisiera escudriñar con la mirada de sus penetrantes pupilas todos sus pensamientos y su alma. Estaban solos. El ambiente de la noche era apacible y el murmullo de sus voces se perdía entre los ecos estrepitosos que salían del salón de la hostería. Pero, no obstante, Chauvelin salió del portal para echar una rápida y escudriñadora mirada en torno suyo, y una vez seguro de que nadie podría percibir su voz, volvió a acercarse a Margarita.

—¿Querriáis prestar a Francia un pequeño servicio, ciudadana?—preguntó en un tono brusco, que daba a su demacrado semblante de lince una seriedad extraña.

—¡Vaya por Dios, hombre—replicó vivamente Margarita—, y con qué gravedad lo decís! En verdad, no sé si estaría dispuesta a prestar a

Francia un pequeño servicio; pero... de todos modos, depende del carácter que tenga el servicio que ella o vos me pidáis.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la “Pimpinela Escarlata”, ciudadana Saint-Just?—preguntó Chauvelin secamente.

—¿Que si he oído hablar de la “Pimpinela Escarlata”?—contestóle ella con una alegre carcajada—. Pues a fe mía, hombre, si no se habla de otra cosa. Tenemos sombreros “a la Pimpinela Escarlata”; nuestros caballos se llaman “Pimpinela Escarlata”; en la cena del príncipe de Gales nos sirvieron la otra noche un *soufflé* “a la Pimpinela Escarlata”. ¡Vaya por Dios, hombre!—añadió ingenuamente—, el otro día encargué a mi modista un vestido azul con adornos verdes, ¿y podéis creer que también lo llamaba “a la Pimpinela Escarlata”?

Chauvelin siguió su alegre charla sin pestañear, sin tratar de interrumpirla, a pesar de que su armoniosa voz y sus risotadas infantiles retumbaban en la soledad y el silencio de la noche. Escuchó sus risas con religioso silencio, grave, serio, y cuando al fin habló, su voz, no más fuerte que su aliento, era clara, incisiva y mordaz:

—Muy bien, ciudadana; puesto que habéis oído hablar de ese personaje enigmático y de su liga, debéis también haber adivinado, haber sabido, que el que se esconde bajo ese extraordinario seudónimo es enemigo acérrimo de nuestra República de Francia, de hombres como Armando Saint-Just.

—Estoy segurísima de ello—dijo ella suspirando—. Francia tiene hoy muchos enemigos acérrimos.

—Mas vos, ciudadana, sois hija de Francia y debierais estar pronta a ayudarla en un momento de grave peligro.

—Mi hermano Armando—replicó ella con fiereza—consagra su vida a Francia; en cuanto a mí, nada puedo hacer... aquí en Inglaterra.

—¡Sí!—insistió Chauvelin, mientras su demarcado semblante tomaba repentinamente una expresión de grandiosa dignidad—. Vos... aquí en Inglaterra, ciudadana, sois la única que puede ayudarnos. ¡Escuchadme! El Gobierno republicano me envía a Inglaterra en representación suya; mañana presentaré mis credenciales en Londres a Mr. Pitt. Una de mis obligaciones es la de averiguar todo lo concerniente a esta liga de "La Pimpinela Escarlata", que es una amenaza constante para Francia, pues está conjurada para ayudar a nuestros aborrecibles aristócratas, traidores a su patria y enemigos del pueblo, a huir del justo y merecido castigo. Sabéis, ciudadana, tan bien como yo que los emigrados franceses, una vez aquí, se esfuerzan por enconar los ánimos en contra de la República. Están prontos siempre a unir su suerte a la de cualquier enemigo que se atreva a atacar a Francia. Ahora bien: durante el mes pasado lograron cruzar la Mancha un sinnúmero de emigrados, sospechosos de traidores, unos; condenados por el Tribunal Revolucionario, otros. En todos esos casos la fuga fué organizada y llevada a cabo por esa partida de jóvenes intrusos ingleses, capitaneada por uno que parece poseer un cerebro fertilísimo en recursos, y cuya personalidad está envuelta en el mayor misterio. Los esfuerzos más inauditos de parte de mis espías para

descubrirlo son infructuosos; él es la cabeza que se oculta en el más impenetrable misterio y se consagra tranquilamente a trabajar por la ruina de Francia ayudado por sus compañeros, que son un instrumento dócil en sus manos. Me he propuesto atacar a esa cabeza, y para ello necesito de vuestra ayuda y cooperación; teniéndole a él, me será fácil luego "echarle el guante" a los otros. Tengo la profunda convicción de que debe ser algún joven petimetre de la alta sociedad inglesa. ¡Buscadme a ese hombre, ciudadana; buscádmelo para Francia!—exclamaba nervioso Chauvelin.

Margarita había escuchado impertérrita el vehementísimo discurso de Chauvelin, con el más profundo silencio, sin el más ligero gesto y casi sin valor para respirar. Acababa de decirle hacía unos instantes que aquel misterioso héroe era objeto de todas las conversaciones en las más altas esferas londinenses. Pero, además, su corazón, su fantasía, estaban llenas de aquel valeroso personaje que, sólo conocido por la fama y oculto bajo un pseudónimo, arrebatava centenares de vidas a una horrenda y muchas veces despiadada suerte. Pocas simpatías le inspiraban realmente aquellos altivos aristócratas franceses, tan envanecidos y tan llenos de arrogancia por su linaje, como aquel típico ejemplar: la condesa de Tournav de Basserive; pero aunque republicana y liberal en ideas y en principios, odiaba, abominaba los medios que empleaba la joven república para establecerse. Hacía algunos meses que no había estado en París, y los horrores, las crueldades del reinado del terror que se habían cometido en aquellas sangrientas carnicerías del mes de septiembre llegaron a sus oídos,

como un débil eco, del otro lado del estrecho. A Robespierre, a Dantón, a Marat, nos los conocía en su nuevo aspecto de jueces crueles y despiadados empuñadores de la guillotina. Su alma se horrorizaba ante los excesos, que la hacían temer que Armando, como republicano moderado, pudiera también ser algún día víctima de estas crueldades.

Después, al oír hablar por vez primera de aquella partida de jóvenes entusiastas ingleses, que sólo por humanidad y por cariño a sus semejantes desafiaban todos los peligros para arrancar a mujeres, niños y ancianos de una muerte espantosa, su corazón se ensanchó, y ahora, mientras Chauvelin hablaba, su alma se estremecía por aquel gallardo y misterioso jefe de la temeraria y reducida partida que a diario exponía su vida generosamente, sin ostentación, por amor a la humanidad.

Cuando Chauvelin hubo terminado, Margarita tenía los ojos preñados de lágrimas y su respiración anhelante y fatigosa agitaba los encajes que descansaban sobre su seno; no oía ya el bullicio de la hostería, ni escuchaba ni se cuidaba ya de la voz ni de la insulsa risa de su marido; sus pensamientos volaban en busca del misterioso héroe. ¡Ah, aquel era el hombre a quien hubiera amado si se hubiera encontrado con él! Todo cuanto en aquel ser había le atraía irresistiblemente y llenaba su romántica fantasía: su personalidad, su fuerza, su valor, el arrojo y la lealtad de aquellos que le obedecían en la noble causa y, sobre todo, el secreto que le envolvía cual una aureola de gloria y romanticismo.

—¡Buscadlo para Francia, ciudadana!

La voz de Chauvelin, que murmuraba aquella frase a su oído, la despertó de sus ensueños de amor, volviéndola bruscamente a la realidad. Desapareció el misterioso héroe, y a veinte pasos de allí bebía y reía aquel hombre a quien juró constancia y fidelidad al pie de los altares.

—¡Válgame Dios, buen hombre!—dijo, recurriendo de nuevo a su fingida ligereza—, me sorprendéis. ¿Dónde queréis que lo busque?

—Vos os encontráis en todas partes, ciudadana—replicó Chauvelin en voz baja e insinuante—. Lady Blakeney, según afirman, es la figura más saliente de la sociedad londinense...; vos lo veis todo; vos lo oís todo.

—Despacio, despacio, amigo mío—replicó Margarita, irguiendo su cimbreante talle y mirando con cierto desprecio la chiquita y enjuta figura que tenía ante sus ojos—. ¡Despacio! Parecéis olvidaros de los seis pies de estatura de sir Percy Blakeney y de la larguísima línea de antepasados que se interponen entre lady Blakeney y semejante proposición.

—¡Por amor a la patria, ciudadana!—insistió Chauvelin con afán.

—¡Vamos, hombre! De todos modos, estáis diciendo simplezas, pues aun conociendo a “Pimpinela Escarlata”, ¿qué podíais atentar contra él, si es inglés?

—Ya me encargaría yo de eso—dijo Chauvelin, acompañando sus palabras con una seca y áspera carcajada—. Por lo pronto, le mandaríamos a la guillotina a refrescar su ardor; luego, al armarse la marimorena diplomática, podríamos excusarnos humildemente con el Gobierno británico, y caso

de necesidad, pagaríamos una indemnización a la afligida familia.

—¡Lo que me proponéis es horrible, Chauvelin! —replicó Margarita separándose de él como de un bicho repugnante—. Sea quien fuere, es valiente, es noble y jamás, ¿me entendéis?, jamás me prestaría a semejante vileza.

—Preferís sufrir los insultos de todo aristócrata francés que se refugie en este país, ¿no es eso?

Chauvelin disparó bien su acerado dardo. Las frescas y sonrosadas mejillas de la joven palidieron; mordióse nerviosamente el labio inferior para ocultar la turbación que le causaran las frases últimas de Chauvelin, y exclamó, al fin, con indiferencia: —

—Eso es completamente indiferente del asunto. Puedo defenderme; pero me niego en absoluto a prestar servicios indignos y ruines para vos o para Francia. Vos disponéis de otros medios; empleadlos, pues, amigo mío.

Y sin volver a dirigir la mirada hacia Chauvelin, le volvió Margarita la espalda y entró majestuosamente en la hostería.

—¡No será esa vuestra última palabra, ciudadana! —dijo Chauvelin en el momento en que Margarita entraba en el corredor y la brillante luz iluminaba de lleno su elegante y esbelta figura—. Espero que nos veremos en Londres.

—En Londres nos veremos —dijo ella hablándole por encima del hombro—; pero conste que es mi última palabra.

Diciendo esto, abrió la puerta del salón de la hostería y desapareció, cerrando tras sí; mas Chau-

velin se detuvo unos instantes más en el portal para tomarse un polvito de rapé. Acababa de recibir una repulsa y un desaire; pero su semblante de zorro astuto no dejó ver ni contrariedad ni confusión; al contrario, dibujóse en sus labios descarnados una extraña sonrisa, mezcla de sarcasmo y de satisfacción.

Después de aquel día de incesante lluvia se parecía la noche apacible y serena; una tarde noche de este de ambiente fresco y embalsamado, genuinamente inglés, por su humedad, por el olor a tierra mojada y a hojarasca que destilaba lluvia. El magnífico tren tirado por cuatro caballos de pura raza, los mejores de Inglaterra, había partido ya por la carretera de Londres, llevando en el pescante a sir Percy Blakeney, que empuñaba las bridas con sus finas y alaminadas manos, llevando a su lado a lady Blakeney envuelta en riquísimas pieles. En recorrido de ochenta kilómetros bajo un cielo estival tachonado de estrellas. Marjatta acogió la idea con entusiasmo. Sir Percy quizás admirablemente, y los caballos, enviados a Dover dos días antes, se hallaban sobrados y con puros suficientes para hacer más agradable la expedición. ¡Qué maravilla! ¡Marjatta pensando en que podría disfrutar de unas cuantas horas de soledad para dejar vagar sus pensamientos por doquier, mientras la suave brisa de la noche acariciaba su rostro. Sabía, por experiencia, que sir Percy hablaría poco, pues en los frecuentes paseos de esta indole que con él daba en su hermoso castaño para



IX

LA AGRESIÓN

DESPUÉS de aquel día de incesante lluvia se presentaba la noche apacible y estrellada; una tardía noche de estío, de ambiente fresco y embalsamado, genuinamente inglesa por su insinuante humedad, por el olor a tierra mojada y a hojarasca que destilaba lluvia.

El magnífico tren, tirado por cuatro caballos de pura raza, los mejores de Inglaterra, había partido ya por la carretera de Londres, llevando en el pescante a sir Percy Blakeney, que empuñaba las bridas con sus finas y afeminadas manos, llevando a su lado a lady Blakeney envuelta en riquísimas pieles. Un recorrido de ochenta kilómetros bajo un cielo estival tachonado de estrellas. Margarita acogió la idea con entusiasmo. Sir Percy guiaba admirablemente, y los caballos, enviados a Dover dos días antes, se hallaban sobrados y con bríos suficientes para hacer más agradable la expedición. Deleitábase Margarita pensando en que podría disfrutar de unas cuantas horas de soledad para dejar vagar sus pensamientos por doquier, mientras la suave brisa de la noche acariciara su rostro. Sabía, por experiencia, que sir Percy hablaría poco, pues en los frecuentes paseos de esta índole que con él daba en su hermoso carruaje para

ir de un punto a otro nunca pronunciaba más de dos o tres frases relativas al tiempo o al estado de los caminos durante las largas horas que empleaban en estos recorridos. Sir Percy era aficionadísimo a estos paseos nocturnos, y ella participó pronto del mismo gusto; sentada silenciosamente a su lado, mientras transcurría el tiempo admiraba su seguro y hábil manejo de las bridas, y se paraba muchas veces a reflexionar qué era lo que ocurría en aquel cerebro tan tardo en el pensar. El jamás se lo dijo, y ella no se cuidó nunca de preguntarlo.

El señor Jellyband daba vueltas por "El Reposo del Pescador" apagando las luces. Todos los comensales se habían retirado ya del despacho de bebidas; pero en la parte superior, en los cómodos y pequeños dormitorios, se hospedaban personas de consideración: la condesa de Tournay, Susana y el vizconde; y había otros dos dispuestos para sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst, por si estos jóvenes deseaban pasar la noche en la vieja hostería.

Por de pronto, ambos galanes estaban cómodamente instalados en el salón, ante el brillante fuego de la chimenea, que a pesar de la apacibilidad de la noche se había mantenido con viveza.

—Oíd, Jellyband: ¿se han ido ya todos?—preguntó lord Tony, mientras el mesonero recogía vasos y cubiletes.

—Todos, como lo veis, milord.

—Y los criados, ¿están todos acostados ya?

—Todos menos el mozo del mostrador, y ése —añadió el señor Jellyband riéndose— no tardará en dormirse el gran bribón.

—Entonces, ¿podemos hablar aquí durante media hora sin ser molestados?

—Como gustéis, milord; dejaré las velas sobre el aparador; los dormitorios están dispuestos ya; yo duermo en lo alto de la casa, pero si me necesitáis dad una voz fuerte, y seguro que la oiré.

—Está bien, Jelly...; y oíd...: apagad la luz, con la de la lumbre nos basta. ¿Para qué llamar la atención de los transeúntes?

—Está bien, milord.

El señor Jellyband hizo lo que le mandaron: apagó la artística y antigua lámpara que colgaba de las vigas del techo y apagó también las velas.

—Traednos una botella de vino, Jelly—volvió a decir sir Andrew.

—Está bien, señor.

Jellyband fuése en busca del vino. La habitación se hallaba completamente a oscuras, a excepción de la hermosa llama, que intermitentemente se reflejaba de la brillante lumbre del hogar.

—¿Desean los señores alguna cosa más?—preguntó, cuando hubo vuelto con la botella y unos vasos, que colocó sobre la mesa.

—No; nada más; muchas gracias, Jelly—dijo lord Tony.

—Buenas noches, milord. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Jelly.

Los dos jóvenes se quedaron atentos, escuchando el ruido de los pasos del señor Jellyband por el pasillo y por las escaleras. Al fin se perdió el eco y toda la hostería de "El Reposo del Pescador" quedó sumida en el mayor silencio; todos sus moradores parecían entregados al descanso, menos los dos jóvenes, que bebían silenciosos al lado de la chimenea.

Transcurrió un rato en que sólo se oía el "tic-tac" del gran reloj de pedestal y el chisporrotear de los leños del hogar.

—¿Ha vuelto a salir todo bien esta vez, Foulkes?—preguntó lord Tony al fin.

Sir Andrew soñaba, por lo visto, mientras contemplaba la brillante llama de la chimenea, y no cabe duda que su imaginación se figuraba ver una bonita y picaresca cara, de rasgados y oscuros ojos, y unos negros y abundantes rizos que rodeaban una frente juvenil.

—Sí—contestó, meditabundo aún—. Todo fué bien.

—¿Sin contratiempo?

—Ninguno.

Lord Antony rióse con aire satisfecho y se sirvió otro vaso de vino.

—¡Supongo que será inútil preguntar si el viaje ha sido agradable esta vez!

—Amigo mío, no necesitáis preguntarlo—replisó sir Andrew con alegría—. ¡Ha sido agradabilísimo!

—Pues entonces, a la salud de la niña, que es preciosa, aunque francesa—exclamó lord Tony jovialmente—. Y brindo también por vuestros amores, por que prosperen y lleguen a feliz término—y, apurando su copa de un solo trago, se unió a su amigo, al lado del hogar.

—¡Bien! A vos os tocará el próximo viaje, Tony, supongo yo—dijo sir Andrew, saliendo al fin de sus meditaciones—. A vos y a Hastings, seguramente; y os deseo de corazón tarea tan agradable y compañera de viaje tan encantadora como la mía. No podéis tener idea, Tony...

—En efecto—interrumpióle Tony con afabilidad—; pero creo en su palabra. Y ahora—añadió, mientras su alegre rostro se tornaba de pronto grave y reflexivo—, ¿vamos a los asuntos?

Acercaron sus sillas, e instintivamente, a pesar de estar solos, bajaron la voz de tal modo que sólo podía percibirse un leve susurro.

—Hará un par de días que vi a “Pimpinela Escarlata”; estuve a solas con él unos minutos en Calais—dijo sir Andrew—. Se vino a Inglaterra dos días antes de marcharnos nosotros. Había acompañado a los viajeros desde el mismo París, vestido, ¿querréis creerlo?, de vieja verdulera y guiando, hasta que lograron salir de allí felizmente, una carreta entoldada donde iban escondidos, entre nabos y berzas, la condesa de Tournay, Susana y el vizconde. Claro que ni ellos mismos pudieron sospechar la identidad de la vieja que guiaba. Condujo a los fugitivos por entre un grupo de soldados y una turba que gritaba: “*A bas les aristos!*” ¡Abajo los aristócratas! Pero la carreta pasó con las demás y “Pimpinela Escarlata”, con su mantón y su refajo y su pañuelo de hierbas a la cabeza, gritaba con más fuerza que ninguno: “*A bas les aristos!*” ¡Pardiez! —añadió el joven, mientras sus ojos brillaban de entusiasmo por su muy querido jefe—, ese hombre es una maravilla. ¡No he visto nunca temeridad más extraordinaria! Y eso es precisamente lo que le asegura el éxito.

Lord Antony, cuya verbosidad era más limitada que la de su amigo, no acertaba más que a jurar, para demostrar su admiración por el capitán.

—Quiere verse con vos y con Hastings en Ca-

lais el día 2 del mes que viene—continuó sir Andrew con más serenidad—. Veamos: eso será el miércoles próximo.

—Eso es.

—Claro que esta vez se tratará del conde de Tournay; peligrosa empresa, pues el conde, cuya fuga de su castillo después de haber sido declarado sospechoso por el tribunal revolucionario, fué obra del ingenio de "Pimpinela Escarlata", está condenado a muerte. Será un deporte magnífico sacarlo de Francia, y va a ser escaparse por un pelo, si lo conseguís; claro que Saint-Just ha salido ya a su encuentro y, por hoy, nadie sospecha de Saint-Just; pero luego... ¡sacar a ambos del país!... Voto a bríos, que será tarea difícil y habrá de abrumar hasta el ingenio fértil de nuestro jefe. Aún abrigo esperanzas de que me manden tomar parte en la expedición.

—¿Tenéis órdenes particulares para mí?

—Sí, y más detalladas que de costumbre. Parece ser que el Gobierno republicano ha enviado a Inglaterra un tal Chauvelin, como agente autorizado; se asegura que es un hombre que tiene a nuestra liga un odio atroz, y que se ha propuesto descubrir la identidad de nuestro capitán, para luego secuestrarle si se atreve a volver a Francia. Este Chauvelin trae consigo todo un ejército de espías, y hasta que el jefe les haya tomado la filiación convendría que nos reuniéramos lo menos posible para asuntos de la liga, y que de ningún modo conversemos en público hasta que haya pasado algún tiempo. Y cuando él quiera hablarnos, ya buscará los medios de hacérselo saber.

Ambos se inclinaban sobre la lumbre, pues las llamas se habían apagado y no quedaba más que el resplandor rojizo de los rescoldos, que producían cárdenos reflejos en un estrecho semicírculo delante de la chimenea. El resto de la habitación estaba sumido en las más profundas tinieblas; sir Andrew había sacado del bolsillo una cartera y de allí un papel, que desdobló con cuidado, y que trataron de leer en la rojiza penumbra. Tan absortos estaban en los asuntos que tan profundamente les interesaban, tan precioso era aquel documento que les llegaba de las propias manos del adorado jefe, que no se daban cuenta de lo que ocurría a su alrededor. No se apercibieron de un ruido extraño que se oyó en torno suyo, ni de las blancas cenizas que se esparcían fuera del hogar, y ni aun del monótono compás del reloj; no se percataron de que se sentía un suave roce, casi imperceptible, como de una cosa que se arrastraba en el suelo muy cerca de ellos. Una forma humana se había deslizado de debajo de un banco, y silenciosa, arrastrándose como una culebra, se acercaba más y más, al lado de los dos jóvenes; sin respirar se deslizaba suavemente por el suelo, en medio de la más intensa oscuridad de la habitación.

—Habéis de leer estas instrucciones, aprendéroselas de memoria y luego destruirlas—murmuró en voz baja sir Andrew.

A punto estaba de meterse la cartera en el bolsillo, cuando un diminuto pedazo de papel se desprendió de ella, revoloteando en el espacio hasta caer al suelo. Lord Antony inclinóse apresuradamente a recogerlo.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—No lo sé—replicó sir Andrew.

—Acaba ahora mismo de caer de vuestro bolsillo, y por cierto que con los demás papeles no estaba.

—¿Cosa singular! ¿Cuándo llegó? Y viene del jefe—añadió, echándole una rápida ojeada.

Volviéron a inclinarse para tratar de descifrar aquel pedacito de papel que contenía unas cuantas palabras escritas de prisa, cuando, repentinamente, llamó su atención un ruido insignificante que parecía proceder del corredor.

—¿Qué es eso?—dijeron a un tiempo, mirándose instintivamente.

Lord Antony cruzó la habitación y abrió brusca-mente la puerta de un tirón; en el instante mismo le asestaron un tremendo golpe entre las cejas que, haciéndole perder el sentido, le hizo caer violentamente de espaldas dentro de la habitación. Simul-táneamente, aquella figura que se deslizaba como una culebra en la oscuridad se levantó de un salto y, lanzándose sobre las espaldas del confiado sir Andrew, le derribó al suelo.

Todo ocurrió en el espacio de dos o tres segundos, y sin darles tiempo ni ocasión para gritar ni defenderse. Inmediatamente, dos hombres se apoderaron de cada uno de los dos jóvenes, les ataron con suma presteza una bufanda a la boca y poniéndolos espalda contra espalda, les sujetaron con fuertes ligaduras los brazos, las manos y las piernas.

Entretanto, otro hombre, que llevaba la cara cubierta con un antifaz, cerró la puerta con gran sigilo y se mantuvo firme, sin hacer movimiento alguno, mientras los otros continuaban su tarea.

—No hay peligro, ciudadano—dijo uno de los

hombres, examinando atentamente las ligaduras que aprisionaban a los dos jóvenes.

—Está bien—replicó el de la puerta—; registrad ahora los bolsillos y entregadme todos los papeles que encontréis.

Hízose así con prontitud y sigilo, y, tomando posesión de todos los papeles el hombre del antifaz, púsose un instante a escuchar si se oía algún ruido en la parte interior de "El Reposo del Pescador", y cerciorado, al parecer, de que nadie se había apercebido de la cobarde agresión, volvió a abrir la puerta y señaló imperiosamente hacia el pasillo. Los cuatro hombres recogieron del suelo a sir Andrew y a lord Antony, y tan silenciosa y misteriosamente como entraron sacaron de la hostería a los dos maniatados galanes y se los llevaron por la carretera de Dover, desapareciendo entre las tinieblas de la noche.

Entretanto, el hombre del antifaz, que capitaneaba la partida que acababa de cometer tan vil agresión, echó en el salón mismo una rápida ojeada a los papeles robados, sonriendo sarcásticamente y con aire de triunfo.

—No es del todo mala la faena—murmuró entre dientes, quitándose el antifaz y mostrando sus perspicaces ojos de zorro, que relucían al rojo reflejo de la lumbre—. ¡Pardiez, que no ha sido mala la faena!

Abrió otro par de cartas que había en la cartera de sir Andrew Foulkes y tomó nota del pedacito de papel que los dos jóvenes no tuvieron tiempo más que de leer apresuradamente; de las cartas en particular, una firmada por Armando Saint-Just parecía proporcionarle extraordinaria satisfacción.

—¡Conque al fin Armando Saint-Just es traidor!—murmuró—. ¡Ah bella Margarita Blake-ney! ¡Ahora sí que me ayudarás a buscar a “Pimpinela Escarlata”!—añadió con sonrisa mefistofélica y apretando nerviosamente los dientes.

ERA

noche de gala en el incesante coliseo de Covent Garden; la primera función de otoño de aquel memorable año de gracia de 1850.

Había un lleno resobante; no se veía una localidad vacía, ni en las elegantes plateas ni en las butacas; el anfiteatro y la galería resobaban de público. El Óvulo de Glück, era una atracción grandiosa para todo el selecto auditorio; mientras las elegantes damas de la sociedad londinense y los deslumbrantes trajes de la aristocracia concurrían a distraer la vista de aquellos a quienes no atraía la representación de “la reciente importación alemana”.

La Señal Stotze había sido emocionadísima por sus numerosos admiradores al final de su gran aria; Benjamin Incedon, el favorito de las damas, había sido saludado establenamente desde el palco real y al caer el telón, después del glorioso final del segundo acto, el público, que escuchó encantado los mágicos acordes del gran maestro, dejó escapar un suspiro de satisfacción antes de dar tienda a su frívola e trónica charla.

Veíanse muchas caras conocidas en las elegantes plateas. Mister Pitt, abrumado con los asuntos de Estado, buscaba esta noche distracción en la gran



EN EL PALCO DE LA ÓPERA

ERA noche de gala en el hermoso coliseo de Covent Garden; la primera función de otoño de aquel memorable año de gracia de 1792.

Había un lleno rebosante: no se veía una localidad vacía; ni en las elegantes plateas ni en las butacas; el anfiteatro y la galería rebosaban de público. El *Orfeo*, de Gluck, era una atracción grandísima para todo el selecto auditorio, mientras las elegantes damas de la sociedad londinense y los deslumbrantes trajes de la aristocrática concurrencia distraían la vista de aquellos a quienes no agradaba la representación de "la reciente importación alemana".

La Selina Storace había sido ovacionadísima por sus numerosos admiradores al final de su gran aria; Benjamín Incedon, el favorito de las damas, había sido saludado afablemente desde el palco real, y al caer el telón, después del glorioso final del segundo acto, el público, que escuchó encantado los mágicos acordes del gran maestro, dejó escapar un suspiro de satisfacción antes de dar rienda suelta a su frívola e irónica charla.

Veíanse muchas caras conocidas en las elegantes plateas. Mister Pitt, abrumado con los asuntos de Estado, buscaba esta noche distracción en la agra-

dable música, mientras el príncipe de Gales, jovial, corpulento, de aspecto un tanto ordinario, iba de palco en palco, deteniéndose unos minutos para saludar a sus amigos más íntimos.

También en el palco de lord Grenville se veía a un curioso e interesante personaje que llamaba la atención del público: era un hombre demacrado, de baja estatura y cara astuta y sarcástica, con ojos profundamente hundidos, en los que brillaba una mirada sagaz, que escuchaba la música con religiosa atención y estudiaba al público con miradas penetrantes y severas; vestía todo de negro y llevaba los oscuros cabellos sin empolverar. Lord Grenville, el ministro de Negocios Extranjeros, le obsequiaba con marcada aunque fría deferencia.

Entre los tipos de belleza genuinamente inglesa veíanse, diseminadas y haciendo un contraste marcadísimo, unas cuantas fisonomías extranjeras; las altivas y aristocráticas facciones que caracterizaban a los muchos realistas emigrados que, perseguidos por los facciosos revolucionarios de su país, habían hallado tranquilo y seguro refugio en Inglaterra. Las penas y las zozobras habían dejado profundas huellas en aquellos rostros; sin duda sus pensamientos se hallaban muy lejos de allí; con el esposo, el hermano o tal vez el hijo, a quienes, quizá, amenazaba aún peligro inminente o que había sido ya víctima de su suerte impía.

Entre ellos destacábase la condesa de Tournay de Basserive, que acababa de llegar de Francia; vestía un traje de rica seda negra, y su enlutado aspecto se atenuaba únicamente con el fichú de

encajes blancos. Estaba sentada al lado de lady Portarles, que inútilmente se esforzaba por hacer aparecer una sonrisa en los tristes labios de la condesa, con sus jocosos chistes y chanzonetas subidas de color. Detrás de ella estaban Susanita y el vizconde, silenciosos y algo avergonzados ante tanto extraño. En la mirada de Susana brillaba una expresión de anhelo; al entrar en el concurrido coliseo había dirigido la mirada en torno suyo con avidez, deteniéndola en todos los rostros, escudriñando todos los palcos. Al parecer, no encontraba allí a la única cara que deseaba ver, pues silenciosamente tomó asiento a espaldas de su madre y escuchó indolentemente la música, sin volverse a ocupar ya más del público que la rodeaba.

—¡Hola, lord Grenville; no podíais llegar más a tiempo!—exclamó lady Portarles, al ver aparecer en el palco la simpática figura del ministro, que entró después de dar con los nudillos un discreto golpe en la puerta—. Aquí tenéis a la condesa de Tournay, que está intranquila por conocer las últimas noticias de Francia.

El distinguido diplomático se adelantó a saludar a las damas y contestó, apenado:

—¡Por desgracia, son pésimas! Siguen las ejecuciones; en la actualidad se anega París en sangre, y caen bajo la guillotina cien víctimas diarias.

La condesa, apoyada en su silla, escuchaba horrorizada, pálida y llorosa aquel relato conciso y gráfico de los sucesos de su malogrado país.

—¡Ah señor, qué terrible es escuchar cuanto decís!—replicó en chapurrado inglés—. ¡Y mi pobre esposo todavía en aquel espantoso país! Me

parece horrible estar sentada aquí, en un teatro, tranquila y libre de peligros, mientras él corre tan grave riesgo.

—No os apuréis, señora—contestó la bondadosa, aunque ruda, lady Portarles—. Si estuvierais sentada en un convento, en nada aliviaríais la situación de vuestro esposo, y debéis pensar en vuestros hijos: son demasiado jóvenes para proporcionarles cuidados y hacerles vestir un luto prematuro.

A pesar de sus lágrimas, la condesa no pudo menos de sonreír de la vehemencia con que su amiga hablaba; pues aunque la voz y los modales de lady Portarles hubieran sentado bien a un *jockey*, su corazón era bellísimo y encerraba la más sincera simpatía, la más dulce ternura debajo de aquellos modales que las damas afectaban por aquel entonces.

—Además, señora—añadió lord Grenville—, ¿no me dijisteis ayer que la liga de “La Pimpinela Escarlata” había empeñado su honor en conducir a Inglaterra con toda felicidad al señor conde?

—Sí—replicó la condesa—, y esa es mi única esperanza. Ayer vi a lord Hastings, que volvió a asegurármelo así.

—Entonces, estad tranquila. La liga lleva a cabo todo lo que promete, con toda certeza. ¡Ay—añadió el viejo diplomático, suspirando—, si yo tuviese unos cuantos años menos!

—¡Hombre, por Dios—interrumpióle la buena de lady Portarles—, aún sois joven para volverle la espalda a ese espantapájaros francés que tenéis esta noche en el palco!

—¡Ojalá pudiera hacerlo! Pero milady recor-

dará que al servir a nuestro país estamos obligados a dejar a un lado las parcialidades. Monsieur Chauvelin es el agente autorizado de su Gobierno.

—¡Caramba, hombre!—replicóle ella—. ¿vais a llamar Gobierno a esa chusma sanguinaria de rufianes?

—No se estima conveniente aún—respondió el ministro cautelosamente—que rompa Inglaterra sus relaciones diplomáticas con Francia, y, por lo tanto, no nos podemos negar a recibir cortésmente al agente que quiera enviarnos.

—¿Qué demonio de relaciones diplomáticas, mi lord? Ese zorro viejo no es, ni más ni menos, que un espía; estoy segura de ello, y si no me equivoco mucho ya veréis cómo ha de ocuparse muy poco de la diplomacia como no sea para tratar de hacer daño a los realistas refugiados, a nuestro valiente “Pimpinela Escarlata” y a los adeptos de la pequeña e intrépida liga.

—Tengo la seguridad—dijo la condesa, plegando sus delgados labios—que, si ese Chauvelin desea hacernos algún daño, encontrará una aliada fiel en lady Blakeney.

—¡Qué mujer!—exclamó lady Portarles—. ¿Habrás visto semejante perversidad? Lord Grenville: vos que sabéis de peroración, haced el favor de explicar a la señora condesa que se está colocando en mal terreno. En la situación en que os halláis en Inglaterra, señora—añadió, volviendo colérica su rostro a la condesa—, no debéis emplear los altivos modales a que tan aficionados son los aristócratas franceses. La tal lady Blakeney, puede o no simpatizar con esos granujas de Francia; puede que tuviera o no algo que ver

con el encarcelamiento y la condena de Saint-Cyr, o como se llame; pero en este país es el "árbol" de la moda: sir Percy Blakeney tiene más dinero que seis hombres ricos reunidos, es carne y uña de la familia real, y si tratáis de censurar a lady Blakeney no conseguiréis hacerla daño alguno, y, por el contrario, lograríais ponerlos en ridículo. ¿No os parece, milord?

Pero la opinión de lord Grenville sobre este particular, o las reflexiones que hubiesen podido sugerir en la mente de la condesa de Tournay los reproches del discursito, poco adornado, de lady P rtarles quedaron sin expresar, pues se levantaba el telón para el acto tercero de *Orfeo* y el público entero del teatro siseaba, imponiendo silencio.

Lord Grenville se despidió apresuradamente y se dirigió a su palco, donde monsieur Chauvelin había estado durante todo el entreacto con la eterna tabaquera en la mano y con los vivos y penetrantes ojos clavados en el palco de enfrente, en el que con un crujir de faldas de seda, las risas y la expectación y curiosidad del público, acababa de entrar Margarita Blakeney, acompañada de su esposo. Estaba soberbiamente hermosa, con sus bucles castañorrojizos ligeramente empolvados y recogidos graciosamente sobre la nivea nuca con un enorme lazo negro. Vestida siempre con arreglo a los caprichos más raros de la moda, era la única esa noche, entre las damas de la concurrencia, que había suprimido el fichú entrelazado y la túnica de anchas solapas que durante los últimos dos o tres años habían sido la última palabra de la moda. Lucía un traje

de talle alto, de corte princesa, que pronto había de ponerse en boga en todos los países europeos, pues era de una preciosa tela fosforescente que semejaba una sola masa de rico bordado de oro, y que se adaptaba admirablemente a su elegante y esbelto talle.

Al entrar en el palco se inclinó sobre el antepecho para buscar entre el público a sus conocidos. Fué objeto de muchos saludos afectuosos, y, entre ellos, uno breve y afable desde el palco real.

Chauvelin la observó atentamente mientras duró la representación de las primeras escenas del tercer acto. La música la extasiaba: su delicada y diminuta mano jugaba inconscientemente con un pequeño abanico recamado de piedras preciosas; brillantes magníficos y raras joyas embellecían su majestuosa cabeza, la garganta, los bien torneados brazos y su seno escultural, regalos todos de su rendido y amante esposo que ocupaba cómodamente un asiento a su lado.

Margarita era aficionadísima a la música: *Orfeo* la encantaba. Su rostro, dulce y juvenil, expresaba una viva alegría, que hacía resplandecer sus risueños ojos azules y prestaba un atractivo inmenso a sus preciosos y sonrientes labios. No tenía, después de todo, más que veinticinco años; estaba en todo el apogeo de su juventud, era la favorita de una deslumbrante concurrencia que la adoraba y la agasajaba con gran cariño. Dos días hacía que había vuelto el *Day-Dream* de Calais trayéndole noticias de la feliz llegada de su idolatrado hermano, que le decía se acordaba mucho de ella, que por ella tendría mucha prudencia y se cuidaría mucho. Nada de extraño te-

nia, pues, que en aquel momento, al escuchar las dulces armonías de Gluck, se olvidara de sus desilusiones, de sus ensueños de amor y hasta de aquel zote que tenía a la izquierda, holgazán y bonachón, que recompensaba su falta de disposiciones mentales colmándola pródigamente de pompas mundanas.

A su lado estuvo el tiempo necesario que imponían las conveniencias sociales, cediendo luego su asiento a su alteza el príncipe de Gales y dejando sitio a los muchos admiradores que en procesión venían a rendir homenaje a la reina de la moda. Sir Percy salió del palco a pasear lentamente por el pasillo y a conversar, probablemente, con amigos más simpáticos. Margarita ni siquiera se preocupaba de saber adónde iba—¡le importaba tan poco!—. Estaba rodeada de su pequeña corte de admiradores, compuesta de la flor y nata de la juventud londinense, y acababa de despedirla deseosa de quedarse un rato a solas con Gluck.

Llamaron discretamente a la puerta, interrumpiendo su éxtasis musical.

—¡Adelante!—dijo, impaciente y sin volverse a mirar al que entraba.

Era Chauvelin, que había estado acechando la ocasión y que, al notar que se había quedado sola, se introdujo silenciosamente en el palco sin esperar su invitación, y se colocó detrás de Margarita.

—Quería decirnos dos palabras, ciudadana Saint-Just—excamó con mucha tranquilidad.

Volvióse Margarita con presteza y con no fingida alarma.

—¡Dios santo, hombre, qué susto me habéis

dado!—dijo con una risa forzada—. Venís muy inoportunamente, pues quiero escuchar a Gluck y no tengo ganas de conversar.

—Pero es la única ocasión que se me ofrece—dijo con la misma tranquilidad de antes; y sin esperar a que le concediesen el permiso acercó una silla y sentóse a espaldas de Margarita, y muy junto a ella, tan cerca que podía hablarla al oído sin molestar al público ni ser visto en la penumbra del palco—. Es mi única ocasión oportuna—volvió a decir, en vista de que Margarita no se dignaba siquiera contestarle—. Lady Blakeney se halla siempre tan agasajada, tan festejada por su corte, que para un sencillo amigo antiguo se presentan pocas ocasiones.

—¡Vaya por Dios, hombre—replicó, impaciente—; paréceme que tendréis que buscarlas mejores! Al terminar la función pienso asistir al baile de lord Grenville y, probablemente, asistiréis a él también vos. Entonces podré concederos unos minutos.

—Con tres me bastan, en el retiro de este palco—le replicó él plácidamente—, y creo prudente que me escucharais, ciudadana Saint-Just.

Instintivamente se estremeció Margarita. La voz de Chauvelin era apenas un murmullo; volvióse Margarita a mirarle, y lo encontró tomándose un polvito de rapé; pero había algo en su actitud, en aquellos pálidos ojos de zorro, que parecían helarle la sangre en las venas y la hacían presentir un peligro grave, hasta entonces inadvertido.

—¿Me amenazáis, ciudadano?—preguntó al fin,

—No, hermosa dama — contestóle muy galante—. No es más que una flecha lanzada al aire.

Y lo mismo que el gato acecha al confiado ratoncillo y, seguro de su presa, se detiene para saborear el triunfo, se detuvo Chauvelin unos momentos, y repuso con aire placentero:

—Armando Saint-Just, vuestro hermano, se halla en peligro.

Ni un músculo se estremeció en aquel rostro que sólo podía ver de perfil, pues Margarita parecía absorta en la representación. Pero Chauvelin era un sutil observador y notó en seguida la repentina severidad que ensombreció el rostro de Margarita, apercibiéndose de que los labios se plegaron con una expresión dura y de que una violenta tensión nerviosa se apoderaba de toda aquella preciosa y elegante figura, paralizando todos sus movimientos.

—¡Caracoles!—contestó ella con afectada alegría—, puesto que este es uno de vuestros imaginarios *complots*, os aconsejo que lo mejor que debéis hacer es volveros a vuestro sitio y dejarme disfrutar de la música.

Y con mano inquieta empezó a marcar el compás en el antepecho del palco. Selina Storace cantaba el *Che farò*, y el público, encantado, estaba pendiente de los labios de la *prima donna*. Chauvelin no se movió de la silla; con mucha calma observaba aquella diminuta e inquieta mano que se agitaba, indicándole claramente que su flecha había herido en lo más vivo.

—¿Y bien?—dijo Margarita, abrupta y desatinadamente, aunque afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Y bien, ciudadana—replicó plácidamente Chauvelin.

—¿Qué decíais de mi hermano?

—Que tengo noticias tuyas, que creo os interesarán; pero permitidme antes que me explique. ¿Me lo permitís?

Era de todo punto innecesaria la pregunta. Estaba convencido ya de que Margarita, aunque persistía en desviar su rostro, ardía en deseos de escuchar lo que iba a decirle.

—Hace unos días imploré su ayuda, ciudadana—continuó Chauvelin—. Francia necesitaba de ella, y creí poder contar con vos; mas me disteis vuestra respuesta... Desde entonces, mis muchos quehaceres y vuestros deberes sociales han impedido que nos volviéramos a encontrar..., a pesar de haber ocurrido muchos acontecimientos desde de aquella fecha...

—Dejaos de rodeos, ciudadano, os lo ruego—interrumpióle ella con ligereza—. La música es sublime, y el público acabará por impacientarse con vuestra charla.

—Un momento, ciudadana. El día aquel en que tuve el honor de encontraros en Dover, y poco menos de una hora después de escuchar vuestra última decisión, logré apoderarme de unos papeles que me revelaron un nuevo e ingenioso plan para conseguir la fuga de otro grupo de aristócratas franceses, entre los que figura el nombre del traidor de Tournay, organizado por ese intruso "Pimpinela Escarlata". De esa misteriosa organización cayeron en mis manos unos cuantos cabos, mas no todos, y quisiera, ¿qué digo?, es preciso me ayudéis a atarlos para hacer abortar la organización,

Margarita parecía escucharle con visibles muestras de impaciencia; sin embargo, se encogió de hombros, y exclamó alegremente:

—¡Vaya, hombre! Pero ¿no os he dicho ya que me importan un comino vuestros planes y todo lo relativo a la “Pimpinela Escarlata”? Y si no hubieseis nombrado a mi hermano...

—Un poco de paciencia, ciudadana, os lo ruego—prosiguió Chauvelin, imperturbable—. En “El Reposo del Pescador” se encontraban aquella noche dos caballeros: lord Antony Dewhurst y sir Andrew Foulkes.

—Lo sé. Los vi yo allí.

—Pues bien, ya los conocían mis espías como miembros de esa condenada liga. Sir Andrew Foulkes fué quien condujo desde Francia a la condesa de Tournay y a sus hijos. Así que cuando ambos jóvenes se quedaron solos, mis espías penetraron a la fuerza en el salón de la hostería, amordazaron y maniataron a los dos galanes, y se apoderaron de todos los papeles que llevaban, entregándomelos al punto.

Al instante adivinó Margarita el peligro. ¿Papeles? ¿Habría cometido Armando alguna imprudencia?... Sólo la idea la llenaba de terror. Sin embargo, no quería dejar que este hombre viera su miedo, y, soltando una risueña y reprimida carcajada, dijo alegremente:

—¡Válgame Dios, que vuestra desvergüenza es increíble! ¡Robo y violencia!... ¡En Inglaterra! ¡En un mesón lleno de gente! Vuestros hombres podían haber sido presos en el acto.

—¿Y qué? Son hijos de Francia y entrenados por este vuestro humilde servidor. Si les hubie-

ran cogido hubiesen ido a la cárcel, y hasta al caldoso, sin proferir una queja y sin la más mínima indiscreción; y, de todos modos, merecía la pena correr el riesgo. Una hostería llena de gente se presta con menos peligro a pequeñas empresas de esta índole mejor de lo que pensáis, y mi gente es experimentada.

—¡Bien! Pero ¿y esos papeles?—preguntó Margarita con indiferencia.

—Desgraciadamente, aunque me revelaron ciertos nombres..., ciertos proyectos..., lo bastante, a mi entender, para frustrar el plan que tienen en perspectiva, me dejan aún en la ignorancia respecto a la identidad de "Pimpinela Escarlata".

—¡Bendito Dios, amigo mío!—replicóle, con la misma afectada ligereza—. Entonces, os halláis en las mismas circunstancias que antes, ¿no es eso? Dejadme, pues, disfrutar de la última estrofa del aria. ¡A fe mía—prosiguió, simulando un bostezo—, si no me hubierais nombrado a mi hermano!...

—Ahora es cuando precisamente entra él en mi narración, ciudadana. Entre los papeles hallé una carta dirigida a sir Andrew Foulkes y firmada por Saint-Just.

—¡Hola! ¿Y...?

—Y que esa carta revela que no solamente simpatiza con los enemigos de Francia, sino que les presta su valioso apoyo y que hasta forma parte activa de la liga de "La Pimpinela Escarlata".

El golpe fué certero: Margarita lo esperaba desde un principio, mas no quería manifestar sus temores y se había propuesto mostrarse indiferente y hasta alegre. Deseaba ser fuerte, para

cuando llegara la sacudida estar preparada, mantener el entendimiento claro, aquel ingenio que apodaron "el más preclaro de Europa". Y aun en este solemne momento no manifestaba su espanto. Comprendía que Chauvelin decía la verdad; era demasiado sincero, devoto demasiado ferviente de la mal aconsejada causa que embargaba su alma; estaba demasiado envanecido con el proceder de sus paisanos, de aquellos creadores y fomentadores de revoluciones, para rebajarse sin motivo a mentiras vulgares.

Aquella carta de Armando, ¡loco, imprudente Armando!, estaba en manos de Chauvelin. Eso le constaba a Margarita con la misma certeza que si la estuviera viendo con sus propios ojos; y Chauvelin guardaría esa carta y la emplearía para sus fines particulares hasta que le conviniera destruirla o utilizarla como un arma contra Armando. Todo eso lo comprendía, y, sin embargo, reía más fuerte y más alegremente que antes.

—¡Vaya, hombre!—dijo, hablándole por encima del hombro y mirándole fijamente a la cara—, ¿no lo dije? ¡Vuestro complot imaginario, fantástico! ¡Ja, ja, ja!... Armando en la liga del enigmático "Pimpinela Escarlata", ¡ja, ja, ja!... ¡Armando ayudando a los aristócratas franceses, que desprecia con todos sus cinco sentidos! Me hacéis reír, hombre. ¡A fe mía que la historieta honra infinitamente a vuestra ingeniosa inventiva!

—Permitidme que os exponga la cosa con claridad, ciudadana—dijo Chauvelin sin inmutarse—. Debo deciros que Saint-Just está comprometido, hasta el punto de no abrigar la más remota esperanza de ser perdonado.

En el palco reinó el más profundo silencio durante unos instantes. Margarita, muy erguida en su asiento, rígida e inmóvil, aguzaba el ingenio para hacer frente a la situación, para hallar un medio de salir airosa.

La Storace terminaba su aria, se inclinaba saludando al público en el más correctísimo estilo de la moda del siglo XVIII, que contrastaba con su traje clásico, y el público, entusiasmado, aplaudía con frenesí.

—Chauvelin—dijo al fin Margarita Blakeney, con más serenidad y sin aquel dejo de burla que hasta entonces había caracterizado su actitud y sus modales—, Chauvelin, amigo mío, tratemos de entendernos. Al parecer, mi imaginación se ha enmohecido con la humedad de este clima. Decidme: ¿es que tenéis gran empeño en descubrir la identidad de "Pimpinela Escarlata"? ¿Verdad?

—Del enemigo más acérrimo de Francia, ciudadana; tanto más peligroso cuanto que trabaja ocultamente.

—¡Tanto más noble, querréis decir!.. Y bien,,, queréis ahora obligarme a que os sirva de espía, asegurándome, en cambio, la vida de mi hermano Armando, ¿no es esto?

—De ningún modo—protestó Chauvelin con urbanidad—. Feas palabras son esas, bella señora. No se trata de obligaros, y el favor que os pido, en nombre de Francia, no puede jamás calificarse de espionaje.

—Sea como fuere, así es como aquí se llama a eso—contestó ella secamente—. Vuestra idea es esa, ¿no es verdad?

—Mi idea es que vos misma consigáis un per-

dón generoso para vuestro hermano Armando Saint-Just, prestando un insignificante servicio.

—¿Y cuál es?

—¡Velad por mí esta noche, ciudadana Saint-Just!—continuó Chauvelin casi jadeante—. Escuchadme. Entre los papeles hallados sobre la persona de sir Andrew Foulkes había una diminuta nota. ¡Vedla!—añadió, sacando de su cartera un pedacito de papel y entregándoselo a Margarita.

Era aquel mismo pedazo de papel que cuatro días antes leían ávidamente los dos jóvenes en el momento mismo de ser agredidos por los hombres de Chauvelin. Margarita lo tomó maquinalmente y se inclinó para descifrar los dos únicos renglones que contenía, escritos con letra deformada y visiblemente contrahecha. A media voz, como para sí, leyó:

“Recordad que no debemos reunirnos con más frecuencia que la estrictamente necesaria. Ya os di todas mis instrucciones para el día 2. Si deseáis volver a hablarme, me encontraréis en el baile de G.”

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Margarita.

—Examinadlo de nuevo, ciudadana, y lo comprenderéis.

—En el ángulo hay una divisa, una menuda flor escarlata...

—En efecto.

—¡La pimpinela escarlata!—exclamó con viveza—; y el baile de G. significa el que lord Grenville da esta noche.

—Así es como interpreto yo la nota, ciudada-

na—continuó Chauvelin afablemente y a modo de epílogo—. Después de ser maniatados y registrados lord Antony Dewhurst y sir Andrew Foulkes por mis espías, fueron llevados, obedeciendo órdenes mías, a una casa solitaria de las inmediaciones de la carretera de Dover, que ya tenía preparada para tal objeto; allí estuvieron cuidadosamente vigilados hasta esta mañana. Mas como encontré ese pedacito de papel, quise que llegaran a tiempo a Londres para asistir al baile de lord Grenville. Y ahora comprenderéis que tendrán mucho que contarle a su jefe, ¿no os parece?, y que encontrarán seguramente ocasión de hablar con él esta noche, según les indicaba. Por lo que esta mañana habrán quedado los dos jóvenes agradablemente sorprendidos al encontrarse con que todos los cerrojos y los barrotes que los aprisionaban se hallaban levantados en aquella solitaria casa de la carretera de Dover, que los carceleros habían desaparecido y que en el patio se hallaban ya ensillados y listos dos buenos y briosos corceles. Aún no he visto a los dos jóvenes, pero creo que podemos dar por cierto que no se habrán detenido hasta llegar a Londres. ¿Veis qué sencillo es todo esto, ciudadana?

—Sí que parece sencillo. ¿verdad?—exclamó ella, tratando, en vano, de calmar la agitación que la devoraba y fingiendo gran amargura—; cuando queréis matar a un pollo lo cogéis y le retorcéis el pescuezo...; pero el pollo no encuentra esto tan sencillo como os parece a vos. Y me ponéis ahora el puñal al pecho ofreciéndome una recompensa por mi obediencia... Vos lo encontraréis muy sencillo, yo no.

—Os ofrezco, ciudadana, la única manera de salvar a vuestro hermano, a quien indudablemente tanto queréis, de las consecuencias de su propia imprudencia.

El semblante de Margarita tomó un aire dulce: sus ojos se preñaron de lágrimas y murmuró para sí:

—Es el único ser que me amó siempre con constancia. Mas ¿qué es lo que deseáis que haga, Chauvelin?—preguntó, y su voz, ahogada por las lágrimas y los sollozos, contenía todo un mundo de desesperación—. En mi posición actual, me es casi imposible hacer nada.

—Al contrario, ciudadana—contestó Chauvelin de modo seco e inexorable, sin cuidarse siquiera de la ingenua y desesperada súplica de Margarita, que hubiera ablandado a un corazón de piedra berroqueña—. Sois lady Blakeney, y nadie sospecha de vos; con vuestra ayuda podría yo lograr esta noche..., ¿quién sabe?... , conocer con exactitud la identidad de “Pimpinela Escarlata”. Dentro de unos momentos os hallaréis en el baile; vigilad por mí, ciudadana. ¡Vigilad allí y escuchadlo todo con atento oído! Quizá podáis repetirme alguna frase recogida al azar..., algo dicho a media voz...; podréis, seguramente, notar quiénes buscan la conversación de sir Andrew Foulces o de lord Antony Dewhurst. Por ahora os halláis absolutamente exenta de la sospecha. “Pimpinela Escarlata” acudirá al baile de lord Grenville esta noche. Averiguad quién es, y os juro por el honor de Francia que vuestro hermano está salvado y no corre peligro alguno.

Chauvelin le acercaba más y más el puñal al

pecho. Margarita se sentía envuelta y aprisionada en unas redes de las que no podía zafarse. Le ofrecían un premio precioso a cambio de su sumisión; comprendía claramente que no eran vanas las amenazas de Chauvelin. Indudablemente habría delatado ya a Armando al Tribunal Revolucionario, y a estas horas lo considerarían como sospechoso, y no le permitirían volver a salir de Francia, y si se negaba a obedecer a Chauvelin, lo matarían sin piedad. Con ese instinto innato en toda mujer abrigó un instante la esperanza de poder ganar tiempo. Ofreció su mano al hombre a quien ahora temía y odiaba.

—Si os prometo ayudaros en este asunto, Chauvelin—exclamó con afabilidad—, ¿me daréis esa carta de Saint-Just?

—Si esta noche me prestáis ayuda valiosa, ciudadana—respondió Chauvelin con sarcástica sonrisa—, mañana... os daré la carta.

—¿No os fiáis de mí?

—Tengo en vos absoluta confianza, querida dama; pero la vida de Saint-Just queda en rehenes en Francia...; de vos depende rescatarla.

—¿Y si fuera impotente para ayudaros, por mucho que lo intentase?...—imploró ella.

—Sería realmente bastante deplorable para vos... y para Saint-Just—murmuró Chauvelin con serenidad.

Margarita se estremeció. Comprendió que de semejante hombre no podía esperar la menor compasión. Tenía entre sus manos la vida de su idolatrado hermano y podía disponer de ella a su antojo, con toda la fuerza que le daba aquel documento comprometedor. Le conocía demasiado

bien para no comprender que si no lograba satisfacer sus deseos sería implacable.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, a pesar de la calurosa atmósfera del teatro. Los armoniosos acordes de la música parecían llegar a sus oídos desde una larga distancia. Cubrió sus hombros con el precioso chal de encajes y, silenciosa, miró extasiada la deslumbrante escena.

Durante unos instantes sus pensamientos se alejaron de aquel ser querido, que tan grave peligro corría, para ir en busca de aquel otro ser que también tenía derecho a su confianza y a su afecto. Se sentía sola, temía por la vida de Armando, anhelaba los consuelos y los consejos de alguien que supiera ayudarla y animarla. Sir Percy Blakeney la amó una vez; era su esposo: ¿por qué había de hallarse tan sola en esta prueba tan terrible? Verdad es que su cerebro valía poco, pero era fuerte físicamente; de seguro que si ella prestaba su inteligencia y él aportaba su energía varonil y su valor lograrían los dos burlarse del astuto diplomático y arrancar de sus vengativas manos la recompensa ofrecida sin poner en peligro la vida del noble jefe de aquella pequeña e intrépida partida de héroes. Sir Percy conocía bastante a Saint-Just..., parecía tenerle afecto... Margarita estaba segura de que podría ayudarle.

Chauvelin no se ocupaba ya de ella. Había pronunciado su cruel disyuntiva: "sí o no", y dejaba a su albedrío la decisión. Y, a su vez, pareció embelesarse en las dulces melodías de *Orfeo*, moviendo su cabecita de astuto zorro al compás de la armoniosa música.

Un suave golpecito dado en la puerta arrancó

a Margarita de su éxtasis. Era sir Percy Blake-ney, que entraba tan somnoliento y de tan buen humor como siempre, luciendo en sus labios aquella eterna sonrisa insípida que jamás abandonaba y que en este momento pareció poner de punta todos los nervios de Margarita.

—Hola...; vuestra silla de mano..., querida mía..., está dispuesta—dijo, con la más exasperante parsimonia—. ¿Supongo que desearéis ir a ese endemoniado baile?... Dispensad, monsieur Chauvelin...; no os había visto.

Y extendió sus dos finos y blancos dedos a Chauvelin, que se había levantado al entrar sir Percy en el palco.

—¿Venís, querida mía?

Un murmullo de protesta se levantó en todo el teatro; por todos lados se oían voces de: “¡Silencio! ¡Chitón!”

—¡Maldita insolencia!—observó sir Percy, sonriendo bondadosamente.

Margarita ahogó un suspiro de irritación; su última esperanza se desvanecía bruscamente. Envolviéndose en su abrigo y sin mirar a su esposo, replicó:

—¡Estoy a vuestra disposición!

Tomó el brazo que galantemente le ofrecía sir Percy, y al llegar a la puerta del palco volvióse hacia Chauvelin, que, con el sombrero bajo el brazo y una sonrisa singular en sus descarnados labios, disponíase a seguir al mal avenido matrimonio.

—Hasta ahora, Chauvelin, puesto que creo hemos de vernos de nuevo en el baile de lord Grenville—dijo amablemente Margarita.

Y, sin duda, el perspicaz francés leyó en sus ojos algo que le causó profunda satisfacción, pues, sonriendo sarcásticamente, tomó, con elegancia afectada, un polvito de rapé, y después de sacudir su fina chorrera de encajes, se frotó las descarnadas y huesosas manos con aire de triunfo.



XI

EL BAILE DE LORD GRENVILLE

EL histórico baile que daba lord Grenville, ministro entonces de Negocios Extranjeros, fué el acontecimiento más brillante de todo el año. Aunque el otoño empezaba apenas, todo personaje de alguna representación había buscado medios de llegar a Londres a tiempo para asistir a él y lucirse, según su clase y posición social.

Su Alteza Real el Príncipe de Gales había prometido asistir. Dentro de unos momentos llegaría de la Opera. El mismo lord Grenville se había detenido en el teatro para oír los dos primeros actos de *Orfeo* antes de prepararse para hacer los honores de su soberbia mansión. A las diez, hora extremadamente avanzada en aquella época, los magníficos salones del Ministerio de Estado, artísticamente adornados con palmeras exóticas y bellísimas flores, se hallaban llenos de selecta concurrencia. Uno de los salones estaba reservado exclusivamente para el baile, y de él salían los delicados acordes de un minué, que servían de acompañamiento a la animada conversación y a las alegres risas de las elegantes damas y caballeros de la alta sociedad londinense.

En una habitación más reducida, frente a la amplia escalinata, se hallaba el distinguido an-

fitrión recibiendo amablemente a sus huéspedes. Mujeres bellísimas, hombres distinguidos y personas notabilísimas de todos los países extranjeros habían desfilado ya por delante de él, cambiando las profundas reverencias y los ceremoniosos saludos que imponía la extravagante moda de aquella época, dispersándose después, entre alegres risas, por los salones de baile, de recepción y de juego.

No lejos de lord Grenville, y apoyado en una de las consolas, hallábase Chauvelin, con su irreprochable traje negro, haciendo un detenido y minucioso examen de la brillante concurrencia. Reparó en que sir Percy y lady Blakeney no habían llegado aún, y sus perspicaces ojos dirigían furtivas y rápidas miradas a la puerta cada vez que entraba un recién venido.

Se encontraba aislado; no era fácil que fuese persona grata en Inglaterra el enviado del Gobierno revolucionario de Francia, precisamente cuando comenzaban a llegar del otro lado de la Mancha noticias detalladas de las horrendas carnicerías del mes de septiembre, que ponían de manifiesto el estado de anarquía y de terror que reinaba en Francia.

Sin embargo, fué recibido con cortesía por sus colegas ingleses en su calidad oficial; saludóle Mr. Pitt, y obsequióle varias veces lord Grenville; pero el resto de la sociedad londinense no le hizo el menor caso; las damas le volvían la espalda despreciativamente, mientras los caballeros que no desempeñaban ningún cargo oficial se negaban a darle la mano.

Mas Chauvelin no era hombre a quien inquietasen las conveniencias sociales de esta índole, y las

aceptaba como meros incidentes de su carrera diplomática. Era entusiasta de la causa revolucionaria, despreciaba toda desigualdad social y era amante rendido de su patria; estos tres sentimientos le hacían sobrellevar con la más sublime indiferencia los desprecios de esta brumosa, realista y anticuada Inglaterra.

Le alentaba, por encima de todo, un solo deseo ardiente. Estaba plenamente convencido de que el aristócrata francés era el enemigo más rencoroso de Francia: quería ver aniquilados a todos ellos. El fué uno de los primeros que durante el espantoso reinado del terror manifestó el feroz deseo de que los aristócratas no tuviesen más que una sola cabeza para que con ella cayeran todos bajo un solo golpe de la cuchilla de la guillotina. Por esta razón, a cada aristócrata francés que lograba escapar de Francia lo consideraba como un botín arrebatado a la guillotina. No le cabía duda de que los realistas emigrados, una vez salvada la frontera, se esforzaban titánicamente en enconar los ánimos de todos los países extranjeros en contra de Francia. Se tramaron diferentes intrigas en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda, para lograr que alguna potencia se decidiera a enviar tropas a la Francia revolucionaria con el fin de libertar al rey Luis y hacer ahorcar a todos los cabecillas de aquella monstruosa república.

No era, pues, sorprendente que la romántica y misteriosa personalidad de "Pimpinela Escarlata" llenara de odio mortal a Chauvelin. El y unos cuantos intrusos que trabajaban a sus órdenes, bien provistos de dinero, de una intrepidez sin igual y de una perspicacia a toda prueba habían

logrado rescatar de las iras del populacho a un centenar de aristócratas. De cada diez emigrados a quienes acogía la corte de Inglaterra, nueve debían su salvación a ese hombre y a su gente.

Chauvelin había jurado a sus colegas de París que descubriría la identidad de aquel intruso inglés; que le atraería arteramente a Francia, y una vez allí... Chauvelin lanzó un profundo suspiro de satisfacción ante la sola idea de ver caer aquella enigmática cabeza bajo la cuchilla de la guillotina con la misma facilidad que caía otra cabeza cualquiera.

De repente se oyó un murmullo de voces, y al instante cesaron todas las conversaciones, escuchándose con claridad la voz del mayordomo, que anunciaba:

—¡Su Alteza Real el príncipe de Gales y su séquito: sir Percy Blakeney, lady Blakeney!

Lord Grenville se adelantó hacia el vestíbulo para recibir a su augusto huésped.

Entró el príncipe de Gales luciendo un magnífico traje de gala de terciopelo salmón, ricamente recamado en oro, conduciendo del brazo a Margarita Blakeney y llevando a su izquierda a sir Percy, que vestía un riquísimo traje de fosforescente raso crema, cortado al extravagante estilo "Incroyable" y adornado con riquísimas golas de encaje en el cuello y la bocamanga; llevaba los rubios cabellos sin empolvar y el aplastado sombrero de tres picos bajo el brazo.

Después de las frases convencionales y del ceremonioso saludo debido a Su Alteza, lord Grenville dijo a su ilustre huésped:

—Vuestra Alteza me permitirá que os presente

a monsieur Chauvelin, el agente autorizado del Gobierno francés.

Al entrar el príncipe, Chauvelin se adelantó en seguida, en espera de esta presentación, y se inclinó profundamente, mientras el príncipe respondía a su saludo con una ligera inclinación de cabeza.

—Monsieur—dijo Su Alteza con frialdad—, olvidemos al Gobierno que os envió y consideremos a vos como un mero huésped nuestro, como un caballero cualquiera de Francia. De este modo, sed bien venido, monsieur.

—¡Monseñor!—replicó Chauvelin inclinándose nuevamente—. ¡Señora!—añadió, haciendo a Margarita una profunda reverencia.

—¡Hola, mi pequeño Chauvelin!—díjole ella con indiferente frivolidad, alargándole su diminuta mano—. Somos antiguos amigos, monseñor—añadió en seguida, mirando al príncipe.

—En ese caso—dijo el príncipe con agrado—, sed doblemente bien venido, monsieur.

—Hay otra persona que desearía presentar a Vuestra Alteza—interpuso lord Grenville.

—¡Ah! ¿Quién es?—preguntó vivamente el príncipe.

—La señora condesa de Tournay de Basserive y sus hijos, que llegaron de Francia hace poco.

—Inmenso placer será para mí. ¡Parecen ser de los afortunados!

Lord Grenville volvióse para buscar a la condesa, que se hallaba sentada al otro extremo del salón.

—¡Pardiez!—dijo Su Alteza en voz baja a Margarita, al ver el austero semblante de la anciana dama—. ¡Cristo me valga, qué virtuosa y qué sumamente triste parece!

—A fe mía, monseñor—replicó sonriendo Margarita—; que la virtud se parece a las ricas esencias, que son mucho más fragantes cuanto más oprimen.

—La virtud—suspiró el príncipe—es a veces impropia de vuestro sexo encantador, señora.

—La condesa de Tournay de Basserive—dijo lord Grenville presentando a la dama.

—¡Tantísimo gusto, señora! Mi augusto padre, como sabéis, se regocija siempre ofreciendo una buena acogida a vuestros compatriotas que Francia ahuyentó de sus costas.

—Es una amabilidad de Vuestra Alteza—replicó la condesa con gran dignidad, y añadió, indicando a su hija, que se mantenía tímidamente a su lado—: mi hija Susana, monseñor.

—¡Encantadora!—exclamó el príncipe—. ¡Encantadora! Os ruego, condesa, que, a mi vez, me permitáis presentaros a lady Blakeney, que nos honra con su amistad. De seguro que tendréis mucho que decirnos. Todo compatriota de lady Blakeney, sólo con serlo se hace doblemente agradable...: sus amigos son los nuestros...; sus enemigos, los de Inglaterra.

Los azules ojos de Margarita brillaron de alegría al escuchar las amables frases de su augusto amigo. No podía menos de regocijarse de la lección que en público recibía la condesa, que pocos días antes la había insultado tan notoriamente. Mas, para la condesa, la devoción hacia las personas reales era casi un culto, y conocía demasiado bien la etiqueta palaciega para dejar entrever ni un asomo de confusión al cambiar con Margarita un ceremonioso saludo.

—Su Alteza siempre galante, señora—dijo Margarita con gazmoñería, y sus lindos ojos brillaron alegremente—; pero era innecesaria su benevolencia. Guardo aún los más gratos recuerdos de nuestra última entrevista.

—¡Señora!—repuso la condesa con frialdad—. Nosotros, desgraciados expatriados, demostramos nuestra gratitud a Inglaterra obedeciendo ciegamente las órdenes de Su Alteza.

—¡Señora!—volvió a decir Margarita con una nueva y ceremoniosa reverencia.

—¡Señora!—repuso la condesa con igual dignidad.

Entretanto, el príncipe dirigía al vizconde frases amables.

—Es un placer para mí el conoceros, vizconde—dijo—. Conocí mucho a vuestro padre cuando estuvo en Londres de embajador.

—¡Señor! Era yo muy niño entonces—replicó el vizconde—. Y hoy debo el honor de conoceros a nuestro protector: "Pimpinela Escarlata".

—¡Silencio!—dijo el príncipe muy serio, indicando rápidamente a Chauvelin, que se había separado unos pasos del grupo y que con leve y sarcástica sonrisa observaba a Margarita y a la condesa.

—Señor—dijo Chauvelin como respondiendo a la mirada del príncipe—: os suplico no prohibáis a este caballero la ostentación de su gratitud: el nombre de esa interesante florecita escarlata me es muy conocido, como lo es también para toda Francia.

El príncipe contempló durante unos instantes a Chauvelin con miradas escrutadoras.

—¡Pardiez, monsieur!—dijo al poco rato—; entonces tal vez conozcáis más detalles de ese héroe nacional que nosotros mismos; tal vez sepáis quién es. Mirad—añadió indicando varios grupos—, mirad cómo las damas todas están pendientes de vuestros labios. Popularísimo os haríais con ellas si lograrais satisfacer su curiosidad.

—¡Ah monseñor!—repuso Chauvelin seriamente—. Corren insistentes rumores en Francia de que Vuestra Alteza podría, si quisiera, dar una exacta descripción de esa enigmática florecilla silvestre.

Y al decir esto lanzó sobre Margarita una rápida y penetrante mirada, que sostuvo ella sin el más ligero asomo de temor ni de emoción.

—¡Hombre, no! repuso el príncipe—. Mis labios están sellados, y los miembros de esa liga guardan tan profundamente el secreto de su jefe, que sus lindas admiradoras tendrán que contentarse con adorar su nombre. En Inglaterra, monsieur—prosiguió el príncipe con un encanto y una dignidad singulares—, al nombrar a “Pimpinela Escarlata” no hay ojos, por preciosos que sean, que no brillen de entusiasmo. Aparte de sus pocos, pero leales adeptos, nadie le ha visto. Nadie sabe si es alto o bajo, rubio o moreno, guapo o contrahecho; lo único que se sabe es que no hay caballero más valiente en todo el mundo, y esa certeza nos llena de orgullo, monsieur, al recordar que es inglés.

—¡Ah monsieur Chauvelin!—agregó Margarita, mirando con aire de desafío al francés del plácido rostro de esfinge—. Y debió añadir Su Alteza que nosotras, las damas, soñamos con él

como con un héroe novelesco de los tiempos antiguos...; que le adoramos..., que llevamos su divisa en el alma..., que temblamos por su vida cuando se halla en peligro y que nos regocijamos cuando alcanza una victoria.

Chauvelin se contentó con hacer profundas reverencias al príncipe y a Margarita; comprendía que ambos, cada uno a su manera, tenían el decidido propósito de expresarle el menosprecio y el desafío. El, por su parte, despreciaba al príncipe ocioso y amante de los placeres; y a ella, a la bellísima mujer que ostentaba entre sus dorados bucles un *esprit* de rubíes y brillantes semejando florecillas escarlata, la tenía cogida entre sus redes; bien podía callar y esperar los acontecimientos.

Una carcajada larga y jovial vino a interrumpir el prolongado silencio.

—Y nosotros, los pobres maridos—repuso sir Percy con afectación—, tenemos que contentarnos con ver cómo adoran nuestras mujeres a esa enigmática efigie.

Todos los circunstantes prorrumpieron en alegres carcajadas; el príncipe reía con más gana que nadie. Pareció calmarse la reprimida tensión nerviosa, y al instante comenzaron todos a hablar y a reír, dispersándose los alegres convidados por los diferentes salones del Ministerio de Estado.

XII

EL PEDACITO DE PAPEL

MARGARITA sufría horriblemente. A pesar de su risa y su charla y de que despertaba más admiración y era más agasajada y cortejada que ninguna otra dama de la reunión, se sentía como condenada a muerte, como si estuviera viviendo el último día de su existencia.

Sus nervios se hallaban todos en una dolorosa tensión, que se había acentuado cien veces más durante la breve hora que permaneció en compañía de su marido después de la ópera y antes de venir al baile. El breve rayo de esperanza que abrigó de encontrar tal vez un amigo valioso y un buen auxiliar y consejero en este personaje indolente y bonachón se desvaneció con la misma presteza con que había nacido en el momento de hallarse a solas con él. El mismo sentimiento de bondadoso menosprecio que se siente hacia un animal o un esclavo fiel hacía que se desviara, con una sonrisa, del hombre que debía haber sido su sostén moral en esta dolorosa crisis por que atravesaba, que debía ser su verdadero amigo, su consejero sereno cuando sus emociones y sentimientos de mujer la arrastrasen por torcidas sendas; aquellos sentimientos que la hacían vacilar entre el cariño que sentía por su hermano, que

lejos de ella se hallaba en grave peligro, y el espanto que le causaba el denigrante y horroroso servicio que Chauvelin le exigía a cambio de la vida de Armando.

Allí estaba el sostén moral, el consejero franco y sereno rodeado de una corte de casquivanos y necios petimetres jovenzuelos, que repetían con grandes muestras de admiración unos versos muy malos que acababa de componer.

Por todas partes oía Margarita las insípidas y absurdas palabras; no parecía hablarse de otra cosa en el baile; el mismo príncipe la había preguntado, riéndose, si le agradaba la última producción poética de su esposo.

—Y todo compuesto en un anudar de corbata —le aseguraba sir Percy a su círculo de admiradores:

Lo buscamos aquí, lo buscamos allí;

los *franchutes* lo buscan sin descansar.

¿Estará en el cielo? ¿Estará en los infiernos?

ese "Pimpinela" a quien nadie puede hallar?

El "chistecito" de sir Percy había circulado de boca en boca por los brillantes salones. El príncipe estaba encantado. Juraba y perjuraba que la existencia sin Blakeney sería un árido desierto, una lúgubre soledad; luego, cogiéndole del brazo, se lo llevó al saloncito de juego para echar con él una partida de dados.

Sir Percy, cuyo interés en la mayoría de las funciones sociales a que asistía se concentraba en la mesa de juego, solía permitir que su mujer coqueteara o bailara, se divirtiera o se aburriera a su antojo; así que, después de lanzado su "chistecito", dejó a Margarita rodeada de una corte de

admiradores de todas edades, ansiosos todos de hacerla ovidar que, dentro de aquellos espacios salones, había un hombre alto y apático que era suficientemente necio para figurarse que aquella mujer, cuyo entendimiento estaba reputado como el más despejado de Europa, había de hacerse a los prosaicos lazos del matrimonio inglés.

La continua inquietud y sobreexcitación nerviosa de Margarita Blakeney prestaban mayor atractivo a sus encantos. Hallábase siempre escoltada por una verdadera nube de hombres de todas las edades y de todos los países, y arrancaba siempre a su paso exclamaciones de admiración de los concurrentes.

No le quedaba tiempo alguno para reflexionar en su situación. Su temprana educación, un tanto bohemia, había desarrollado en Margarita un carácter fatalista. Presentía que los acontecimientos irían amoldándose por sí solos, sin que dependiera de sus manos la dirección. Sabía que de Chauvelin no podía esperar piedad. Había puesto precio a la cabeza de Armando y dejaba a su elección el que lo pagara o no.

Un poco más entrada la noche vió a sir Andrew Foulkes y a lord Antony Dewhurst, que parecían acabar de llegar. Al punto notó que sir Andrew fué inmediateamente en busca de Susanita de Tournay y que ambos procuraron en seguida aislarse en el amplio hueco de una ventana, donde sostuvieron un larguísimo diálogo, muy serio, por lo visto, y muy ameno para ambos jóvenes.

Los dos galanes parecían algo demacrados e inquietos, lo que no era óbice para que fuesen irrepugnablemente vestidos y no manifestasen en

su alegre semblante ni la más leve indicación de que presentían la terrible catástrofe que se cernía en torno de ellos y de su querido jefe.

De que la liga de la "Pimpinela Escarlata" no tenía intenciones de abandonar su humanitaria misión se había informado Margarita por la misma Susana, que aseguraba públicamente que tanto ella como su madre abrigaban la certeza absoluta de que en el intervalo de unos días la liga arrebataría de Francia al conde de Tournay. De manera vaga empezó a querer adivinar, mientras contemplaba la elegante y selecta concurrencia que se agitaba en aquel suntuoso salón de baile, quién sería, entre los hombres de mundo que la rodeaban, aquel misterioso "Pimpinela Escarlata" que tenía en sus manos todas las hebras de aquella arriesgada y atrevida empresa y el destino de tantas vidas.

Ardía en vehementes deseos de conocerle: a pesar de haberle oído nombrar tantas veces y de haber, como el resto de la sociedad londinense, aceptado su secreto, ansiaba ahora conocerle...; sí, independientemente de todo, independientemente de Armando y de Chauvelin; anhelaba conocerle por un deseo irresistible, por aquella entusiasta admiración que siempre sintió por su astucia y su valor.

Naturalmente que estaría en alguna parte del baile, puesto que sir Andrew Foulkes y lord Antony Dewhurst habían venido expresamente y con el decidido propósito de tener una entrevista con su jefe y de recibir, tal vez, una nueva consigna.

Margarita hizo un examen minucioso de todos los rostros aristocráticos normandos, de aquel sello

de nobleza que les es tan peculiar; de todos los rostros sajones, de conformación cuadrada y rubios cabellos; los semblantes más alegres de los celtas que allí se congregaban, y se preguntó muchas veces cuál de ellos revelaba aquella potencia, aquella energía y aquella astucia que había sabido imponer su voluntad y sus órdenes a unos cuantos jóvenes ingleses de alta alcurnia, entre los que figuraba, según insistentes rumores, el príncipe de Gales.

¿Sería, por ventura, sir Andrew Foulkes? ¡Seguro que no! Con aquellos apacibles ojos, que con miradas de ternura infinita siguieron a Susana cuando ésta, interrumpida su agradable conversación por la severa mamá, tuvo que retirarse, Margarita le observaba atentamente; le vió suspirar varias veces profundamente y marcharse a la ventana solo tan pronto como la linda silueta de Susanita desapareció entre la multitud; observó que se dirigía lentamente hacia una puertecita que había en el fondo del salón y que conducía a un pequeño *boudoir*, y que, reclinándose en el marco de la puerta, continuó dirigiendo miradas inquietas en torno suyo.

Por un momento logró Margarita evadir las atenciones de su pareja, y deslizándose por entre el elegante gentío, se acercó a la puerta en que seguía reclinado sir Andrew.

El porqué quiso acercarse a él no hubiera podido ella misma explicárselo; tal vez la arrastraría aquella omnipotente fatalidad que tantas veces parece decidir el destino de las criaturas.

Súbitamente se detuvo; su corazón pareció cesar de latir; sus ojos, dilatados y casi saltándosele

de las órbitas, se dirigieron rápidos, cual una exhalación, en dirección a la puerta, y, de improviso, se desviaron de ella con la misma rapidez. Sir Andrew Foulkes continuaba en su negligente postura, pero Margarita había visto claramente que lord Hastings, un joven elegante, amigo de su esposo e íntimo del círculo del príncipe, deslizaba algo en la mano de sir Andrew al pasar por su lado.

Por un instante, lo que dura un relámpago, vaciló Margarita; luego siguió atravesando el salón con una indiferencia admirablemente simulada y aligeró el paso para llegar cuanto antes a la puerta por donde había desaparecido ya sir Andrew. Todo esto, desde el momento en que Margarita vió a sir Andrew apoyarse en el marco de la puerta hasta que logró darle alcance en el pequeño *boudoir*, había ocurrido en menos de un minuto. El destino asesta, generalmente, sus implacables golpes con la velocidad del rayo.

De improvisto, pues, dejó de existir lady Blakeney. Únicamente quedaba Margarita Saint-Just; aquella Margarita Saint-Just que pasó su niñez, su pubertad, entre los protectores brazos de su hermano Armando. Todo lo demás lo había olvidado: rango, dignidad, secretos entusiasmos; todo menos el peligro que corría la vida de Armando; y que allí, en aquel *boudoir* abandonado y solitario, y en las manos mismas de sir Andrew Foulkes, se hallaba, tal vez, el talismán salvador de la vida de su hermano.

Desde el momento de ver a lord Hastings deslizarse aquella cosa misteriosa en la mano de sir Andrew hasta el instante en que alcanzó ella

a su vez el *boudoir* habrían transcurrido escasamente otros treinta segundos. Sir Andrew se hallaba con la espalda vuelta hacia ella, junto a una mesa que sostenía un pesado candelabro de plata. En la mano tenía un pedacito de papel y estaba precisamente enterándose de su contenido.

Recatándose todo lo posible para no ser observada, sin hacer el menor ruido con su vaporoso vestido, cuyo roce con la alfombra de terciopelo se esforzaba en evitar, y sin atreverse apenas a respirar hasta haber logrado su propósito, Margarita se deslizó por el saloncito hasta hallarse muy cerca de sir Andrew..., casi detrás de él... Pero en aquel momento volvióse sir Andrew y la vió, y lanzando ella un gemido pasóse la mano por la sudorosa frente y murmuró con débil acento:

—El calor del salón era terrible..., me sentí tan mal... ¡Ah!...

Vaciló como si estuviera a punto de caer, y sir Andrew, recobrando al instante su presencia de ánimo y arrugando con la mano la esquelita que había estado leyendo, acudió, con el tiempo únicamente justo, al parecer, para sostenerla.

—¿Os sentís mal, lady Blakeney?—preguntó, un tanto alarmado—. Dejadme que...

—No, no, no es nada—interrumpió ella rápidamente—. ¡Una silla..., pronto!...

Y dejándose caer en una silla que había al lado de la mesa, apoyó su cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—¡Vaya!—murmuró con acento débil aún—. Se va pasando el mareo. No os inquietéis por mí, sir Andrew; os aseguro que me encuentro más aliviada.

No cabe duda de que en momentos tales—y así lo aseguran los psicólogos—nos hallamos dotados de un sentido que difiere completamente de los otros cinco; no es que veamos, no es que oigamos, ni que palpemos, sino que parece que hacemos las tres cosas a un tiempo. Margarita, sentada en la silla, continuaba, al parecer, con los ojos cerrados. Detrás, y muy junto a ella, se hallaba en pie sir Andrew, y a la derecha, la mesa con el candelabro de plata de cinco brazos. En su mente no veía nada, absolutamente nada más que el rostro de Armando, de Armando, cuya vida corría inminente peligro; de Armando, que parecía mirarla desde un fondo en el que se dibujaban las alborotadas turbas de París, las desnudas paredes del Tribunal Revolucionario, en el que Fouquier-Tinville, el procurador, pedía, en nombre del pueblo de Francia, la cabeza de Armando, destacándose también la amenazadora guillotina, que con su ensangrentada cuchilla parecía esperar una nueva víctima... ¡Armando!...

En el pequeño *boudoir* reinaba un silencio sepulcral. Los dulces acordes de una gavota que se oían del brillante salón de baile, el constante fru-frú de los elegantes vestidos de las damas y la charla y las risas de la animada reunión prestaban extraño y fantástico contraste al drama que se estaba desarrollando en el *boudoir*.

Sir Andrew no había vuelo a pronunciar una sola palabra. Entonces fué cuando ese sentido adicional se hizo poderoso en Margarita Blakeney. Nada podía ver, pues tenía los ojos cerrados; nada oía, pues el ruido del salón ahogaba el suave roce de aquel trascendental pedacito de papel, y,

sin embargo, sabía—como si lo estuviera viendo y oyendo—que sir Andrew acercaba en aquel momento el papelito a la llama de una de las velas.

Precisamente en el instante mismo en que se prendía fuego abrió Margarita los ojos, y, levantando la mano, arrancó al joven el pedacito de papel con sus delicados dedos. Dió un soplo para apagar la llama y acercóse luego el papel a las narices, con la más consumada indiferencia.

—Veo que sois precavido, sir Andrew—exclamó con jovialidad—. Seguramente que vuestra abuelita os enseñaría que es remedio soberano para los mareos el olor a papel chamuscado.

Dejó escapar un profundo suspiro de satisfacción y estrujó con fuerza entre sus dedos cargados de joyas aquel pequeño papelito, aquel talismán que tal vez salvara la vida de Armando. Sir Andrew la miraba de hito en hito, tan aturdido, que no acertaba a darse cuenta de lo que realmente acababa de suceder. Tan de improviso le había cogido, que no parecía comprender que de aquel pedacito de papel estrujado entre los lindos dedos de Margarita dependía, tal vez, la vida de su compañero.

—¿Por qué me miráis con tanta fijeza?—preguntóle Margarita con tono juguetón, soltando una larga y alegre carcajada—. Os aseguro que me siento muy aliviada; el remedio fué sumamente eficaz. La fresca temperatura de este saloncito es deliciosa—añadió con perfecta serenidad—, y los dulces acordes de la gavota que nos llegan del salón de baile fascinan y tranquilizan.

Charlaba de un modo despreocupado y ameno, mientras sir Andrew, angustiado, buscaba men-

talmente un medio rápido y seguro para apoderarse del pedacito de papel que tenía entre los dedos aquella preciosa mujer. Confusas y tumultuosas ideas pasaban veloces por su cerebro; se acordó súbitamente de su nacionalidad, y más aún, de aquella espantosa historia acerca del marqués de Saint-Cyr, que nadie en Inglaterra había querido creer, tanto por sir Percy como por ella misma.

—¿Cómo?... ¿Aún soñáis y me miráis con fijeza?—exclamó ella riendo alegremente—. ¡Qué poco galante sois, sir Andrew! Y ahora que recuerdo—añadió—, mi presencia en este saloncito pareció más alarmaros que agradaros. Estoy convencida de que vuestra ansiedad no la producía el estado de mi salud, ni el infantil recuerdo de lo que os enseñara vuestra abuelita, que os indujo a quemar este pedacito de papel. Apostaría a que es la última epístola cruel de vuestro “adorado tormento” que tratabais de destruir. Vamos, confesad—añadió con aire retozón y levantando el pedacito de papel—. ¿No contiene esto la ruptura definitiva? ¿O implora el hacer las paces, sellándolas con un beso?

—Sea lo que fuere, lady Blakeney—replicó sir Andrew, que por grados recobraba su sangre fría—, esa notita me pertenece, y...

Y sin ciudarse de si su acción para con una señora podía calificarse de descortés, alargó atrevidamente la mano para apoderarse de la esquila; mas los pensamientos de Margarita volaban más veloces que los suyos, y sus acciones, impulsadas por una intensa excitación nerviosa, eran más rápidas y seguras. Era, además, alta y fuerte;

retrocedió con viveza y derribó la mesita de caoba, que, sobrecargada ya, cayó estrepitosamente al suelo, arrastrando consigo el candelabro macizo que sostenía.

—¡Las velas, sir Andrew! ¡Pronto!—exclamó Margarita alarmada.

El daño había sido insignificante; apagáronse un par de velas al caer el candelabro; las otras derramaron sólo unas gotas de esperma sobre la valiosa alfombra, mientras la pantalla de papel de una de ellas se prendió fuego. Con presteza y habilidad apagó sir Andrew las llamas y volvió a colocar el candelabro sobre la mesa; pero aun así tardó en hacerlo unos instantes, que bastaron a Margarita para echar una rápida ojeada sobre el papelito y enterarse de su contenido: unas cuantas palabras, escritas con la misma letra contrahecha que había visto ya, que acababan con la misma divisa: una florecilla en forma de estrella dibujada con tinta escarlata.

Cuando sir Andrew volvió a mirarla, sólo se reflejaba en su semblante la alarma producida por tan inesperado suceso y la alegría de su feliz término, mientras la trascendental notita había, por lo visto, caído al suelo revoloteando. Se apresuró el joven a recogerla, y en sus ojos brilló una mirada de alegría al apretar con firmeza el papel entre los dedos.

—¡Qué vergüenza, sir Andrew!—interpuso Margarita, moviendo la cabeza y dejando escapar un suspiro retozón—. Estáis haciendo estragos en el corazón de alguna enamoradiza duquesa mientras tratáis de conquistar el cariño de mi dulce Susanita. ¡Vaya, vaya! Me parece que Cupido

en persona, protegiendo vuestros amores, amenazaba destruir todo el ministerio de Estado entre llamas sólo para hacerme soltar el amoroso mensaje antes de que mis ojos indiscretos pudieran posarse sobre él. ¡Y pensar que otro instante más me hubiera bastado para conocer los secretos de alguna liviana duquesa!

—Perdonadme, lady Blakeney, si vuelvo a reanudar la interesante tarea que vinisteis a interrumpir—repuso sir Andrew, tan sereno y tranquilo ya como ella misma.

—¡Sí, por cierto, sir Andrew! ¿Cómo iba a atreverme yo a volver a contrariar al dios del amor? Quizá me impusiera un castigo atroz por mi presunción. Cueste lo que cueste, quemad esa prenda de amor.

Sir Andrew, que había liado el papelito hasta convertirlo en una finísima varilla, lo acercó a la única vela que había quedado encendida. No observó la singular sonrisa que plegaba los finos labios de su bella, *vis-à-vis*, tan absorto estaba en su obra de destrucción; de haberla visto, quizá se hubiera desvanecido su expresión de tranquilidad. Con reverente atención veía rizarse la esquila importante al ser consumida por la llama; pronto cayó al suelo el último fragmento convertido en cenizas, sobre las cuales colocó la suela de su elegante zapato de hebillas.

—Bien, sir Andrew—repuso Margarita Blakeney con aquel singular aire de abandono que la caracterizaba y sonriendo de la manera más encantadora—, bien. ¿Y os atreveríais ahora a excitar los celos de vuestra hermosa dama sacándome a bailar este minué?

XIII

LA DISYUNTIVA: "SÍ O NO"

Las pocas palabras que Margarita Blakeney logró descifrar del pedacito de papel medio chamuscado parecían ser literalmente las palabras de la suerte: "Yo mismo saldré mañana...", había leído claramente; las palabras que seguían estaban borradas por un tiznón producido por el humo de las velas; pero a continuación, y finalizando la esquila, leyó otra frase, que ahora reaparecía en su imaginación con claridad y como escrita con caracteres de fuego: "Si deseáis volver a hablarme, estaré en el comedor a la una en punto." Un pequeño emblema, apresuradamente garabateado—una diminuta flor en forma de estrella, que le era ya tan conocida—, servía de firma a la esquelita.

¡A la una en punto! Eran ya cerca de las once y se bailaba el último minué, en el que sir Andrew Foulkes y la bella lady Blakeney guiaban las parejas, que formaban las caprichosas y complicadas figuras.

¡Cerca de las once! Las manecillas de un soberbio reloj Luis XV, colocado sobre un pedestal de bronce dorado, parecían correr con una velocidad vertiginosa. Dentro de dos horas quedaría sellada su suerte y la de Armando. Dos horas le

quedaban para decidirse a guardar las noticias, tan hábilmente logradas, abandonando a su hermano en manos del destino, o hacer, voluntariamente, una indigna traición a aquel intrépido ser que consagraba su vida a sus semejantes, que era noble, generoso y, sobre todo, que nada sospechaba. ¡Qué espantosa le parecía esta idea! Pero... ¿y qué sería de Armando? Armando también era noble y valiente; también era generoso y confiado. Y Armando la quería y hubiera confiado gustoso la vida en sus manos; y ahora, cuando podía salvarle de la muerte, vacilaba. ¡Esto era monstruoso! Le parecía ver el noble semblante de su hermano, lleno de ternura, que, reprochándola, decía: "Pudiste salvarme, Margarita; pero preferiste salvar a un extraño, a uno que no conocías, que jamás habías visto, y preferiste salvarle enviándome a la guillotina."

Bullían en el calenturiento cerebro de Margarita todos esos pensamientos encontrados, mientras se deslizaba, sonriente, por entre los elegantes laberintos del minué. Notó, con aquella perspiciencia innata en ella, que había logrado tranquilizar por completo los temores de sir Andrew. Su presencia de ánimo había sido acabadísima; en aquel momento, y durante todo el minué, se sentía una actriz más consumada que en el escenario de la Comedia Francesa; pero en aquellos tiempos la vida de su hermano no dependía de sus facultades teatrales.

Su imaginación era demasiado despejada para hacerla exagerar su papel; por lo que no volvió a hacer alusión a la supuesta carta amorosa que tan angustiosos momentos proporcionó a sir Andrew

Foulkes. Notó que se disipaba la inquietud de éste, dando paso a una resplandeciente sonrisa, y se percató en seguida que cualquiera que fuese la duda que se apoderó entonces de su mente había logrado ella hacerla desaparecer por completo al resonar los últimos compases del minué; no llegó a comprender nunca el estado de excitación en que ella se hallaba ni los esfuerzos que le costaba el mantener aquella incesante charla insulsa.

Terminado el minué, Margarita rogó a sir Andrew que la acompañara al saloncito contiguo.

—Prometí bajar al comedor con el príncipe a la hora de cenar—murmuró cuando se hallaron solos—; mas antes de separarnos, decidme: ¿me perdonáis?

—¿Perdonaros?

—¡Sí! Confesad que antes os di un gran susto. Pero recordad también que no soy inglesa y que no considero un crimen el cambio de billetes amorosos, y os juro por mi fe que nada he de contar a Susanita. Decidme: ¿tendré el gusto de volver a veros en mi *water-party* el miércoles próximo?

—No os lo puedo asegurar, lady Blakeney—respondió evasivamente sir Andrew—. Es posible que tenga que salir de Londres mañana.

—Yo, en vuestro lugar, no lo haría—repuso muy seria Margarita; pero al notar que sus miradas volvían a inquietarse, exclamó con viveza—: No hay quien tire la pelota mejor que vos, sir Andrew, y os echaríamos mucho de menos en el frontón.

Sir Andrew atravesó el salón y la condujo hasta

donde el príncipe esperaba ya a la bellissima lady Blakeney.

—Señora, la cena nos espera—exclamó el príncipe, ofreciéndola su brazo galantemente—, y estoy lleno de esperanza. La diosa Fortuna me ha fruncido el ceño con persistencia tal en el juego, que ahora busco con confianza las sonrisas de la diosa Belleza.

—¿Ha sido Vuestra Alteza infortunado en el juego?—preguntó Margarita, apoyándose en el brazo del príncipe.

—Exacto; de lo más desgraciado. Blakeney no se contenta con ser el más opulento de los súbditos de mi padre, sino que siempre tiene una suerte loca. Y a propósito: ¿dónde se halla ese gracioso inimitable? Os juro, señora, que esta existencia sería una lúgubre soledad si no contásemos con vuestras sonrisas y con los graciosísimos chistes de vuestro esposo.



XIV

¡LA UNA EN PUNTO!

LA cena había estado animadísima. Todos los comensales aseguraban que jamás había estado lady Blakeney más adorable ni más festivo el “condenado idiota” de sir Percy.

Su Alteza Real reía plácidamente las insulsas, pero chistosísimas anécdotas de Blakeney. Cantaron a coro su copla de ciego: “Lo buscamos aquí, lo buscamos allí” al son del “Ho, merry Britons!”, y con un acompañamiento del “rataplán” ruidoso de los vasos, que se golpeaban contra la mesa. Además, lord Grenville tenía un excelente cocinero; algunos ironistas aseguraban que era un vástago de la nobleza francesa, y que habiendo perdido sus bienes vino a ganarse el pan en la cocina del ministerio de Estado.

Margarita Blakeney estuvo de un humor admirable, y seguramente que nadie de aquel suntuoso comedor pudo sospechar el espantoso combate que se libraba en su alma.

El reloj seguía, despiadado, su acompasada marcha. Eran ya mucho más de las doce, y hasta el príncipe de Gales se disponía a abandonar el comedor. Durante la media hora que faltaba por transcurrir, habían de luchar en su corazón los

destinos de dos hombres valientes: el del amantísimo hermano y el del otro, el del héroe desconocido.

Margarita no había tratado siquiera de encontrarse con Chauvelin durante este tiempo; estaba convencida de que sus vivos ojos de lince la ardrían al punto e influirían seguramente en que su decisión se inclinara en favor de Armando. Lejos de él, su alma abrigaba una vaga, una lejana esperanza de que sucediera algo inesperado, algún acontecimiento grande, de esos que hacen época, que la librara de la terrible responsabilidad de elegir los términos de aquella disyuntiva cruel.

Mas los minutos corrían acompasados, con esa monotonía sorda que proporcionan los mismos nervios, cansados de oír su lento "tic-tac".

Después de la cena continuó el baile. Habíase marchado ya Su Alteza Real, y entre los comensales que aun continuaban sentados en el comedor se discutía la cuestión de retirarse; los incansables, aunque en menor número, empezaron una gavota que seguramente ocuparía otro cuarto de hora.

Margarita no podía ya seguir bailando: hasta el más grande dominio de sí mismo tiene sus límites. Acompañada de un ministro de la Corona volvió a buscar el saloncito de antes, que era el lugar más solitario de todos los salones. Chauvelin estaría seguramente acechándola, dispuesto a aprovechar la primera ocasión que se le presentara para abordarla y hablarla a solas. Habíanse encontrado antes sus miradas en el minué que se bailó poco antes de cenar, y aun cuando sólo fué una mirada fugaz, comprendió ella que los escudriñadores ojos del perspicaz diplomático habían adivinado que había logrado lo que apetecía.

Así lo quiso la suerte, y Margarita, aunque vacilante, se resignaba a sus mandatos presa del suplicio más atroz que jamás desgarrara el corazón de una mujer. Pero había que salvar a Armando a toda costa, a él antes que a nadie, porque era su hermano, y para ella había hecho veces de madre, de padre y amigo desde su infancia, en que quedó huérfana. Además era horrible pensar que Armando pereciera en la guillotina por traidor: el solo pensamiento le horrorizaba. ¡Eso no podía ser... nunca..., jamás! En cuanto al extraño, al héroe..., ¡que decidiera también el destino! Margarita rescataría la vida de su hermano de las manos de un enemigo implacable; luego, que el astuto "Pimpinela Escarlata" se escapara como pudiese del embrollo.

—Quizá—pensó Margarita con vaguedad—aquel atrevido e intrépido urdidor de argucias, que durante tantos meses había burlado a un ejército de espías lograría también en esta ocasión escapar de Chauvelin y quedar inmune en esta empresa.

Así pensaba mientras prestaba atención a las ingeniosas ocurrencias del ministro de la Corona, que sin duda creía encontrar en lady Blakeney una oyente ideal. De improviso asomó por entre el cortinaje de la puerta la demacrada cara de zorro de Chauvelin.

—Lord Francourt—dijo entonces Margarita al ministro—: ¿queréis hacerme un favor?

—Con mil amores, milady; todo cuanto mandéis—contestó galantemente.

—¿Queréis enteraros si mi esposo está aún en la sala de juego? Y si estuviera allí, decidle que

me siento muy fatigada y que desearía marcharme pronto.

Las disposiciones de una mujer hermosa son siempre órdenes para todo hombre galante, sin exceptuar a los ministros de la Corona. Lord Francourt se preparó, pues, a obedecer en seguida.

—No es nada agradable dejar a milady sola—repuso.

—No os inquietéis por mí. Nada me ocurrirá aquí, ni creo que me moleste nadie...; pero estoy verdaderamente cansada. Sir Percy irá guiando, ¿comprendéis?, y es larguito el trayecto de aquí a Richmond. Si no nos apresuramos algo, no llegaremos a casa hasta el amanecer.

A la fuerza tuvo lord Francourt que marcharse.

En el momento mismo en que desapareció se introdujo Chauvelin en el saloncito, e inmediatamente se acercó a Margarita, tranquilo e impasible.

—¿Tenéis noticias que darme?—preguntó.

Un escalofrío recorrió súbitamente todo el cuerpo de Margarita; sus mejillas se encendieron y sus manos quedaron como entumecidas y paralizadas. ¡Oh Armando! ¿Llegarás algún día a saber el horrible sacrificio del orgullo, de la dignidad y de la delicadeza femenil que hace por ti tu querida hermana?

—Nada de importancia—repuso ella maquinalmente—; pero podía ser una pista. Conseguí, no importa por qué medios, descubrir a sir Andrév en el momento de quemar un papel en la llama de una de estas velas, aquí mismo. Logré durante dos minutos tener entre mis dedos aquel papel, y aproveché diez segundos para dirigirle una mirada.

—¿Lo bastante para cercioraros de su contenido?—preguntó Chauvelin con calma.

Margarita movió la cabeza en señal de asentimiento, y en el mismo tono suave y maquinal, prosiguió:

—En un ángulo del papel se veía la acostumbrada divisa: el boceto de una florecilla escarlata en forma de estrella. Más arriba pude leer dos renglones; todo lo demás estaba chamuscado y tiznado por la llama.

—¿Y qué decían aquellos dos renglones?—

La garganta de Margarita parecía contraerse y no se sentía incapaz de articular un sonido, una palabra que tal vez llevara a la muerte a un valeroso héroe.

—Suerte que no se quemó todo el papel—dijo Chauvelin secamente—, pues hubiera atraído la muerte sobre la cabeza de Armando Saint-Just—añadió con sarcasmo—. ¿Qué decían aquellos dos renglones, ciudadana?

—Uno decía: “Saldré yo mismo mañana”—contestó ella quedamente—. Y el otro: “Si deseáis volver a hablarme, estaré en el comedor a la una en punto.”

Chauvelin miró al reloj colocado sobre la chimenea.

—Entonces me sobra tiempo—observó plácidamente.

—¿Qué vais a hacer?—preguntó Margarita, pálida como una muerta y con las manos heladas, mientras su cerebro y su corazón latían con violencia inusitada por la tensión nerviosa.

—¡Oh, esto era horrible! ¿Qué delito había cometido para merecer tan atroz castigo? ¡La elec-

ción estaba hecha! ¿Cometía una vileza o un acto sublime? Sólo el ángel que lo inscribe todo en el libro de oro podría haberla contestado.

—¿Qué vais a hacer?—volvió a preguntar maquinalmente.

—¡Oh! Ahora mismo..., nada. Después..., ya veremos; dependerá de...

—¿De qué?

—De la persona que me encuentre en el comedor a la una en punto.

—Encontraréis a "Pimpinela Escarlata", es claro. Mas no le conocéis.

—Ahora, no. Pero luego sí.

—Sir Andrew le habrá advertido ya.

—Creo que no. Cuando se separó de vos, después del minué, se quedó un ratito siguiéndoos con la mirada, con una expresión en el rostro que me dió a comprender con claridad que algo había ocurrido entre vos y él. Era natural, ¿no es verdad?, que acertara hábilmente la índole de aquel "algo", por lo que entablé con el galán una animada y alegre charla; discutimos el éxito singular que ha logrado Herr Gluck en Londres, hasta que vino una señora a reclamar su brazo para bajar al comedor.

—¿Y desde entonces?...

—No le perdí de vista mientras duró la cena. Cuando volvimos a subir, lady Portarles se lo llevó a un rincón solitario para hablarle de la preciosa señorita Susana de Tournay. Me constaba que no se movería de allí mientras lady Portarles no hubiese agotado aquel agradable tema, que ocupará otro cuarto de hora por lo menos, y es ya la una menos cinco.

Y disponiéndose a marchar, se acercó a la puerta y, apartando el portier, se detuvo un instante para señalar a Margarita la lejana y confusa silueta de sir Andrew Foulkes conversando animadamente con lady Portarles.

—Se me figura—dijo con sonrisa de triunfo— que he de encontrar con seguridad en el comedor a la persona que busco, linda dama.

—Es que puede haber más de una.

—El que allí estuviere al dar el reloj la una será espiado por uno de los míos; de ellos, uno, quizá dos o tres, saldrán para Francia mañana. Uno de éstos será “Pimpinela Escarlata”.

—¿Sí? ¿Y...?

—Yo también, bella señora, saldré para Francia mañana. Los documentos hallados sobre sir Andrew Foulkes en Dover hablan de las cercanías de Calais, de una posada que me es muy conocida y que se llama “El Gato Pardo”; de un sitio solitario en la costa, la choza del tío Blanchard, que tengo necesidad de descubrir. Todos estos sitios están indicados como punto de reunión en donde ese intruso inglés tiene citado al traidor de Tournay y a otros para encontrarse con sus emisarios. Ahora parece que se decide a no mandar a sus agentes secretos, sino que “saldrá él mismo mañana”. Ahora bien: uno de los individuos que pronto hallaré en el comedor irá hasta Calais, y yo detrás de él, hasta que sus huellas me conduzcan al lugar donde los fugitivos aristócratas le esperan; porque ese individuo, bella dama, será el que vengo buscando hace cerca de un año: el hombre cuya astucia y energía me han sobrepujado, cuyo ingenio me ha sumido en con-

fusiones, cuya audacia me ha maravillado... ¡Sí, a mí!... ¡Y mirad que he visto yo hacer algunas travesuras en mis tiempos! Y ese individuo será, sin duda, el misterioso e inapresable "Pimpinela Escarlata".

—¿Y Armando?—suplicó Margarita.

—¿He faltado a mi palabra alguna vez? He prometido que el día en que "Pimpinela Escarlata" y yo salgamos para Francia, os enviaré, por correo de gabinete, esa imprudente carta de Armando. Y os juro por el honor de Francia que el día en que "le eche el guante" a ese entremetido inglés, Saint-Just estará en Inglaterra sano y salvo en brazos de su encantadora hermana.

Y volviendo a inclinarse ceremoniosamente ante ella, miró Chauvelin de nuevo al reloj y salió con paso rápido de la habitación.

A Margarita le pareció percibir con claridad entre los acordes de la música y el bullicio del baile las ligeras pisadas de Chauvelin, que se deslizaban por el salón hasta llegar a la sólida escalinata; pareció sentirle bajar por ella cual gato veloz que acecha su presa y entrar suavemente en el comedor. El destino fatal lo había querido: la había impulsado a hablar, a cometer una acción vil y abominable en aras del cariño que sentía por su hermano. Y reclinada en la silla, muda e inmóvil, con los párpados entornados, sólo veía ante sí la silueta de su implacable enemigo.

Chauvelin halló el comedor completamente solo. Reinaba en él ese aire de tristeza, de abandono, que nos recuerda mucho un traje de baile la mañana después.

Vasos a medio llenar y servilletas esparcidas

por todas partes fué lo primero que sorprendió su vista; las sillas se hallaban una sobre otra, en grupos de dos y tres, como si estuvieran ocupadas por duendes que conversaban íntimamente entre sí. Veíanse en los apartados rincones sillas agrupadas de dos en dos, como pruebas elocuentes del idilio de las parejas de enamorados que las ocuparon a la hora de los postres y del champán helado. Había grupos de tres y cuatro sillas, que recordaban amenos y animados diálogos sobre los asuntos palpitantes del día. Veíanse filas de sillas que aún conservaban el aspecto austero de las anticuadas damas que las ocuparon; solas y aisladas se veían unas cuantas sillas junto a la mesa, que parecían recordar a los glotones que disfrutaron con embeleso de los succulentos manjares, y otras, derribadas en el suelo, que hablaban por sí solas de los exquisitos vinos de lord Grenville.

Era, en verdad, una fantástica réplica de la elegante *soirée* que se hallaba en el salón; el duende que revoloteaba en torno de las casas en que se celebran bailes y se dan cenas; un boceto en yeso sobre cartulina gris, monótono e incoloro, del que faltaban los brillantes tonos de los vestidos de seda y de los trajes bordados, alumbrado tenuamente por la llama amarillenta de las velas, que se consumían lentamente en los candelabros.

Chauvelin contempló aquel desierto comedor sonriendo bonachonamente y frotándose las huesosas manos con aire pensativo. Hasta el último criado había desaparecido para reunirse con el resto de la servidumbre. Reinaba un profundo silencio en aquella mal alumbrada pieza, pues los

acordes de la gavota, el lejano murmullo de las voces y las risas y el sordo rodar de algún coche en la calle no penetraban en aquel recinto, que parecía a Chauvelin el "palacio de la bella durmiente", sino como un leve susurro de fantasmas que se movían en lontananza.

Tan solitario, tan lujoso, tan reposado parecía aquel lugar, que el más sutil observador, el más acabado profeta jamás hubiera adivinado que en aquel momento el desierto comedor no era otra cosa que un armadijo preparado para el apresamiento del más sagaz y atrevido conjurado que conocieron aquellos alborotados tiempos.

Quedóse pensativo Chauvelin, tratando de husmear lo que iba a suceder dentro de unos instantes. ¿Qué tal sería aquel hombre a quien habían jurado matar él y los cabecillas de toda una revolución? Todo cuanto le concernía era fantástico y misterioso: su personalidad, que tan mañosamente sabía ocultar; la fuerza que ejercía sobre diecinueve caballeros ingleses, que parecían obedecer entusiasta y ciegamente sus más insignificantes órdenes; el apasionado cariño y la sumisión que había hecho nacer en su pequeña y bien disciplinada partida, y, sobre todo, su maravillosa audacia, su ilimitada insolencia, que le ayudaba a burlar, dentro del mismo París, a sus más encarnizados enemigos.

No era de extrañar que en Francia el apodo del misterioso inglés llenara a la gente de consternación, haciéndola temblar de superstición, de pavor. El mismo Chauvelin, al mirar en torno suyo por el desierto salón en que dentro de un instante iba a presentarse aquel fantástico héroe, sentía re-

correr por todo su cuerpo un estremecimiento de terror.

Mas sus planes estaban bien trazados. Estaba seguro de que "Pimpinela Escarlata" no había sido advertido y estaba seguro también de que Margarita Blakeney no lo había engañado. ¡Y si lo hubiera hecho!... Una cruel mirada, que la hubiese hecho estremecer, brilló en los pálidos ojos de Chauvelin. Si le hubiese jugado una mala pasada, ¡Armando Saint-Just sufriría la pena capital!

Pero no, no. Seguramente que no le había engañado.

Por fortuna, el comedor estaba desierto y facilitaría más la tarea de Chauvelin cuando luego entrase allí solo aquel confiado personaje enigmático. No había absolutamente nadie más que el mismo Chauvelin.

—¡Despacio!—se dijo, sonriendo satisfecho y contemplando la soledad de la habitación el astuto agente del Gobierno francés al escuchar la respiración tranquila y monótona de alguien, de algún comensal de lord Grenville que, sin duda, había cenado admirablemente y disfrutaba ahora de un beatífico sueño lejos del alboroto del baile, que se hallaba en todo su apogeo en el salón.

Chauvelin volvió a examinar la habitación detenidamente, y allá en el ángulo de un sofá, en un tenebroso y oscuro rincón de la habitación, descubrió, muellemente reclinado, con la boca abierta y los ojos cerrados, y dejando escapar de las ventanillas de su nariz los suaves sonidos de su tranquilo y pacífico sueño, al zancudo y elegante marido de la mujer más lista de Europa.

Chauvelin lo contempló unos instantes, tendido

allí plácidamente, tan inconsciente, en paz con el mundo y consigo mismo después de una succulenta cena, y una sonrisa casi compasiva suavizó, momentáneamente, la dura expresión del rostro del francés y el brillo de sus ojos.

Claramente se veía que el que se hallaba sumergido en tan profundísimo sueño no habría de estorbar el armadijo que Chauvelin preparaba para coger al astuto "Pimpinela Escarlata". Y volviendo a frotarse las manos con aire satisfecho, siguió el ejemplo de sir Percy, y tendiéndose también en el extremo de otro sofá, cerró los ojos, abrió la boca y, fingiendo una respiración sosegada, espero.

que mandan hombres de los héroes; del águila poderosa de rudo vuelo, cuyos fuertes alas se pesaban a carabases en la trampa del huracán.

Como mujer pensaba en él con verdaderos tris-
teza; Tan cruel era la ironía de la suerte que

XV

perdidas que el noble y león sacudiera en-
tre las patas de una humilde rata. ¿A qué la vida

LA DUDA

de Armando no se le dijera...
—Por mí se que mis días me habrá creído, pero

MMARGARITA Blakeney había seguido con la vista la negra silueta de Chauvelin, que se abría camino por entre la muchedumbre que llenaba el salón de baile; por lo que ya no le quedaba otro remedio que esperar los acontecimientos mientras la excitación nerviosa hormigueaba todo su cuerpo.

Seguía sentada, con abandono, en el pequeño y desierto *boudoir* contemplando por entre los cortinajes de la puerta las parejas que bailaban en el contiguo salón; contemplándolas sin ver nada, escuchando la música sin experimentar más sensación que la de la zozobra y la de la expectación.

Su cerebro se forjaba la escena que estaría, sin duda, ocurriendo en aquel momento en el comedor. El casi abandonado comedor, la hora funesta, Chauvelin a la expectativa; luego, la puntual entrada de aquel hombre, de "Pimpinela Escarlata", del misterioso jefe que, para Margarita, habíase hecho hasta inverosímil por lo extraño, por lo enigmático de su personalidad.

Hubiera ansiado hallarse ella también en aquel comedor para verle entrar; sabía que su penetración de mujer le haría conocer al punto en la cara del desconocido, sea quien fuere, aquella marcada individualidad propia de los jefes, de los

que mandan hombres, de los héroes; del águila poderosa, de raudó vuelo, cuyas fuertes alas empezaban a enredarse en la trampa del hurón.

Como mujer, pensaba en él con verdadera tristeza. ¿Tan cruel era la ironía de la suerte que permitía que el noble y bravo león sucumbiera entre las patas de una inmunda rata? ¡Ah, si la vida de Armando no se hallara en peligro!...

—Por mi fe que milady me habrá creído poco galante—exclamó inesperadamente una voz muy cerca de ella—. Pero hallé una dificultad grandísima para cumplir vuestro encargo, pues no encontraba a sir Blakeney por ninguna parte, al principio...

Margarita había olvidado por completo a su esposo y el recado que le envió; y ahora, al oír que lord Francourt le nombraba, le parecía que hasta el nombre era para ella extraño y desconocido, tan profundamente abstraída se hallaba, sintiéndose durante estos últimos cinco minutos transportada a su vida de antaño en la calle de Richelieu, con Armando siempre cerca de ella, protegiéndola contra las numerosas y sutiles intrigas y asechanzas que se fraguaban en París por aquel entonces.

—Por fin le encontré—continuó lord Francourt—, y le di vuestro recado, respondiéndome que al punto mandaría enganchar.

—¡Ah! ¿Conque encontrasteis a mi esposo y le disteis mi recado?—exclamó Margarita, muy distraída aún.

—Sí. Estaba en el comedor profundamente dormido. Al principio me fué difícil lograr despertarle.

—Muchas gracias—dijo Margarita, tratando de coordinar sus ideas.

—¿Queréis honrarme con la contradanza, milady, mientras preparan el coche?—preguntó lord Francourt.

—No. Os agradezco la amabilidad, milord; mas si quisierais dispensarme... Estoy tan sumamente cansada y el calor del salón de baile es tan insoportable...

—En el invernadero hace una temperatura deliciosa. Permitidme que os conduzca allí y os lleve algún refresco. Parece que no os encontráis bien, lady Blakeney.

—No es más que el mucho cansancio—repetía Margarita, fatigada, mientras se dejaba llevar por lord Francourt al invernadero, donde la velada luz y el verdor de las plantas refrescaban la atmósfera.

La acercó una butaca y Margarita se dejó caer en ella pesadamente. Se le hacía insoportable aquella larguísima espera. ¿Por qué no venía Chauvelin a comunicarle el resultado de su acecho?

Mostrábase lord Francourt sumamente atento. Margarita apenas escuchaba lo que le decía, y de pronto le asustó, preguntándole de improviso:

—Lord Francourt: ¿notasteis quién había antes en el comedor, además de sir Percy Blakeney?

—Únicamente el agente del Gobierno francés, monsieur Chauvelin, que también dormía profundamente en otro rincón—dijo—. ¿Por qué me lo preguntáis, milady?

—No lo sé... Pero..., ¿notasteis qué hora era cuando estuvisteis allí?

—Serían la una y cinco o la una y diez... ¿En

qué pensará milady?—se dijo para sí, pues era evidente que los pensamientos de la linda dama estaban muy lejos de allí y que no ponía atención alguna a la animada conversación del ministro.

Pero, en realidad, sus pensamientos no estaban muy lejos: no más lejos del piso bajo de la misma casa, del comedor, donde estaba Chauvelin en acecho. ¿Habría tenido éxito? Por un instante surgió ante ella, como un leve rayo de esperanza, la posibilidad de que "Pimpinela Escarlata" podría haber sido advertido por sir Andrew y que el pájaro no cayera en la trampa preparada por Chauvelin. Pero el temor nubló pronto aquella esperanza. ¿Habría sufrido un fracaso? Pero entonces... ¡Armando!

Lord Francourt cesó de hablar al notar que Margarita no le escuchaba, y trataba ahora de hallar un pretexto para retirarse, pues el estar sentado ante una señora, por bella que fuese, que se veía claramente que no se cuidaba de los titánicos esfuerzos que se hacían para distraerla, no era nada agradable para el ministro de la Corona.

—¿Deseáis, milady, que vaya a enterarme si está listo el coché?—preguntó, por fin, a guisa de prueba.

—¡Oh, gracias; tantísimas gracias! ¿Si fuerais tan amable? No valgo para conversar en este momento; estoy tan horriblemente cansada, que quizá fuera mejor que me quedase sola.

Había estado deseando deshacerse de su compañero con la esperanza de que Chauvelin estaría rondando por allí, como un astuto zorro, para aprovechar la oportunidad de verla a solas.

Pero lord Francourt se marchó y Chauvelin no parecía. ¡Oh! ¿Qué había sucedido? Presentía que el destino de Armando oscilaba en la balanza... Temía, con un miedo cerval, que Chauvelin no hubiese, efectivamente, tenido éxito, que el misterioso "Pimpinela Escarlata" hubiera vuelto a evadirse; y en ese caso, ya lo sabía: ¡era inútil esperar compasión alguna!

Había expresado ya claramente su disyuntiva: "sí... o no...", y sólo ésta le satisfaría. Su rencor no tenía límites, y simularía la creencia de que ella lo había despistado a sabiendas, y ya que no había logrado coger al águila, satisfaría su venganza con la presa más humilde..., ¡con Armando!

Y, sin embargo, Margarita hizo cuanto pudo; había hecho esfuerzos sobrehumanos por su Armando, y no podía tolerar la idea de que todo había sido en vano.

Su inquietud no la dejaba estar sentada; deseaba ardientemente averiguar lo ocurrido, saberlo de una vez, aunque fuera lo peor; hasta se maravillaba de que Chauvelin no viniera a vituperarla con rabia y con ironía a la vez.

Lord Grenville vino al poco rato en persona para anunciarle que el coche la esperaba y que sir Percy, en el pescante, tenía ya las bridas en la mano y aguardaba sólo su llegada para partir. Margarita se despidió de su distinguido anfitrión, y, al cruzar por los salones, muchos amigos la detuvieron para cambiar algunas frases galantes y despedirse de ella.

En lo alto de la escalinata se despidió el ministro de la bella lady Blakeney; en el primer descansillo se hallaba un ejército entero de galantes

caballeros, todos ansiosos de despedirse de la reina de la belleza y de la moda; y en la calle, ante el enorme vestíbulo, la esperaba sir Percy, con sus cuatro caballos tordos, que piafaban impacientes.

Después de despedirse, por última vez, de su amable anfitrión, y desde lo alto de la escalinata, vió Margarita a Chauvelin que subía con lentitud, frotándose suavemente las demacradas manos.

En sus miradas se dibujaba una expresión rara, mezcla de perplejidad y de contento, que se hizo singularmente sarcástica al encontrarse con las miradas de Margarita.

—Monsieur Chauvelin—dijo ella, al detenerse éste para hacerla una profunda reverencia—, mi coche espera. ¿Querriais ofrecermé vuestro brazo?

Chauvelin la ofreció el brazo con su acostumbrada cortesía, y la condujo por la escalera. La muchedumbre era enorme; algunos de los huéspedes del ministro se retiraban, otros se inclinaban sobre la balaustrada para presenciar el desfile en las amplias escalinatas.

—¡Chauvelin!—exclamó al fin Margarita, desesperada—. ¡Es de todo punto necesario que yo sepa lo que ha ocurrido!

—¿Lo que ha ocurrido, querida señora?—replicó él, con una simulada sorpresa—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—¡Me atormentáis horriblemente, Chauvelin! Os he ayudado esta noche y... seguramente que tengo el derecho de saber lo ocurrido. ¿Qué acaba de pasar en el comedor a la una?

Hablaba en voz baja, confiada en que, con el bullicio de la multitud, nadie se cuidaría de sus

palabras más que el hombre que iba a su lado.

—Que imperaba en él la quietud y la paz, bella dama; a esa hora dormía yo en el ángulo de un sofá y sir Percy Blakeney, en el otro.

—¿Y no entró nadie?

—Absolutamente nadie.

—Entonces, ¿hemos fracasado vos y yo?...

—Sí. Hemos fracasado. Quizá...

—Pero... ¿Armando?—interrogó ella con voz suplicante.

—¡Ah! El destino de Armando Saint-Just pende de un hilo. Rogad al cielo, querida dama, que ese hilo no se rompa.

—Chauvelin: he trabajado por vos con sinceridad, con vehemencia; recordad...

—Recuerdo mi promesa—interrumpióle tranquilamente—. El día en que "Pimpinela Escarlata" y yo nos hallemos en suelo francés. Saint-Just estará en brazos de su encantadora hermana.

—Lo que quiere decir que la sangre de un valiente caerá sobre mi cabeza—replicó ella estremeándose.

—¡Su sangre o la de vuestro hermano! Seguramente que desearéis, como yo, que el enigmático "Pimpinela Escarlata" salga hoy para Calais.

—Sólo abrigo una esperanza, ciudadano.

—¿Y es?

—¡Que Satanás, vuestro amo, necesite de vos en alguna otra parte antes de salir hoy el sol!

—Me aduláis, ciudadana.

Margarita lo detuvo unos momentos a mitad de la escalera tratando de escudriñar las ideas tras aquel demacrado semblante de zorro. Mas Chauvelin continuaba tan cortés, tan sarcástico y tan

lleno de misterio como antes. Ni un músculo de su rostro revelaba a aquella infeliz mujer, que rebosaba angustia y zozobra, si podía alentar una esperanza.

Al llegar al descansillo se vió pronto rodeada de admiradores. Lady Blakeney no salía nunca de una casa para subir a su coche sin ser escoltada por un enjambre de moscones humanos que revoloteaban en derredor de su deslumbrante hermosura. Mas antes de separarse de Chauvelin ofrecióle su mano con aquel lindo gesto de súplica pueril que le era tan innato.

—¡Mi pequeño Chauvelin—imploró—, dadme alguna esperanza!

Con la más consumada galantería, inclinóse Chauvelin sobre aquella diminuta mano, tan blanca y tan delicada, encerrada en su finísimo y transparente mitón de encaje negro, y besando las extremidades de los sonrosados dedos, añadió con su enigmática sonrisa:

—Rogad al cielo, señora, que la hebra no se rompa.

Y se apartó para permitir que los “moscardones nocturnos” se acercaran más a la luz, y aquella espléndida nube de “dorada juventud”, esclava del más insignificante gesto de lady Blakeney, ocultó de sus miradas el astuto semblante de zorro.

XVI

RICHMOND



MOMENTOS después se hallaba cómodamente sentada en el pescante de su magnífico coche, al lado de sir Percy Blakeney, envuelta en riquísimas pieles, y saludando, por última vez, a sus numerosos amigos, en el momento en que los cuatro soberbios caballos tordos emprendían la marcha por la desierta y tranquila calle.

La noche era calurosa, pero una suave brisa acariciaba las encendidas mejillas de Margarita. Pronto dejaron tras sí los hermosos edificios de Londres, y, cruzando con estrépito el viejo puente de Hammersmith, se hallaron en la carretera de Richmond.

Las aguas del río resbalaban con suave y precioso zig-zag, semejando una serpiente de plata bajo el cabrilleo de los refulgentes rayos de la luna. Las sombras de los árboles proyectaban sus negros mantos de trecho en trecho, cortando el camino. Los caballos corrían con velocidad vertiginosa, ligeramente refrenada por las fuertes y bien cuidadas manos de sir Percy Blakeney.

Aquellos paseos nocturnos al terminar los bailes y los banquetes a que asistían en Londres era manantial de perpetuas delicias para Margarita, a quien agradaban estas singularidades de su es-

poso, que la obligaba a vivir en la bella morada de la margen del Támesis, mejor que en una mal aireada casa de Londres. El gozaba guiando sus briosos caballos por aquellos solitarios caminos que iluminaba la luna, y ella gozaba también con ir sentada en el pescante, sintiendo la tenue brisa vespertina del moribundo estío refrescar su rostro, acalorado por la alta temperatura de algún baile o algún banquete. El recorrido no era largo; a veces ocupaba sólo una hora escasa si los caballos estaban fogosos, y entonces sir Percy les soltaba la brida y los dejaba correr a su antojo.

Aquella noche los dedos de sir Percy parecían poseídos del mismísimo demonio, y el coche volaba por la carretera, a la orilla del río. Como de costumbre, guardaba silencio y miraba con fijeza a las bridas, que parecían reposar holgadamente entre sus delicadas y blancas manos. Margarita alzó los ojos hasta él intencionadamente dos o tres veces, y pudo distinguir el aristocrático perfil de su rostro y uno de sus indolentes ojos, de párpados lánguidos y caídos.

A la luz de la luna se dibujaba en aquel semblante una seriedad singular, que despertaba en el dolorido corazón de Margarita recuerdos de aquellos felices días de sus amores en que aún no se había transformado en indolente simplón, en refinado fatuo, que por lo visto se pasaba la vida entre el juego y los banquetes.

Mas la luz de la luna no podía darle a conocer la verdadera expresión de aquellos indolentes ojos azules: no veía sino el contorno de su fuerte mandíbula, el ángulo de su vigorosa boca y la soberbia línea de su despejada frente; en verdad, que

la Naturaleza había prodigado sus dones a sir Percy; todas sus faltas debían únicamente atribuirse a la vesania de su desdichada madre y a aquel padre que, en su congoja, no se cuidó de la tierna existencia de aquella criaturita que junto a ellos crecía y a la que aquel abandono podía tal vez perjudicar.

Margarita sintió de improviso una viva simpatía por su esposo. La crisis moral por la que acababa de atravesar la predisponía a ser indulgente para con las faltas ajenas.

Con fuerza aterradora acudió a su mente la idea de que la suerte podía perfectamente ganar dominio sobre el ser humano. Si ocho días antes le hubieran dicho que iba a rebajarse a ser la espía de sus amigos, que iba a vender a un hombre valiente y confiado y a entregarlo a sus implacables enemigos, se hubiera burlado con desdén de semejante idea.

Y, sin embargo, lo había hecho; tal vez a ella se debiera pronto la muerte de aquel héroe, como se debió dos años antes la del marqués de Saint-Cyr, que pereció en la guillotina a consecuencia de una frase irreflexiva suya; mas entonces estaba moralmente libre de toda culpa; no tuvo intención alguna de hacer daño grave; fué el destino quien lo hizo todo. Pero esta vez había cometido una acción vil deliberadamente, por una razón que tal vez ni los más magnánimos moralistas apreciarían siquiera.

Y al sentir el roce del fornido brazo de su esposo sentía también su aborrecimiento, su desprecio si tuviera conocimiento de lo que aquella noche había hecho. De esa manera se juzgan entre sí los seres humanos, superficial, casualmente,

ofendiéndose el uno al otro con poca razón y ninguna caridad. Despreciaba las simplezas de su esposo, sus tontas y vulgares ocupaciones; pero él —se decía—la despreciaría aún más por no haber sido bastante fuerte para obrar con rectitud, para sacrificar a su hermano a los deberes de su conciencia.

Absorta en sus meditaciones, halló Margarita demasiado breve aquella hora nocturna del estío, que las brisas refrescaban, y dióse cuenta con desencanto que los caballos habían traspuesto ya el amplio vestíbulo de su soberbia mansión inglesa.

La residencia de sir Percy Blakeney junto al Támesis era una morada histórica: de dimensiones suntuosas y rodeada de jardines con hermosos planteles de flores, con su pintoresca terraza y su soberbia fachada mirando al río. Fué construída en tiempo de los Tudor, y los viejos ladrillos rojos de sus vetustas murallas que asomaban por entre la verde espesura del follaje tenían un aspecto verdaderamente pintoresco, y la magnífica pradera de césped, con su vetusto reloj de sol, prestaba una nota armoniosa a todo el paisaje. Enormes árboles seculares prodigaban sus frescas sombras a la posesión, y los suaves tonos verdosos de su follaje revestían de singular y apacible poesía el viejo jardín, iluminado ahora por los brillantes rayos de la luna, que resplandecía aquella cálida noche del temprano otoño.

Justamente debajo del magnífico vestíbulo isabelino, y con admirable precisión detuvo sir Percy los cuatro caballos tordos, y a pesar de lo avanzado de la hora pareció surgir de la tierra todo un ejército de *grooms*, que se mantuvo en actitud

respetuosa hasta detenerse el coche en el centro del vestíbulo con ruido ensordecedor.

Apeóse sir Percy con presteza y ayudó luego a bajar a Margarita, que se entretuvo unos momentos mientras él daba órdenes a uno de los criados. Después, dando Margarita una vuelta alrededor de la casa, llegó al césped y se detuvo para contemplar el plateado panorama que se extendía ante su vista como un ensueño. El aparente sosiego de la Naturaleza era exquisito, comparado con las tumultuosas emociones que había sufrido aquella noche; el murmullo de las aguas del río llegaba tenuemente a sus oídos, y alguna que otra vez percibía el sonido suave de una hoja seca que se desprendía de algún árbol.

Reinaba en torno suyo un silencio sepulcral, que se turbó unos momentos por las pisadas de los caballos al ser conducidos a las lejanas cuadras y por el ruido de pasos de la servidumbre, que se retiraba para entregarse al descanso. La casa hallábase en una absoluta quietud. En las dos alas superiores del edificio, y encima de los magníficos salones, se veían luces todavía; en estas dos alas se hallaban las habitaciones suyas y las de su marido, separadas por el cuerpo central de la casa, que alejaba unas de otras y parecía levantar una barrera infranqueable entre sus dos existencias. Sin acertar a comprender la verdadera causa, escapóse involuntariamente de su pecho un profundo y angustiado suspiro.

Una horrible congoja invadía todo su ser. Sentía una dolorosa y profunda conmiseración hacia sí misma. Nunca se había encontrado tan abandonada, tan digna de compasión, tan intensamen-

te necesitada de consuelos y de lástima. Otro suspiro se escapó de su pecho al separarse del río y volverse en dirección a la casa, y en su interior preguntábase con vaguedad si podría ya jamás conciliar el sueño y hallar el reposo que su alma necesitaba.

Antes de llegar a la terraza la sorprendió de improviso un paso firme que hacía crujir la grava del jardín, y un instante después vió salir de la oscuridad la figura de su esposo. También él había dado la vuelta a la casa y se paseaba lentamente por el césped, en dirección al río. Aún llevaba puesto el pesado abrigo de coche de múltiples solapas y esclavinas, cuya moda estableció él mismo, pero completamente desabrochado y muy echado hacia atrás, y, como de costumbre, tenía las manos metidas en los amplios bolsillos del calzón corto de raso; con efecto singular y fantástico destacábase del fondo negro del edificio el suntuoso traje blanco, con chorreras de encajes de valor inapreciable, que lució en el baile de lord Grenville.

Por lo visto no se había fijado en ella, pues después de detenerse unos instantes volvióse hacia la casa y se dirigió resueltamente a la terraza.

—¡Sir Percy!

Tenía ya el pie en el primer peldaño, mas al oír la voz de Margarita detúvose, sobrecogido, escudriñando con la vista las tinieblas para conocer el sitio de donde procedía la voz.

Adelantóse apresuradamente Margarita hasta un sitio alumbrado por los rayos de la luna, y al reconocerla él dijo en seguida, con aquel aire de consumada galantería que empleaba siempre para hablar con ella:

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

Pero permaneció con el pie puesto en el peldaño, dando a conocer de una manera vaga, que ella comprendió indistintamente, que deseaba retirarse y no estaba dispuesto a una entrevista a hora tan avanzada de la noche.

—El ambiente es delicioso y fresco—murmuró ella—, los rayos de la luna apacibles y poéticos, y el jardín convida. ¿No queréis deteneros en él un momento? No es muy tarde aún; ¿o es que os desagrada tanto mi compañía que tenéis prisa por deshaceros de ella?

—De ningún modo, señora—repuso sosegadamente—. Y estoy por afirmar que es todo lo contrario, pues juraría que ibais a hallar más romántico el ambiente de la noche sin mi compañía; no me cabe duda de que cuanto antes se quite de en medio el estorbo, más complacida quedará milady.

Y dispúsose a continuar su marcha.

—Protesto de ese mal juicio, sir Percy—dijo ella rápidamente, acercándose más a él—; el alejamiento que desgraciadamente nos separa no fué causado por mí, recordadlo.

—Pardiez, señora, os ruego me perdonéis—replicó él con frialdad—; pero mi memoria ha sido siempre de las más desgraciadas.

La miró fijamente a los ojos con aquel aire de indolencia tan habitual que parecía innato en él. Los ojos de Margarita sostuvieron durante un momento su mirada; mas, bajándolos, estremecida, vino a colocarse a su lado, al pie mismo de la escalinata de la terraza.

—¿De las más desgraciadas habéis dicho, sir Percy? ¡A fe mía, que debe de haber cambiado

mucho! Hace tres o cuatro años que me visteis una hora solamente en París, cuando os dirigíais a Oriente. Cuando volvisteis, dos años después, no me habíais olvidado.

Estaba soberbiamente hermosa a la claridad de la luna; el abrigo de pieles, que se escapaba de sus hombros, dejaba ver el nacimiento de sus preciosos brazos, y el cabrilleo de los bordados de oro de su vestido se reflejaba en sus ingenuos ojos azules, que, muy abiertos, miraban fijamente a sir Percy.

Manteníase éste rígido e inmóvil, pero su mano se aferraba convulsivamente a la balaustrada de granito de la terraza.

—¡Señora! — dijo friamente—. Deseabais mi presencia. Supongo que no sería con el fin de recordar tiernas reminiscencias.

Su acento era frío e inflexible; su aspecto, rígido y severo. El decoro de mujer dictaba a Margarita que contestase con una frialdad igual a la suya y que se retirara sin pronunciar una sola palabra y con una ligera inclinación de cabeza; mas su instinto la dictaba que se quedase, ese instinto innato en la mujer que la hace desear el homenaje del hombre que no se rinde a sus pies. Ese mismo instinto la hizo ofrecerle su mano.

—¿Y por qué no, sir Percy? El presente no es tan glorioso para no hacerme sentir deseos de recordar un poco el pasado.

Inclinóse él galantemente, y tomando de sus manos escasamente la extremidad de los dedos, los besó con exquisita cortesía.

—A fe mía, señora—replicó entonces—, que debéis perdonarme si mi torpe entendimiento no puede acompañaros hasta allí,

Y trató de nuevo de retirarse; pero la dulce e ingenua voz de Margarita volvió a llamarle, con una ternura inmensa:

—¡Sir Percy!

—A vuestros pies, señora.

—¿Es posible que pueda morir el amor?—preguntóle con vehemencia—. Creí que la pasión que sentisteis una vez por mí traspondría los límites de la existencia humana. ¿No queda ya nada de ese amor, Percy..., que pudiera ayudaros a poner remedio a este triste alejamiento?

Sus palabras parecieron erguir más aún la alta figura de sir Percy; sus labios se plegaron con dureza, y una expresión de inexorable terquedad asomó a sus ojos, de suyo tan indolentes.

—¿Con qué propósito, señora? Os ruego me lo indiquéis—contestó friamente.

—No os comprendo.

—Y sin embargo es bastante fácil—replicó él, con un acento que rebosaba amargura a pesar de los titánicos esfuerzos que hacía por reprimirla—. Humildemente os lo pregunto, pues mi torpe entendimiento es incapaz de acertar ni de comprender el móvil de este nuevo y tan repentino cambio. ¿Es que tenéis gusto en renovar el endiablado juego que con tanto éxito pusisteis en práctica el pasado año? ¿Queréis volver a verme de hinojos a vuestros pies, enamorado y suplicante, para volver a tener el placer de apartarme de vuestro lado a puntapiés, como se separa a un molesto falderillo?

Margarita había logrado reanimarle, e instigada por el éxito volvió a mirarle fijamente a los ojos, pues así era como le había visto un año antes.

—¡Percy, os lo suplico!—murmuró—. ¿No podríamos enterrar el pasado?

—Perdonad, señora; había creído que deseabais vivir en él.

—¡Ah Percy! No me refería a aquel pasado—exclamó Margarita, mientras su voz adquiría un acento apasionado—. Me refería a aquellos tiempos en que aún me amabais..., y yo... era tan vanidosa y frívola; la fortuna, la posición social, me sedujeron; me casé con vos en la esperanza de que aquel amor vuestro, tan grande, engendraría en mi corazón otro gran amor hacia vos...; mas, ¡ay!...

La luna se ocultaba tras un grupo de nubes que oscurecían el firmamento. En el Oriente despuntaba una tenue y pardusca claridad que empezaba a disipar el negro y espeso manto de la noche. Apenas podía distinguir los graciosos perfiles de su persona, la majestuosa cabecita adornada de aquellos hermosos bucles castañorrojizos y las relucientes piedras preciosas que componían aquella florecita escarlata, en forma de estrella, que lucía en sus cabellos.

—¡Señora! A las veinticuatro horas de habernos casado perecieron en la guillotina el marqués de Saint-Cyr y toda su familia, y llegaron a mis oídos rumores que propalaban que la esposa de sir Percy Blakeney era la causante de su muerte.

—Sí; mas yo misma os dije lo que había de verdad en aquella odiosa imputación.

—Pero después de haber oído yo de bocas ajenas el horroroso relato, con todo el lujo de detalles...

—¿Y lo creísteis al punto?—dijo ella con vehemencia—. ¿Sin prueba alguna que me con-

denara? ¡Creisteis que yo, a quien jurabais amar más que a vuestra vida, a quien deseabais adorar, era capaz de cometer una vileza como la que aquellas personas extrañas os venían a contar! Creisteis que mi intención fué engañaros en aquel doloroso asunto; que debí haber hablado antes de casarme con vos; y, sin embargo, si me hubieseis escuchado, os hubiera contado todo cuanto hice, todas las fuerzas que agoté, todas las influencias que puse en juego para salvar a Saint-Cyr y a su familia, hasta la mañana misma en que fué conducido a la guillotina. Mas el orgullo selló mis labios cuando vi que vuestro amor se desvanecía, que perecía como agobiado por el peso de la cuchilla de aquella misma guillotina. ¡Y, a pesar de ese orgullo, hubiera querido contaros la forma en que fuí víctima del engaño! ¡Sí!... Yo..., ¡como lo oís! ¡Yo, a quien los rumores populares atribuían también el más preclaro entendimiento de toda Francia! Valiéndose de sutiles estratagemas lograron que cayera en el engaño y que cometiera aquella vil acción, unos cuantos hombres, que supieron aprovecharse del inmenso cariño que me inspira mi hermano, que supieron espolear mi venganza. ¿Es eso desnaturalizado?

Los sollozos ahogaban su voz. Calló unos instantes, luchando por recobrar un tanto la calma. Sus ojos dirigían miradas suplicantes a sir Percy, como un reo ante su juez. Sir Percy la había dejado hablar, había escuchado, impasible, toda la vehemencia y todo el fuego de su narración, sin proferir una sola palabra compasiva, sin hacer comentario alguno, y ahora que callaba, tratando de ahogar las ardientes lágrimas que acudían a sus ojos;

esperaba, inexorable y silencioso. A la cenicienta e incierta luz del alba parecía aún más alto y más rígido. Su indolente y amable semblante estaba completamente alterado. A pesar de su excitación, Margarita veía que sus ojos habían perdido la languidez que les era habitual, y que en su boca había desaparecido la bonachona e insulsa expresión. Bajo sus caídos párpados parecía reflejarse una mirada singular de intensísima pasión; su boca estaba cerrada y sus labios se agitaban convulsivamente, como si sólo la fuerza de voluntad sujetara la tumultuosa pasión pronta a desbordarse de ellos.

Margarita Blakeney, ante todo, era mujer; poseía todas las encantadoras flaquezas, todos los agradables defectos de la mujer. En un instante comprendió que había estado equivocada durante aquellos últimos meses; que el hombre que ante sí tenía, frío e inmóvil como una estatua, se estremecía de placer al escuchar los armoniosos tonos de su voz y la amaba como la amó hacía un año; que su pasión, aunque adormecida, existía, tan poderosa, tan intensa, tan dominante, como en aquel momento en que sus labios se encontraron por vez primera en un solo y prolongado beso enloquecedor.

El orgullo era lo único que le mantenía distante de ella, y como mujer se propuso reconquistar de nuevo aquel cariño que le pertenecía. Imaginóse, repentinamente, que la única felicidad que podía volver a ofrecerle la vida era la de sentir de nuevo sobre sus labios el ardiente beso de aquel hombre.

—¡Escuchad mi narración, sir Percy!— dijo, con acento dulce y lleno de infinita ternura—
¡Armando lo era todo para mí! No teníamos pa-

dres y nos habíamos criado el uno al otro. El era mi padre; yo, su madre: tanto nos amábamos. Llegó un día, ¿me oís, sir Percy?, en que el marqués de Saint-Cyr mandó apalea a mi hermano, apalea por sus lacayos, ¡al hermano a quien yo amaba más que a todo en el mundo! ¿Su delito? Que él, un plebeyo, se había atrevido a amar a la hija de un aristócrata; por esa razón le acecharon y le pegaron, como se pega a un perro, hasta dejarlo casi exánime. ¡Oh, lo que yo sufrí! ¡Su humillación penetró hasta lo más recóndito de mi alma! Cuando se presentó la ocasión de vengarme, la aproveché. Pero con la única idea de humillar y doblegar el orgullo de aquel altivo marqués. Conspiró con Austria contra su patria. Me enteré de ello, por una casualidad: lo referí, mas ignoraba, ¿cómo iba a adivinarlo?, que me tendían un lazo, en el que caí: que me hacían víctima de una intriga y de un engaño. Cuando comprendí lo que había hecho, era ya demasiado tarde.

—Tal vez sea un tanto difícil, señora — dijo sir Percy, después que el silencio se había prolongado unos instantes —, el reconstituir el pasado. Ya os he confesado que mi memoria es infiel; pero bulle en mi cerebro el recuerdo de que cuando murió el marqués os supliqué me dierais una explicación de aquellos denigrantes rumores que contra vos se propalaban. Y si mi memoria no me es ahora infiel, creo recordar que os negasteis a dármela, exigiendo de mi amor un mortificante homenaje, que no estaba dispuesto a rendir.

—Quise poner a prueba vuestro amor, y no supo resistirla. Acostumbrabais a decirme que sólo por mí, que sólo por mi cariño vivíais.

—¿Y queriendo probar aquel cariño me pedíais el sacrificio de mi honor?—repuso sir Percy, mientras sus facciones se suavizaban y su rostro iba perdiendo rigidez—. ¿Me pedíais que aceptara, sin murmurar, sin interrogar, cual mudo y sumiso esclavo, todos los hechos de mi amada? Rebosante mi corazón de amor, de pasión, no os pedí explicación alguna: la esperaba confiado y sin temor. Tenía en vos confianza ciega, y con que únicamente hubieseis pronunciado una sola palabra, la hubiera creído sin vacilar, hubiese aceptado de vuestros labios cualquier explicación. Pero sin más palabras que una desnuda confesión de hechos verídicos y horribles me dejasteis; os fuisteis, altiva y orgullosa, a casa de vuestro hermano y me abandonasteis, me dejasteis solo... semanas enteras, sin que pudiese saber en quién creer ya, pues el relicario en que se encerraba mi única ilusión yacía hecho añicos a mis pies.

Ya no podía Margarita quejarse de su frialdad, de su impasibilidad; hasta la voz de sir Percy temblaba de la intensa pasión, que trataba en vano de dominar.

—¡Ah, la locura de mi orgullo!—exclamó ella con tristeza—. Apenas había marchado y ya estaba arrepentida. Mas cuando volví, os encontré, ¡oh!, tan cambiado, cubriendo ya vuestro rostro con esa careta de somnolienta indiferencia, que jamás habéis vuelto abandonar hasta... hasta ahora.

Tan cerca estaba de él, que la brisa que había soltado sus cabellos acariciaba con ellos las mejillas de sir Percy; sus ojos, brillantes por el llanto, lo enloquecían; la melodía de su voz llenaba sus venas de fuego. Mas no quiso ceder al mágico

encanto de la mujer que tan profundamente amaba y por la que su orgullo había sufrido tan amargos choques. Cerró los ojos para no ver aquella linda aparición, aquel dulce rostro, aquella nívea garganta y aquel esbelto talle, tenuemente iluminados por la suave y rosada luz del alba.

—¡ Ah señora!, no es careta—replicó fríamente—. Os juré una vez que mi vida era vuestra. Hace ya unos meses que os sirve de juguete...; creo que ha cumplido su misión.

Mas ella comprendió que aquella frialdad era una máscara. La perturbación y la pena que había sufrido durante la noche pasada volvieron repentinamente a torturar su memoria, no ya con amargura, sino con la profunda convicción de que este hombre que tanto la amaba la ayudaría a sobrellevar la pesada carga.

—Sir Percy—dijo impulsivamente—, parece que queréis hacer aún más difícil la tarea que me he impuesto. Hace poco hablabais de mi humor. Bien, llamémosle así si os place. Deseaba hablaros porque... porque me encuentro atribulada... y tengo necesidad... de vuestra simpatía.

—Está a vuestra disposición, señora.

—¡ Qué frialdad!—suspiró ella—. A fe mía que me parece casi increíble que pocos meses ha una sola lágrima que vierais brillar en mis ojos bastaba para volveros casi loco. Ahora os busco... con el corazón destrozado y... y...

—Os suplico—interrumpióle él, al paso que su voz temblaba de emoción, tan grande, quizá, como la de ella misma—, decidme: ¿ cómo puedo ser-viros, señora?

—¡ Percy! Armando corre un peligro inminente.

Una carta suya..., irreflexiva, arrebatada, como todas sus acciones, y dirigida a sir Andrew Foulkes, ha caído en manos de un fanático. Armando se halla terriblemente comprometido; mañana tal vez sea preso..., y luego, la guillotina... si no... si no..., ¡oh, es horrible!—dijo, sollozando amargamente al volver a su memoria en agitado tropel todos los incidentes de la pasada noche—, ¡horrible! Y vos no me comprendéis..., no podéis comprenderme, y no tengo a nadie a quien recurrir para que me ayude o para que me compadezca.

Ya no le era posible contener sus lágrimas. La pena, las luchas y la dolorosa incertidumbre sobre la suerte de Armando se habían apoderado de todo su ser. Tambaleóse y estuvo a punto de caer, pero se agarró nerviosamente a la balaustrada de piedra para sostenerse, y ocultando el rostro entre las manos comenzó a sollozar amargamente.

Al nombrar primero a Armando Saint-Just y el peligro que le amenazaba, el semblante de sir Percy había palidecido un tanto, haciéndose aún más resuelta la expresión de su terquedad. Sin embargo, nada dijo, de momento, y quedóse contemplando el sacudimiento violento que producían los sollozos en el frágil cuerpo de Margarita, hasta que inconscientemente parecieron suavizarse sus facciones y las lágrimas estuvieron a punto de saltar de sus ojos.

—¡Así es—dijo con mordaz sarcasmo—como el perro sanguinario de la revolución se vuelve a morder las mismas manos que le ofrecieron alimentos! Mas, ¡vive Dios!, señora—añadió con dulzura, al ver que Margarita continuaba sollozando—, ¿queréis secar vuestras lágrimas? Ja-

más he podido sufrir el llanto de una mujer bonita, y...

Instintivamente, con repentina y dominante pasión, y viéndola tan desvalida y acongojada, extendió hacia ella sus brazos, y la hubiera estrechado al punto contra su pecho, defendiéndola de todo con su vida, con la sangre toda de su corazón... Mas el orgullo volvió a vencer en aquella terrible lucha; con un esfuerzo sobrehumano de voluntad se contuvo, y dijo fríamente, aunque con un acento de ternura que en vano trataba de reprimir:

—¿No queréis volveros a mí, señora, y decirme de qué manera me puedo honrar sirviéndoos?

Hizo ella un vehemente esfuerzo para tranquilizarse, y volviendo hacia él su rostro bañado en lágrimas, ofrecióle de nuevo su mano, que él besó con la misma ceremoniosa galantería de antes; pero esta vez los dedos de Margarita se detuvieron unos instantes más, porque había sentido temblar la mano de sir Percy y se había apercibido de que ardía, mientras sus labios tenían la frialdad del mármol.

—¿Podéis hacer algo por Armando?—preguntó con dulzura y sencillez—. ¿Disponéis de tantas influencias en la corte..., de tantos amigos!...

—¡Ah señora! ¿No debíais buscar mejor la influencia de vuestro amigo francés, monsieur Chauvelin? La suya se extiende, según parece, hasta el mismo Gobierno republicano de Francia.

—A él no puedo pedírsela, Percy. ¡Oh!, quisiera tener valor para contaros; pero... pero ha puesto un precio por la cabeza de mi hermano, que...

Un mundo hubiera dado por sentirse con el valor necesario para contárselo todo..., todo cuan-

to había hecho aquella noche; todo cuanto había sufrido, y la manera como la habían obligado a cometer aquella ruin acción. Mas no se atrevió a ceder a ese impulso; no ahora, cuando precisamente empezaba a convencerse de que aún la amaba, cuando comenzaba a abrigar la esperanza de volver a atraerle. No se aventuraba a hacerle otra nueva confesión. Después de todo, quizá no la comprendiera; tal vez no simpatizara con sus luchas y sus tentaciones. Quizá su amor, latente aún, acabara por extinguirse totalmente.

Sir Percy adivinaba, sin duda, cuanto pasaba en el alma de Margarita, pues su ademán expresaba el más vehemente anhelo, la más ardiente súplica, de que le hiciera aquella confianza que su necio orgullo le negaba. Y al ver que permanecía silenciosa, suspiró, y dijo con marcada frialdad:

—Por mi fe, señora, si tanto os aflige no hablemos de ello. En cuanto a Armando, os suplico que nada temáis. Os empeño mi palabra de que se salvará. Y ahora, ¿me concedéis vuestro permiso para retirarme? Es ya tarde, y...

—¿Aceptaréis mi gratitud, por lo menos?— murmuró ella acercándose mucho y hablando con verdadera ternura.

Sir Blakeney hizo un movimiento rápido, casi involuntario para estrecharla entre sus brazos y secar con sus besos las lágrimas que inundaban los ojos de Margarita; mas le detuvo el recuerdo de que una vez habíale también atraído, precisamente como ahora, para luego desecharlo como un guante inservible. Creyó que esto sería igualmente una genialidad, un capricho pasajero, y era demasiado orgulloso para prestarse de nuevo a él.

—Es demasiado pronto, señora—replicó tranquilamente—. Aún no he hecho nada. Es tarde y estaréis muy fatigada. Vuestras doncellas os estarán esperando en vuestras habitaciones.

Desvióse sir Percy para dejarla paso. Margarita dejó escapar un profundo suspiro de desencanto. Su orgullo, su belleza, habían luchado fieramente, y en aquella lucha venció su orgullo. Quizá se engañara momentos antes; tal vez el amor que creyó ver resplandecer en sus ojos fuera únicamente la pasión del orgullo o, ¡quién sabe!, el odio en lugar del amor. Alzó hacia él sus ojos y le miró unos instantes aún. Manteníase rígido e insensible como antes. Triunfó el orgullo, y nada ya le importaba ella. Empezaba a despuntar la aurora: el negro manto de la noche cedía, poco a poco, a los nacientes rayos del sol. Los pajarillos comenzaban a trinar; despertaba la naturaleza entre sonrisas, que respondían alegremente al ardor de este espléndido nuevo día de octubre. Sólo entre aquellos dos corazones se levantaba una barrera infranqueable, formada por el orgullo, por aquel orgullo que ninguno de los dos quería ser el primero en deponer.

Sir Percy se inclinó ceremoniosamente para hacer una reverencia a Margarita, que, volviendo a suspirar con amargura, subió ligera los peldaños de la terraza.

La larga cola de su vestido, bordado en oro, rozaba las hojas secas que yacían en los peldaños con suave y melodioso susurro, mientras se deslizaba ágilmente por la escalinata, descansando su mano en la balaustrada. La rosada luz del alba circundaba sus cabellos de una aureola dorada, que

hacía relucir los rubíes que adornaban su cabeza y sus brazos. Llegó a las puertas de cristales que daban acceso a la casa, y antes de entrar por ellas se detuvo y volvió a mirarle en la esperanza de que la llamase para estrecharla entre sus brazos. Pero sir Percy no se había movido: su arrogante figura parecía la personificación del orgullo inflexible, el prototipo de la obstinación.

De nuevo brotaron de sus ojos ardientes lágrimas, que para ocultarlas entró apresuradamente en la casa, subiendo a toda prisa las escaleras para llegar cuanto antes a su alcoba.

Si solamente hubiera retrocedido Margarita entonces, si se hubiese vuelto a contemplar el jardín lleno de la naciente luz del día, sus ojos hubieran presenciado una escena que hubiese hecho ligeras y llevaderas sus propias tribulaciones: un hombre fuerte, subyugado por su pasión, por su desesperación. El orgullo cedió al fin, la voluntad fué ineficaz. Era sólo un hombre loco, ciego, apasionado de amor, que tan pronto como cesó de oír en la casa las suaves pisadas de Margarita cayó de hinojos sobre las gradas de la terraza, y en la demencia de su pasión besó, una a una, las partes que hollaron sus diminutos pies y la balastrada de piedra en que por última vez había descansado su mano.

Y unas niñas llamadas el río. A lo lejos, hacia el oriente, los rayos del nacimiento del día se reflejaban en los tonos rosados por el oro vivo. No había ya nadie en el espacio y Margarita dejó posar sus ojos en aquella terraza en que momentos antes se

XVII

estuvo vanamente conquistando el amor de un hombre que más vez fue suyo en absoluto. Era singular ¡ A D I Ó S !

Cuando llegó Margarita a su dormitorio, se encontró con la doncella, que la esperaba con inquietud.

—Milady estará cansadísima—dijo la infeliz, cuyos ojos se cerraban de sueño—. Son más de las cinco.

—Sí, Luisa; estoy muy cansada—dijo bondadosamente Margarita—; pero tú debes de estarlo mucho también; de modo que ve y acuéstate en seguida. Yo me arreglaré sola.

—Pero milady...

—Vamos, déjate de argumentos, Luisa, y vete a acostar. Dame una bata y déjame sola.

Mucho le agradó a Luisa el obedecer esta orden. Ayudó a su ama a despojarse del suntuoso traje de baile y la envolvió en una cómoda y vaporosa bata de casa.

—¿Desea milady alguna cosa más?—preguntó cuando hubo terminado de ayudarla.

—No, nada más. Apaga las luces al salir.

—Está bien, milady. Buenas noches, milady.

—Buenas noches, Luisa.

Cuando se hubo marchado la doncella, Margarita recorrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par. Una luz sonrosada inundaba el jardín,

y más allá iluminaba el río. A lo lejos, hacia el oriente, los rayos del naciente sol cambiaban sus tonos rosados por el de oro vivo. No había ya nadie en el césped, y Margarita dejó posar sus ojos en aquella terraza en que momentos antes se esforzó vanamente por reconquistar el amor de un hombre que una vez fué suyo en absoluto.

Era singular que en medio de sus cuitas, de su ansiedad por Armando, sintiera aún más viva la congoja que atribulaba su corazón.

Hasta en sus doloridos miembros parecía sentir el vehemente deseo del amor de aquel hombre que la despreció, que desoyó sus ternezas y se mostró frío a sus súplicas; que no quiso corresponder al apasionado fuego que la había hecho sentir y creer que aquellos felices días de antaño en París no habían muerto ni estaban olvidados.

¡Cosa rara! Ella le amaba aún. Y ahora que recordaba los últimos meses de continuas querellas y de constante soledad comprendía que jamás había dejado de amarle; que en lo más recóndito de su corazón había creído siempre, vagamente, que sus simplezas, su risa insípida, su perezosa dejadez, no eran otra cosa que un antifaz; que el verdadero hombre fuerte, apasionado, voluntarioso existía aún; el hombre a quien ella había amado, cuya intensa sinceridad la fascinó, cuya personalidad la atraía, porque detrás de aquel entendimiento, aparentemente tardo, presentía siempre un algo que él ocultaba cuidadosamente del mundo, y de ella en particular.

Es un arcano tan impenetrable el corazón de una mujer, que las más de las veces la interesada misma es la menos adecuada para sondearlo.

¿Estaba Margarita Blakeney, “la mujer de más preclaro entendimiento de Europa”, realmente enamorada de un tonto? ¿Fue amor lo que sintió cuando se casó con él hacía apenas un año? ¿Era amor lo que por él sentía ahora que comprendía que él la amaba aún, pero que no volvería a ser su esclavo, su ferviente y apasionado amante? La misma Margarita no podía hallar contestación a estas preguntas. Por lo menos, de momento; acaso su orgullo atrofiara su mente, impidiéndola comprender los verdaderos sentimientos de su corazón. Lo único que comprendía, a lo que estaba resuelta, era a volver a seducir aquel obstinado corazón. Sí, volvería a subyugarlo...; y luego..., jamás lo dejaría escapar. Lo tendría cogido, lo guardaría como una reliquia sacrosanta, haría méritos por conservarlo, por fomentarlo, pues comprendía que ya no le era posible felicidad alguna sin el cariño de aquel hombre.

Por su mente pasaban con rapidez vertiginosa las más confusas ideas, las más atropelladas emociones. Absorta en ellas, no se cuidaba del tiempo; acaso rendida ya por aquella horrible lucha que sostenía consigo misma cerráronse sus párpados y quedó vencida por el sueño, mas un sueño intranquilo, en el que parecieron continuar todas sus inquietudes; de pronto despertó sobresaltada de sus ensueños al oír un ruido de pasos junto a su puerta.

Se levantó nerviosamente de un salto y escuchó: la casa permanecía sumida en el más completo silencio; los pasos se habían retirado. Por los ventanales, abiertos completamente, penetraban los vivos destellos de los rayos del sol, inundando la

habitación de intensa claridad. Levantó los ojos al reloj: las manecillas señalaban las seis y media; demasiado temprano era para que la servidumbre estuviera ya levantada.

Indudablemente, el sueño debió de haberla vencido sin darse ella cuenta. El ruido de pasos y el de voces apagadas y quedas la habían despertado. ¿Qué significaría aquello?

De puntillas, y procurando hacer el menor ruido posible, atravesó la habitación y abrió la puerta para escuchar atentamente; no se oía el más leve ruido; reinaba aquel silencio peculiar del amanecer que sume a los mortales en el más profundo sueño. Pero aquel ruido había excitado sus nervios, y cuando de improviso se apercibió de una cosa blanca, una carta por lo visto, que yacía en el umbral de la puerta, delante mismo de sus pies, apenas tuvo valor para tocarla. Tan pavorosa parecía. Indudablemente no estaba allí cuando subió. ¿La dejaría caer Luisa? ¿O era algún duende atormentador que la hacía ver cartas encantadas donde no existían?

Inclinóse, por fin, a recogerla; atónita y sumamente confusa vió que la carta era para ella y que estaba escrita con la letra grande y de hermosos rasgos de su esposo. ¿Qué era lo que tenía que decirle a medianoche que no pudo aplazarlo para el día siguiente?

Con mano trémula rasgó el sobre y leyó:

“Un acontecimiento sumamente imprevisto me obliga a partir para el Norte inmediatamente; ruego, pues, a milady me perdone que no pueda tener el honor de despedirme de ella en persona.

Es probable que el asunto me tenga ocupado unos ocho días, por lo que no podré tener el placer de asistir a la *water-party* que milady celebra el miércoles próximo. Queda a los pies de milady, humilde y obediente servidor,

PERCY BLAKENEY."

Margarita debió de haberse contaminado repentinamente de la tardía inteligencia de su marido, pues se vió precisada a leer aquellos sencillos renglones repetidas veces para poder darse cuenta de su verdadero sentido.

De pie en el descansillo de la escalera, daba vueltas entre sus manos a aquella breve y misteriosa misiva, mientras su cerebro se negaba a coordinar las ideas y sus nervios eran presa de una agitación, de un vago presentimiento que no acertaba a explicarse.

Cierto que sir Percy tenía extensas posesiones en el Norte y que iba sólo a visitarlas; que estas visitas le tenían ausente unos ocho días; mas parecía extraño que aquel asunto se hubiese originado entre las cinco y las seis de la mañana, obligándole a partir tan apresuradamente.

En vano trató de ahuyentar aquel inusitado temor; un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo. Se apoderó de ella un vehemente e irresistible deseo de volver a ver a su esposo, al momento, si es que no había partido ya.

Olvidándose de que sólo tenía puesta una ligerísima y fina bata, y de que sus sueltos cabellos caían en desorden sobre sus hombros, bajó las escaleras rápida cual una flecha y, cruzando el vestíbulo, se dirigió apresuradamente a la puerta principal.

Los cerrojos y las barras estaban echados como de costumbre, pues la servidumbre de la casa no se había levantado aún, mas su fino oído había distinguido voces y el ruido producido por el choque de los cascos de un caballo contra las losas del pavimento.

Con mano trémula describió Margarita los cerrojos uno a uno, magullándose los dedos, lastimándose las uñas, pues los pestillos eran pesados y fuertes. Mas importábale esto poco: todo su cuerpo temblaba de ansiedad sólo al pensar que pudiese llegar demasiado tarde, que acaso partiera sin poderle ver, sin poder decirle: "Buen viaje."

Por último, logró hacer girar la llave en la cerradura y abrir la puerta por completo. No le habían engañado sus oídos. Un *groom* tenía a dos caballos por la brida: uno era *Sultán*, el favorito de sir Percy, su más ligero corcel, ensillado y dispuesto para un viaje.

Un instante después, el mismo sir Percy apareció en el extremo opuesto y se acercó rápidamente hacia los caballos. Habíase despojado de su suntuoso traje de baile; pero, como de costumbre, vestía un irreprochable y lujoso traje de finísimo paño con preciosas chorreras y golas de encaje, botas altas de campaña y calzón de montar.

Margarita se adelantó unos pasos. Alzó él los ojos y, al verla, frunció ligeramente el ceño.

—¿Os vais?—exclamó ella rápidamente, con acento febril—. ¿Adónde?

—Ya tuve el honor de participar a milady que asuntos urgentes e inesperados reclaman mi presencia en el Norte hoy—replicó él, con su lentitud y frialdad acostumbradas.

—Pero... ¿y vuestros huéspedes de mañana?...

—Ya rogué a milady que presentara mis excusas a su alteza real. Hallándoos vos, que sois una anfitrión tan perfecta, creo que no se me echará de menos.

—Pero ¿no os sería posible aplazar el viaje... hasta después de nuestro *water-parti*?—exclamó, hablando aún apresurada y nerviosa—. No será tan urgente el asunto, cuando nada habéis dicho de él...

—El asunto, como tuve el honor de participaros, es tan inesperado como urgente; por lo tanto... os pido vuestro permiso para partir... ¿Queréis que os haga algún encargo en Londres... a mi regreso?

—No..., no..., gracias...; nada... Mas ¿estáis pronto de regreso?

—Muy pronto.

—¿Antes de fin de semana?

—No os lo puedo asegurar.

Estaba visto que deseaba alejarse, mientras ella hacía supremos esfuerzos por detenerlo unos momentos más.

—Percy: ¿no queréis decirme la razón por la que os vais hoy?—dijo ella—. Como esposa vuestra tengo el derecho de saberlo. No es cierto que os hayan llamado del Norte. Me consta. No se han recibido de allí cartas ni correos especiales anoche, antes de ir a la ópera, y cuando regresamos del baile tampoco había nada... No vais al Norte, estoy convencida de ello... Aquí hay algún misterio..., y...

—No hay misterio alguno, señora—replicó sir Percy, impaciente—. El asunto concierne a Ar-

mando... ¡Sabedlo de una vez! Ahora, ¿me permitís que me vaya?

—¿A Armando? Mas ¿no correréis vos peligro?

—¿Peligro? ¿Yo?... ¡Me honráis, y os agradezco vuestra solicitud, señora! Ya que vos me indicasteis que tenía algunas influencias, me propongo apelar a ellas antes que sea demasiado tarde.

—¿Me permitiréis, al menos, que os dé las gracias?

—Señora—respondió fríamente—, no ha lugar a eso. Mi vida está a vuestra disposición, y quedo ya más que recompensado.

—Y la mía os pertenecerá por entero, si queréis aceptarla, a cambio de lo que hagáis por Armando—exclamó, ofreciéndole amorosamente ambas manos—. Ahora, no quiero deteneros...; mis pensamientos no se apartarán de vos, os acompañarán siempre... ¡Adiós!

¡Qué bella parecía a la radiante luz del sol, con sus ondulantes cabellos esparcidos por sus hombros! Hízole sir Percy una profunda reverencia y besó sus manos con mal oculta emoción; Margarita sintió el fuego de aquel ardiente beso, y su corazón se estremeció de placer y de esperanza.

—¿Volveréis pronto?—le preguntó con ternura.

—¡Muy pronto!—respondióle, mirándose con anhelo en sus lindos ojos azules.

—Y... ¿os acordaréis...?—preguntó ella, mientras sus ojos contestaban a aquella mirada prometiéndole dulzuras sin fin.

—Recordaré siempre, señora, que me habéis honrado aceptando mis servicios.

Sus palabras eran frías y ceremoniosas, mas no la desalentaron esta vez. Su corazón de mujer había leído en el suyo, a través de la máscara impenetrable que su orgullo le obligaba aún a llevar.

Sir Percy volvió a hacerla otra reverencia, y la pidió de nuevo permiso para partir. Apartóse ella mientras saltaba éste sobre *Sultán*, que partió al galope, y al verlo cruzar las puertas del jardín agitó Margarita su mano en señal de despedida, dándole su último "adiós".

Pronto le ocultó de su vista la revuelta del camino; a duras penas podía el *groom* de confianza seguir el mismo paso, pues *Sultán* corría con una velocidad comparable sólo al estado de excitación en que se encontraba su amo. Margarita dejó escapar un suspiro casi de alegría y entró en la casa. Subió otra vez a su dormitorio, pues de repente, como un niño cansado, sintióse acometida por el sueño.

Su corazón pareció gozar al fin de completo sosiego, y, aunque atormentado aún por indefinidos deseos, una vaga y deliciosa esperanza le alentaba, derramando sobre él un benéfico bálsamo.

Desaparecieron sus inquietudes por Armando. El jinete que acababa de partir con el determinado propósito de ayudar a su hermano, le inspiraba la más completa confianza. Ella misma se maravillaba de cómo pudo creerle un necio insulso; claramente comprendía ahora que era sólo una máscara con que ocultaba la profunda herida que ella le causara en su amor y en su fe. Su pasión le hubiera subyugado, y no quería darla a comprender lo mucho que aún la quería y lo amargo de su sufrimiento.

Mas ahora concluiría todo aquello: ella anonadaria su propio orgullo, lo humillaria ante él, se lo contaría todo, confiaría en él para todo; y volverían otra vez aquellos tiempos felices en que dichosos vagaban juntos por los bosques de Fontainebleau, donde conversaban poco—porque siempre fué poco expansivo—, pero en que ella estaba convencida de que junto a aquel corazón fuerte había de hallar siempre el reposo, la felicidad.

Mientras más meditaba sobre los acontecimientos de la pasada noche, menos temía a Chauvelin y a sus asechanzas. Estaba convencida de que no había logrado descubrir la identidad de "Pimpinela Escarlata". Tanto lord Francourt como el mismo Chauvelin le habían asegurado que no había nadie en el comedor, a la una, excepto el francés y Percy... ¡Si... Percy...! ¡Podía habérselo preguntado si tan sólo se hubiese acordado de ello! De todos modos, no temía ya que el desconocido y valiente héroe pudiera caer en el armadijo preparado por Chauvelin, y, por lo menos, su muerte no pesaría sobre su cabeza.

Cierto que a Armando le amenazaba aún el peligro; pero Percy había empeñado su palabra de que Armando se salvaría, y Margarita, al verle partir, no temió ni por un momento en que no pudiese lograr lo que se había propuesto. Una vez que Armando estuviera sano y salvo en Inglaterra, no le permitiría que volviese jamás a Francia.

Se sentía casi feliz, y volviendo a correr bien las cortinas de la alcoba para impedir que penetrasen los fulgurantes rayos del sol, acostóse, dejando caer la cabeza en la almohada, y quedóse al instante sumida en un profundo y tranquilo sueño.



XVIII

LA DIVISA MISTERIOSA

ERA ya muy avanzado el día cuando Margarita despertó de su largo sueño. Habíale traído Luisa un vaso de leche fresca y una bandeja de frutas, cuyo frugal desayuno tomó con excelente apetito.

Mientras comía unas uvas acudieron en tropel a su mente rápidos pensamientos, que en su mayoría seguían velozmente la alta y erguida silueta de su esposo, a quien cinco horas antes había visto alejarse, jinete en su brioso corcel, y desaparecer ante sus ojos.

En contestación a sus anhelantes preguntas, Luisa le dió la noticia de que el *groom* había vuelto ya, trayendo a *Sultán* y dejando a sir Percy en Londres. El *groom* creía que su amo pensaba pasar a bordo del yate, que se hallaba anclado más abajo del puente llamado "London Bridge". Sir Percy había cabalgado hasta allí, se había encontrado después con Briggs, el patrón del *Day-Dream*, y luego había despachado al *groom*, que regresó a Richmond conduciendo a *Sultán* de la brida.

Aquella noticia sumió a Margarita en un mar de confusiones. ¿Adónde iría sir Percy en el *Day-Dream*, precisamente ahora? A salvar a Armando, había dicho. ¡Claro! Sir Percy tenía amigos

influyentes en todas partes. Acaso se dirigiese a Greenwich, o... Margarita cesó de hacer conjeturas; pronto se explicaría todo: dijo que volvería y que no olvidaría.

Se presentaba para Margarita un día largo y aburrido. Esperaba recibir la visita de su antigua condiscípula, Susanita de Tournay. Con toda la genial travesura de que sabía disponer, había suplicado a la condesa en el baile, y en presencia del príncipe de Gales, que le concediera la compañía de Susana. Su alteza real aplaudió ruidosamente la idea, manifestando que se proporcionaría el placer de visitar a las dos damas durante el transcurso de la tarde. La condesa no se atrevió a oponerse a su ruego: se vió entre la espada y la pared, y tuvo que prometer que mandaría a Susanita al día siguiente, a pasar unas cuantas horas con su amiga en Richmond.

Margarita la esperaba, pues, con anhelo; deseaba vivamente tener un rato de conversación con la niña, para recordar sus ratos felices del colegio; presentía que la compañía de Susana la preferiría a cualquier otra. Juntas pasearían por el magnífico y viejo jardín, y por el hermoso parque de los ciervos, o vagarían a lo largo de la ribera del río.

Pero Susana no llegaba, y Margarita, que ya se había vestido, disponíase a bajar las escaleras. Parecía una niña, con su sencillo vestido de muselina, su ancha faja de seda azul contorneando su esbelto talle, y el delicado fichú cruzado, en que llevaba prendidas unas cuantas rosas de otoño, de color carmesí.

Cruzó el descansillo contiguo a sus habitaciones y se detuvo un instante en lo alto de la magnífica

escalinata de roble que conducía al piso bajo. A la izquierda se hallaban las habitaciones de su esposo, en las que ella no entraba nunca.

Constaban de una alcoba, un tocador y un saloncito de recibo, y en el extremo opuesto del descansillo había un despacho que, cuando sir Percy no lo utilizaba, quedaba siempre cerrado con llave. Francisco, su confidente y ayuda de cámara particular, tenía a su cargo este cuarto. Nunca se permitía penetrar en él a persona alguna. Milady jamás demostró empeño en hacerlo, y, naturalmente, los otros criados no osaron nunca contravenir la orden.

Con aquel bondadoso menosprecio que últimamente adoptara hacia su esposo, Margarita se había burlado muchas veces del misterio que encerraba aquel despacho particular. Riéndose, aseguraba siempre que si excluía tan severamente las miradas de todos de aquel sagrado paraje, era sólo por temor a que se descubriese cuán poco se estudiaba entre sus cuatro paredes; sin duda el mueble más visible sería alguna cómoda butaca, en la que sir Percy descabezaría el sueño.

Acordábase Margarita de todo esto y miraba a lo largo de la galería, alumbrada por la brillante claridad de aquella risueña mañana de octubre. Francisco debía de estar, al parecer, arreglando las habitaciones de su amo, pues casi todas las puertas, incluso la del despacho, estaban completamente abiertas.

Apoderóse de ella una repentina y ardiente curiosidad pueril por asomarse y echar una mirada por el santuario de sir Percy. La prohibición, naturalmente, no se extendía hasta ella, ni Fran-

cisco se hubiera atrevido a oponerse. Sin embargo, deseaba que el ayuda de cámara estuviese ocupado en alguna otra habitación, para poder ella mirar a hurtadillas sin ser molestada.

De puntillas, y procurando hacer el menor ruido posible, atravesó el descansillo, y, como la esposa de Barba Azul, temblando de excitación y de curiosidad, extrañamente perturbada y vacilante, se detuvo un momento en el umbral de la puerta.

Esta, que estaba entornada, le impedía ver el interior de la habitación. La tentación le hizo empujarla y abrirla del todo. Nada se oía: evidentemente, Francisco no estaba allí, y Margarita entró resueltamente.

La severa sencillez de cuanto la rodeaba la impresionó vivamente: los serios y ricos portiers, el macizo mobiliario de roble, un par de mapas que colgaban de la pared, no evocaban, de manera alguna, en su mente, al apático hombre de sociedad, al entusiasta de las carreras de caballos, al exquisito "árbitro" de la moda, que era lo que exteriormente representaba sir Percy Blakeney.

Por lo menos, en esta habitación no se veía huella alguna de su precipitada marcha. Cada cosa estaba en su sitio, ni un papelito en el suelo, ni un armario, ni un cajón abiertos. Los cortinones estaban descorridos y la fresca brisa matinal penetraba suavemente por el balcón, abierto.

Frente a la ventana, y muy al centro del gabinete, se hallaba una amplia mesa escritorio, que mostraba señales inequívocas de haberse hecho de ella mucho uso. A la izquierda de la mesa, y abarcando la altura de la pared, desde el techo hasta el suelo, se veía el retrato de una dama. Estaba de

cuerpo entero, admirablemente pintado al óleo y firmado con el nombre de Boucher. Era el retrato de la madre de Percy.

Margarita no conocía nada de su historia, aparte de que había muerto en el Extranjero, física y mentalmente enferma, cuando Percy era aún adolescente. Debió de ser una bellísima mujer cuando Boucher pintó el cuadro, y al contemplar el retrato no pudo menos de sentirse impresionada ante el exacto parecido entre la madre y el hijo. Tenían la misma frente, despejada y cuadrada, coronada de rubios y abundantes cabellos, suavemente rizados; tenían los mismos ojos azules, de mirar indolente, y las cejas muy pobladas y rectas; y en estos ojos, bajo su afectada languidez, existía la misma pasión intensa y adormecida que solía resplandecer en el rostro de sir Percy antes de su matrimonio, la misma que Margarita había vuelto a ver aquella madrugada, al acercarse a él y dejar asomar a su vez un acento de ternura.

Margarita contemplaba detenidamente aquel retrato; le interesaba. Después se volvió y miró de nuevo el escritorio; estaba cubierto por legajos de papel atados y rotulados con perfecto orden, y por montoncitos de cuentas y recibos, metódicamente arreglados. Ni por asomo se le había ocurrido nunca pensar cómo administraba sir Percy, a quien todo el mundo creía un imbécil, la inmensa fortuna que heredó de su padre.

Tanto la sorprendieron el aseo y el orden que reinaban en aquella habitación, que esta elocuente prueba de las aptitudes de su esposo para los negocios apenas la maravilló. Y, además, adquirió también el convencimiento de que su marido, con sus

sandeces sociales, con sus fatuos modales y su insulsa conversación, no sólo llevaba una máscara, sino que desempeñaba asimismo un papel deliberadamente estudiado, con algún propósito desconocido.

Margarita volvió a extrañarse. ¿Por qué se tomará todas esas molestias? ¿Por qué razón deseaba él, que tenía un carácter serio y grave, aparecer ante sus semejantes como un mentecato?

Podría haber deseado ocultar su amor por una esposa que le miraba con desdén..., mas tal propósito lo hubiera seguramente logrado con menos sacrificios, con menos molestias que las de desempeñar un papel risible, que no le era natural.

Miraba en torno suyo a la ventura; se sentía sumida en un mar de confusiones, y un innominado terror, producido por aquel extraño e inconcebible misterio, comenzaba a apoderarse de ella. De pronto se sintió acometida por un escalofrío, y un profundo malestar se apoderó de todo su ser, en aquel cuarto tan severo.

Las paredes estaban desnudas; no se veían más cuadros que aquel soberbio retrato, obra de Boucher, y aquellos dos mapas, ambos de Francia: de la costa septentrional, el uno; de las cercanías de París, el otro. ¿Para qué le servirían a sir Percy?, se preguntaba Margarita.

Empezaba a dolerle la cabeza; disponíase a salir de aquella habitación de Barba Azul, en la que había entrado misteriosamente y la cual no podía comprender. No quería dar lugar a que Francisco la encontrase allí; echó una última mirada en derredor, y se dirigió hacia la puerta. Al dar el primer paso, su pie tropezó con un objeto pequeño

que, al parecer, yacía en la alfombra, muy junto al escritorio, y que al chocar con el pie había ido rodando hacia el centro del gabinete.

Se agachó para recogerlo: era una sortija de oro macizo, con un escudo plano, que llevaba grabada una pequeña divisa.

Margarita le dió vueltas entre sus dedos y luego miró detenidamente el grabado del escudo. Representaba una florecilla en forma de estrella, igual a la que había visto, indistintamente, en dos ocasiones: una en la ópera y otra en el baile de lord Grenville.



XIX

LA "PIMPINELA ESCARLATA"

EN qué crítico momento surgió en la mente de Margarita la primera duda, no hubiera podido ella misma decirlo. Cerró convulsivamente la mano, apretando con fuerza la sortija, y saliendo rápidamente de la habitación bajó con rapidez la escalera y salió al jardín, donde en completa soledad, sin más compañía que las flores, el río y los pajarillos, pudo contemplar de nuevo la sortija y estudiar a su sabor, con más detalles, aquella divisa.

Sentóse a la frondosa sombra de un sicomoro y, rígida e inmóvil, contempló el escudo de oro que ostentaba grabada aquella florecilla en forma de estrella.

¡Bah! ¡Era absurdo! ¡Soñaba! La sobreexcitación nerviosa la hacía ver signos y misterios en las más insignificantes coincidencias. ¿No había dado recientemente toda la sociedad de Londres en usar la divisa de aquel misterioso y heroico "Pimpinela Escarlata"?

¿No llevaba ella misma aquel emblema bordado en sus vestidos? ¿No adornaba sus cabellos con una diadema de esmalte y piedras preciosas imitando aquella divisa? ¿Qué de particular tenía que Percy eligiera aquel emblema para el sello de

una sortija? Pudiera fácilmente haberlo hecho...; sí..., muy fácilmente..., y..., además..., ¿qué afinidad podía haber entre un elegante *dandy*, como su esposo, con sus magníficos trajes y sus modales lánguidos y refinados, y aquel osado e intrépido conjurado que arrebatava a las víctimas francesas, ante los ojos mismos de los cabecillas de una cruel y sanguinaria revolución?

Sus ideas giraban en rápido torbellino; su cabeza era un caos... No se daba cuenta de lo que la rodeaba, nada veía; por lo que se sobrecogió de espanto al oírse llamar, a través del jardín, por una voz fresca y juvenil.

—¡Querida..., querida! ¿En dónde estás?

Y corriendo por el césped se acercaba Susanita, fresca como un capullo de rosa, con sus bucles castaños, que la suave brisa matinal agitaba, y resplandeciendo en sus ojos una mirada de alegría.

—Me dijeron que estabas en el jardín—siguió diciendo alegremente y echándose en brazos de Margarita, con un candor infantil—, por lo que vine corriendo para darte una sorpresa. No me esperabas tan pronto; ¿verdad, mi querida Margarita?

Margarita, que había ocultado, presurosa, la sortija entre los dobleces el fichú, se esforzaba en contestar con alegría y despreocupación a los cariñosos impulsos de la joven.

—En verdad, querida mía—replicó con una sonrisa—, que es delicioso tenerte para mí sola, y en un día largo y ameno... ¿No te aburrirás?

—¿Aburrirme? No digas semejante iniquidad, Margarita. Recuerda que en aquel querido y vie-

jo convento nos sentíamos tan felices cuando juntas nos permitían estar solas.

—Y contarnos secretitos.

Y las dos jóvenes enlazaron sus brazos y empezaron a pasear por el jardín.

—¡Qué hermosa morada tienes, querida Margarita!—exclamó Susanita con entusiasmo—. ¡Qué feliz debes de ser!

—Sí que debiera ser feliz—murmuró Margarita, suspirando con aflicción.

—¡Con qué tristeza lo dices, querida mía! ¡Ya, ya! Como señora casada, supongo que no querrás ya contarme secretos. ¡Y cuántos, cuántos teníamos en el colegio! ¿Te acuerdas? Algunos no se los confiábamos ni a sor Teresa de los Angeles, y eso que era tan buena ella, ¿verdad?

—Y ahora tienes tú uno que es importantísimo, ¿verdad, chiquilla?—dijo Margarita ingenuamente—, que me vas a contar en seguida. ¡Nada, no hay que sonrojarse!—añadió, al ver que el rubor coloreaba de vivo carmín las mejillas de Susana—. A fe mía que no tienes por qué avergonzarte. Es noble y leal, y justifica el orgullo de tenerle por novio y... por esposo.

—A decir verdad, querida, no me avergüenzo—replicó Susana con dulzura—; y me siento orgullosa, pero muy orgullosa de oírte expresar tan buena opinión de él. Creo que mamá dará su consentimiento—añadió meditabunda—, y seré... sumamente feliz; pero, naturalmente, no hay que pensar en ello hasta que papá esté a salvo con nosotros.

Margarita se sobrecogió. ¡El padre de Susana, el conde de Tournay! Uno de aquellos cuya vida

se vería en peligro si Chauvelin lograba descubrir la identidad de "Pimpinela Escarlata".

La condesa y uno o dos de los parciales de la liga habíanle dado a entender desde un principio que el misterioso jefe había empeñado su palabra de que sacaría sano y salvo de Francia al fugitivo conde de Tournay. Mientras Susana hablaba y se ocupaba únicamente de su importante secretito, los pensamientos de Margarita se retrotrajeron una vez más a los incidentes acaecidos la noche pasada.

El peligro de Armando, la amenaza de Chauvelin, la despiadada y cruel disyuntiva que ella se vió obligada a aceptar. Y luego la parte que tomó en aquel asunto que había de suceder a la una en el comedor de lord Grenville, en que el inexorable agente del Gobierno francés iba a conocer al fin quién era aquel misterioso "Pimpinela Escarlata" que con tanto descaro desafiaba a todo un ejército de espías y se ponía osadamente, y sólo por distracción, al lado de los enemigos de Francia.

Desde entonces no había sabido nada de Chauvelin. Suponía que no había logrado su propósito, y, sin embargo, no se inquietaba ya por la suerte de Armando, porque su marido había prometido que se salvaría.

Mas ahora, a pesar de la alegre charla de Susanita, se sintió presa de un horrible espanto ante lo que había hecho. Chauvelin nada le había contado, es verdad; pero acudía a su mente aquella mirada sarcástica y ruin que la echó al despedirse de él al salir del baile. ¿Era, pues, que había descubierto algo? ¿Tenía ya tramados sus planes para apresarse en Francia, *in fraganti*, a aquel in-

trépido conjurado y mandarlo a la guillotina sin compasión ni demora?

Margarita se horrorizaba ante esa idea, y su mano trémula se aferraba convulsivamente a la sortija que ocultaba en su vestido.

—¿No me escuchas, querida?—exclamó Susana en tono quejumbroso en una de las pausas de su larga e interesantísima narración.

—Sí, sí, bien mío; sí te escucho—replicó Margarita dominándose y afectando una sonrisa—. Me deleita oírte hablar..., y tu dicha me llena de regocijo... Nada temas, lograremos convencer a mamá. Sir Andrew Foulkes es un noble caballero inglés; tiene fortuna y buena posición; la condesa no se negará a dar su consentimiento. Pero... ahora, chiquilla..., cuéntame...: ¿cuáles son las últimas noticias que tienes de tu padre?

—¡Oh!—replicó Susana loca de alegría—. Las mejores que pudiéramos tener. Lord Hastings vino a ver a mamá esta mañana temprano. Dijo que todo iba bien respecto a mi querido papá, y que seguramente podríamos tenerle en Inglaterra dentro de cuatro días.

—¡Sí!—exclamó Margarita con los ojos resplandecientes y fijos en los labios de Susana, que seguía hablando con infantil alegría.

—Ya nada tememos. ¿No sabes, querida mía, que ese valiente y noble "Pimpinela Escarlata" ha ido en persona a salvar a papá? ¡Se ha marchado ya, querida; ya se ha ido!...—prosiguió Susana muy excitada. Estaba en Londres esta mañana; mañana quizá en Calais..., donde se encontrará con papá..., y luego..., y luego...

¡El golpe fué certero! Lo esperaba ya desde

un principio; mas hacía media hora que trataba de engañarse a sí misma, de acallar sus temores. Había partido para Calais; había estado en Londres aquella mañana; no le cabía ya duda. ¡El!..., "Pimpinela Escarlata"... Percy Blakeney..., su esposo..., a quien había vendido inicuaente la noche antes a Chauvelin.

Percy..., Percy..., su esposo... "Pimpinela Escarlata"... ¡Oh! ¿Cómo podía haber estado tan ciega? En un momento lo comprendió todo...: aquel papel que desempeñaba, aquella máscara que llevaba... para despistar a todo el mundo.

¡Y todo por distracción! Por *sport* arrancaba de la muerte a hombres, mujeres y niños, como otros destruyen y matan a los animales por afición a la caza. El hombre rico y ocioso necesitaba algo que distrajera su existencia; él y los pocos jóvenes elegantes que alistó a su estandarte se divertían hacia ya unos meses arriesgando sus vidas para salvar a unos cuantos inocentes.

Acaso hubiera tenido el propósito de contárselo después de su matrimonio, cuando llegó a sus oídos aquella historia del marqués de Saint-Cir, que le alejó de ella de repente, temiendo, sin duda, que pudiera ser capaz de traicionarle algún día, a él y a aquellos que juraron seguirle; y por eso la había engañado, como había engañado a los demás, mientras centenares de personas le debían la vida, y muchas familias no sólo la existencia, sino también la felicidad.

Admirable había sido aquel disfraz de necio petimetre, aquel papel que tan a las mil maravillas había desempeñado. No era de extrañar, pues que los espías de Chauvelin no hubiesen des-

cubierto en aquel simplón al hombre cuya temeraria osadía, cuyo ingenio tan fértil en recursos había desconcertado a los más sagaces espías franceses, tanto en Francia como en Inglaterra. La misma noche en que Chauvelin fué al comedor de lord Grenville en busca del atrevido "Pimpinela Escarlata" no vió más que al botarate de sir Percy Blakeney durmiendo a pierna suelta en el ángulo de un sofá.

¿Había adivinado el secreto aquel cerebro tan perspicaz? ¡He ahí el espantoso, el horrible dilema! Al entregar a un desconocido a su suerte para salvar a su hermano, ¿había Margarita Blakeney entregado a la muerte a su esposo?

¡No, no y mil veces no! ¡Imposible! Seguramente que el destino no la asestaría golpe tan atroz; la naturaleza misma se rebelaría; su mano se hubiera paralizado aquella noche al coger el pedacito de papel antes que cometer acción tan espantosa, tan terrible.

—Pero ¿qué es lo que tienes, querida?—prorrumpió Susanita, sinceramente alarmada al notar que el semblante de Margarita se tornaba lívido—. ¿Estás mala, Margarita? Dime: ¿qué tienes?

—Nada; no es nada, hijita—murmuró Margarita como si soñara—. Espera un momento...; déjame pensar, sí, pensar... ¿Dijiste hace poco que... "Pimpinela Escarlata" había partido hoy?

—¡Margarita querida!, ¿qué te pasa? Me estás alarmando.

—No es nada, nena, te lo aseguro; nada. Necesito estar sola un instante, bien mío...; acaso tenga necesidad de abreviar el tiempo de estar

juntas hoy; tal vez tenga que ausentarme. ¿Lo comprendes?

—Comprendo que algo anormal ha sucedido, rica mía, y que deseas estar sola. No quiero serte molesta. No te preocupes por mí. Lucila, mi doncella, no se ha marchado aún; regresaremos juntas. No pienses en mí.

Y echó cariñosamente los brazos al cuello de Margarita. Aunque muy niña, la afectaba el dolor tan grande que afligía a su amiga, y con el sutilísimo tacto de su infantil ternura no trató de averiguar la causa y dispúsose a retirarse.

Besó a Margarita repetidas veces y volvió a cruzar el césped con tristeza. Margarita no se movió; permaneció allí rígida y pensativa, preguntándose qué era lo que debía hacer.

En el momento mismo en que Susana iba a subir por la escalinata de la terraza vió que un lacayo doblaba la esquina de la casa y se dirigía corriendo hacia su ama. Llevaba en la mano un sobre sellado. Susana retrocedió instintivamente; su corazón le decía que quizá llegaban noticias peores para su amiga, y presentía que Margarita no se hallaba en condiciones de soportar más desdichas.

El lacayo se detuvo respetuosamente delante de su ama y le presentó el sobre sellado.

—¿Qué es esto?—preguntó Margarita.

—Acaba de traerlo un correo especial de gabinete, milady.

Margarita tomó la carta, dándole maquinalmente varias vueltas entre sus temblorosos dedos.

—¿Quién la manda?—dijo.

—El correo dice, milady—replicó el lacayo—,

que le dieron orden de entregar a milady esta carta y que le dijeron que ya milady sabía quién se la mandaba.

Margarita rasgó el sobre. Su instinto le hacía presentir su contenido, por lo que sus ojos le echaron apenas una rápida mirada.

Era la carta que Armando Saint-Just dirigió a sir Andrew Foulkes; la carta de que se apoderaron los espías de Chauvelin en "El Reposo del Pescador" y con la que éste la amenazó para lograr su sumisión.

Cumplía ahora su palabra: le devolvía la carta comprometedora de su hermano... porque estaba sobre la pista de "Pimpinela Escarlata".

Margarita creyó volverse loca; su alma parecía separarse de su cuerpo; se tambaleó y se hubiera desplomado si el brazo de Susana no la hubiese sujetado por la cintura. Después de un esfuerzo supremo logró dominarse; todavía quedaba mucho que hacer.

—Traedme a ese correo especial aquí mismo, —ordenó al lacayo con gran serenidad—. ¿No se habrá marchado ya?

—No, milady.

Al desaparecer el lacayo, Margarita se volvió hacia Susana.

—Y tú, hijita, dile a Lucila que se prepare. Mucho me temo que tenga que despedirme de ti, chiquilla. Y..., espera, dile a una de mis doncellas que me prepare un vestido y un abrigo de viaje.

Susana no replicó. Besó con ternura a Margarita y obedeció sin proferir una palabra; le aterraba la espantosa e inenarrable aflicción que se pintaba en el rostro de su amiga.

Un momento después volvió el lacayo acompañado del correo que trajo la carta.

—¿Quién os entregó este paquete?—preguntó Margarita.

—Un caballero, milady—replicó el correo—, en la posada de "La Rosa y el Cardo", frente a Charing Cross. Me dijo que ya lo sabíais.

—¿En "La Rosa y el Cardo"? ¿Qué hacía?

—Esperar el coche que tenía avisado.

—¿El coche?

—Sí, milady. Un coche particular que tenía pedido. Según me dijo su criado, viajaban directamente en posta hasta Dover.

—Basta. Podéis retiraros—replicó Margarita, y luego, volviéndose al lacayo, dijo—: Mi coche y los cuatro caballos más veloces que haya en las cuadras que estén listos al momento.

El lacayo y el correo se retiraron al punto para obedecerla. Quedóse Margarita unos instantes sola en el césped; su elegante figura estaba rígida como una estatua; sus ojos, fijos e inmóviles, y sus manos hallábanse cruzadas convulsivamente sobre el pecho, mientras sus labios, agitados por un temblor nervioso, murmuraban con horrible congoja:

—¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer? ¿Dónde encontrarle? ¡Dios mío, iluminadme!

Mas no era momento oportuno éste para el remordimiento ni para la desesperación.

Inconscientemente había cometido una acción horrible, espantosa: el peor crimen, a sus ojos, que jamás cometiera mujer alguna; lo comprendía con todos sus horrores. Su torpeza en no adivinar el secreto de su esposo le parecía también

un pecado mortal. ¡Debía haberlo conocido! ¡Debía haberlo comprendido!

¿Cómo pudo figurarse ella que un hombre que podía amar con tanta intensidad como la amó Percy Blakeney en un principio; que un hombre así fuera realmente aquel idiota que se había propuesto representar? Por lo menos ella debía haber comprendido que se ocultaba bajo una careta, y al haberlo conocido debió habérsela arrancado al hallarse a solas con él.

Comprendió Margarita que su amor había sido mezquino y débil cuando tan fácilmente pudo ser doblegado por su propio orgullo; también ella, al fingirle menosprecio, se había puesto un antifaz, mientras lo que en realidad hacía era no comprenderle.

Mas no había tiempo ahora para reconstituir el pasado. Su misma ceguera la hizo pecar; ahora sólo le quedaba la restitución, no con una vana contrición, sino con una acción enérgica y eficaz.

Percy había partido para Calais, ignorando por completo que le perseguía su más encarnizado enemigo. Por la mañana temprano salió de "London Bridge". Con viento favorable llegaría, indudablemente, a Francia a las veinticuatro horas; seguramente eligió aquella ruta porque contaba, sin duda, con el viento.

Por otro lado, Chauvelin viajaría en posta hasta Dover, fletaría un barco allí y llegaría, indudablemente, a Calais al mismo tiempo, poco más o menos. Una vez en Calais, se encontraría Percy con todos los que esperaban con ansia al noble y valiente "Pimpinela Escarlata", que iba a salvarlos de una muerte horrible e innecesaria. Con

los ojos de Chauvelin fijos ahora en todos sus movimientos, no solamente exponía Percy su propia vida, sino que ponía en peligro la del anciano conde de Tournay, padre de Susana, y la de aquellos otros fugitivos que le esperaban con tanta fe. Armando, que había ido a buscar a Tournay, confiado en que "Pimpinela Escarlata" velaba por su seguridad, también estaba allí.

Margarita era responsable de todas esas vidas, así como de la de su esposo; y tenía que salvarlas, si la valentía y el ingenio humanos podían con la tarea.

Desgraciadamente, no podía hacerlo todo sola. Una vez en Calais no sabría dónde encontrar a su marido, al paso que Chauvelin, con aquellos papeles de que se había apoderado en Dover, conocía todo el itinerario. Sobre todo, lo que deseaba hacer era prevenir a Percy.

Le conocía lo bastante para comprender que jamás abandonaría a aquellos que tenían puesta su confianza en él; que no retrocedería ante ningún peligro ni dejaría que el conde de Tournay cayese en manos de aquellos crueles asesinos franceses, que desconocían la piedad. Pero estando prevenido, quizá fraguara otros planes, acaso fuese más precavido, más prudente. Ignorándolo, podía caer en alguna red sutilmente preparada; pero, una vez advertido, tal vez lograra un éxito completo en su empresa.

Y si fracasaba, si verdaderamente la suerte y Chauvelin, con todos los recursos de que disponía, resultaran al fin mucho más fuertes que el atrevido conjurado, entonces se hallaría, por lo menos, a su lado para consolarle, para amarle y

para cuidarle, y tal vez para burlar a última hora a la muerte, haciéndola parecer dulce si morían juntos, uno en brazos del otro, estrechamente unidos, gozando de la felicidad suprema de saber que la pasión respondía a la pasión y que todo alejamiento había cesado para siempre.

Su cuerpo se irguió con aquella grande y firme resolución. Eso era lo que se proponía hacer, si Dios le concedía entendimiento y fuerzas. Desvaneciéndose la rígida expresión de sus ojos, resplandeciendo en ellos el fuego interior que ardía en su alma al pensar que pronto volvería a encontrarse con él en medio de los más graves peligros, y una mirada de regocijo brilló en ellos al pensar que iba a compartir con él esos peligros, a ayudarle acaso, a estar a su lado hasta lo último, si sus esfuerzos fracasaban.

El dulce e infantil rostro de Margarita tomó una expresión dura y resuelta; sus arqueados labios se plegaron con firmeza sobre los apretados dientes. Se propuso obrar o morir con él, correr su misma suerte. Sus rectas cejas se fruncieron, expresando una voluntad de hierro, una resolución irrevocable; sus planes estaban ya trazados. Primeramente iría en busca de sir Andrew Foulkes; era el mejor amigo de Percy, y Margarita recordó, estremeciéndose, el ciego entusiasmo con que aquel joven hablaba siempre de su misterioso jefe.

Margarita estaba segura de hallar en él la necesaria ayuda; el coche estaba listo ya. Cambiaría de traje, se despediría de Susanita y emprendería el camino.

Sin apresuramiento, pero sin vacilar, entró tranquilamente en la casa.

XX

E L A M I G O

EN menos de media hora se halló Margarita, sumida en sus meditaciones, sentada dentro del coche que la conducía velozmente hacia Londres.

Habíase despedido afectuosamente de Susanita, y había visto partir a la niña en su propio coche y acompañada de su doncella camino de Londres. Mandó a un criado con una respetuosa carta a su alteza real, rogándole aplazara su augusta visita, pues por asuntos importantísimos y urgentes se veía precisada a ausentarse; envió a un lacayo para que le llevase la delantera y encargara un nuevo tiro de caballos en Faversham.

Cambió luego su vestido de muselina por un traje oscuro de viaje, y echándose sobre los hombros un abrigo, se provuyó de dinero—que la prodigalidad de su esposo puso siempre, incondicionalmente, a su disposición—y emprendió la marcha.

No trataba de engañarse con vanas y fútiles esperanzas: la salvación de su hermano Armando era a cambio de la inminente captura de “Pimpinela Escarlata”; puesto que Chauvelin le había devuelto la carta comprometedora de Armando, no cabía duda de que estaba convencido de que

Percy Blakeney era el hombre cuya muerte había jurado conseguir.

¡No, no cabía hacerse ilusiones! Percy, su esposo, a quien amaba con todo el fuego que encendió en su alma la admiración de su bravura, se hallaba en inminente y gravísimo peligro por culpa suya. Lo había vendido al enemigo, inconscientemente, es verdad, pero, con todo, lo había vendido, y si Chauvelin lograba hacerle caer en la trampa a él, que ignoraba el peligro que corría, sería ella la única culpable de su muerte. ¡Su muerte! ¡Cuando le hubiera defendido con toda la sangre de sus venas, cuando gustosa sacrificaría por él su vida!

Había mandado que el coche la condujera a la hostería de "La Corona"; allí dispuso que el cochero echase un pienso a los caballos y los dejara descansar un rato. Después pidió una silla de mano y se hizo conducir a Pall Mall, a casa de sir Andrew Foulkes.

De todos los amigos de Percy alistados a su temerario estandarte, se creía Margarita más segura confiando en sir Andrew Foulkes. Siempre fué también su amigo, y ahora su amor por Susana parecía estrechar más aún aquellos vínculos de amistad. Si estuviera fuera de casa, si hubiera partido acompañando a Percy en aquel aventurado viaje, entonces quizá apelara a lord Hastings o a lord Tony, porque necesitaba la colaboración de uno de aquellos jóvenes, pues sin ella se hallaría impotente para salvar a su esposo.

Pero sir Andrew Foulkes estaba en casa, y el criado dejó pasar a milady inmediatamente. Subió al elegante piso de soltero del joven y la hicieron

pasar a un reducido comedor, lujosamente amueblado. Unos instantes después entró sir Andrew.

Era evidente que le había sorprendido conocer a la señora que le buscaba, pues miró a Margarita con inquietud, con una leve sombra de sospecha mientras le hacía las ceremoniosas reverencias que la severa etiqueta de aquella época exigía.

Margarita se había despojado de toda traza de excitación nerviosa; estaba sumamente tranquila, y después de haber devuelto los ceremoniosos saludos del joven, comenzó diciéndole con mucha calma:

—Sir Andrew: no deseo perder el tiempo en inútil palabrería. Tengo que contaros ciertas cosas, que tendréis que aceptar sin discusión. No son en sí nada importantes. Lo que sí es trascendental es que vuestro jefe y camarada, "Pimpinela Escarlata"..., mi esposo..., Percy Blakeney..., corre un peligro inminente.

Si hubiera abrigado alguna remota duda acerca de la exactitud de sus deducciones, sir Andrew mismo se la hubiese desvanecido ahora, pues, cogido totalmente de sorpresa, habíase puesto lívido y se hallaba absolutamente imposibilitado para contestarla con alguna hábil evasiva.

—No importa cómo he llegado a saberlo todo, sir Andrew—prosiguió Margarita reposadamente—; no me canso de dar gracias a Dios por haberlo sabido. ¡Tal vez llegue a tiempo para salvarle! Desgraciadamente, no puedo hacerlo sola, y por eso vengo a reclamar vuestra ayuda.

—¡Lady Blakeney!... ¡Yo!...—repuso el joven, tratando de dominar su emoción.

—¿Queréis escucharme antes?—exclamó Mar-

garita—. El caso es el siguiente: Cuando el agente del Gobierno francés se apoderó de vuestros papeles aquella noche en Dover, encontró entre ellos ciertos proyectos que vos o vuestro jefe os proponíais llevar a cabo para efectuar la salvación del conde de Tournay y de otros fugitivos. “Pimpinela Escarlata”, Percy, mi esposo, ha partido hoy en persona para llevar a efecto esta empresa. Chauvelin es conocedor de que “Pimpinela Escarlata” y Percy Blakeney son una misma persona. Le seguirá hasta Calais, y una vez allí, le “echará el guante”. Conocéis tan bien como yo misma lo que le espera en manos del Gobierno revolucionario de Francia. No habrá intervención posible para salvarle ni de parte de Inglaterra ni de parte del mismo rey Jorge. Ya se cuidaría Robespierre y toda su partida de que esa intervención llegara tarde. Mas no es esto sólo; ese jefe en quien tanta confianza tenéis será también, inconscientemente, el medio que les revelará el escondite del conde de Tournay y de todos aquellos que hasta ahora han cifrado todas sus esperanzas en él.

Hablaba con sosiego, sin apasionamiento, con una resolución firme e irrevocable. Su objeto era captarse la confianza de aquel joven y lograr su ayuda, pues nada podía hacer sin él.

—No comprendo—volvió a decir sir Andrew, tratando de ganar tiempo, de pensar en el partido que debía tomar.

—¡Sí, sir Andrew! Creo que me comprendéis; debéis conocer que estoy diciendo la verdad. Fijaos en los hechos. Percy se hizo a la vela para Calais, supongo que con rumbo a algún punto solitario de

la costa, y Chauvelin, que está sobre su pista, viaja en posta con dirección a Dover, y, probablemente, cruzará la Mancha esta misma noche. ¿Qué creéis que sucederá?

El joven permaneció silencioso.

—Percy llegará a su destino; ignorando que es perseguido, irá en busca de Tournay y de los otros; entre ellos está mi hermano, Armando Saint-Just; los buscará uno a uno, desconociendo, sin duda, que espían sus más insignificantes movimientos los ojos más perspicaces del mundo. Cuando de ese modo haya traicionado inconscientemente a todos aquellos que confiaron ciegamente en él; cuando crea haber llevado a feliz término su arriesgada empresa y se disponga a regresar a Inglaterra acompañado de todos los que tan valerosamente fué a salvar, caerá sin remisión en las redes que le tienen tendidas, y harán que termine su noble existencia en la guillotina.

Sir Andrew callaba aún.

—¿No os fiáis de mí?—exclamó ella con vehemencia—. ¡Dios mío! ¿No veis que os hablo con la más profunda sinceridad? ¡Hombre de hielo! —añadió, cogiendo súbitamente al joven por los hombros con sus diminutas manos y obligándole a mirarla cara a cara—. Decidme: ¿me creéis una mujer tan vil que sea capaz de traicionar a mi propio esposo?

—No quiera Dios, lady Blakeney—replicó el joven al fin—, que os atribuya yo pasiones tan ruines, pero...

—Pero ¿qué...? ¡Decídmelo!... ¡Pronto! ¡Un solo segundo que perdamos es precioso!

—¿Queréis decirme—preguntó resueltamente,

mientras sus ojos se clavaban en los de Margarita con mirada escrutadora—de quién fué la mano que guió a monsieur Chauvelin al convencimiento que aseguráis vos que posee?

—Mía—repuso ella tranquilamente—. Lo confieso; no quiero mentiros, porque deseo que tengáis en mí la más absoluta confianza. Pero no tenía ni la más remota idea de la identidad de “Pimpinela Escarlata”, y como recompensa, si el éxito coronaba la aventura, me prometieron la salvación de mi hermano.

—¿Si el éxito coronaba vuestros esfuerzos ayudando a Chauvelin a descubrir la pista de “Pimpinela Escarlata”?

Margarita movió la cabeza en señal de asentimiento.

—De nada ha de servirme contaros la manera como ocurrió el hecho. Básteos saber que Armando es más que un hermano para mí... y... y... ¿cómo podía yo adivinar?... Mas no perdamos el tiempo, sir Andrew. Cada instante que transcurre es de vida o muerte. ¡En nombre de Dios!... ¡Mi esposo está en peligro!... Vuestro amigo..., vuestro camarada. ¡Ayudadme a salvarle!

Sir Andrew se hallaba en una situación difícilísima. El juramento que prestó a su jefe y compañero le obligaba a obedecerle y a guardar el secreto; y, sin embargo, aquella hermosa mujer que le rogaba que tuviese fe en ella hablaba, sin duda alguna, con sinceridad; era también indudable que su amigo y jefe corría peligro de muerte.

—Lady Blakeney—repuso al fin—: Dios es testigo de que me habéis sumido en tal confusión, que apenas comprendo cuál es mi deber ni sé

qué partido tomar. Decidme lo que queréis que haga. Diecinueve somos los que estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas por "Pimpinela Escarlata" si corre peligro.

—No es necesario sacrificar vidas por ahora, amigo mío—replicó ella secamente—. Mi sutileza y cuatro caballos veloces surtirán el deseado fin. Pero tengo que saber dónde hallarle. Ved—añadió, mientras sus ojos derramaban ardientes lágrimas—que me he humillado ante vos, que os he confesado mi falta: ¿debo también confesaros mi debilidad? Mi esposo y yo hemos estado distanciados porque él no tenía confianza en mí y yo fui demasiado ciega para comprender. Admitiréis que la venda que puso sobre mis ojos era espesísima. ¿Es extraño, acaso, que mi vista no haya podido ver a través? Mas anoche, cuando inconscientemente atraje sobre su cabeza tan grave riesgo, cayó de improviso la venda que cubría mis ojos. Si no queréis ayudarme, sir Andrew, me esforzaré, sin embargo, por salvar a mi esposo; agotaré todas mis energías para conseguirlo; más podría suceder que fuese impotente, por llegar tarde quizá, y entonces sólo quedaría para vos una existencia llena de remordimientos, y... y... para mí, un corazón lacerado.

—Pero lady Blakeney—dijo el joven, emocionado por la intensa sinceridad de aquella mujer tan soberbiamente hermosa—, ¿sabéis que lo que os proponéis hacer es tarea varonil? De ninguna manera podéis ir sola a Calais. Correríais gravísimos peligros, y la posibilidad de encontrar a vuestro esposo ahora, por detalladas que fuesen mis instrucciones, sería de las más remotas.

—¡Cuantos más peligros haya, tanto mejor! —murmuró ella quedamente—. ¡Tengo tanto que expiar! Mas me temo que estéis equivocado. Chauvelin tiene sus ojos fijos en todos vosotros; apenas se fijará en mí. ¡Pronto, sir Andrew, el coche está esperando y no hay momento que perder!... ¡Me urge llegar adonde está él! ¡Me es imprescindible—repitió con gran vehemencia—, para prevenirle que tiene a ese hombre sobre su pista!... ¿No estáis viendo, no lo estáis viendo que me precisa llegar a él, aunque... aunque sea demasiado tarde para salvarle..., por lo menos, para tener el consuelo de estar a su lado en su última hora?

—Por mi fe, señora, estoy a vuestras órdenes. Yo, o cualquiera de mis compañeros, sacrificaría gustosamente la vida por vuestro esposo. Si persistís en ir en persona...

—Amigo mío: ¿no veis que me volvería loca si os dejara partir sin mí? ¿Tendréis confianza en mí?—dijo, ofreciéndole la mano.

—Espero vuestras órdenes—replicó él sencillamente.

—Pues escuchad. Mi coche está dispuesto para llevarme a Dover. Seguidme con toda la velocidad que os lleven vuestros caballos. Anochecido, nos encontraremos en "El Reposo del Pescador". Chauvelin no entrará en él, pues le conocen ya allí, y yo creo que es el sitio más seguro. Con alegría aceptaré que me acompañéis hasta Calais, pues, como decís, quizá no diera con sir Percy por minuciosas que fueran vuestras intrucciones. En Dover fletaremos una goleta y haremos la travesía de noche. Y si aceptáis disfrazaros como

uno de mis lacayos, pasaríais seguramente inadvertido.

—Estoy incondicionalmente a vuestra disposición, señora—respondióle el joven, muy serio—. ¡Dios haga que divisemos al *Day-Dream* antes de llegar a Calais! Teniendo a Chauvelin sobre sus talones, paso que dé “Pimpinela Escarlata” en terreno francés estará seguramente erizado de peligros.

—¡Dios os oiga, sir Andrew! Y ahora, adiós. Nos veremos en Dover esta noche. Será una carrera entre Chauvelin y yo, la travesía del Canal esta noche..., y el premio, la vida de “Pimpinela Escarlata”.

Sir Andrew besó la mano de Margarita, conduciéndola luego hasta su silla de mano. Al cabo de media hora hallábase aquélla de nuevo en la hostería de “La Corona”, donde su coche estaba ya dispuesto, esperándola. Los caballos partieron a escape, con velocidad vertiginosa, por las calles de Londres y se dirigieron directamente hacia la carretera de Dover.

No le quedaba tiempo para desesperarse. Tan ocupada estaba su imaginación, que no la dejaba un momento para meditar. Con sir Andrew Foulkes por compañero y aliado, sentía renacer en su alma la esperanza.

Dios se apiadaría de ella. No permitiría que se cometiera tan horrendo crimen como la muerte de un hombre valeroso, entregado por la mujer que le amaba, que le adoraba y que gustosa sacrificaría su vida por él.

Los pensamientos de Margarita volaban hacia él, hacia el misterioso héroe a quien siempre había

amado inconscientemente, aun cuando su identidad le era totalmente desconocida. Riendo, acostumbraba a decir en tiempos pasados que era el rey fantasma de su corazón, y hoy se encontraba con que aquella enigmática personalidad que había adorado y el hombre que tan apasionadamente le amaba, eran una misma persona. ¿Qué de extraño, pues, que acudieran a su mente, en confuso tropel, algunas visiones más felices? Se preguntaba con vaguedad qué era lo que primero le diría cuando volvieran a encontrarse cara a cara.

Había experimentado tantas ansiedades, tanta excitación durante aquellas últimas horas, que se permitía el deleite de acariciar ideas más halagüeñas y dichosas. Gradualmente, el incesante y monótono rodar del coche fué calmando su agitación nerviosa; sus ojos, doloridos y fatigados por las lágrimas, se cerraron involuntariamente, y poco a poco fué apoderándose de ella un sueño intranquilo y desasosegado.

XXI

LA INCERTIDUMBRE

ERA ya muy avanzada la noche cuando llegó, al fin, a "El Reposo del Pescador". Había hecho el viaje en menos de ocho horas, gracias a los innumerables relevos del tiro de caballos que se llevaron a cabo en los distintos paradores, y que siempre pagaba Margarita con esplendidez, con el fin de conseguir los mejores y más veloces.

Su cochera era también incansable: la espléndida recompensa que le había ofrecido influyó, indudablemente, para fortalecer su ánimo y para hacer materialmente saltar chispas del suelo con los cascos de los caballos del coche de su ama.

La llegada de lady Blakeney a medianoche, causó gran sensación en "El Reposo del Pescador". Sarita saltó de la cama a toda prisa, y el señor Jellyband afanóse por proporcionar toda clase de comodidades a su importante huésped.

Estas dos buenas almas estaban demasiado bien aleccionadas en el proceder que deben observar los mesoneros para mostrar la menor sorpresa por la llegada de lady Blakeney, sola y a hora tan intempestiva. Indudablemente que les sorprendía, pero estaba Margarita demasiado preocupada con la importancia y la gravedad de su viaje, para fijarse en detalles de índole tan insignificante.

El salón de la hostería —escena reciente del cobarde atentado de que fueron víctimas los dos caballeros ingleses—estaba abandonado. El señor Jellyband volvió apresuradamente a encender el quinqué y a preparar un poco de lumbre en el enorme hogar; después acercó a él una cómoda silla, en la que lady Blakeney se dejó caer con grandes muestras de agradecimiento.

—¿Pasará milady la noche aquí?—preguntó la linda Sarita, que se ocupaba ya en preparar la mesa y extender sobre ella el blanco mantel, para ofrecer a milady una cena modesta.

—No; toda la noche, no—replicó Margarita—. De todos modos, no necesitaré más habitación que ésta, si es que puedo apropiármela durante un par de horas.

—Está a la disposición de milady—repuso el digno Jellyband, cuyo rubicundo semblante mantenía sus facciones rígidas para evitar que, en presencia de su huésped “de calidad”, se revelara el enorme asombro que empezaba a apoderarse del buen hombre.

—He de hacer la travesía en cuanto suba la marea—dijo Margarita—, y en la primera goleta que pueda encontrar. Pero el cochero y los lacayos se hospedarán no sólo toda la noche, sino, probablemente, unos cuantos días más. Espero, pues, que podáis acomodarlos bien.

—Quedaréis servida, milady; yo me encargo de ellos. ¿Desea milady que Sarita le traiga algo de cenar?

—Sí, hacedme el favor. Traedme algunos fiambres, y tan pronto como llegue sir Andrew Foulkes, hacedle pasar aquí dentro.

—Está bien, milady.

A pesar suyo, la pesadumbre se pintaba ahora en el semblante de Jellyband. Apreciaba mucho a sir Percy Blakeney y le agradaba poco ver a su esposa fugarse con el joven sir Andrew. Sin embargo, no era asunto de su incumbencia, y Jellyband no era amigo de chismear. Pero, a pesar de ello, en lo más recóndito de su corazón se decía que milady no era, al fin y al cabo, más que una de tantas extranjeras, y ¿qué tenía de extraño que resultara tan inmoral como ellas?

—No os quedéis levantado, mi buen Jellyband —prosiguió Margarita, bondadosamente—, ni vos tampoco, Sarita. Sir Andrew puede tardar en llegar.

Jellyband estaba muy conforme con que Sarita se fuera a acostar. Empezaban a agradaarle poco estas cosas. Mas lady Blakeney pagaría con munificencia su alojamiento, e indudablemente el asunto nada tenía que ver con él.

Sarita dispuso una cena modesta, compuesta de fiambres, vino y fruta, y dejándolo todo sobre la mesa hizo a milady una respetuosa reverencia y se retiró buscando mentalmente la razón por la que milady estaba tan seria, cuando estaba a punto de fugarse con su galán.

Entonces fué cuando comenzó para Margarita la larga espera. Comprendía que sir Andrew, que tendría que surtirse de ropas de lacayo para su disfraz, no podría llegar de ningún modo a Dover antes de otro par de horas, por lo menos. Desde luego que era un excelente jinete, y en un caso tan urgente como éste aligeraría en sumo grado los ciento y pico de kilómetros que había entre Lon-

dres y Dover. También él haría saltar chispas del pavimento bajo los cascos de su corcel, pero tal vez no lograra conseguir un buen relevo para su caballo, y, de todos modos, no podía haber salido de Londres sino una hora después que ella.

No vió trazas de Chauvelin en todo el trayecto. El cochero, a quien interrogó, no había visto a nadie que respondiera a la señas que su ama le daba del aspecto demacrado del pequeño francés.

Por lo visto debía de llevarla gran delantera. No se atrevió a preguntar a la gente de los varios paradores en que cambió de tiro. Temía que Chauvelin tuviera espías en todo el trayecto, y que acaso pudieran escuchar sus indagaciones y se adelantaran para avisar a su enemigo de que ella se acercaba.

Mas se preguntaba ahora en qué hostería se habría alojado y si habría, por ventura, conseguido fletar un barco y se hallaba ya navegando con rumbo a Francia. Este pensamiento la oprimió el corazón como una garra de hierro. ¡Llegaría demasiado tarde!

Le aterraba la soledad de la habitación: todo estaba sumido en el más completo silencio; el "tic-tac" del antiguo reloj, hórridamente lento y acompasado, era el único ruido que se oía en medio de aquella espantosa soledad.

Margarita necesitó de toda su energía, de toda la firme resolución de su proyecto, para mantener inflexible su valor durante aquella larguísima velada.

En la casa todos dormían, sin duda, menos ella. Había oído a Sarita subir por las escaleras; el señor Jellyband había ido a alojar al cochero y

a los lacayos, y al volver habíase mantenido en el portal por la parte de fuera, precisamente en el mismo sitio en que Margarita se encontró primeramente con Chauvelin hacía una semana. Por lo visto se proponía esperar a sir Andrew Foulkes, pero pronto le venció el sueño, pues momentos después pudo Margarita escuchar, además del acompasado tic-tac del reloj, los sordos y monótonos ronquidos del buen hombre.

Hacia ya un rato que Margarita se había apercibido de que el espléndido y cálido día de octubre, que tan felizmente comenzó, se trocaba en noche desapacible y fría. Sintió escalofríos y se alegró de la hermosa y refulgente llama que brillaba en el hogar; mas paulatinamente, a medida que corrían los minutos, se acentuaba más la crudeza del tiempo y el ruido de las enormes olas que chocaban contra el muelle del Almirantazgo; a pesar de la distancia que los separaba de la hostería, llegaba hasta sus oídos como el eco de sordos truenos que retumbasen en lontananza.

El viento silbaba horrisono, sacudiendo los emplomados vidrios de las ventanas y haciendo crujir las recias puertas de la antigua casa; por fuera, los árboles se mecían cual ligeras hamacas y las ráfagas de viento frío entraban, rugiendo, por la enorme chimenea. Margarita se estremecía al pensar que el viento no fuese favorable a su viaje. No temía a la tormenta: hubiera hecho frente a los más graves riesgos, con tal de no aplazar la travesía ni una sola hora.

Una repentina conmoción que se sintió fuera de la casa la sacó bruscamente de sus meditaciones. Evidentemente era sir Andrew Foulkes, que lle-

gaba con prisa inusitada, pues había oído el estruendo de los cascos de su caballo al chocar contra las losas del pavimento, y las somnolientas y cordiales frases del señor Jellyband, que le daba la bienvenida.

Entonces fué cuando Margarita se dió cuenta de lo violento y delicado de la situación: ¡sola a aquellas horas en un lugar donde era conocidísima, y citada con un joven, igualmente conocido, que se presentaba disfrazado! He ahí fundamento sobrado para los maledicentes.

Esta idea hizo reír a Margarita. Era verdaderamente tan original el contraste entre la gravedad del asunto y la interpretación que seguramente el digno señor Jellyband daría a sus acciones, que por vez primera en muchas horas asomó a sus sonrosados labios una ligera sonrisa; y cuando, momentos después, entró sir Andrew Souلكes en la habitación, desconocido casi con su traje de lacayo, pudo saludarle con una alegre y ruidosa carcajada.

—¡Bravo, mi señor lacayo!—exclamó al punto Margarita—. ¡Me agrada vuestro aspecto!

El señor Jellyband, que seguía a sir Andrew, parecía sumamente perplejo. El disfraz del joven galán acababa de confirmar sus terribles sospechas. Con semblante taciturno destapó una botella de vino, colocó las sillas y se dispuso a servir la mesa.

—¡Gracias, probo amigo!—exclamó Margarita, retozándola la risa en el cuerpo al pensar lo que creería el buen hombre en aquel momento—. Supongo que no necesitaremos nada más. Aquí tenéis, para recompensaros de las molestias que os hemos proporcionado.

Ofreció a Jellyband dos o tres piezas de oro, que

éste aceptó respetuosamente y con vivas muestras de agradecimiento.

—¡Un momento, lady Blakeney!—interpuso sir Andrew, cuando Jellyband estaba a punto de retirarse—. Temo que necesitemos algo más de la hospitalidad del amigo Jellyband. Siento tener que deciros que no podremos hacer la travesía esta noche.

—¿No hacerla esta noche?—repitió Margarita, atónita—. ¡No hay más remedio que hacerla esta noche, sir Andrew! No se trata de no poder; tenemos que fletar un barco esta noche, cueste lo que cueste.

Pero el joven agitó tristemente la cabeza en señal de negativa.

—Mucho me temo que no dependa del dinero, lady Blakeney. Se está desencadenando una tormenta horrible del lado de Francia; el viento sopla en contra, y hasta que no cambie de dirección no nos será posible hacernos a la vela de ningún modo.

Margarita se puso lívida. No había previsto esto. La Naturaleza misma se ponía en su contra, y los elementos parecían jugarla una treta horrible y cruel. Percy corría un grave peligro y no le era posible llegar a él, porque el viento soplaba casualmente del lado de Francia.

—¡Pero es imprescindible partir; urge hacerlo!—repetía con extraña e insistente energía—. Bien sabéis que debemos partir. ¿No podríais hallar algún medio?

—Ya estuve en la playa—repuso él—hablando con unos patrones. Todos me aseguraron que era imposible hacerse a la vela esta noche. ¡Nadie—añadió, mirando a Margarita de un modo signi-

ficativo—, nadie puede salir de Dover esta noche, de ninguna manera!

Margarita comprendió en seguida lo que la quería decir. Aquel "nadie" incluía también a Chauvelin. Hizo entonces un amable gesto con la cabeza a Jellyband, y le dijo:

—Entonces tendré que resignarme. ¿Tenéis alguna alcoba para mí?

—¡Ciertamente, milady! Una habitación amena, cómoda y bien aireada. Voy al momento a disponerla... Y hay otra habitación para sir Andrew: las dos están listas.

—¡Muy bien, mi digno Jelly!—replicó sir Andrew jovialmente, dando unos cariñosos golpecitos en la espalda del mesonero—. Vais a abrir ambas habitaciones y a dejarnos las velas aquí, sobre el aparador. Apostaría a que estáis muerto de sueño, y milady ha de tomar algo antes de retirarse. Vamos, nada temáis, amigo de la cara triste: la visita de milady, aunque a hora tan intempestiva, es gran honor para su casa, y sir Percy Blakeney ha de doblaros la recompensa si veláis por la comodidad y el retiro de milady.

Sir Andrew adivinó sin duda la lucha de dudas y temores que se estaba librando en la cabeza del probo Jellyband, y como era un acabado y cumplido caballero, quiso disipar algunas de las sospechas que bullían en la mente del digno mesonero con aquella heroica indicación. Con gran satisfacción observó que había logrado, en parte, calmar los temores de éste, pues el coloradote semblante de Jellyband se avivó un tanto al oír nombrar a sir Percy.

—Voy a disponerlo todo en seguida, señor—res-

pondió con celo y bastante menos frialdad en sus modales—. ¿Tiene milady todo lo que apetece para cenar?

—Todo; gracias, buen amigo, y como tengo mucha hambre y estoy desfallecida de cansancio os ruego atendáis a las habitaciones. Ahora, decidme —prosiguió con anhelo, dirigiéndose a sir Andrew en el momento en que Jellyband trasponía los umbrales de la puerta del salón—: ¿qué hay de nuevo?

—Nada nuevo puedo contaros, lady Blakeney —replicó el joven—. La tormenta hace imposible la salida de ningún barco de Dover con esta marea. Mas lo que al principio os pareció una terrible desgracia, no es, ni más ni menos, que una bendición encubierta. Si no podemos salir para Francia esta noche, Chauvelin se encuentra en idéntica dificultad.

—Puede haber salido antes de empezar la tormenta.

—¡Ojalá lo hubiera hecho! — contestó sir Andrew con jovialidad—, porque entonces es más que probable que pierda el rumbo. ¿Quién sabe? Tal vez a estas horas se halle descansando en el fondo del mar, pues la borrasca es espantosa y ha de irle mal seguramente a todo barquichuelo que se encuentre en alta mar. Pero mucho me temo que no podamos fundar nuestras esperanzas en el naufragio de ese astuto zorro viejo. Todos los marinos con quienes he hablado me han asegurado que no ha salido ningún barco de Dover desde hace varias horas; por otro lado, he averiguado que un extranjero llegó esta tarde en coche, e igual que yo estuvo informándose acerca de la travesía del Canal.

—¿Luego Chauvelin está en Dover aún?

—Es indudable. ¿Queréis que vaya a acecharle y lo atraviese con mi espada? Realmente, ésa sería la solución más rápida.

—¡Oh sir Andrew, no lo toméis a chanza! ¡Dios me perdone; pero desde anoche le he deseado ya muchas veces la muerte a ese canalla! Mas lo que proponéis es imposible. Las leyes de este país condenan el asesinato. Sólo en nuestra bella Francia se llevan a cabo las muertes en “gran escala” con la aquiescencia de las leyes y en nombre de la libertad y de la fraternidad.

Persuadióla sir Andrew de que se sentara a la mesa y tomase un bocado y un trago de vino. Este descanso obligatorio por espacio de doce horas por lo menos, hasta que volviera a subir la marea, sería sin duda horriblemente difícil de soportar, dado el estado de profunda excitación en que ella se hallaba. Como una criatura obediente, Margarita trató de comer y de beber.

Con esa profunda simpatía que brota del alma de todos los enamorados, sir Andrew logró hacerla casi feliz, hablándole de su esposo. Le refirió algunas de las atrevidas empresas ideadas y puestas en práctica por el valiente “Pimpinela Escarlata” para lograr la huída de aquellos desdichados fugitivos franceses a quienes la espantosa y cruel revolución obligaba a expatriarse. Consiguió hacer que sus ojos brillasen de entusiasmo contándole su valor, su ingenio, la fertilidad de sus recursos cuando se trataba de arrancar vidas de hombres, de mujeres y hasta de niños del filo mismo de la cuchilla de la cruenta y siempre dispuesta guillotina.

Hasta le hizo sonreír con alegría describiéndole

los originales y múltiples disfraces que adoptaba "Pimpinela Escarlata" para sembrar la confusión en la estrecha vigilancia que se ejercía en las barricadas de París. Esta última vez, la fuga de la condesa de Tournay y de sus hijos había sido una verdadera obra maestra: Blakeney, disfrazado de vieja verdulera horripilante, con su asquerosa cofia y las sucias greñas de pelo canoso, estaba para hacer reír a todos los santos de la corte celestial.

Margarita se reía con toda su alma mientras sir Andrew trataba de describirle gráficamente el aspecto que presentaba Blakeney, cuya más grave dificultad consistía siempre en su elevada estatura, que en Francia hacía doblemente difícil el disfraz.

Así pasó una hora. Y aún quedaban muchas más que pasar en forzosa inactividad en Dover. Margarita abandonó la mesa, suspirando de impaciencia. Pensaba con temor en la noche que iba a pasar en su dormitorio, asaltada por pensamientos horriblemente inquietantes, mientras los rugidos de la tormenta ahuyentaban de sus ojos el sueño que tanto necesitaba para calmar sus nervios.

Daba vueltas a su imaginación pensando en dónde estaría Percy en aquel momento. El *Day-Dream* era un yate fuerte y bien construido. Sir Andrew opinaba que debía de estar indudablemente a sotavento antes de desencadenarse la borrasca, o quizá no se hubiese aventurado siquiera en alta mar, y a la sazón estaría tal vez anclado tranquilamente en Gravesend.

Briggs era un hábil patrón, y sir Percy sabía manejar una goleta como el mejor marino. Para ellos no tenía peligros la borrasca.

Era mucho después de medianoche cuando

Margarita se retiró, al fin, a descansar. Ocurrió lo que había temido: el sueño huía de sus ojos. Durante aquellas largas y aburridas horas asaltaron su imaginación los más negros pensamientos, mientras la tormenta que la separaba de Percy bramaba sin interrupción. Su dolorido corazón se inundaba de melancolía al escuchar el eco de las lejanas rompientes. Su estado de ánimo era de los que predisponen los nervios a la tristeza al lado del mar. Sólo cuando somos felices podemos contemplar con alegría el inmenso piélago, que ondula y se agita con tan persistente y tan irritante monotonía al acompañamiento de nuestras ideas, ya alegres o tristes. Cuando son alegres, las olas repercuten su propio contento; mas cuando son tristes, cada una que se rompe parece aumentar nuestra tristeza y susurrar a nuestro oído la desesperación, la trivialidad de nuestros regocijos.

Las más aburridas noches, los días más lentos tienen forzosamente su fin, tarde o temprano.

Margarita había pasado más de quince horas de tortura mental tan intensa, que estuvo a punto de perder la razón. Abandonó el lecho temprano, después de una larga noche de insomnio, poseída de vivísima excitación, anhelando emprender el viaje y horrorizándose ante la idea de tropezar con nuevos obstáculos para su preconcebido plan. Se levantó antes de que ninguno de la casa estuviera fuera del lecho; tan temerosa estaba de perder la única ocasión preciosa de dar el primer paso.

Cuando bajó se encontró a sir Andrew Foulkes sentado en el salón de la hostería. Media hora antes había estado en el muelle del Almirantazgo, donde se convenció de que ni el paquebote francés ni ningún otro barco particular podían salir aún del puerto. La tormenta estaba en todo su apogeo, y la marea se hallaba a punto de cambiar. Si no calmaba el huracán y el viento no variaba, se verían precisados a esperar otras diez o doce horas a que la marea los dejase salir. Y la borrasca no tenía trazas de calmar; el viento no cambiaba y la marea bajaba rápidamente.

La angustia y la desesperación se apoderaron de

Margarita al escuchar tan desalentadoras noticias. Unicamente la fortaleza de su resolución evitó que cayera en un abatimiento profundo y completo, aumentando con ello la inquietud del joven, que claramente se veía que habíase hecho intensísima.

Y aun cuando sir Andrew trataba de disimularla, Margarita comprendió que su ansiedad por hallarse al lado de su amigo y camarada igualaba casi a la suya. Aquella obligada pasividad era insoportable para ambos.

Jamás pudo Margarita darse cuenta, después, de cómo pasaron aquel mortificante día en Dover. Temía que la viesan, no fueran a hallarse casualmente por allí los espías de Chauvelin, por lo que pidió un gabinete reservado, donde ella y sir Andrew pasaron aquellas lentas y desesperantes horas, probando a largos intervalos algunos bocados de las succulentas viandas que Sarita les servía, ocupándose únicamente en pensar, en hacer conjeturas y en halagar de vez en cuando alguna esperanza.

La tormenta calmó al fin; pero era ya demasiado tarde. La bajamar no permitía la salida de ningún barco. El viento había cambiado, trocándose en una favorable brisa que soplaba del noroeste y que era una merced divina para hacer rápidamente la travesía de la Mancha.

Y mientras esperaban preguntábase el uno al otro si llegaría al fin la hora que los viese partir. Este aburridísimo e interminable día sólo tuvo un intervalo feliz, que fué cuando sir Andrew bajó otra vez al muelle y volvió luego a decir a Margarita que había fletado un ligero bergantín, cuyo patrón estaba dispuesto a hacerse a la vela en el momento mismo en que la marea fuera favorable.

Desde ese instante parecieron menos aburridas las horas, más halagüeña la espera; y hacia las cinco de la tarde pudo por fin Margarita dirigirse al muelle, con el rostro cubierto por un espesísimo velo, seguida por sir Andrew Foulkes vestido de lacayo y cargado con una porción de bultos.

Una vez a bordo se sintió vivificada por la fresca y penetrante brisa del mar, que soplabá con fuerza suficiente para hinchar lindamente las velas del *Foam Crest*, que se deslizaba suavemente, cortando las aguas con rumbo a alta mar.

La puesta del sol era soberbia después de la borrasca, y Margarita, al contemplar las blancas escarpas de Dover, que se perdían de vista poco a poco se sintió más tranquila y la esperanza renació en su corazón.

Mostrábase sir Andrew afectuoso y atento, y para Margarita era un gran consuelo tenerle a su lado en aquella espantosa tribulación.

Comenzaron paulatinamente a resurgir por entre la neblina del crepúsculo, que cada vez iba haciéndose más densa, los tonos plomizos de la costa francesa. Véanse oscilar algunas luces y hacíanse más visibles las torres de varias iglesias entre la bruma que las circundaba.

Media hora después desembarcaba Margarita en suelo francés; hallábase de vuelta en aquel país en que a la sazón los hombres mataban a sus semejantes por centenares y enviaban a la guillotina a millares de mujeres y de criaturitas inocentes.

El aspecto mismo del país y de sus gentes, aun en este retirado puerto de mar, era prueba elocuente de aquella revolución que hervía a unos quinientos kilómetros de allí, en el hermoso París, que se hacía

ahora repugnante por el torrente de sangre de sus más nobles hijos, que se derramaba sin cesar, y por los lamentos de las viudas y el llanto de los desventurados huérfanos.

Todos los hombres usaban gorras encarnadas, más o menos limpias, pero todas luciendo la escarapela tricolor al lado izquierdo. Estremeciése Margarita al notar que las figuras, antes risueñas y alegres, de sus paisanos, expresaban ahora una desconfianza mal disimulada y peor reprimida.

Se espiaban los unos a los otros en aquella época; la más inocente frase, dicha en broma, podía ser citada en cualquier momento como prueba de tendencias aristocráticas o de falsedad al pueblo. Las mismas mujeres reflejaban en sus oscuros ojos la expresión de un oculto temor, y todas examinaron con curiosidad y desconfianza a Margarita al poner el pie en tierra seguida de sir Andrew, murmurando al pasar por su lado: "¡Malditos aristócratas!", o bien: "¡Condenados ingleses!"

Aparte de esto, su presencia no parecía suscitar más comentarios. Calais, aun entonces, siempre tenía negocios con Inglaterra, y los comerciantes ingleses se veían con frecuencia por estas costas. Era cosa sabida que se introducían de contrabando en Inglaterra enormes cantidades de coñac y de vinos franceses, a consecuencia de las elevadas tarifas aduaneras. Este matute complacía grandemente a la burguesía francesa, para quien era una satisfacción inmensa el ver defraudados los ingresos públicos, y con el fisco, el Gobierno y el rey de Inglaterra, a quienes igualmente odiaban; el contrabandista inglés era siempre bien reci-

bido en las destartaladas tabernas de Calais y de Boloña.

Así que mientras sir Andrew guiaba a Margarita lentamente por entre las tortuosas calles de Calais, muchos de sus moradores, que se volvían para maldecirlos y para contemplar los trajes a la inglesa de los forasteros, pensaban que tal vez viniesen para hacer alguna compra de mercancía de contrabando para su brumoso país, y apenas les dedicaban un pensamiento fugaz.

Pero Margarita se maravillaba de que la elevada estatura y buena presencia de su esposo no despertara sospechas ni comentarios al pasar por Calais, y se preguntaba extrañada cómo se disfrazaría para llevar a cabo su noble tarea sin llamar demasiado la atención del vecindario.

Sin cambiar más que unas cuantas frases, sir Andrew la condujo, cruzando el pueblo, al lado opuesto del punto donde desembarcaron, y en dirección al cabo de Gris Nez. Las calles eran estrechas y tortuosas y, en su mayoría, malolientes, con un fuerte olor a pescado podrido y a bodegas húmedas. Había llovido a cántaros mientras duró la borrasca de la noche anterior, y Margarita se hundía a veces en el barro hasta los tobillos, pues el único alumbrado consistía en el reflejo de los quinqués de alguna que otra casa. Mas no se cuidaba de estas pequeñas inconveniencias.

—Tal vez encontremos a Blakeney en “El Gato Pardo”—dijo sir Andrew cuando desembarcaron; por lo que marchaba ella como si sus pies hollaran alfombras formadas de pétalos de rosa, pues iba a encontrarse con él dentro de unos instantes.

Por fin llegaron a su destino. Sir Andrew, por lo visto, conocía el camino, porque, a pesar de la oscuridad, avanzaba sin vacilar y sin preguntar a nadie por la dirección. Estaba ya demasiada entrada la noche para que Margarita pudiese observar el aspecto de la casa. "El Gato Pardo", como la llamó sir Andrew, era, al parecer, una pequeña posada de las afueras de Calais, situada a orillas del camino que conducía al Gris Nez. Estaba algo retirada de la costa, pues el estruendo del mar se oía confusamente a lo lejos.

Sir Andrew llamó a la puerta con el puño de su bastón, y Margarita oyó salir del interior una especie de gruñido, acompañado de una retahíla de juramentos. Volvió sir Andrew a llamar más imperativamente, y se oyeron maldiciones y unas pisadas que, pausadas, se acercaron a la puerta. Abrióse ésta y hallóse Margarita en los umbrales de la más destartada y sucia habitación que jamás había visto.

El papel de las paredes colgaba hecho jirones; no parecía contener un solo mueble que pudiera calificar de "sano" el más vivo esfuerzo de la imaginación. La mayoría de las sillas tenían el respaldo roto; otras estaban sin asiento y desvenecijadas; un ángulo de la mesa se sostenía con gaviillas de leña, que hacían las veces de la pata rota.

En un rincón de la habitación veíase una enorme chimenea, y sobre ella un caldero, que despedía un olorcillo a sopa caliente no del todo desagradable. En la parte superior de una de las paredes había una especie de desván, cubierto con unos andrajosos cortinones a cuadros blancos y azules, al que daba acceso una escalera desvenecijada.

En las grandes y desnudas paredes, con su descolorido papel todo manchado, veíanse escritas con tiza y en caracteres muy grandes y bien separados, las palabras "Libertad, Igualdad, Fraternidad".

El interior de aquella vil estancia estaba alumbrado por una pestilente lámpara de petróleo que pendía de las destartadas vigas del techo. Su aspecto era tan espantosamente pobre, sucio y repugnante, que Margarita apenas tenía valor para cruzar los umbrales de la casa.

Mas sir Andrew adelantóse sin vacilar.

—Viajeros ingleses, ciudadano —dijo audazmente y hablando en francés.

El individuo que abrió la puerta al llamar sir Andrew, y que era de presumir fuese el dueño de aquel repugnante establecimiento, era un campesino de edad madura y de pesado cuerpo, que vestía un sucio blusón azul, el consabido gorro rojo, con su escarapela tricolor, que ponía de manifiesto sus ideas políticas a la sazón; unos andrajosos pantalones azules y unas pesadas almadreñas, que lucían por los bordes algunos manojos de paja. Llevaba en la boca una pipa corta de madera, de la que emanaba un pestilente olor a tabaco rancio. Miró a ambos viajeros con evidentes señales de sospecha y de profundo desprecio, y murmurando entre dientes: "¡Malditos ingleses!", volvióse y escupió, para demostrar más aún la gran antipatía que le inspiraban; mas, sin embargo, apartóse para dejarles pasar, reconociendo sin duda que aquellos "malditos ingleses" traían siempre las bolsas bien repletas.

—¡Dios santo! —exclamó Margarita al pene-

trar en el interior y tapándose la delicada nariz con el pañuelo—. ¡Vaya una pocilga inmundada! ¿Estáis seguro de que es aquí?

—Segurísimo—replicó el joven, limpiando una silla con su elegante pañuelo festoneado de riquísimo encaje para que Margarita tomase asiento—; más os juro que jamás he visto cuchitril más asqueroso.

—¡Por vida mía!—dijo ella, mirando en torno suyo con una curiosidad no exenta de horror al contemplar las mugrientas paredes, las sillas rotas y la desvencijada mesa—. Su aspecto es, ciertamente, poco atractivo.

El mesonero de "El Gato Pardo", cuyo nombre era Brogard, no había vuelto a ocuparse de sus huéspedes; supuso que al poco rato pedirían de cenar, y mientras tanto consideraba indigno de un ciudadano libre el mostrar deferencia, y ni aun siquiera cortesía, hacia nadie, por elegante que fuese su traje.

Arrebujada junto al hogar se veía una figura envuelta en harapos y que semejaba una mujer, por más que hubiese sido difícil distinguirlo, a no ser por la cofia, que fué blanca en su tiempo, y por algo que se asemejaba a un refajo. Murmuraba entre dientes y meneaba de vez en cuando la sopa del caldero.

—¡Eh, amigo—dijo sir Andrew al fin—, queremos cenar! Aquella ciudadana—añadió, señalando el lío de harapos que se hallaba al lado de la chimenea—está haciendo una sopa riquísima, de seguro, y mi ama no ha probado bocado hace ya muchas horas.

Tardó Brogard unos minutos en reflexionar el

asunto. Ningún ciudadano libre debe responder en seguida ni con demasiada prontitud a los que por casualidad necesitan de él.

—¡Condenados aristócratas!—murmuró, volviendo a escupir en el suelo.

Y acercándose luego muy despacio al aparador que había en un ángulo del cuarto, tomó de él una sopera de peltre, y con desesperante calma y sin pronunciar una sola palabra se la alargó a su consorte, que con el mismo silencio y no menor calma empezó a llenarla con la sopa que sacaba del caldero.

Margarita observaba aquellos preparativos con una repugnancia horrible; sólo la firmeza de su resolución la impedían huir de aquel antro de inmundicia.

—¡Pardiez!, que nuestros anfitriones son poco joviales—dijo sir Andrew al ver el horror pintado en el semblante de Margarita—. Desearía poder ofreceros una comida más grata y apetitosa; mas supongo que hallaréis la sopa comible y el vino bueno; estas gentes, aunque se revuelquen por el lodo, comen bien, por lo regular.

—Nada, sir Andrew. Os ruego que no os inquietéis por mí—repuso ella con dulzura—. Mi cerebro se inclina poco a preocuparse por la cena.

Brogard continuaba haciendo lentamente sus repugnantes preparativos: había colocado en la mesa un par de cucharas y dos vasos, que sir Andrew tuvo la precaución de limpiar escrupulosamente.

Sacó también Brogard una botella de vino y un buen trozo de pan, y Margarita hizo un esfuerzo para acercarse a la mesa y simular que comía

algo. Sir Andrew, desempeñando su papel de lacayo, mantúvose detrás de su silla.

—Señora—dijo, viendo que Margarita no podía comer de ninguna manera—, os ruego que tratéis de tomar algún alimento; recordad que necesitaréis luego de todas vuestras fuerzas.

Realmente, la sopa no estaba mala: despedía un olorcillo agradable y era sabrosa. Margarita la hubiese comido con gusto tal vez a no ser por las porquerías que la rodeaban. Sin embargo, partió el pan y bebió un poco de vino.

—Pero, sir Andrew—dijo—, no me gusta veros de pie; también vos necesitáis alimentaros. Este hombre creerá únicamente que soy alguna inglesa loca que se fuga con su lacayo. ¿Si tomaseis asiento a mi lado y compartieseis conmigo de esta apariencia de cena?...

Y la verdad era que Brogard, después de haber puesto en la mesa lo estrictamente necesario, pareció no volver a ocuparse de sus huéspedes. La tía Brogard habíase marchado tranquilamente de la estancia, y el hombre detúvose allí un momento echando bocanadas de humo de su apestosa pipa, casi en las mismas narices de Margarita algunas veces, como pudiera hacerlo cualquier ciudadano libre con uno de sus iguales.

—¡Maldito bruto!—dijo sir Andrew con el característico acaloramiento inglés cuando Brogard vino a apoyarse en la mesa para contemplar con altivez a aquellos dos “condenados ingleses”.

—¡En nombre del cielo, hombre!—advirtióle Margarita rápidamente, al ver que sir Andrew cerraba los puños de manera siniestra, con un gesto genuinamente británico—. ¡Acordaos que

estáis en Francia y que en este año de gracia los ánimos del pueblo están altamente exaltados!

—¡Querría ahorcar a este bruto!—bulbució sir Andrew con fiereza.

Había seguido el consejo de Margarita y hallábase ahora sentado a su lado en la mesa; ambos hacían heroicos esfuerzos por engañarse el uno al otro fingiendo que comían y bebían.

—Os ruego—dijo Margarita—que no contrariéis a este animal para que luego conteste a las preguntas que tenemos que hacerle.

—Haré lo posible; mas, ¡vive Dios!, que preferiría ahorcarle mejor que hacer preguntas. ¡Eh, amigo mío!—dijo, hablando amablemente en francés y dando a Brogard un ligero golpecito en el hombro—, ¿se ven muchos de nuestra clase por estos barrios? Muchos viajeros ingleses, quiero decir.

Brogard volvió la cabeza para mirarle por encima del hombro, y siguió chupando su pipa de arcilla durante un rato; luego, balbució:

—¡Ejem!... Algunas veces.

—¿Ah, sí?—dijo sir Andrew con indiferencia—. Los ingleses que viajan saben siempre dónde se da buen vino, ¿verdad, amigo mío? Vamos, decidme: milady querría saber si por casualidad habéis visto a un amigo suyo, a un señor inglés que viene mucho a Calais para negocios; es alto, y hace poco vino a París; milady esperaba encontrarle en Calais.

Margarita se esforzaba por no mirar a Brogard, temiendo que éste observase la vehemente ansiedad con que aguardaba su respuesta. Pero un ciudadano francés de nacimiento libre jamás se apre-

sura a contestar a una pregunta. Brogard tomó aliento y dijo luego, pausadamente:

—¿Inglés..., alto?... ¡Hoy!... Eso es, justamente.

—¿Lo visteis?—preguntó sir Andrew, con indiferencia.

—Sí, hoy—replicó Brogard entre dientes y malhumorado. Luego, cogiendo muy tranquilo el sombrero de sir Andrew, que estaba sobre una silla cerca de allí, se lo plantó en la cabeza, tiróse del sucio blusón y dió a entender por la mímica que la persona de que se trataba iba lujosamente ataviada—. ¡Condenado aristócrata—balbució—ese inglés alto!

Margarita apenas pudo contener un grito.

—¡Sir Percy es, seguramente!—murmuró con voz queda—. ¡Y ni siquiera disfrazado!

Sonrióse, a pesar de su inquietud y de las mal reprimidas lágrimas que estaban a punto de saltar de sus ojos, al pensar que “aquella flaqueza dominaba a sir Percy hasta en los peligros de muerte”; que se metía en las más inverosímiles empresas; que corría los más locos y atrevidos riesgos sin descuidar que su abrigo fuese de lo más elegante y que los encajes de su chorrera estuvieran pulcros y sin arrugar.

—¡Qué temeridad!—dijo, suspirando—. ¡Pronto, sir Andrew, preguntad a este hombre cuándo se ha marchado!

—Sí, amigo mío—exclamó sir Andrew, dirigiéndose a Brogard con la misma simulada indiferencia—, milord viste siempre ropas magníficas; el inglés alto que decís es, seguramente, el amigo de milady. ¿Y se marchó, habéis dicho?

—Se marchó, sí; pero volverá aquí... Ha encargado la cena.

Con un rápido movimiento y un gesto significativo dejó caer sir Andrew su mano sobre el brazo de Margarita con el tiempo justo para evitar que ésta hubiese dado a conocer su loco y desenfrenado júbilo.

¡Estaba sano y salvo! ¡Iba a volver pronto! ¡Le vería dentro de unos momentos, tal vez! La intensidad de su regocijo parecía no tener límites.

—Decidme—dijo a Brogard, que repentinamente parecía haberse transformado a sus ojos en divino mensajero de bienaventuranzas—. ¿Habéis dicho que volvería aquí el señor inglés?

El mensajero divino de bienandanzas escupió en el suelo como para manifestar el desprecio que le causaban todos los aristócratas que visitaban "El Gato Pardo".

—¡Ejem!...—refunfuñó—. Encargó la cena..., volverá... ¡Condenado inglés!—añadió a guisa de protesta por tanta conversación acerca de un simple inglés.

—¿Y dónde está ahora? ¿Lo sabéis?—preguntó ella con anhelo, posando suavemente su mano blanca y delicada sobre la sucia manga de su blusón azul.

—Salió en busca de una jaca y de un carro—dijo Brogard lacónicamente, mientras sacudía, malhumorado, de su brazo la preciosa manita que tantos príncipes habíanse enorgullecido de besar.

—¿A qué hora se fué?

Mas Brogard, por lo visto, habíase hartado de tanta pregunta. No consideraba digno de un ciudadano de igual clase que los demás el dejarse

persuadir de tal modo por aquellos "condenados aristócratas", aunque fuesen ingleses y ricos. Cuadraba, seguramente, mejor a su incipiente dignidad el ser lo más descortés posible; le parecía servilismo el contestar mansamente a las preguntas afables.

—¡No lo sé!—dijo de mal talante—. Ya he dicho bastante. ¡Caramba con los aristócratas!... Vino hoy. Encargó cena. Salió. Volverá. He ahí todo. *Voilà!*

Y con esta indiscutible aseveración final, con que quiso demostrar que gozaba de los derechos de ciudadano y de hombre libre para ser tan grosero como le viniere en gana, salió Brogard de la estancia arrastrando sus pies y cerrando tras sí la puerta con estrépito.

XXIII

LA ESPERANZA

—¡Por mi fe, señora—dijo sir Andrew, observando que Margarita parecía inclinada a llamar de nuevo al malhumorado mesonero—, creo que sería más acertado dejarle tranquilo! No lograremos que nos dé más informes y, en cambio, podríamos despertar su desconfianza. No se sabe nunca si los espías andan en acecho por estos andurriales de Dios.

—¿Qué me importa?—replicó ella con ligereza—. ¡Ahora que sé que mi marido está sano y salvo y que he de verle dentro de un momento, tal vez!...

—¡Silencio!—exclamó sir Andrew, verdaderamente alarmado, pues en la violencia de su alegría había hablado demasiado alto—. En estos momentos hasta las paredes tienen oídos en Francia. Levantóse apresuradamente y dió una vuelta por la desnuda y sucia estancia, deteniéndose a escuchar atentamente en la puerta por la que había desaparecido Brogard momentos antes, y desde la que sólo se oían gruñidos y blasfemias y el ruido de arrastrar pies. Subió luego precipitadamente por las desvencijadas escaleras que daban acceso al desván y se cercioró de que no había por allí ningún espía de Chauvelin.

—Estamos solos, mi señor lacayo—dijo Margarita alegremente cuando el joven volvió de nuevo a tomar asiento a su lado—. ¿Está permitido el hablar?

—¡Con la mayor cautela posible!—imploró sir Andrew.

—¡Caramba, hombre, qué cara tan lúgubre habéis puesto! ¡Cuando yo quisiera bailar de alegría! Seguramente que no existe ya razón para temer. Tenemos nuestro bote en la playa, el *Foam Crest* está sólo a tres kilómetros de aquí, y mi esposo se encontrará tal vez bajo este mismo techo dentro de media hora. ¡Es indudable que no hay nada que nos estorbe! Chauvelin y su gente no han llegado aún.

—¡Eso es lo que no sabemos, señora! Me parece...

—¿Qué queréis decir?
—Que se hallaba en Dover al mismo tiempo que nosotros.

—¿Detenido por la misma tormenta que aplazó nuestra salida?

—Precisamente. Mas no os hablé de esto por no alarmaros: lo vi en la playa unos cinco minutos antes de embarcarnos. Es decir, para mis adentros me juré entonces que era él: iba disfrazado de cura, y tan admirablemente que ni el mismo Satanás, su ángel custodio, le hubiera reconocido. Pero yo le oí, y me enteré de que estaba contratando un barco para llevarle con toda presteza a Calais, y debe de haberse hecho a la vela una media hora después que nosotros.

Desvaneci6se rápidamente la expresi6n de regocijo en el rostro de Margarita. El gravísimo pe-

ligro que amenazaba a sir Percy ahora que ya se hallaba en terreno francés se presentaba a su imaginación con caracteres indelebles. Chauvelin le perseguía de cerca; aquel astuto diplomático era todopoderoso en Calais: una orden suya bastaba para que Percy fuese perseguido, preso y...

La sangre toda parecía helársele en las venas; en los momentos de mayor angustia en Inglaterra no había comprendido cuán inminente era el peligro que amenazaba a su esposo. Chauvelin había jurado hacer morir a "Pimpinela Escarlata" en la guillotina, y el atrevido conspirador, cuyo incógnito fué siempre su salvaguardia hasta entonces, había sido ya descubierto por ella misma a su más inexorable y encarnizado enemigo.

Cuando Chauvelin tendió a lord Tony y a sir Andrew Foulkes aquella celada en el salón de "El Reposo del Pescador", se apoderó de todos los planes de esta última expedición. Armando Saint-Just, el conde de Tournay y los otros realistas fugitivos debían encontrarse con "Pimpinela Escarlata", o mejor dicho, con dos emisarios suyos, según se proyectó primeramente, y en este mismo día 2 de octubre en un lugar que la Liga conocía sin duda, perfectamente, y al cual se aludía de manera vaga con el nombre de "La choza del tío Blanchard".

Armando, cuyas relaciones con "Pimpinela Escarlata" y cuya abdicación de la política brutal del reinado del terror ignoraban aún sus compatriotas, había salido de Inglaterra hacía unos ocho días, con instrucciones concretas para encontrarse con los fugitivos y conducirlos a aquel refugio para esperar su salvación.

Todo esto lo comprendió Margarita claramente desde un principio, y sus suposiciones quedaron después confirmadas por sir Andrew Foulkes. También sabía que cuando sir Percy comprendió que sus planes y las instrucciones dadas a sus adeptos habían caído en manos de Chauvelin, era demasiado tarde para ponerse en comunicación con Armando o para transmitir nuevas instrucciones a los fugitivos.

Dé modo que debían estar forzosamente en el lugar designado y a la hora indicada, e ignoraban, seguramente, la gravedad del peligro que corría su noble y valiente salvador.

Blakeney, que, como de costumbre, había planteado y organizado la expedición, no quería permitir que ninguno de sus jóvenes compañeros se arriesgara a una captura casi inminente. De ahí la precipitada esquila que les dirigió en el baile de lord Grenville: "Salgo yo mismo mañana, solo."

Y ahora que su más implacable enemigo tenía conocimiento de su identidad, cada uno de sus pasos, desde el momento en que puso el pie en Francia, estaría estrechamente vigilado. Los emisarios de Chauvelin estarían siempre sobre su pista; le seguirían de cerca hasta llegar a aquella misteriosa choza, donde le esperaban los fugitivos, y una vez allí los cogerían a todos en la trampa que les tenían preparada.

No les quedaba, pues, más que una hora: la que Margarita y sir Andrew lograron aventajar a su enemigo, en la cual podían advertir a sir Percy de la inminencia del peligro que corría y persuadirle a que abandonase su temeraria empresa,

que no podía producir otro efecto que su muerte.

¡Pero quedaba esa hora!

—Chauvelin sabe que existe esta hostería por los papeles de que se apoderó—interpuso sir Andrew muy serio—. Al desembarcar vendrá directamente a ella.

—No ha desembarcado aún—dijo ella—; una hora le llevamos de adelanto, y Percy no tardará en venir. Antes de que Chauvelin se dé cuenta de que nos hemos escapado de sus garras estaremos ya en medio del estrecho.

Hablaba con excitación, con anhelo, ansiosa de infundir algo de las risueñas esperanzas que llenaban su corazón en el ánimo de su joven amigo.

—¿Vuelta al silencio, sir Andrew?—preguntó con alguna impaciencia—. ¿Por qué movéis la cabeza y ponéis ese semblante tan sombrío?

—¡Señora!—replicó él—, precisamente porque al formular vuestros proyectos de color de rosa olvidáis el factor más importante.

—¿Qué queréis decir? No me olvido de nada... ¿A qué factor os referís?—añadió con creciente impaciencia.

—Tiene casi dos metros de estatura—replicó sir Andrew tranquilamente—y lleva por nombre Percy Blakeney.

—No os comprendo—murmuró Margarita.

—¿Pensáis acaso que Blakeney saldrá de Calais sin conseguir su propósito?

—¿Qué queréis decir?...

—Que ahí está el anciano conde de Tournay...

—¡El conde!...—murmuró ella.

—Y Saint-Just..., y otros...

—¡Hermano mío!—prorrumpió ella con un ahogado sollozo y presa de mortal angustia—. ¡Valgame el cielo! ¡Y le había olvidado!

—Esos fugitivos esperan en este momento, con la más completa confianza y la más ciega fe, la llegada de "Pimpinela Escarlata", que empeñó su honor en que los conduciría sanos y salvos al otro lado del Canal.

¡En efecto, lo había olvidado! Con el sublime egoísmo de la mujer que ama de todo corazón, no tuvo más pensamiento, durante las últimas veinticuatro horas, que el de salvar a Percy. Su preciosa y noble vida, el peligro que corría el hombre amado, el valiente héroe; él únicamente ocupó toda su imaginación.

—¡Hermano mío!—murmuró, mientras las lágrimas se desprendían una a una de sus ojos y a su mente acudían los recuerdos de Armando, su camarada, su amigo de la niñez, el hombre por quien cometió la vil acción que tan inminentemente ponía en peligro la vida de su marido.

—No será sir Percy Blakeney, el jefe honrado y de confianza, el ídolo de unos veinte nobles ingleses—continuó sir Andrew con orgullo—, quien abandone a esos infelices que depositaron en él toda su confianza. ¡Y hasta sería monstruoso pensar siquiera que pudiese faltar a su palabra!

Reinó un silencio sepulcral durante breves instantes. Ocultó Margarita el rostro entre las manos: lloraba, y las lágrimas se deslizaban lentamente por entre sus temblorosos dedos. El joven callaba y en su alma sentía una gran commiseración por aquella bella mujer que sufría horriblemente.

Desde un principio comprendió el tremendo apuro en que había metido a todos con su irreflexiva acción. Conocía tan a fondo a su amigo y jefe, tan convencido estaba de su arrojo y temeridad, de su increíble valor, rayano en la insensatez, y de su adoración por la palabra de honor, que sir Andrew estaba persuadido que antes de faltar a ella era capaz Blakeney de hacer frente a cualquier peligro y de exponer su vida a los más gravísimos riesgos. Aun con Chauvelin pisándole los talones, intentaría un último esfuerzo, por desesperado que fuera, para salvar a los que en él habían confiado.

—¡Por vida mía, sir Andrew!—dijo Margarita al fin, esforzándose valerosamente por secar sus lágrimas—, tenéis razón, y no seré yo ahora quien me denigre tratando de disuadirle del cumplimiento de su deber. Como decís, mi súplica sería vana. ¡Dios le dé fuerzas y habilidad—añadió con fervor y resolución—para burlar a sus perseguidores! Quizá no rehuse vuestra compañía para tan heroica empresa; entre los dos contaréis no sólo con la astucia, sino también con más valor. ¡Dios os guarde y os proteja! Entretanto, creo conveniente no perder el tiempo. Aún opino que su salvación depende de que no ignore que tiene a Chauvelin sobre su pista.

—Es indudable. Tiene siempre a su disposición recursos maravillosos. En seguida que se percate del peligro que corre, andará con más cautela: su ingenio es verdaderamente prodigioso.

—Entonces, ¿os parece prudente hacer un reconocimiento por la aldea, mientras yo espero aquí su llegada? Acaso dierais con las huellas de sir

Percy, y así ganaríamos estos momentos preciosos. Si lo encontráis, decidle que sea precavido, que le persigue muy de cerca su más implacable enemigo.

—Pero es demasiado asqueroso este cuchitril para que esperéis aquí.

—Ya no me molesta. Mas sí podíais preguntar a nuestro malhumorado mesonero si querría dejarme aguardar en otro aposento en que estuviese más resguardada de las curiosas miradas de cualquier viajero casual. Ofrecedle dinero en abundancia, para que no deje de traerme recado en el momento en que vuelva el inglés alto.

Margarita daba estas disposiciones con serenidad y hasta con animación; ideaba sus planes, se preparaba para lo peor que pudiese ocurrir; no volvería a manifestar debilidad: haría méritos para ser digna de aquel que estaba a punto de sacrificar su vida por sus semejantes.

Obedeciéndola sir Andrew sin replicar. Comprendió instintivamente que el cerebro de Margarita era el más fuerte, y gustosamente se entregó a su dirección, convirtiéndose únicamente en instrumento y dejando que fuese ella la cabeza que dirigiera.

Acercóse a la puerta del cuarto interior por donde habían desaparecido antes Brogard y su mujer, y llamó con los nudillos suavemente; como de costumbre, fué saludado con una retahila de maldiciones entrecortadas.

—¡Eh, amigo Brogard—dijo el joven imperativamente—; milady desea descansar aquí un rato! ¿Podéis darla alguna otra habitación? Desearía estar sola.

Sacó dinero del bolsillo e hízolo sonar en sus

manos de modo significativo. Brogard, que había abierto la puerta, escuchaba lo que el joven le pedía con su acostumbrada apatía y su habitual malhumor. Mas al ver el oro suavizó un tanto su insidioso ademán, se quitó la pipa de la boca y entró en la estancia arrastrando los pies.

Por encima del hombro indicó el desván de la parte superior de la pared.

—¡Puede esperar allí!—replicó con un gruñido—. Es cómodo, y no tengo otro aposento.

—¡Inmejorable!—exclamó Margarita, en inglés; había comprendido en seguida las ventajas que le ofrecía una posición tan bien resguardada de las miradas profanas—. Dadle el dinero, sir Andrew; estaré admirablemente, pues podré verlo todo sin ser vista.

Hizo un movimiento de cabeza a Brogard, que se dignó subir al desván y mullir la paja desparramada por el suelo.

—Permitidme que os suplique, señora, que no hagáis nada precipitadamente—dijo sir Andrew, cuando Margarita se preparaba ya a subir por la destartada escalera—. Recordad que el lugar está infestado de espías. Os suplico, pues, que no os deis a conocer a sir Percy, a menos que os halléis absolutamente convencida de que estáis a solas con él.

Mas al decir esto comprendió que era inútil su advertencia: Margarita tenía el ánimo tan sereno y el entendimiento tan despejado como cualquier hombre en su estado normal. No había, pues, temor alguno de que cometiera ningún atolondramiento.

—¡No! Eso puedo prometéroslo fielmente—dijo ella, esforzándose por hablar con animación—.

No quisiera exponer la vida de mi esposo ni sus planes hablándole en presencia de gente extraña. Nada temáis: ya buscaré ocasión para serle servicial en la forma mejor que aconsejen las circunstancias.

Brogard había bajado ya las escaleras, y Margarita se disponía a subir a su seguro refugio.

—No me atrevo a besar vuestra mano, señora, pues represento vuestro lacayo—dijo sir Andrew cuando Margarita empezaba su ascensión—; pero os suplico que no perdáis el ánimo. Si dentro de media hora no he dado con Blakeney, volveré esperando encontrármelo aquí ya.

—Sí, eso será lo mejor. Aún podemos esperar una media hora. No es posible que Chauvelin llegue antes. Dios quiera que para entonces vos o yo hayamos dado con Percy. ¡Buena suerte, amigo! Id descuidado y nada temáis por mí.

Subió Margarita por la desvencijada escalera que daba acceso al desván, con paso rápido. Brogard no se cuidaba ya de ella. Podía instalarse allí con toda la comodidad que quisiera. Sir Andrew la siguió con la vista hasta que llegó al desván y se sentó sobre la paja, corriendo la mugrienta cortina que ocultaba la puertecita; notó el joven que la posición no podía estar mejor elegida para poder ver y oír sin ser visto.

Había pagado a Brogard con liberalidad: el malhumorado y viejo mesonero no tendría seguramente motivos para hacerle traición. Sir Andrew dió una última ojeada a la estancia y se dispuso a partir. Llegó a la puerta y se volvió otra vez a mirar hacia el desván; por entre las desgarradas cortinas asomaba el dulce rostro de Margarita,

que le miraba, regocijando a sir Andrew la expresión serena y tranquila que brillaba en sus ojos. Con una última inclinación de cabeza en señal de despedida, se lanzó apresuradamente a la calle, perdiéndose pronto en la oscuridad de la noche.



XXIV

EL ARMADIJO DE LA MUERTE

RÁPIDAMENTE pasóse un cuarto de hora. Brogard ocupóse un rato de la habitación de abajo, quitando y volviendo a arreglar la mesa, para si venía algún nuevo huésped.

Observando estos preparativos pasó para Margarita más distraídamente el tiempo. Para Percy era aquella especie de cena que se preparaba. Brogard, por lo visto, sentía cierto respeto por el inglés alto, pues parecía darse gran maña para que el aposento estuviese de mejor apariencia que antes.

Hasta rebuscó en un escondrijo del viejo aparador algo que verdaderamente tenía aspecto de mantel, y al examinarlo y ver que estaba lleno de agujeros, movió dudosamente la cabeza un ratito y luego se arregló de manera que al extenderlo sobre la mesa quedara disimulada la mayor parte de sus imperfecciones.

Sacó después una servilleta, también vieja y rota, pero limpia hasta cierto punto, y limpió cuidadosamente con ella los vasos, las cucharas y los platos que iba colocando sobre la mesa.

Margarita no pudo menos de sonreír observando aquellos preparativos que Brogard hacía, acompañando su tarea con blasfemias, balbuceadas en

voz baja y apenas perceptibles. Estaba claramente demostrado que la elevada estatura, el robusto cuerpo del inglés, o tal vez la fuerza de sus puños, tenían intimidado a este ciudadano francés de nacimiento libre, pues de lo contrario no se hubiera molestado tanto por un "condenado aristócrata".

Una vez puesta la mesa, Brogard la inspeccionó con visibles muestras de satisfacción. Limpió luego una de las sillas con la punta de su blusón, meneó el caldero de la sopa y, echando otro haz de leña en la lumbre, salió majestuosamente de la habitación.

Margarita quedóse sola con sus meditaciones. Extendió sobre la paja el abrigo de viaje y se sentó sobre él cómodamente, pues la paja era fresca y los malos olores del cuarto de abajo llegaban a ella algo más suavizados.

Por el momento se sentía casi feliz; feliz, porque al asomarse por entre la andrajosa cortina veía una silla desvencijada, un mantel roto, un vaso, un plato y una cuchara: nada más. Pero aquellos objetos mudos y feos parecían decirle que estaban esperando a Percy; que pronto, muy pronto, se hallaría allí, y que probablemente se encontrarían solos y juntos en aquella destartada habitación.

Y aquella idea pareciale tan divina a Margarita, que cerró los ojos para olvidarlo todo; todo, menos aquello. Dentro de breves instantes se hallaría sola con él; bajaría por la escalera corriendo para que la viera, y se echaría en sus brazos para que la estrechara y para que se convenciera que ella sentíase feliz muriendo con él y por él,

pues nada había en la tierra que pudiese hacerla más feliz.

¿Y qué sucedería luego? No podía formarse ni la más remota idea. Sabía, naturalmente, que sir Andrew llevaba razón al decir que Percy cumpliría cuanto vino a hacer; que ella, aun estando aquí, no podría más que advertirle que fuese precavido, avisándole que el mismo Chauvelin le seguía de cerca. Mas después de haberle prevenido, le vería forzosamente partir a cumplir su terrible y temeraria empresa; ni con una frase de amor ni con una mirada cariñosa lograría detenerle. Se vería obligada a obedecer todo lo que le mandara, aun cuando la mandase esperar, con angustia indescriptible, mientras él iba en busca quizá de la muerte.

Pero aun eso le parecía menos terrible que la idea de que no llegase él jamás a comprender lo mucho que ella le amaba; esta idea no podía tolerarla; aquella misma estancia, pobre y sucia, que parecía esperarle, indicaba a Margarita que pronto había de llegar.

Su fino oído percibió de repente el eco de lejanas pisadas que se acercaban; su corazón latió con violencia y júbilo inmenso. ¿Sería Percy, por fin? No; los pasos no le parecían tan largos ni tan firmes como los que él daba; le pareció distinguir también dos ruidos distintos, de diferentes pisadas. ¡Sí..., efectivamente! Dos hombres se dirigían, con paso rápido, hacia allí. Tal vez dos desconocidos, que querrían tomar un trago, o...

Mas no le quedó a Margarita tiempo para hacer conjeturas, porque seguidamente llamaron de modo

impéioso a la puerta y la abrieron al punto, con violencia, desde fuera, y una voz dura y dominante gritó:

—¡Eh! ¡Ciudadano Brogard!

Margarita no podía ver a los recién venidos más que por un agujero de la cortina, por donde sólo se veía una parte del cuarto de abajo.

Sintió que Brogard salía del aposento interior arrastrando los pies y balbuceando entre dientes su habitual retahila de maldiciones. Pero cuando vió a los desconocidos, se detuvo en el centro de la habitación, donde Margarita podía observarle a su gusto; los contempló con una mirada aún más profundamente despreciativa que la que había usado para sus anteriores huéspedes, y exclamó refunfuñando:

—¡Condenado cura!

El corazón de Margarita pareció dejar de latir repentinamente; sus ojos quedaron fijos y muy abiertos en uno de los recién llegados, que se adelantaba ahora resueltamente hacia Brogard. Vestía una sotana, un sombrero de teja y los zapatos de hebilla propios de un cura francés; pero al encontrarse delante del mesonero, abrióse la sotana y mostróle un instante la banda tricolor que llevaba debajo como insignia de Estado, ante la cual cambió Brogard al punto su desdeñosa actitud por la adulación más servil.

El aspecto de aquel cura francés fué lo que pareció helar toda la sangre en las venas de Margarita. No podía ver sus facciones, pues quedaban veladas por las alas del ancho sombrero de teja; mas, sin embargo, reconoció en seguida las demacradas y huesosas manos, la ligera inclina-

ción de los hombros y el porte todo de aquel hombre: ¡Era Chauvelin!

Apoderóse de ella el horror de la situación, paralizándolo todos sus miembros; el cruel desengaño, el temor de lo que pudiera suceder, hicieron casi flaquear su razón; se tambaleó y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no perder el sentido.

—Venga un plato de sopa y una botella de vino —dijo Chauvelin a Brogard en tono imperioso—, y después, lárgate, ¿entiendes? Quiero estar solo.

Brogard obedeció esta vez silenciosamente y sin sus acostumbrados juramentos. Tomó Chauvelin asiento en la mesa que estaba preparada para el inglés alto, y el mesonero mostróse muy ufano en servirle la sopa y escanciarle el vino. El hombre que entró con Chauvelin y a quien Margarita no podía ver esperaba junto a la puerta.

Obedeciendo a una señal brusca de Chauvelin, marchóse Brogard apresuradamente de la estancia, dirigiéndose al cuarto interior, y Chauvelin hizo entonces otra para que se acercara el que le acompañaba.

Margarita reconoció al punto en este personaje a Desgás, el secretario de Chauvelin y su lugarteniente de confianza, a quien había visto antaño con frecuencia en París. Atravesó éste la estancia y se detuvo ante la puerta de Brogard a escuchar atentamente.

—¿Escuchan?

—No, ciudadano.

Margarita tembló un instante, temiendo que Chauvelin ordenase a Desgás que practicase un registro por la habitación; apenas se atrevía a pensar en lo que sucedería si la encontraban. Pero,

afortunadamente, Chauvelin parecía más impaciente por hablar con su secretario que por cuidarse de los espías, pues volvió precipitadamente a llamar a Desgás a su lado.

—¿El yate inglés?—preguntó.

—Se perdió de vista al ponerse el sol, ciudadano —respondióle Desgás—; pero llevaba entonces rumbo hacia poniente y con dirección al cabo Gris Nez.

—Bien—murmuró Chauvelin—. Y ahora, ¿qué hay del capitán Jutley? ¿Qué ha dicho?

—Me aseguró que todas las órdenes que le habíais mandado la semana pasada han sido puntualmente obedecidas. Todos los caminos que conducen a este lugar se hallan vigilados por patrullas desde entonces de día y de noche, y la playa y los acantilados han sido minuciosamente vigilados y registrados.

—¿Sabéis dónde está la choza del tío Blanchard?

—No, ciudadano; parece que nadie la conoce por ese nombre. En la costa hay una infinidad de chozas de pescadores, naturalmente; pero...

—¡Basta! Ahora, ¿qué hay de esta noche?—interrumpióle Chauvelin con impaciencia.

—Los caminos y la playa están patrullados como de costumbre, ciudadano, y el capitán Jutley espera vuestras nuevas órdenes.

—Id a buscarle en seguida. Decidle que mande reforzar las patrullas, y especialmente las de la playa, ¿comprendéis?

Chauvelin hablaba con brusquedad, sin rodeos, y cada palabra que pronunciaba parecía sonar en el corazón de Margarita como el fúnebre tañido de todas sus dulces esperanzas.

—Los hombres—prosiguió—han de estar alerta y ejercer la más estricta vigilancia, por si encuentran a cualquier desconocido a pie, a caballo o en coche por la carretera o por la playa; y, particularmente, deben cuidar de fijarse en un desconocido alto, cuyos detalles me sería inútil describir, pues lo probable es que se halle disfrazado; pero será difícil que disimule su estatura, como no sea encorvándose, ¿me comprendéis?

—Perfectamente, ciudadano—contestó Desgás.

—Tan pronto como algunos de los hombres avisten al extranjero, que dos de ellos no le pierdan de vista. ¡El que, una vez visto al forastero, le pierda de vista, pagará su descuido con la vida! Entretanto, que uno monte inmediatamente a caballo y venga a escape a darme parte. ¿Me explico?

—Con absoluta claridad, ciudadano.

—Entonces, bien está. Id en seguida a buscar a Jutley. Cuidad de que los refuerzos salgan inmediatamente para incorporarse a las patrullas; luego pedid al capitán otra media docena de hombres, que os traeréis aquí. Dentro de diez minutos podéis estar de vuelta. ¡Conque en marcha!

Desgás saludó militarmente y se dirigió hacia la puerta.

Margarita escuchó con espanto indescriptible las órdenes que Chauvelin daba a su lugarteniente, y comprendió con aterradora claridad todo el plan que se tramaba para apresar a "Pimpinela Escarlata". Chauvelin quería infundir en el ánimo de los fugitivos una falsa tranquilidad, mientras esperaban a sir Percy en el retirado escondite. Y de

este modo rodear al arrojado conspirador y cogerle en flagrante delito de auxiliar e instigar a los realistas traidores a la República. Haciendo pública su captura por este delito, no podría legalmente protestar en favor suyo ni el mismo Gobierno inglés; pues al haber conspirado con los enemigos del Gobierno francés, Francia ejercitaba su legítimo derecho de quitarle la vida.

Ni para él ni para ellos había escapatoria posible. Se patrullaban y se vigilaban todos los caminos; la trampa estaba bien preparada; la red, bien extendida ya, iba cerrándose más y más, hasta que enredase en ella al atrevido conjurado, que de ningún modo, ni aun con la más consumada astucia, podría ya escapar.

Desgás estaba a punto de marcharse cuando Chauvelin volvió a llamarle. Margarita preguntóse vagamente qué nuevos proyectos diabólicos podía haber ideado para lograr hacer caer en la trampa a un solo hombre intrépido, cercado por cuarenta enemigos. Mientras se volvía para hablar con Desgás, Margarita le contempló; podía entonces verle la cara bajo el ancha ala del sombrero de teja. Su rostro expresaba a la sazón un odio tan mortal, una maldad tan refinada se reflejaba en aquel demacrado rostro, con sus ojos pequeños y hundidos, que la última esperanza murió en el corazón de Margarita, pues presintió que de aquel hombre no era posible esperar compasión.

—Se me olvidaba—volvió a decir Chauvelin, con una sarcástica risa ahogada y frotándose las huesosas manos, que parecían garras mefistofélicas, con gesto de endemoniada satisfacción—. El forastero alto quizá muestre resistencia. De todos

modos, no hacer fuego sobre él más que como último recurso. ¡Recordadlo! Necesito a ese extranjero alto con vida..., a ser posible.

Y soltó una carcajada como las que Dante nos cuenta que soltaban los diablos al contemplar la tortura de los condenados. Margarita creyó agotada ya toda la congoja, todo el horror que puede resistir el corazón humano; mas ahora, cuando Desgás se alejó de la casa y quedó ella sola en la abandonada y sucia habitación con aquel malvado por compañero, sintió que todo cuanto había sufrido ya era insignificante comparado con aquello. Chauvelin seguía riéndose con una risa ahogada y sardónica mientras se frotaba las manos, como seguro de su victoria.

Había tramado sus planes con admirable precisión y estaba seguro del triunfo. No había dejado ni un hueco por donde pudiera escaparse aquel hombre valiente y sagaz. Todos los caminos vigilados, todos los rincones observados, y en aquella solitaria choza, escondida en algún punto de la costa, una reducida partida de fugitivos esperaba a su salvador y lo conducía, al propio tiempo, a su muerte, y tal vez más aún que a la muerte. Aquel malvado, sentado allí con su traje talar, era más malo que el mismo demonio, para dejar morir pronto y sin sufrimiento, como soldado que cumple con su deber, a aquel corazón noble e intrépido.

Todo su anhelo se cifraba en coger al sutil enemigo que durante tanto tiempo se había burlado de él, y, una vez en su poder, desvalido e indefenso, gozarse en su desgracia, infligirle toda la tortura moral y mental que inventar pudiera

un odio de muerte. Capturada la valiente águila, recortadas sus nobles alas, quedaría a merced de la zorra para ser roída por ésta. Y ella, su esposa, ella, que le amaba, que había sido la culpable de toda esta situación, era totalmente impotente para salvarle; nada podía hacer.

¡Nada! Únicamente alentar la esperanza de morir a su lado y aprovechar un instante breve para confesarle que su amor entero, inmenso y apasionado ¡era suyo, suyo todo!

Chauvelin se hallaba ahora sentado muy junto a la mesa; habíase quitado el sombrero, y Margarita veía perfectamente su demacrado perfil, con la barba puntiaguda, cuando se inclinaba para llevar a su boca algún bocado. Al parecer, estaba contento y esperaba los acontecimientos con la más consumada calma; hasta parecía disfrutar de la frugal cena de Brogard. Margarita se preguntaba cómo era posible que un ser humano pudiese encerrar en su alma tanto odio hacia otro ser.

Y mientras observaba a Chauvelin, se oyó repentinamente una voz, que paralizó por completo los latidos de su corazón. Y, sin embargo, la voz no era para inspirar horror; cantaba, en alegres tonos y con acento fuerte y sonoro la letra del himno inglés "¡Dios salve al rey!"

EL ÁGUILA Y LA ZORRA

CORTÓSELE a Margarita la respiración; sintióse morir en aquel momento al escuchar más cerca aquella voz y aquella canción. Había reconocido la voz de su marido. Chauvelin la habría oído también, pues echó una rápida mirada hacia la puerta y cogió apresuradamente su sombrero de teja de ala ancha, encasquetándose hasta los ojos.

La voz se acercaba más y más; un deseo desenfrenado se apoderó por un instante de Margarita: el de precipitarse por las escaleras, de atravesar el cuarto volando y de hacer que cesara aquel canto a todo precio, de implorar al alegre cantor que huyera, que huyera para salvar su vida antes de que fuese demasiado tarde. Justamente a tiempo dominó su impulso. Chauvelin la hubiese detenido antes de llegar a la puerta; además ignoraba si tendría soldados de vigilancia y alerta al alcance de su voz. Su impulsiva acción podría dar por resultado funesto la señal de muerte para el hombre por cuya salvación hubiese dado hasta la última gota de su sangre.

Que por muchos años viva.
¡Dios salve al rey!

seguía cantando la voz con más vigor que nunca. Un instante después se abrió la puerta con fuerza,

y durante unos segundos reinó en la estancia un silencio de muerte.

Margarita no podía distinguir la puerta; contuvo su respiración, tratando de figurarse lo que estaría pasando.

Sir Percy Blakeney se apercibió al punto, al entrar, de la presencia del cura, naturalmente, pues estaba sentado en la mesa; sin embargo, no vaciló más que durante unos segundos, pues Margarita vió cruzar al punto su elevada figura por la estancia y oyó su estentórea voz, que gritaba:

—¡Eh! ¡Hola! ¿No hay nadie por aquí? ¿Dónde está ese imbécil de Brogard?

Vestía el magnífico abrigo y el suntuoso traje de montar que llevaba puestos cuando Margarita lo vió, muchas horas antes, en Richmond la última vez. Su apariencia, como siempre, era completamente irreprochable: los delicados encajes de Malinas del cuello y de las bocamangas eran de immaculada blancura y de finísima calidad; sus manos, tan blancas y delicadas como siempre; sus rubios cabellos estaban cuidadosamente peinados y cepillados; llevaba el monóculo con su característico gesto de joven remilgado. En fin, cualquiera hubiera supuesto que sir Percy Blakeney estaba de camino para asistir a una *garden-party* del príncipe de Gales en lugar de estarse metiendo deliberadamente y con la mayor sangre fría en el armadijo que le tenía preparado su más encarnizado enemigo.

Detúvose un instante en medio del aposento, mientras Margarita, completamente paralizada por el terror, no podía apenas respirar.

A cada momento pensaba que Chauvelin iba a

dar la señal; que se llenaría el local de soldados; que ella se abalanzaría por las escaleras en defensa de Percy y le ayudaría a vender cara su vida. Mientras éste se mantenía allí, alegre y confiado, estuvo a punto de gritarle:

—¡Huid, Percy! Ese es vuestro enemigo mortal. ¡Huid antes de que sea demasiado tarde!

Pero ni aun para eso tuvo tiempo, pues Percy Blakeney se adelantó en seguida, acercándose tranquilamente hacia la mesa, y golpeando afablemente las espaldas del cura, díjole con su característica parsimonia y afectación:

—¡Voto a Luzbel!... ¡Eh, monsieur Chauvelin! ¡Juro que jamás creí encontraros en este sitio!

Chauvelin, que en aquel momento se llevaba una cucharada de sopa a la boca, estuvo a punto de atragantarse. Su demacrado rostro tornóse al punto lívido, y un fuerte golpe de tos ayudó al astuto representante de Francia a evitar el poner de manifiesto el asombro tan grande que acababa de experimentar, quizá el mayor de su vida. Era indudable que esta atrevida y temeraria acción de parte del enemigo fué tan completamente inesperada, que le descóncertó por completo: se hallaba estupefacto ante tanta insolencia.

También parecía evidente que no había tomado la precaución de rodear el mesón de soldados, cosa que Blakeney había por lo visto adivinado, e ideaba ya, sin duda alguna, uno de aquellos fértiles recursos de su imaginación para aprovecharse de aquella inesperada entrevista.

Margarita no se había movido ni había hecho el menor ruido en el desván. Había prometido solemnemente a sir Andrew que no dirigiría la pa-

labra a su marido mientras hubiese extraños delante, y tenía bastante dominio sobre sí misma para no echar a rodar, por un irrazonable impulso, todos los planes que tan mañosamente había fraguado. El ver a estos dos hombres juntos y no moverse siquiera era una prueba elocuente de su entereza. Margarita había escuchado las disposiciones de Chauvelin respecto a la vigilancia de los caminos. Sabía que si Percy salía ahora de "El Gato Pardo" para cualquier dirección, no podría adelantar mucho sin ser visto por alguna de las patrullas del capitán Jutley. Por otra parte, si permanecía allí daría tiempo entonces a que volviera Desgás con los seis hombres que pidió Chauvelin expresamente.

Empezaba a cerrarse la red, y Margarita nada podía hacer sino mirar y asombrarse. Aquellos dos hombres presentaban un contraste singular, y de los dos, Chauvelin parecía ser el que más miedo tenía. Margarita conocía bastante bien para poder comprender lo que estaba pasando en su alma. No temía por su persona, aunque, a la verdad, se hallaba solo en un mesón aislado con un hombre de poderosa robustez, atrevido y temerario hasta pasar los límites de lo posible. Sabía que Chauvelin haría gustosamente frente a todos los peligros, por arriesgados que fuesen, por la causa que servía con toda su alma; pero lo que sí temía era que, al derribarle aquel fornido inglés, centuplicaría sin duda los medios para salvarse; y sus subordinados no lograrían tal vez la captura de "Pimpinela Escarlata" con tan buen éxito como él, y hasta tal vez fracasarán si no les dirigía la mano hábil y el cerebro sutil e inge-

nioso que, a su vez, estaba guiado por el implacable odio.

Mas, por el pronto, nada tenía que temer el representante del Gobierno francés de manos de su poderoso adversario. Blakeney, con una carcajada de las más imbéciles y con un buen humor a toda prueba, le daba golpecitos en la espalda con visibles muestras de cariño.

—¡Sí que lo siento, de verdad!...—exclamaba en tono solemne—. ¡Lo siento! Parece que mi presencia os ha molestado... Y comiéndose unas sopas, ¿eh?... ¡Y qué cosa más mala y más desagradable es la sopita ésa, ¿eh? ¡Canario!... Un amigo mío se murió una vez..., ¡ejem!..., ahogado..., lo mismito que vos..., por una cucharada de sopa.

Y quedóse contemplando a Chauvelin y sonriéndole de una manera bonachona.

—¡Vive Dios!—prosiguió cuando Chauvelin se hubo sosegado algo—. ¡Qué cuchitril tan indecente! ¿Verdad que lo es?... Pues, señor..., me permitiréis—dijo, tomando una silla y acercándola a la mesa—que tome yo también un poco de sopa. Ese imbécil de Brogard parece estar durmiendo.

Cogió el otro plato que había sobre la mesa y sirvióse sopa con una tranquilidad asombrosa, llenando luego un vaso de vino.

Preguntábase Margarita lo que Chauvelin haría. Tan admirable era su disfraz, que quizá se propusiera negar su identidad cuando lograra recobrar un tanto su sangre fría; pero Chauvelin era demasiado astuto para dar un paso tan erróneo y tan pueril, y con gran serenidad ya había exten-

dido su mano, que ofrecía a sir Percy afablemente, diciéndole:

—Me complace en alto grado el veros aquí, sir Percy. Os ruego me perdonéis... Os creía al otro lado del estrecho. La sorpresa fué tan inesperada, que me sobrecogió un momento.

—¡Cáspita! ¿De veras, monsieur Chaubertin?

—dijo sir Percy con una sonrisa burlona y genial.

—Perdonadme'; monsieur Chauvelin, querréis decir.

—Os ruego me perdonéis, Chauvelin..., eso es, ¡ejem!... Nunca puedo recordar los nombres extranjeros.

Seguía comiendo su sopa tranquilamente, y se reía con imperturbable buen humor, como si hubiera venido hasta Calais expresamente con la idea de disfrutar de aquella cena en el asqueroso mesón y para compartirla con su enemigo.

Margarita se maravillaba de que sir Percy no se abalanzara sobre Chauvelin y lo derribase para descalabrarlo; y seguramente que algo parecido bullía en la mente de Blakeney, pues de vez en cuando brillaba un chispazo en sus indolentes ojos azules al posarlos sobre el frágil cuerpecillo del pequeño francés, que, recobrada ya su calma, tomaba también su sopa tranquilamente.

Pero la despierta imaginación que tantas y tan atrevidas conspiraciones ideó y llevó a feliz término era demasiado perspicaz para buscarse riesgos inútiles. Después de todo, quizá el establecimiento estuviera infestado de espías; tal vez Chauvelin tuviera comprado al mesonero. Y una sola voz suya podría hacer que Blakeney se hallase rodeado de veinte hombres al instante, que le

cogieran antes de poder socorrer o, por lo menos, prevenir a los fugitivos. Y no quiso arriesgarse; se propuso ayudar a los otros a ponerse a salvo, porque tenía empeñada su palabra, y a todo trance quería cumplirla. Mientras comía y charlaba, su imaginación cavilaba, hacía proyectos. Y allá en el desván, la desventurada e intranquila mujer se devanaba los sesos por acertar y pensar en lo que ella debía hacer, y sufría entretanto un horrible suplicio y un anhelo indescriptible por abalanzarse a él, y, sin embargo, no se atrevía a moverse, por temor a desbaratar los planes de Percy.

—Ignoraba—dijo Blakeney con jovialidad—que pertenecierais a la orden religiosa...

—¿Yo?... ¡Ejem!...—balbució Chauvelin.

La serena desfachatez de su enemigo le hacía perder, por lo visto, su acostumbrada calma.

—Pero, ¡caracoles!, os hubiera conocido en cualquier parte—prosiguió sir Percy plácidamente, mientras volvía a llenar su vaso de vino—, aunque la peluca y el sombrero os desfiguran algo.

—¿Lo creéis así?...

—Indudablemente, ¡canario! Pues apenas desfiguran a un hombre. Pero..., ¡pardiez!, que no os incomodaréis porque os haga semejante observación. Es de muy mal gusto el hacer comentarios..., y espero que no os habréis disgustado.

—¡No..., nada de eso!... ¡Ejem!... Lady Blakeney, ¿se encuentra bien de salud?—interrogó Chauvelin, variando apresuradamente de conversación.

Acabó Blakeney con mucha calma su sopa, bebióse el vino, y por un instante le pareció a

Margarita que echaba una rápida ojeada por la habitación.

—Muy bien; gracias—dijo por fin en tono seco.

Durante unos instantes reinó un profundo silencio, y Margarita pudo observar a los dos adversarios, que, al parecer, medían mentalmente su fuerzas. Veía a Percy casi de frente, sentado a la mesa, que sólo estaba a unos diez pasos de donde ella se hallaba, perpleja y sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Había dominado completamente sus impulsos de precipitarse por las escaleras y descubrir a su marido. Un hombre capaz de desempeñar un papel de la admirable manera que él lo estaba haciendo no necesitaba de las frases de una mujer que le advirtiera que estaba en peligro, pues ya sabría andarse con cuidado.

Permitíase Margarita el placer, tanpreciado para toda mujer amante, de recrear su vista en la figura del hombre amado. Entre los jirones de la cortina paseaba su mirada por el bello semblante de su esposo, en cuyos indolentes ojos azules y tras de aquella sonrisa insulsa veía ya claramente la fuerza, la energía, la fertilidad de recursos que habían hecho que "Pimpinela Escarlata" fuera adorado de todos sus adeptos, que tenían en él puesta toda su confianza. "Diecinueve somos los que estamos prontos a sacrificar gustosos nuestras vidas por vuestro marido, lady Blakeney", le había dicho sir Andrew; y al contemplar la frente baja, pero amplia y despejada de su esposo; sus grandes ojos azules, de mirar profundamente intenso; el aspecto todo de energía indomable oculta tras aquella comedia que tan perfectamente desempeñaba; la fuerza de voluntad, casi sobrehumana,

y el maravilloso ingenio que se reflejaba en su rostro, comprendió Margarita la fascinación que debía de ejercer sobre sus semejantes. ¿Y no había, por ventura, hechizado también su propio corazón y todos sus sentidos?

Chauvelin, que se esforzaba por disimular su impaciencia bajo su acostumbrada urbanidad, echó una mirada rápida a su reloj. Desgás no podía tardar ya: dos o tres minutos más y aquel insolente inglés se hallaría bajo la más estricta vigilancia de los seis soldados más fieles del capitán Jutley.

—¿Os dirigís hacia París, sir Percy?—preguntó Chauvelin con aire indiferente.

—No, ¡pardiez!—contestó Blakeney riéndose—Hasta Lille nada más; reniego de París... Está ahora terriblemente incómodo aquel París..., ¿eh, monsieur Chaubertin?... Digo..., perdón..., Chauvelin.

—Para un inglés noble como vos—replicó Chauvelin sarcásticamente—y que tanto se interesa por la lucha que allí se libra, no, ¿verdad, sir Percy?

—¡Ah! Pero ya comprenderéis que no es cosa mía, y nuestro abominable Gobierno se halla enteramente en favor vuestro en este asunto. El buen viejo Pitt no es capaz de hacer daño a nadie. Pero veo que tenéis prisa, caballero—añadió al ver que Chauvelin volvía a mirar el reloj—. ¿Una cita tal vez? Os ruego no os preocupéis por mí... ¡Me sobra tiempo!...

Y, levantándose de la mesa, arrastró una silla al lado de la chimenea. Margarita sintió de nuevo tentaciones de acercarse a él, pues el tiempo volaba; de un momento a otro podría volver Desgás

con su gente. Que eso era lo que ignoraba sir Percy. ¡Y cuán horrible era todo aquello! ¡Y ella se sentía impotente para acudir en su ayuda!

—No tengo prisa ninguna— siguió diciendo Percy con afabilidad—; pero, ¡vaya por Dios!..., no tengo ganas tampoco de emplear en este lugar, dejado de la mano de Dios, más que el tiempo necesario. Mas, ¡cáspita, señor!—añadió, al ver que Chauvelin consultaba ocultamente su reloj por tercera vez—; seguro que vuestro reloj no ha de andar más aprisa por mucho que lo miréis. ¿Esperáis, por ventura, a algún amigo?

—Justo..., a un amigo.

—Supongo que no será amiga, señor cura—replicó Blakeney, con una alegre carcajada—. De seguro que la Santa Iglesia no os lo permite, ¿eh? Pero acercaos al lado del fuego... Está haciendo un frío de mil demonios.

Despabiló la lumbre con el tacón de la bota e hizo que resplandecieran los leños en el viejo hogar. No parecía tener prisa en alejarse, y, por lo visto, ignoraba totalmente el cercano peligro que corría. Arrastró otra silla hasta la lumbre, y Chauvelin, cuya impaciencia parecía llegar a su colmo, se dejó caer en la silla al lado del fuego, de modo que podía dominar perfectamente la puerta con la vista. Cerca de un cuarto de hora hacía que Desgás se había ausentado. Margarita comprendió claramente que Chauvelin no esperaba más que la llegada de éste para abandonar sus planes relacionados con los fugitivos y proceder a la inmediata captura de "Pimpinela Escarlata".

—Decid, monsieur Chauvelin—prosiguió sir Percy alegremente—: ¿es bonita vuestra amiga?

Estas francesitas son tan elegantes, ¿eh? Mas estoy convencido que es inútil la pregunta—añadió, volviendo a acercarse con indiferencia a la mesa de la cena—. En asuntos de buen gusto, la Iglesia no se ha quedado nunca atrás, ¿eh?

Mas Chauvelin ya no le escuchaba. Tenía todas sus facultades concentradas en aquella puerta, por donde debía entrar Desgás. Los pensamientos de Margarita se concentraban también allí, pues en el silencio de la noche había percibido indistintamente el ruido de muchos y acompasados pasos que se oían a alguna distancia de allí.

¡Desgás con su gente! ¡Dentro de tres minutos estarían allí! ¡Tres minutos más, y el espantoso drama se habría consumado! ¡El águila caería, irremisiblemente, en el armadijo de la zorra! Ahora es cuando se hubiera movido, hubiera gritado; mas no se atrevió, pues mientras escuchaba las pisadas de los soldados que se acercaban, observaba a Percy, estaba pendiente de cada uno de sus movimientos y de sus gestos. De pie al lado de la mesa, donde los restos de la cena se confundían con los platos, vasos y cucharas, y vuelta la espalda a Chauvelin, permanecía charlando, con su habitual aire insulso y remilgado; mas con una presteza admirable había sacado de su bolsillo la tabaquera, vaciando dentro de ella, con agilidad pasmosa, todo el contenido del pimentero que había sobre la mesa.

Y volviéndose de nuevo hacia Chauvelin, con el rostro resplandeciente de alegría, exclamó:

—¿Eh? ¿Decíais algo, señor?

Chauvelin estaba demasiado embelesado con el eco de aquellas pisadas que se acercaban, para

observar el mañoso juego de manos de su adversario. Y ahora volvía a dominarse, esforzándose por aparecer indiferente, en espera de su inmenso triunfo.

—¡No!—dijo con alegría—. Es decir..., ¿deciais vos, sir Percy...?

—Decia—interrumpióle Blakeney, acercándose a Chauvelin, que seguía al lado de la lumbre—que el hebreo de Piccadilly me ha vendido hoy el rapé más excelente que he probado en mi vida. ¿Queréis honrarme con un polvito, señor cura?

Manteníase junto a Chauvelin en aquella postura suya negligente y gallarda, ofreciéndole su elegante tabaquera de oro.

Chauvelin, que, como había dicho una vez a Margarita, recordaba haber visto muchas tretas en su vida, no pudo imaginarse ésta. Por lo que, con el oído atento a aquellas pisadas que rápidamente se acercaban y un ojo vuelto hacia la puerta, por donde iba a ver entrar dentro de un instante a Desgás y a su gente, y engañado por la falsa apariencia y los confiados modales del insolente inglés, jamás pudo figurarse la treta que iba a jugarle.

Tomó, pues, un polvito de rapé.

Sólo la persona que por inadvertencia ha aspirado vigorosamente una dosis de pimienta, puede formarse una idea exacta del deplorable estado a que semejante aspiración reduce al ser humano que la hace.

Chauvelin creyó que su cabeza estallaba; los continuos estornudos le ahogaban; estaba, por el momento, ciego, sordo y mudo, sumido casi en un estado de postración completa, que Blakeney

aprovechó, con una calma terrible, sin el menor asomo de prisa; recogió su sombrero, sacóse dinero del bolsillo y, dejándolo sobre la mesa, aprovechó aquel momento para abandonar la estancia y lanzarse a la calle con paso majestuoso.

XXVI

EL ISRAELITA

MARGARITA tardó algún tiempo en salir de su sorpresa; fué tan breve todo este último incidente, que apenas duró un segundo; Desgás y los soldados se hallaban aún a una distancia de unos doscientos metros de "El Gato Pardo".

Quando al fin pudo darse cuenta de lo que había ocurrido, sintió henchirse su corazón de extrañas emociones, mezcla de júbilo y de asombro. Lo había llevado a cabo todo con tal limpieza, con tanto ingenio, que Margarita estaba maravillada. Chauvelin se hallaba aún en estado de prostración, mucho mayor que si le hubiera asestado un terrible puñetazo, pues no podía ver, ni oír, ni hablar, y, entretanto, su astuto adversario habíase deslizado mañosamente de entre sus dedos.

Blakeney partió, seguramente, para unirse a los fugitivos en la choza del tío Blanchard. Verdad que por el momento Chauvelin había quedado impotente para verificar la captura del arrojado "Pimpinela Escarlata", con Desgás y los suyos. Mas la playa y todos los caminos estaban estrictamente vigilados y patrullados. Todos los lugares estaban cuidadosamente guardados; no se perdería

de vista a ningún extranjero. ¿Qué distancia podía recorrer Percy con su elegante indumentaria sin ser avistado y perseguido?

Y ahora era cuando Margarita se recriminaba duramente por no haberle buscado antes para hacerle aquella amorosa advertencia, que acaso iba, sin duda, a necesitar. No podía conocer las órdenes de Chauvelin encaminadas a su aprehensión, y aun habiendo escapado por el momento de sus garras, tal vez...

Mas antes de que estas ideas tomaran cuerpo en su cerebro, oyó ruido de armas junto a la puerta y la voz de Desgás dando el alto a los soldados.

Chauvelin se había repuesto un tanto: estornudaba con menos fuerza y había logrado, trabajosamente, ponerse de pie, consiguiendo llegar a la puerta precisamente en el momento mismo en que Desgás llamaba.

Abrióla Chauvelin con violencia, y antes de que su secretario pudiese pronunciar una palabra, logró decir, entre dos estornudos:

—El extranjero alto, ¡pronto! ¿Lo ha visto alguno de vosotros?

—¿En dónde, ciudadano? —preguntó Desgás, con sorpresa.

—¡Aquí, hombre; por esta puerta! ¡No hace cinco minutos!

—Nada hemos visto, ciudadano; la luna no ha salido aún, y...

—Y llegáis precisamente cinco minutos más tarde, amigo mío—dijo Chauvelin, con reconcentrada ira.

—Ciudadano..., yo...

—Cumplisteis con mis órdenes—interrumpióle

Chauvelin con impaciencia—. Ya lo sé; pero habéis tardado mucho tiempo en darles cumplimiento. Por fortuna, no es tan grande el daño; de lo contrario, mal lo habíais de pasar, ciudadano Desgás.

Desgás palideció ligeramente; los ademanes de su jefe expresaban la ira y el odio reconcentrados.

—El extranjero alto, ciudadano... — balbuceó.

—Ha estado aquí hace cinco minutos, en este mismo cuarto y cenando en esa misma mesa. ¡Maldita sea su desfachatez! Por razones evidentes, no podía habérmelas a solas con él. Brogard es demasiado necio y ese condenado inglés parece tener más fuerza que un toro, por lo que ha logrado escaparse en vuestras mismas narices.

—No podrá ir lejos sin ser visto, ciudadano.

—¡Ah!...

—El capitán Jutley ha enviado a cuarenta soldados para reforzar las patrullas: veinte han bajado a la playa. Ha vuelto a asegurarme que se ha ejercido durante el día estrecha vigilancia y que ningún extranjero ha podido llegar a la playa o ninguna lancha ha podido arribar sin ser vistos.

—Perfectamente. ¿Saben los hombres lo que tienen que hacer?

—Han recibido órdenes explícitas, ciudadano, y yo mismo hablé con los que iban a salir. Les ordené perseguir estrechamente, y con todo el sigilo posible, a cualquier desconocido que vieran, y muy particularmente si era alto, o si iba encorvado como para disimular su estatura.

—Claro que les habréis dicho que de ningún modo detuvieran a semejante persona—dijo Chauvelin con ansiedad—. Ese insolente "Pimpinela Escarlata" se escaparía de entre los dedos de un

soldado ordinario. Ahora tenemos que dejarle llegar a la choza del tío Blanchard, y allí sitiarse y capturarlo.

—Así lo han comprendido los muchachos, ciudadano, e igualmente, que en seguida que logren divisar a semejante extranjero han de seguirle de cerca, mientras uno cualquiera de ellos viene volando a daros parte inmediatamente.

—¡Cabal!—dijo Chauvelin, frotándose las manos de contento.

—Tengo otras noticias que daros, ciudadano.

—¿Cuáles son?

—Un inglés alto estuvo conversando largamente con el israelita llamado Rubén, y que vive a unos diez pasos de aquí, hará cuestión de unos tres cuartos de hora.

—Bien. ¿Y...?—preguntó Chauvelin con impaciencia.

—La conversación versó toda acerca de una jaca y de un carro que el inglés alto quería alquilar, y que tenían que estar dispuestos para las once.

—Son más ya. ¿Dónde vive ese Rubén?

—A unos cuantos pasos de aquí.

—Mandad inmediatamente a uno de los muchachos que indague si se ha marchado el extranjero con el carro de Rubén.

—Está bien, ciudadano.

Degás partió de un salto para dar las órdenes necesarias a uno de los hombres. A Margarita no se le había escapado ni una sola palabra de la conversación entre Degás y Chauvelin, y cada una de las frases que se pronunciaban parecían repercutir dolorosamente en su corazón como espantoso y lúgubre presagio.

Había venido hasta aquí con las más risueñas esperanzas y el firme propósito de auxiliar a su esposo, y hasta entonces no había podido hacer nada más que observar la manera como se cerraban las redes que le tendían al arrojado "Pimpinela Escarlata"; observar, mientras su corazón se desgarraba de pena.

Percy no podría avanzar ya mucho sin caer bajo las miradas de aquellos que le vigilaban, presertos para denunciarle. Su propia impotencia invadía el corazón de Margarita del más cruel desengaño. Las posibilidades de serle útil, aunque insignificantes, se habían reducido a la nada; su única esperanza la fundaba ahora en que le fuese permitido participar de su suerte, sea la que fuere, y hallarse a su lado en su último trance.

Por el pronto, hasta la ocasión de volver a ver al hombre amado se hacía cada vez más remota. Pero, con todo, estaba dispuesta a vigilar estrechamente a su enemigo, y esta idea infundía en su alma la vaga esperanza de que, mientras no perdiera de vista a Chauvelin, la suerte de Percy podría aún quedar suspendida en la balanza.

Desgás dejó a Chauvelin paseándose nerviosamente por el aposento, y salió a esperar el regreso del hombre que había mandado en busca de Rubén. Así transcurrieron algunos instantes. La impaciencia consumía, al parecer, a Chauvelin. Por lo visto, no se fiaba de nadie: la jugada que acababa de hacerle el atrevido "Pimpinela Escarlata" parecía haberle hecho repentinamente dudar de su buen éxito si no vigilaba y dirigía él mismo la captura del inglés.

Unos cinco minutos después entró Desgás, y,

tras él, un israelita de edad madura, cuya sucia y raída indumentaria estaba llena de pringue, del mucho uso. Abundantes canas brillaban en sus cabellos rojos, que peinaba al estilo de los israelitas polacos, con tirabuzones que colgaban a cada lado de la cara; una capa de mugre se extendía por sus mejillas y su barba, dándole un aspecto asqueroso y repugnante. Inclina los hombros, como lo hacían los de su raza en siglos pasados, en señal de fingida humildad, antes del nacimiento de la igualdad y de la libertad en cuestiones de religión y de fe, y seguía a Desgás arrastrando los pies, con esos andares especiales que, aun hoy, son característicos en el mercader hebreo de la Europa continental.

Chauvelin, que estaba imbuído en los prejuicios que los franceses sienten hacia esa raza maldita, indicóle con un gesto que permaneciese a respetuosa distancia. Los tres hombres que componían el grupo se mantenían justamente debajo del quinqué de petróleo que pendía de las vigas, y Margarita podía verlos con claridad.

—¿Es éste el individuo? — preguntó Chauvelin.

—No, ciudadano—contestóle Desgás—. No ha podido encontrarse a Rubén, por lo que es de suponer que habrá llevado al extranjero en su carro; pero este hombre parece saber algo que está dispuesto a vender por una cantidad.

—¡Hola! — dijo Chauvelin, retirándose con asco de aquel repugnante ejemplar que tenía ante sus ojos.

Con la paciencia característica de su raza, manteníase el israelita humildemente apartado; des-

cansaba sobre un grueso y nudoso cayado, y el ancha ala de su mugriento sombrero esparcía una sombra profunda sobre su rostro. Con paciente humildad esperaba a que "su excelencia" se dignara interrogarle.

—Me dice el ciudadano—dijo Chauvelin en tono imperioso y señalando a Desgás—que sabes algo de mi amigo, el inglés alto, a quien deseo encontrar. ¡Pardiez! Sepárate, hombre—añadió apresuradamente, al ver que el judío trataba de acercarse a él.

—Sí, excelencia—replicó éste hablando en francés, con un ceceo peculiar, que indicaba su origen oriental—. Yo y Rubén Goldstein nos encontramos esta noche a un inglés muy alto cerca de aquí y en esta misma carretera.

—¿Y le hablasteis?

—Nos habló él, excelencia. Quería saber si podía contratar un jaco y un carro para llevarle por la carretera de San Martín a un sitio, al que quería llegar esta misma noche.

—¿Y qué le dijisteis?

—Yo no dije nada—contestó el israelita en tono ofendido—. Rubén Goldstein, ese maldito traidor, ese hijo de Belial...

—¡Al grano!—interrumpióle Chauvelin con rudeza—. ¡Y sigue con la historia!

—Me quitó las palabras de la boca, excelencia; cuando quise ofrecer mi jaca y mi carro al rico inglés para conducirle donde quisiera, ya había hablado Rubén y le había ofrecido un carro destartalado y un jaco enflaquecido y hambriento.

—¿Y qué hizo el inglés?

—Escuchar a Rubén Goldstein, excelencia, y

meter la mano en el bolsillo y sacar, sin más ni más, un puñado de oro, que enseñó a aquel condenado descendiente de Belcebú, diciéndole que todo sería para él si le tenía dispuesto el carro para las once.

—¿Y, naturalmente, la jaca y el carro estaban listos a esa hora?

—Sí lo estaban, como quien dice, excelencia. La jaca de Rubén cojeaba, como siempre, y al principio se negaba a andar. Mas después de un rato y a fuerza de darle puntapiés consiguieron, al fin, que se moviera—dijo el judío, reprimiendo una maliciosa carcajada.

—¿Y partieron luego?

—Sí; salieron hará cosa de unos cinco minutos. Yo estaba indignado con la imbecilidad de aquel extranjero, de aquel inglés, por más señas. Debía de haber comprendido el muy necio que la jaca de Rubén no se hallaba en condiciones para hacer el viaje.

—Pero ¿y si no tenía dónde elegir?

—¿Que no tenía dónde elegir, excelencia?—protestó el israelita con voz estridente—. ¿Pues no le dije yo acaso media docena de veces lo menos que mi jaca y mi carro le llevarían con mayor premura y con más comodidad que podía hacerlo el destartado carro y el rocín flaco de Rubén? Y, sin embargo, no quiso escucharme. Rubén es un solemne embustero, y tiene unas maneras tan insinuantas, que le persuadió. Engañó al extranjero. Y si llevaba prisa, mejor servido hubiera estado, por su dinero, tomando mi carro y mi jaca, que son buenos.

—¿De modo que tú también tienes un jaco y

un carro?—preguntóle Chauvelin con acento imperioso.

—Ciertamente que sí, excelencia. Y si vuestra excelencia desea ir en él...

—¿Sabes, por casualidad, la dirección que tomó mi amigo con el carro de Rubén Goldstein?

El israelita quedóse un momento pensativo, restregándose la sucia barba. El corazón de Margarita latía con tanta violencia que parecía querer estallar en su pecho desde que oyó la imperiosa pregunta; contempló con ansiedad al israelita, pero no pudo descifrar la expresión que brillaba en su semblante por impedírsele la penumbra que esparcía el ancha ala de su sombrero. Comprendió, sin embargo, que la suerte de Percy estaba entre las largas y sucias manos del judío.

Hubo un prolongado silencio, durante el cual Chauvelin contempló su encorvado talle y frunció el ceño con impaciencia; por fin, con un pausado gesto, metió el israelita la mano en el amplio bolsillo de pecho de su chupa y sacó de él unas cuantas monedas de plata. Las contempló pensativo, y luego murmuró quedamente:

—Esto fué lo que me dió el inglés alto al marcharse con Rubén para que me callase y no dijera nada respecto de él ni de sus acciones.

Encogióse Chauvelin de hombros con impaciencia.

—¿Cuánto hay ahí?—preguntó.

—Veinte francos, excelencia—contestó el israelita—. Y he sido toda la vida un hombre honrado.

Chauvelin, sin hacer más comentarios, sacó de su bolsillo unas cuantas monedas de oro, y colocán-

dolas en la palma de la mano las hizo sonar, brindándose las al judío.

—¿Cuántas monedas de oro tengo en la palma de la mano?—preguntó tranquilamente.

Por lo visto no quería atemorizar al judío, sino conciliarse con él para utilizarle para sus proyectos, a juzgar por la suavidad de sus modales. Indudablemente temía que, amenazándole con la guillotina o empleando otros medios convincentes de la misma índole, no conseguiría más que perturbar las ideas del anciano, por lo que optó por avivar su codicia y no asustarle con amenazas de muerte.

El israelita lanzó una ávida y rápida mirada al oro que su interlocutor tenía en la mano.

—Cinco, por lo menos, según mi cálculo, excelencia—contestó servilmente.

—¿Te parecen bastantes para desatar esa honrada lengua?

—¿Qué deseáis saber, excelencia?

—Si tu carro y tu jaco podrían llevarme adonde debo encontrar a mi amigo, el extranjero alto, que marchó en el carro de Rubén Goldstein.

—Mi jaco y mi carro pueden llevar a vuestra excelencia a donde desee.

—¿A un sitio llamado la choza del tío Blanchard?

—¿Lo habéis adivinado, excelencia?—dijo el israelita atónito.

—¿Conoces el lugar?

—Lo conozco admirablemente, excelencia.

—¿Qué camino conduce a ese sitio?—volvió a preguntar Chauvelin con rudeza—. ¿Lo conoces?

—Cada una de las piedras, cada brizna de hier-

ba son para mí 'conocidas, excelencia—contestó el israelita serenamente.

Sin proferir una sola palabra más, arrojó Chauvelin las cinco monedas de oro, una a una, a los pies del judío, que cayó de hinojos para recibirlas y esforzóse a recogerlas a gatas; una de ellas, rodando, fué a parar debajo del aparador, costándole un trabajo inmenso el sacarla de allí. Entre tanto, Chauvelin aguardaba tranquilamente a que el anciano gatease por el suelo en busca de la pieza de oro.

Cuando el israelita se levantó por fin, díjole Chauvelin:

—¿Cuánto tardarás en preparar tu carro y tu jaca?

—Ya están listos, excelencia.

—¿En dónde?

—A menos de diez metros de esta puerta.

¿Quiere vuestra excelencia dignarse mirar?

—Sí; quiero verlos. ¿Hasta dónde puedes llevarme?

—Hasta la misma choza del tío Blanchard, excelencia, y aun más lejos de lo que le llevó a vuestro amigo la jaca de Rubén. Estoy convencido de que a menos de dos horas de aquí tropezaremos con el granuja de Rubén y su carro, con el inglés alto, hechos un montón en medio de la carretera.

—¿Habrà podido allí procurarse otro vehículo si quería ir más lejos?

—Desde luego, si es que llegó allí.

—¿Puedes llegar tú?

—¿Quiere vuestra excelencia probarlo?—dijo el israelita sencillamente.

—Esa es mi intención—contestó tranquilamen-

te Chauvelin—; pero te advierto que si me engañas mandaré que dos de mis soldados más robustos te den una paliza tan monumental que tu alma se escape para no volver más a tu asqueroso cuerpo. Pero si encontramos a mi amigo el inglés alto, ya en la carretera o ya en la choza del tío Blanchard, te ganarás otras diez monedas de oro. ¿Aceptas el trato?

El hebreo volvió a acariciarse la barbilla con aire pensativo. Miró primero el dinero que tenía en la mano, levantó luego los ojos hasta su altivo interlocutor, los dirigió después hacia Desgás, que se había mantenido silencioso y detrás de él todo el tiempo, y después de una pausa, dijo deliberadamente:

—Acepto.

—Entonces, sal a esperarme ahí fuera—dijo Chauvelin—. Y que no se te olvide el cumplir con lo tratado, pues de lo contrario te juro que cumpliré con lo que te he prometido.

Haciendo una última y servil reverencia, el anciano israelita salió de la estancia arrastrando los pies. Chauvelin parecía muy satisfecho de esta entrevista, pues se frotaba las manos con un sarcástico gesto de malévoa satisfacción.

—Que me traigan mi chupa y mis botas— dijo por fin a Desgás.

Desgás se dirigió a la puerta y dió, al parecer, las órdenes oportunas, pues al cabo de unos instantes entró un soldado con la chupa, las botas y el sombrero de Chauvelin.

Quitóse la sotana, bajo la que llevaba unas calzas ajustadas y un chaleco de paño, y empezó a mudar de traje.

—Y vos, ciudadano—le dijo a Desgás—, volved entretanto a toda prisa a buscar al capitán Jutley y decidle que os dé otros doce hombres, que conduciréis por la carretera de San Martín, donde es probable que pronto nos deis alcance. Mucho me temo que la tarea sea ruda en cuanto lleguemos a la choza del tío Blanchard. Apuesto a que arrinconaremos a nuestra presa allí, pues ese insolente “Pimpinela Escarlata” ha tenido la osadía, o la necedad, no sé cómo calificarlo, de persistir en sus proyectos originales. Y ha marchado al encuentro de Tournay, de Saint-Just y de los otros traidores, lo cual creí yo que, por el momento, no se atrevería a llevar a cabo. En cuanto demos con ellos nos hallaremos con una partida de hombres desesperados, dispuestos a salvarse a todo trance o vender caras sus vidas al hallarse entre la espada y la pared. Supongo que algunos de los nuestros quedarán fuera de combate. Esos realistas son buenos espadachines, y el inglés es más listo que el diablo en persona, y parece más fuerte que un Hércules. Pero, aun en ese caso, seremos cinco contra uno, por lo menos. Vos y vuestros soldados podéis seguir el carro muy de cerca a lo largo de la carretera de San Martín, atravesando Miquelón. El inglés se nos ha adelantado, y no es fácil que se detenga para mirar hacia atrás.

Mientras daba estas breves y concisas órdenes, acabóse de mudar de traje. Echó a un lado el traje talar y quedóse de nuevo con su acostumbrada ropa oscura y ceñida al cuerpo. Y, por último, cogió su sombrero.

—Voy a tener que confiar a vuestras manos un prisionero importante—dijo con risa burlona; y

asiendo del brazo a Desgás con inusitada familiaridad dirigióse hacia la puerta—. No lo mataremos de golpe, ¿eh, amigo Desgás? La choza del tío Blanchard, si no me equivoco, está en un punto aislado de la playa, y nuestros hombres podrán gozar de un entretenido espectáculo presenciando al águila herida. Elegid bien vuestros hombres, amigo Desgás..., de aquellos que gozan con un espectáculo de esta índole, ¿eh? Es menester que hagamos marchitar un poco la frescura de ese "Pimpinela Escarlata", ¿eh? Hacerle temblar y humillarse... antes de darle...—e hizo un ademán expresivo y soltó una diabólica carcajada, que hizo estremecer de horror el corazón de Margarita. —Escoged bien vuestros hombres, ciudadano Desgás—volvió a repetir, llevándose consigo al secretario fuera de la estancia.



MARGARITA Blakeney no vaciló un solo instante. Los últimos ruidos habíanse desvanecido de los alrededores de "El Gato Pardo", perdiéndose en las silenciosas sombras de la noche. Había oído a Desgás dar órdenes a su gente y le había sentido partir en dirección al fuerte para buscar el refuerzo de los doce hombres más encargados por Chauvelin: seis no eran bastantes para coger al hábil inglés, cuya imaginación, fértil en recursos, era aún mayor peligro que su valentía y su fuerza.

Momentos después volvió a oír la ronca voz del israelita que fustigaba a la jaca; luego, un ruido sordo de ruedas de un carro destartado que se tambaleaba por las escabrosidades del camino.

Dentro de la hostería reinaba el más profundo silencio. Brogard y su mujer, atemorizados por Chauvelin, no habían dado señales de vida; confiaban en que no se acordaría ya más de ellos, y de todos modos deseaban pasar inadvertidos; Margarita no podía oír siquiera ni la retahila habitual de maldiciones que murmuraba siempre entre dientes.

Esperó unos momentos más, y deslizándose entonces silenciosamente y con gran cautela por

las desvencijadas escaleras, envolvióse en su abrigo oscuro de viaje y salió de la hostería sin hacer el menor ruido.

La noche era bastante oscura para que su negra silueta pudiera ser apercibida; su fino oído se esforzaba en seguir el eco del carro que marchaba delante. Confiaba en que no sería vista por Desgás y su gente cuando llegasen ni por la patrulla que suponía estaría vigilando los caminos, si lograba ampararse en las sombras de las zanjas que había a ambos lados de la carretera.

De este modo emprendió la última etapa de su angustioso viaje, sola, de noche y a pie. Tenía que recorrer unos doce kilómetros para llegar a Miquelón, y desde allí a la choza del tío Blanchard; dondequiera que estuviese ese lugar fatal habría que recorrer también alguna distancia y atravesar, probablemente, caminos escabrosos; mas no le importaba.

La jaca del israelita no podía apretar mucho el paso, y aunque Margarita estaba rendida de fatiga, la tensión nerviosa que la agitaba sosteníala con fuerza suficiente para seguir fácilmente su paso por la tortuosa carretera, en la que seguramente darían a la pobre bestia largos y frecuentes descansos, pues no sería difícil que estuviese muerta de hambre. La carretera estaba a alguna distancia del mar, circundada por arbustos y árboles achaparrados; inclinábanse todos desviándose del norte, y sus ramas, vistas en la penumbra semejaban tiesos cabellos de brujas o de fantasmas, agitados por la perpetua brisa.

Afortunadamente, la luna no parecía dispuesta a asomarse por entre los negros nubarrones, y

Margarita, acercándose todo lo posible al borde de la carretera, y muy pegada a la hilera de pequeños arbustos, quedaba bastante bien resguardada de las miradas. Un silencio imponente reinaba a su alrededor: sólo allá a lo lejos, a una gran distancia, oíase, cual prolongado y suave gemido, el rugir del mar.

El aire era penetrante y el ambiente estaba saturado de una atmósfera salina. Margarita, después de aquel período de forzosa inactividad en aquella mal oliente y destartalada venta, hubiera gozado de los perfumes agradables de aquella noche de otoño, y hubiérale también alegrado el lejano y triste mugido de las olas; hubiérase deleitado en la calma y en el silencio de aquel apartado lugar, interrumpido tan sólo, de vez en cuando, por el áspero y lúgubre grito de alguna gaviota o el graznido de algún cuervo en lontananza. Oíanse también a ratos los chirridos de las ruedas del carro que marchaba carretera adelante; hubiera hallado mil goces en este suave ambiente, en la apacible inmensidad de la naturaleza, en esta solitaria costa; pero su corazón estaba lleno de presagios, de dolores y de un anhelo por aquel ser que se había hecho tan amado de su alma.

Resbalábanse sus pies en la hierba que crecía a orillas del camino, de las cuales no quería apartarse, por creerlas menos peligrosas que el centro de la carretera, aun cuando le costaba gran trabajo mantener un paso firme por la fangosa pendiente. Parecíale también más prudente no acercarse demasiado al carro; era tan completo el silencio de la noche, que el ruido sordo producido por las ruedas del carro servíala de seguro guía.

Reinaba una soledad absoluta. Iba dejando atrás las pocas y tenues luces de Calais y no se veía por los alrededores señal alguna de viviendas de pescadores o leñadores hacia ningún lado; a la derecha, allá a lo lejos, se dibujaba el extremo del acantilado, y un poco más abajo la escabrosa playa, donde se estrellaban las olas al subir la marea con incesante y monótono murmullo. Carretera adelante, y a alguna distancia, se oía con regularidad el ruido de las ruedas del carro del judío, que conducía a la victoria al inexorable enemigo.

Preguntábase Margarita en qué lugar de aquella solitaria y apartada costa se hallaría Percy en aquel momento. No muy lejos, seguramente, pues sólo le llevaría un cuarto de hora de delantera a Chauvelin. Preguntábase si sabría que en este apartado lugar de Francia, embalsamado por las brisas del océano hallábase acechado y perseguido por numerosos espías ansiosos de vislumbrar su elevada estatura para perseguirle sin piedad hasta el punto en que le esperaban sus confiados amigos y cogerlos allí a todos en la red.

Chauvelin marchaba delante de Margarita, traqueteado y molido en el carro del israelita, pero acariciando alegres pensamientos. Frotábase las manos con satisfacción al pensar en la trama que había tejido y de la cual no podría escapar ni romper aquel osado y audaz inglés. A medida que pasaban los minutos y que el anciano hebreo le llevaba sin prisa, pero con certeza, por la oscura carretera, sentíase más y más ansioso de llegar al final de esta excitante caza del misterioso "Pimpinela Escarlata".

El laurel más hermoso de la corona de gloria

del ciudadano Chauvelin sería la captura del audaz conspirador. No podría el inglés reclamar la protección de su país si le cogían en flagrante delito de auxiliar e incitar a los traidores enemigos de la República de Francia. Y, en todo caso, Chauvelin había preparado ya sus planes de manera que toda intervención llegase demasiado tarde.

Ni por un instante sintió en su corazón el más leve remordimiento por la terrible situación en que iba a colocar a la desventurada esposa, que, inconscientemente, había vendido a su marido. Chauvelin no había vuelto a pensar en ella siquiera; habíale servido ya como instrumento para lograr sus propósitos, y nada le importaba lo demás.

El flaco rocín del israelita llevaba un paso lento y fatigoso. Apenas salía de su pesado trote, y su amo tenía que permitirle largos descansos.

—¿Nos falta mucho para llegar a Miquelón?
—preguntaba Chauvelin de vez en cuando.

—No mucho, excelencia—era siempre la plácida contestación.

—Aun no hemos dado con tu amigo y el mío hechos un montón en medio de la carretera—fué el sarcástico comentario de Chauvelin.

—¡Paciencia, mi amo!—contestó el hijo de Moisés—. Los llevamos delante; veo los surcos de las ruedas del carro que guía ese traidor, ese hijo de los amalecitas.

—¿Estás seguro del camino?

—Como lo estoy de esas diez piezas de oro que lleváis en el bolsillo, excelencia, y que espero sean mías.

—En cuanto estreche la mano de mi amigo, el extranjero alto, tuyas serán, seguramente.

—¡Silencio! ¿Qué ocurre?—dijo el israelita de repente.

En el absoluto silencio de la noche oíase claramente el ruido de cascos de caballos que se acercaban velozmente por la fangosa carretera.

—¡Son soldados!—añadió aterrado y a media voz.

—Para un momento; quiero escuchar—exclamó Chauvelin.

Margarita había oído también el galope de los caballos que se acercaban hacia el carro y hacia ella. Hacía ya un rato que se mantenía alerta, temiendo que Desgás con su patrulla pudiera alcanzarles de un momento a otro; pero los jinetes venían en dirección contraria, procedentes, al parecer, de Miquelón. Las tinieblas de la noche la amparaban lo suficiente para no ser vista. Observó que el carro acababa de pararse, y con la mayor cautela deslizóse sin hacer el menor ruido por la resbaladiza carretera y se acercó un poco más.

Su corazón latía con impetuosa violencia, todo su cuerpo temblaba; adivinaba ya las noticias que traerían los jinetes. “Todo desconocido que se encuentre en la playa o en estos caminos debe ser estrechamente perseguido, y particularmente si es de elevada estatura o se encorva para disimularla; en el momento en que se le vislumbre, se enviará inmediatamente un mensajero a caballo para traerme el parte.” Tales fueron las órdenes que había dado Chauvelin. ¿Vendrían acaso estos jinetes a dar el parte de que había sido vislumbrado el extranjero alto y de que la perseguida presa había caído por fin en la trampa?

Comprendiendo Margarita que el carro conti-

nuaba detenido, deslizóse en la oscuridad hasta llegar muy cerca de él, y conteniendo la respiración, escuchó con avidez, esperando oír el parte que traía el mensajero.

Y a la rápida voz de "¿Quién vive?", oyó, indistintamente, la sacramental respuesta:

—¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Y la precipitada interrogación de Chauvelin:

—¿Qué novedades traéis?

Dos jinetes habíanse detenido junto al vehículo.

Margarita veía sus siluetas dibujadas en el fondo oscuro del cielo. Oía las voces, los resoplidos de los caballos, y a sus espaldas percibió también con claridad en el mismo instante las pisadas de un grupo de hombres que avanzaban. Desgás y sus soldados.

Hubo una larga pausa, durante la cual Chauvelin convenció, indudablemente, a los jinetes de su identidad, pues al poco rato oyó preguntas y respuestas sucesivas.

—¿Habéis visto al desconocido? —preguntó Chauvelin con ansiedad.

—No, ciudadano; no hemos visto a ningún desconocido alto; hemos venido por la orilla del acantilado.

—¿Luego?...

—A menos de un cuarto de hora de Miquelón dimos con una construcción de madera, que parecía ser la choza de un pescador para guardar sus redes y sus utensilios. Al verla nos pareció vacía, y creímos en un principio que nada tenía de sospechosa, hasta que vimos salir humo por una abertura del costado. Eché pie a tierra y me acerqué. Estaba, en efecto, vacía en aquel momento, pero

en un ángulo de la choza se veía brillar la lumbre de unos leños y al lado de ella un par de escabeles. Consulté con los camaradas y decidimos que se apostaran algunos en un sitio en que no pudieran ser vistos, mientras yo vigilaba. Lo hicimos así, y...

—¿Visteis algo?

—Una media hora después oí voces y vi llegar al punto dos hombres, que se dirigían al borde del acantilado; parecían venir de la carretera de Lille. Uno era joven y el otro un anciano. Hablaban a media voz y no me fué posible enterarme de su conversación.

¡Uno era joven; el otro, anciano! El corazón dolorido de Margarita cesó casi de latir al escuchar estas palabras. ¿Sería el joven Armando..., su hermano? Y el anciano, ¿el conde de Tournay? ¿Serían ellos los dos fugitivos que, sin saberlo, servían de reclamo para coger en el armadizo a su intrépido y noble salvador?

—Los dos hombres entraron en la choza—prosiguió el soldado, mientras los distendidos nervios de Margarita parecían vibrar con el eco de la triunfante sonrisa diabólica de Chauvelin—, y entonces me acerqué más. La choza, toscamente construída, permitía que oyese algo de la conversación.

—¿Sí?... ¡Pronto!... ¿Qué fué lo que oísteis?

—El anciano preguntó al joven si estaba seguro del sitio. “Sí, replicóle aquél; éste es seguramente el lugar.” Y a la luz de la lumbre enseñó a su compañero un papel que llevaba. “Aquí tenéis el itinerario—dijo—que me dió antes de salir yo de Londres. Teníamos que seguirlo al pie de la letra, a menos que recibiera una contraorden, y no he recibido ninguna. Aquí está marcado el camino por

donde hemos venido: ¿lo veis? Aquí la bifurcación; aquí cruzamos la carretera de San Martín, y aquí está la senda que nos ha traído hasta la orilla del acantilado." Quizá entonces hiciera yo algún ruido involuntario, pues el joven salió a la puerta de la choza y atisbó en torno suyo con inquietud. Convencióse al parecer de que nadie había y entró a reunirse con su compañero, mas hablaron tan bajo que ya no me fué posible oírles.

—¡Bien! ¿Y luego?—preguntó Chauvelin con impaciencia.

—Seis éramos los que patrullábamos aquella parte de la playa; de manera que deliberamos y nos pareció prudente que se quedasen allí cuatro de los nuestros para no perder de vista la choza, mientras mi compañero y yo tomábamos nuestros caballos para venir a escape a dar cuenta de lo que habíamos visto.

—Y del extranjero alto, ¿no habéis visto nada?

—Nada, ciudadano.

—Y si vuestros camaradas lo vieran, ¿qué harían?

—No perderle de vista un instante; y si daba maestras de intentar escaparse o si avistaban alguna lancha, lo cercarían y, si fuera necesario, harían fuego sobre él; los disparos harían acudir al resto de la patrulla, y en modo alguno dejarían escapar al desconocido.

—Perfectamente; mas no quiero que le hagan daño alguno; aun no es tiempo oportuno—murmuró Chauvelin con ferocidad—; pero, en fin, habéis hecho cuanto habéis podido. ¡Quiera el destino que no llegue demasiado tarde!...

—Hace un momento nos encontramos con seis

hombres que hacía seis horas que estaban vigilando esta carretera.

—¿Y qué?

—Tampoco habían visto a ningún desconocido.

—Y, sin embargo, en alguna parte de la carretera debe de estar; se nos ha adelantado en un carro, o... ¡Pero no hay momento que perder! ¿A qué distancia de aquí está esa choza?

—A un par de horas, ciudadano.

—¿Podríais volver a encontrarla al punto sin vacilación?

—No tengo la menor duda, ciudadano.

—¿Y la senda que conduce a la orilla del acantilado también? ¿A pesar de esta oscuridad?

—La noche no es tenebrosa, ciudadano; y sé fijamente que encontraré el camino—volvió a decir el soldado resueltamente.

—Pues seguidme. Vuestro compañero que vuelve a Calais con los dos caballos. No os harán falta. Marchad al lado del carro y dirigid al israelita para que siga una dirección recta; y cuando estemos a un cuarto de hora del sendero, detenedle; cuidad de que siga el camino más directo.

Mientras Chauvelin hablaba, Desgás y los suyos se acercaban rápidamente, y Margarita oía perfectamente las pisadas a unos cien metros de su espalda. Juzgó peligroso permanecer allí más tiempo, e innecesario asimismo, pues ya había oído lo bastante. Parecía haber perdido brusca-mente todas sus facultades, hasta la del sufrimiento: su corazón, sus nervios, su cerebro, todo, en fin, parecía entumecido y embotado por tantas horas de continuo dolor, que se colmaban ahora por tan terrible desesperación.

Ya no le quedaba ni la más leve esperanza. A dos horas escasas de aquel sitio esperaban los fugitivos a su valiente libertador. Hallábase éste caminando por algún sitio de aquella solitaria carretera para unirse a ellos; entonces es cuando se cerraría la bien tendida red; veinticuatro hombres, dirigidos por uno cuya astucia corría parejas con su odio mortal, sitiarian á la reducida partida de fugitivos y a su arrojado jefe. Todos serían hechos prisioneros. Armando, según la palabra que le empeñó Chauvelin, le sería devuelto; pero su esposo, Percy, a quien amaba con todo el fuego de la idolatría, caería en manos de un enemigo sin entrañas, que no se apiadaría de aquel corazón valiente y noble ni sentiría admiración alguna por el arrojado de aquella alma generosa, por la que sólo sentía un odio implacable, reconcentrado en su ser durante mucho tiempo.

Oyó al soldado dar breves instrucciones al israelita, y retiróse de nuevo con presteza a la orilla de la carretera, agachándose tras unos arbustos, para esperar que pasase Desgás con los suyos.

Una vez en el lugar, formaron todos silenciosamente tras el carro, y la expedición comenzó su lenta marcha a través de las tinieblas de la noche. Esperó Margarita unos momentos aún, y cuando calculó que estarían ya a alguna distancia, deslizóse quedamente en medio de la oscuridad, que parecía haberse hecho aún más intensa, y volvió a emprender su camino.

XXVIII

LA CHOZA DEL TÍO BLANCHARD

COMO en un ensueño seguía Margarita su camino adelante; a cada momento se estrechaban más y más las redes que cercaban aquella vida adorada que había llegado a serlo todo para ella. ¡Volver a ver a su esposo, contarle lo que había sufrido, lo mucho que la había agraviado con lo poco que la había comprendido: éste era ya su único anhelo! Había perdido toda esperanza de salvarle; veía que paulatinamente le cercaban por todos lados, y desesperada miraba en torno suyo en la oscuridad y se preguntaba por dónde llegaría su esposo para caer en el lazo tendido arteramente por su encarnizado enemigo.

El lejano rugir de las olas la hacía ahora temblar de miedo; un horror indescriptible se apoderaba de ella cuando de vez en cuando llegaba a sus oídos el lúgubre graznido de una lechuza o de algún cuervo. Pensaba en las aves de rapiña con forma humana que acechaban sus presa, prontas para destruirla, con la misma carencia de piedad que pudiera hacerlo un lobo hambriento para satisfacer su apetito o su odio. Margarita no temía a la oscuridad: su pavor estaba reconcentrado en aquel hombre que iba delante, sentado en el

fondo de un destartalado carro, alimentando ideas vengativas que regocijarían a los mismos demonios.

Sus pies estaban doloridos. Sus rodillas temblaban de cansancio. Hacía muchos días que vivía en un estado horrible de excitación; hacía tres noches que no descansaba con tranquilidad, y cerca ya de tres horas que caminaba por la carretera, y, sin embargo, no cejaba en su empeño ni por un instante. Había de ver a su esposo, confesárselo todo, y si estaba dispuesto a perdonarla el delito que cometió en su ciega ignorancia, aún se sentiría feliz muriendo a su lado.

Marchaba maquinalmente, sostenida sólo por aquel instinto que la hacía seguir las huellas de su enemigo, cuando de repente percibieron sus oídos, sensibles al menor ruido y advertidos por aquel mismo instinto ciego, que el carro había vuelto a detenerse y que los soldados hacían alto. Habían llegado a su destino. En algún punto cercano, y a la derecha de ellos, debía encontrarse, sin duda, el sendero que conducía a la margen del acantilado y a la choza.

Sin cuidarse de los peligros que corría, deslizóse cautelosamente hasta muy cerca del sitio en que se hallaba Chauvelin rodeado de su tropa; habíase apeado éste del carro y daba breves e imperiosas órdenes, que eran las que Margarita estaba ávida de escuchar, pues la poquísima oportunidad que hasta entonces había tenido de ayudar a Percy hizo inútiles sus esfuerzos, y en esta ocasión podría quizá serle útil si lograba escuchar los planes del enemigo.

El punto donde se había detenido la partida

debía de hallarse a unos ochocientos metros de la costa; el eco del mar bravío se oía solamente como un suave murmullo en lontananza. Chauvelin y Desgás, seguidos por los soldados, habíanse desviado del camino, tomando bruscamente la derecha, por cuyo lado seguiría quizá la senda que conducía al acantilado. El israelita y su carro se quedaron en la carretera.

Con precaución infinita, y andando materialmente a gatas, desvióse Margarita también hacia la derecha; para conseguirlo tuvo que penetrar por entre los ásperos arbustos, procurando hacer el menor ruido posible y tratando de avanzar sigilosamente, sin sentir siquiera que las secas ramitas de los matorrales cortaban su cara y sus manos delicadas, pues tenía concentrados sus cinco sentidos en ver y oír sin ser vista ni oída. Afortunadamente, según es corriente en aquella parte de Francia, la senda tenía también por cerco un seto áspero y no muy alto, rodeado por detrás de una zanja cubierta de hierba seca y ordinaria. Allí pudo refugiarse Margarita; estaba perfectamente oculta y, sin embargo, podía avanzar a una distancia de unos tres pasos del sitio en que Chauvelin daba órdenes a sus soldados.

—¡Veamos! — decía imperiosamente a media voz—. ¿Dónde está la choza del tío Blanchard?

—A unos ochocientos metros de aquí, siguiendo la senda—dijo el soldado que poco antes había guiado a la expedición—, y a mitad de la vertiente del acantilado.

—Muy bien; vos nos guiaréis. Antes de emprender el descenso por el acantilado os acercaréis a la choza con el mayor sigilo posible y

trataréis de averiguar si se hallan allí los traidores realistas. ¿Me comprendéis?

—Perfectamente, ciudadano.

—Ahora, escuchadme todos con atención—prosiguió Chauvelin solemnemente, dirigiéndose a los soldados—, pues es posible que luego no podamos cambiar frase alguna; de manera que acordaos de cada una de las sílabas que pronuncio, como si vuestras vidas dependieran de vuestra memoria. Y acaso sea así—añadió secamente.

—Os escuchamos, ciudadano—dijo Desgás—, y un soldado de la República jamás olvida una orden recibida.

—Vos, que os deslizasteis hasta la choza, trataréis ahora de introducirlos en ella. Si en compañía de aquellos traidores hay un inglés más alto que lo corriente o que se encorve tratando de disimular su estatura, daréis en seguida un silbido agudo y breve para avisar a los nuestros. Acto continuo rodearéis todos vosotros la choza—dijo, dirigiéndose a los soldados—, y cada uno de vosotros se abalanzará sobre uno de aquellos hombres, sin darles tiempo a que hagan uso de sus armas; si alguno mostrara resistencia, le dispararéis entonces a las piernas o a los brazos; mas de ningún modo habréis de matar al hombre alto. ¿Me comprendéis?

—A la perfección, ciudadano.

—El hombre cuya estatura es mayor que la ordinaria será también, probablemente, más fuerte que la generalidad; tal vez necesite cuatro o cinco de vosotros, por lo menos, para reducirle a la impotencia.

Después de breve pausa, Chauvelin prosiguió:

—Si los traidores realistas están solos aún, que será lo más probable, avisaréis entonces a vuestros camaradas que se hallen al acecho, y os retiraréis todos, ocultándoos en las rocas y las peñas que circundan la choza, y esperaréis allí, en el más profundo silencio, a que llegue el inglés alto; únicamente entonces es cuando habréis de atacar la choza, cuando él se halle ya dentro. Pero acordaos de que tenéis que guardar el mismo silencio que el lobo cuando de noche ronda las majadas, o mejor aún, el silencio de un difunto. No quiero que esos realistas se den cuenta de nada: el disparo de una pistola, una voz que deis, serían suficientes para prevenir al personaje alto y hacer que no se acercara al acantilado ni a la choza, y—añadió con énfasis—¡al inglés alto es a quien tenéis la obligación de hacer prisionero esta noche!

—Seréis puntualmente obedecido, ciudadano.

—Ahora, poneos en marcha inmediatamente con el mayor sigilo posible, que yo os sigo.

—Y ¿qué hacemos del israelita, ciudadano? —preguntó Desgás cuando los soldados empezaron a marchar uno a uno, como sombras fantásticas, por la escabrosa y estrecha senda.

—¡Es verdad! Había olvidado por completo al israelita—dijo Chauvelin; y volviéndose hacia el judío llamóle con acento imperioso.

—¡Eh!... Faraón, Moisés, Abraham o como sea tu condenado nombre—díjole al anciano, que se mantenía silencioso al lado de su carro y su flaco rocín, y lo más retirado posible de los soldados.

—Benjamín Rosenbaum, para servir a vuestra merced, excelencia—respondió éste con humildad.

—De nada me sirve oírte hablar, pero sí necesito darte ciertas órdenes, que harás bien en obedecer ciegamente.

—Lo que queráis, excelencia.

—¡Calla esa maldita lengua! Te quedarás aquí, ¿me oyes?, con tu jaco y tu carro, y esperarás a que volvamos. Bajo ningún concepto harás el más insignificante ruido, ni respirarás siquiera más fuerte de lo que lo puedas evitar; bajo ningún pretexto has de abandonar tu puesto hasta que yo te lo ordene. ¿Me entiendes?

—¡Pero, señor!...—protestó el judío lastimosamente.

—No hay “pero” que valga ni permito argumento alguno—dijo Chauvelin en un tono que hizo temblar al tímido anciano de pies a cabeza—. Si al volver no te encuentro aquí, te juro solemnemente que dondequiera que trates de ocultarte te encontraré, y que más tarde o más temprano ha de alcanzarte un castigo certero, rápido y atroz. ¿Me oyes bien?

—Pero... excelencia...

—Repito: ¿me has oído bien?

Todos los soldados habíanse marchado con cautela; en medio del oscuro y solitario camino quedaban sólo los tres hombres, envueltos en las tinieblas de la noche, y Margarita, detrás del seto, escuchaba las órdenes de Chauvelin como si fueran su propia sentencia de muerte.

—Os he oído perfectamente, excelencia—volvió a protestar el israelita, mientras hacía por acercarse más a Chauvelin—, y os juro por Abraham, por Isaac y por Jacob, que obedeceré ciegamente a vuestra excelencia, y que no me

moveré de aquí hasta que vuestra excelencia vuelva a dignarse iluminar a vuestro humilde servidor con el resplandor de vuestro semblante; mas no debéis olvidar que soy un pobre anciano; mis nervios no tienen ya la robustez de los de un soldado joven. Si los bandidos salteadores de caminos rondasen esta carretera, podría gritar o acaso huir de miedo. ¿Y he de perder la vida, ha de caer sobre mi pobre y anciana cabeza un castigo atroz por lo que yo no puedo, humanamente, remediar?

La tribulación del israelita parecía sincera; todo su cuerpo se estremecía de pavor. Indudablemente, era imposible dejarle solo en medio de la abandonada carretera. Y decía la verdad: inconscientemente, de puro miedo, podía tal vez lanzar un grito que previniera quizá a "Pimpinela Escarlata".

Chauvelin meditó un instante.

—¿Crees que tu jaco y tu carro estarán seguros si se quedan aquí solos?—preguntóle rudamente.

—Se me figura, ciudadano—interpuso Desgás en este momento—, que estarán más seguros sin este sucio judío cobarde. Pues parece evidente que si se asusta, o toma las de Villadiego o se despepita chillando a voz en cuello.

—¿Pero qué he de hacer con este animal?

—¿Por qué no volvéis a mandarlo a Calais, ciudadano?

—No, porque luego he de necesitarlo, probablemente, para transportar a los heridos—dijo Chauvelin con cruel reticencia.

Hubo otra pausa; Desgás esperaba la deter-

minación de su jefe, y el viejo israelita seguía lamentándose al lado de su carro.

—¡ Bueno, viejo cobarde, judío holgazán!—dijo Chauvelin, por fin—. Lo mejor será que arrastres los pies detrás de nosotros. Tened cuidado, ciudadano Desgás, y atadle este pañuelo a la boca, bien fuerte.

Y Chauvelin alargó una bufanda a Desgás, que éste comenzó a liar a la boca del israelita. Benjamín Rosebaum sufrió con mansedumbre que le amordazaran; por lo visto, parecía preferir estar incómodo a quedarse solo en la oscura carretera de San Martín. Los tres hombres se colocaron de a uno y en fila.

—¡ Pronto!—dijo Chauvelin con impaciencia—. Hemos malgastado ya demasiado tiempo.

Y acto seguido desaparecieron por la senda, perdiéndose pronto en la inmensidad de la noche el eco de las pisadas firmes de Chauvelin y de Desgás y los arrastrados pasos del anciano hebreo.

Margarita no perdió ni una sola de las palabras pronunciadas por Chauvelin. Esforzábese por comprender la situación bajo todos sus aspectos y por buscar en aquella imaginación, que tantas veces habían llamado la más viva de Europa, un medio que pudiera serle ahora eficaz para el desenvolvimiento de sus proyectos.

La situación era verdaderamente desesperada; una pequeña partida de hombres confiados esperaba tranquilamente la llegada de su salvador, que, igual que ellos, ignoraba la trampa que a todos les tenían preparada. Parecía tan horrible esta espesa red, que se extendía, por decirlo así, a una gran distancia a la redonda, en el silencio de la

noche, en aquella solitaria playa, envolviendo entre sus mallas a unos cuantos desgraciados, casi indefensos; indefensos, sí, porque los engañaban y no podían ellos sospecharlo siquiera; y uno de esos hombres era el esposo idolatrado; el otro, el hermano que amaba. Se preguntaba vagamente quiénes serían los otros que esperaban, también confiados la llegada de "Pimpinela Escarlata" mientras la muerte les acechaba desde las rocas.

Por el pronto nada podía hacer sino seguir a los soldados y a Chauvelin. Temía perderse, pues si no, se hubiera abalanzado en busca de la choza de madera a fin de llegar a tiempo tal vez para prevenir a los fugitivos y a su valiente salvador.

Por un instante pasó como un relámpago por su mente la idea de dar el agudo grito que Chauvelin parecía temer tanto, como recurso posible y acaso eficaz de advertir a "Pimpinela Escarlata" y a sus amigos, abrigando la esperanza de que tal vez la oyeran y pudiesen huir antes de que fuera demasiado tarde. Pero ignoraba a qué distancia estaba de la orilla del acantilado; no sabía si sus gritos serían percibidos por los fugitivos. Acaso sus esfuerzos fueran prematuros y no le permitirían repetirlos. Seguramente le pondrían una mordaza, lo mismo que hicieron con el israelita, y entonces se hallaría prisionera y desvalida e impotente entre las manos de los soldados de Chauvelin.

Volaba Margarita silenciosamente, cual un fantasma, por detrás del seto; habíase quitado los zapatos, y va tenía las medias rotas y los pies desnudos. Mas no sentía dolor ni cansancio alguno; su indomable resolución de llegar hasta su esposo, desafiando la adversa suerte y a pesar de su hábil

enemigo, la hacía insensible a todo dolor físico y aguzaba doblemente sus sentidos y su instinto.

No oía más que los pasos monótonos de los enemigos de Percy, que avanzaban delante de ella; en su mente se retrataba con caracteres indelebles la choza de madera, y le parecía ver dentro de ella a su esposo, próximo a caer en los brazos de la muerte.

La misma agudeza de su instinto hizo que detuviera de improviso su frenética marcha y se agachara aún más para protegerse con la sombra del seto. La luna, que hasta entonces la había favorecido, escondida siempre tras negros nubarrones, surgió de entre ellos con todo el resplandor de una noche de temprano otoño, iluminando en un instante el fantástico y solitario paisaje con un chorro de brillante luz.

En el fondo, a menos de doscientos metros de ella, dibujábase el borde del acantilado, y en las faldas de éste, extendiéndose en lontananza hacia la libre y feliz Inglaterra, agitábase, suave y apacible, el mar. Margarita posó un instante sus ojos sobre las brillantes y argentadas aguas, y al contemplarlas pareció que su corazón, lacerado por el dolor de tantas horas de sufrimiento, se ensanchaba y latía con inusitada violencia; llenáronse sus ojos de ardientes lágrimas; a menos de tres horas de la playa, con sus blancas velas tendidas al viento, esperaba un elegante y gracioso vate.

Margarita adivinó que era el *Day-Dream*, el yate de sir Percy. Llevaba a bordo al viejo Briggs, el rey de los patrones, y a una tripulación completa de marinos ingleses; las blancas velas, que cabrilleaban a la claridad transparente de la luna, pare-

cían transmitir a Margarita un mensaje de alegría, de esperanza, que temía, sin embargo, que no pudiera realizarse. Allí, en plena mar, esperaba el yate a su amo, como una blanca y hermosa ave presta a levantar su rápido vuelo, y él no podría alcanzarla; jamás volvería a poner el pie en su elegante toldilla; no volvería nunca a contemplar las blancas escarpas de Inglaterra, aquel país de libertad y de esperanza que le ofrecía venturas sin fin si lograba salvar a su idolatrado esposo.

La vista del yate parecía infundir en la desventurada mujer, rendida de cansancio y de fatiga, la fuerza suprema de la desesperación. Allí estaba el borde del acantilado, y a poca distancia de la pendiente se hallaba la choza donde su esposo debía encontrar la muerte. Pero la luna brillaba espléndidamente; podía ver con claridad por dónde andaba, vería la choza desde lejos, correría hacia ella, daría la voz de alarma, y por lo menos advertiría a todos del peligro que corrían, para que se preparasen a vender caras sus vidas y no cayeran como mansas liebres en el cepo.

Dando tropiezos avanzaba por detrás del seto, entre la espesa hierba de la zanja. Tenía que haberse separado mucho y haber adelantado a Chauvelin y a Desgás, pues al llegar a la orilla del acantilado vió indistintamente a los tres hombres detrás de ella. Mas solamente los separaba una distancia de pocos metros, y la luna caía de plano sobre ella, teniendo que dibujar forzosamente su silueta sobre la diáfana superficie de las aguas del mar.

En el instante mismo se agachó, replegándose en sí misma, como lo hiciera un reptil. Asomóse

a las enormes y ásperas rocas y las contempló un breve rato; la bajada sería bastante fácil; no era abrupta y las grandes peñas ofrecían seguro apoyo para los pies. Mientras las examinaba, su vista sorprendió, de repente, a la izquierda y a mitad de la pendiente, una tosca construcción de madera, por las rendijas de cuyos costados relucía un pequeño reflejo cárdeno, como el producido por una linterna sorda. Su corazón pareció cesar de latir; tan vehemente era su júbilo, que la producía el mismo efecto de un dolor intenso.

No podía apreciar a qué distancia se hallaría la choza; pero sin vacilar emprendió precipitadamente el descenso de peña en peña, sin cuidarse del enemigo que tenía a sus espaldas ni de los soldados que estarían cercandando la choza en espera de la llegada del alto y robusto inglés, que hasta entonces había brillado por su ausencia.

Avanzó frenética, completamente olvidada del mortal enemigo que seguía sus huellas, corriendo, tropezando con los pies doloridos y medio loca, pero avanzando siempre..., hasta que bruscamente alguna grieta o algún trozo de roca resbaladiza la hizo rodar por el suelo con violencia. Incorporóse haciendo un esfuerzo sobrehumano y volvió a emprender su desatinada carrera para prevenirles a tiempo y rogarles que huyeran antes de que llegase él y que le dijeran que no se acercase, que se alejara de aquel armadijo de la muerte, que huyera de su fatal ruina. Mas comprendió al instante que otros pasos, más rápidos que los suyos, iban pisándole los talones. Y en aquel momento mismo sintió que una mano habíase asido de su falda, haciéndola caer de hinojos y atándola al pro-

pio tiempo algo alrededor de la boca para impedir que gritase.

Aturdida, desalentada y casi loca ante tan feroz desengaño, echó una furiosa mirada a su alrededor al verse en aquel estado de impotencia, y vió, por entre la densa niebla que la rodeaba, dos ojos hundidos y penetrantes que se inclinaban sobre ella y en los que su calenturienta imaginación creyó ver brillar un reflejo fantástico y sobrehumano.

Estaba tendida a la sombra de un enorme peñasco; Chauvelin no podía distinguir sus facciones, pero paseaba sobre su rostro sus demacrados y huesosos dedos.

—¡Una mujer!—dijo a media voz—. ¡Por todos los santos del calendario! Seguro que no podemos soltarla—murmuró entre dientes—. Mas quisiera saber...

Calló repentinamente, y después de un rato de profundo silencio, que duró un par de segundos, dejó escapar quedamente una prolongada y sarcástica risa, que hizo estremecer de horror el corazón de Margarita, al paso que sintió que volvían a pasear por su rostro aquellos descarnados dedos.

—¡Vaya por Dios, señora mía!—dijo a media voz, con afectada galantería—. Es verdaderamente una sorpresa agradable—y Margarita sintió que Chauvelin elevaba su pasiva mano y la acercaba burlescamente a sus delgados labios.

La situación era, en verdad, grotesca si no hubiera sido por su carácter terriblemente trágico: la infeliz y fatigada mujer, con el espíritu abatido y medio loca por tan amargo desengaño, recibía, de hinojos, las burlescas galanterías de su más implacable enemigo.

Estaba a punto de perder el sentido; le ahogaba la apretada mordaza, y no tenía fuerzas para moverse ni para proferir la más ligera queja. La tensión nerviosa que hasta entonces había sostenido su frágil cuerpo parecía desaparecer súbitamente, dejando paso a una desesperación inmensa, que paralizaba su cerebro y sus nervios.

Chauvelin dió, sin duda, algunas órdenes, que ella estaba demasiado aturdida para poder escuchar, pues sintió que la levantaron del suelo, que ajustaron más fuertemente aún la mordaza que cubría su boca y que un par de brazos vigorosos la levantaron en alto, conduciéndola hacia aquella diminuta luz cárdena que brillaba delante de sus ojos, semejando el reflejo de una linterna sorda, y que ahora miraba como el último resplandor de su esperanza.



XXIX

¡ APRESADOS !

No pudo darse cuenta del tiempo que la condujeron así; había perdido toda noción del tiempo y del lugar, y por unos instantes su fatigada naturaleza privóla compasivamente del conocimiento.

Cuando volvió en sí, hallóse bastante cómodamente instalada sobre un abrigo de hombre y con la espalda apoyada en un fragmento de roca. La luna había vuelto a ocultarse tras un grupo de negros nubarrones, y para que resaltara el contraste, parecía aún más densa la oscuridad. A unos doscientos pasos más abajo sentía rugir el mar, y al pasear la mirada en torno suyo no vió ya ni vestigios siquiera de aquel pequeñísimo reflejo cárdeno.

Presumió que habían llegado al término del viaje, pues a media voz y muy cerca de ella oía en sucesión rápida preguntas y respuestas.

—Allí dentro hay cuatro hombres, ciudadano; están sentados al lado de la lumbre y parecen esperar tranquilamente.

—¿ La hora ?

—Cerca de las dos.

—¿ La marea ?

—Sube rápidamente.

—¿ El yate ?

—Inglés, con toda certeza, y se halla al paio, a unos quinientos pasos. Pero no podemos divisar su falúa.

—¿Se han ocultado los hombres?

—Sí, ciudadano.

—¿No cometerán ninguna torpeza?

—No harán un solo movimiento hasta que llegue el inglés alto, y entonces los cercarán a todos y se apoderarán de los cinco hombres.

—Muy bien. ¿Y la señora?

—Creo que está desvanecida aún. La tenéis cerca, ciudadano.

—¿Y el israelita?

—Perfectamente amordazado y con las piernas sujetas por fuertes correas. No puede hacer ningún movimiento ni dar el más ligero grito.

—Bien, Preparad el fusil por si os hace falta y acercaos a la choza, que yo me encargaré de la señora.

Por lo visto Desgás obedeció, porque Margarita le oyó deslizarse por el roqueño acantilado; después sintió que dos manos calientes y descarnadas, que más semejaban garras, apretaban las las suyas con férrea presión.

—Antes de aflojar la mordaza que oprime vuestros hermosos labios, linda dama—decíale Chauvelin al oído y a media voz—, creo prudente haceros una ligera advertencia. Naturalmente, no puedo acertar a comprender a qué debo el honor de haber sido seguido en mi travesía de la Mancha por tan encantadora compañera; pero, si no me equivoco, el objeto de tan adulatora atención no es de los que pudieran alagar mi vanidad, y creo, además, estar en lo cierto al suponer que el

primer grito que vuestros lindos labios proferirían en el momento en que se os quitara la mordaza sería tal vez aquel que sirviera de advertencia al astuto zorro que con tantas fatigas he logrado perseguir hasta su misma guarida.

Permaneció silencioso unos momentos, pareciendo aumentar la acerada presión con que apretaba las muñecas de Margarita; después prosiguió, hablando siempre de prisa y a media voz:

—Dentro de aquella choza, si mis suposiciones no me engañan, espera vuestro hermano Armando Saint-Just con el traidor de Tournay y otros dos más, a quienes no conocéis, la llegada del misterioso libertador, cuya identidad ha tenido tanto tiempo perplejo al Tribunal Revolucionario, o sea al audaz "Pimpinela Escarlata". Indudablemente, si gritáis, si se armara aquí una algarada, si hubiese disparos, sería más que probable que las mismas piernas que condujeron a este lugar al enigma escarlata vuelvan a llevarle con igual rapidez a algún punto de refugio. Y, por consecuencia, el propósito que me hizo recorrer tantos kilómetros quedaría sin lograrse. Por otra parte, únicamente de vos depende el que vuestro hermano Armando quede libre para marchar con vos esta misma noche, si os place, a Inglaterra o a cualquier otro punto seguro.

Margarita no podía articular ni una sola palabra, pues tenía el pañuelo fuertemente atado a la boca; pero Chauvelin estudiaba de cerca sus facciones en medio de las tinieblas; sin duda la mano de Margarita respondería implorando a su última proposición, porque Chauvelin prosiguió al punto:

—Lo único que deseo que hagáis para lograr

la salvación de Armando es una cosa sencillísima, querida dama.

—¿Qué es ello?—pareció indicar la mano de Margarita en señal de respuesta.

—Quedaos aquí, en este sitio, sin articular ni una sola palabra hasta que yo os dé permiso para ello. ¡Y espero que obedezcáis!—añadió con aquella sarcástica y cínica sonrisa ahogada al notar que Margarita se ponía rígida, como desafiando semejante mandato—. Pues os prevengo que si gritáis o tratáis de pronunciar una sola palabra o de hacer el menor ruido, o tratáis de moveros de aquí, mis soldados, treinta tengo diseminados por aquí, cogerán a Saint-Just, a de Tournay y a sus dos amigos y los fusilarán por orden mía aquí mismo, delante de vuestros ojos.

Margarita había escuchado el discurso de su implacable enemigo con un espanto terrible, presa de una convulsión nerviosa. Aunque el dolor físico entumecía sus miembros, quedábale aún suficiente vitalidad mental para comprender todo el horror de la atroz alternativa en que volvía a ponerla aquel hombre inhumano, aquella fiera sedienta de sangre; una alternativa mil veces más horrenda, más espantosa que aquella en que le puso la memorable y funesta noche del baile de lord Grenville.

Esta vez significaba que se mantuviera quieta y permitiera que el esposo idolatrado se acercara paso a paso a la muerte, pues al tratar de darle aviso, que al fin y a la postre pudiera resultar ineficaz, daría la señal de muerte para su propio hermano y para los otros tres confiados hombres.

No podía distinguir a Chauvelin en la oscuridad

de la noche, pero casi presentía que aquellos hundidos y penetrantes ojos se fijaban con diabólica mirada en su desvalido cuerpo, y en sus oídos retumbaba aún el murmullo de sus apresuradas palabras como el fúnebre tañido de su última y malograda esperanza.

—Y creo, linda dama—añadió con suma cortesía—, que no es posible que tengáis más interés en salvar a nadie con preferencia a Saint-Just, y todo cuanto necesitáis hacer para conseguir su salvación es quedaros aquí, en este mismo sitio, y permanecer en absoluto silencio. Mi gente tiene órdenes severísimas para salvarle de todos modos. En cuanto a “Pimpinela Escarlata”, ¿qué es para vos? Además, creedme, que no habrá advertencia alguna que pueda salvarle, de ninguna manera. Y ahora, carísima dama, permitidme que os libre de la desagradable mordaza con que aprisionaron vuestros lindos labios. Ya veis que quiero dejaros en completa libertad para que elijáis lo que debéis hacer.

Las ideas de Margarita giraban en confuso torbellino; sus sienes latían fuertemente, sus nervios se hallaban paralizados; su cuerpo, extenuado de dolor y de fatiga, sentada allí, en la oscuridad absoluta que le rodeaba. Desde aquel sitio no podía divisar el mar, pero oía el incesante y monótono ruido de la marea que subía, y que la hablaba de sus muertas esperanzas, de su amor perdido, del adorado esposo que su misma mano traicionó y llevó a la muerte.

Chauvelin desató el pañuelo que tapaba su boca. Margarita no pronunció ni una sola palabra; en aquel momento no tenía fuerzas sino para tratar

de sostenerse y procurar pensar en lo que debía hacer.

¡Pensar... pensar!... ¡Pensar en lo que debía hacer! Los minutos pasaban volando; en aquella quietud ignoraba lo que ocurría a su alrededor, nada oía, nada veía. Ni aun sentía la embalsamada brisa de otoño, saturada de los ambientes salinos del mar; ya no oía el murmullo de las olas ni el estrépito que de vez en cuando producían algunos guijarros que caían rodando por la abrupta pendiente del acantilado. La situación le parecía cada vez más inverosímil. Parecíale imposible que ella, Margarita Blakeney, la reina de la sociedad londinense, se hallase actualmente sentada allí, en aquel trecho de solitaria costa, a medianoche y en poder de su más implacable enemigo; y era muy posible que acaso cerca de allí, a no muchos centenares de metros donde ella se hallaba, el ser a quien una vez despreció y que ahora quería más que a su vida y era su más dorado ensueño, era muy posible que él se acercase inconscientemente, quizá en aquel momento mismo, a la muerte atroz que le esperaba. ¡Y que ella nada pudiera hacer para salvarle! ¡No era posible!

¿Por qué no lanzaba gritos aterradores que, repercutiendo de un extremo a otro de la desierta playa, le transmitiesen un aviso para que desistiera de su propósito, para que se alejara inmediatamente de aquel sitio en que le acechaba la muerte si se acercaba? Una o dos veces estuvieron los gritos a punto de salir de su garganta, como instintivamente; y entonces se presentaba ante sus ojos la espantosa alternativa: su hermano y aquellos tres hombres fusilados en su presencia y por

mandato suyo; ella habría sido, indiscutiblemente, su asesino.

Aquel demonio en forma de criatura humana que se hallaba a su lado conocía a fondo la humanidad, conocía admirablemente el carácter y la naturaleza femeninas. Como hábil músico que tañe su instrumento, había tocado todas las cuerdas sensibles de su alma, haciendo vibrar todas sus emociones. Había estudiado sus sentimientos con la más delicada precisión.

Aquella señal de muerte no podía darla ella, porque era débil, porque era mujer. ¿Cómo era posible que deliberadamente mandara fusilar a Armando delante de sus ojos, que fuera culpable de que se vertiera aquella sangre querida, que al morir cayese, tal vez, sobre su cabeza la maldición de sus labios? ¡Y luego el padre de Susana, un anciano!... ¡Y los otros!... ¡Oh! ¡Aquello era horrible, espantoso!

¡Esperar..., esperar..., esperar!... ¿Hasta cuándo? Pasaban con pasmosa rapidez las horas de la madrugada, y el alba no acababa de romper; continuaba el triste y suave murmullo del mar; la nocturna brisa seguía soplando con suavidad; la solitaria playa permanecía sumida en sepulcral silencio.

De repente, y de un punto no lejano, se oyeron las agradables y armoniosas notas de una voz alegre y vigorosa que cantaba el himno inglés "¡Dios salve al rey!"

¡Que la salvara como un asesino que aquel
a quien ella amaba la despreciaba, la abandonaba
por semejante acción! ¡Pero, Dios de los cielos,
que se salvara a toda fuerza que necesitara!

¡Luchó en árdua y constante lucha y pombo
se rápidamente en el mar, en un salto de roca
en que había estado escondida; por las resacas
de la choza veía el mar llegar y retirarse; y
jamás desahucio hacia él, se tiró contra las

XXX

EL YATE

EL acongojado corazón de Margarita cesó de la-
tir repentinamente también. Presintió más
bien que oyó que los hombres que vigilaban se
disponían para la refriega. Sus sentidos la dijeron
que cada uno de ellos se colocaba en guardia, sable
en mano, pronto a saltar sobre su presa.

La voz se aproximaba más y más; en la in-
mensidad de aquel solitario acantilado, y con el
suave murmullo del mar, que moría a sus pies,
érale imposible calcular la distancia ni la dirección
por donde venía aquel alegre cantor que imploraba
con su canto a Dios que salvara a su rey, mientras
él mismo se hallaba en gravísimo peligro. La voz,
débil al principio, se hacía cada vez más sonora;
de vez en cuando se desprendía algún guijarro, sin
duda bajo las firmes psadas del cantor, y caía ro-
dando por las toscas rocas hasta llegar a la playa.

A medida que escuchaba, sentía Margarita que
su vida se escapaba de su cuerpo, como si cuando
se acercara más aquella voz, cuando aquel cantor
fuera cogido en la trampa...

Percibió indistintamente cerca de ella el ruido
seco que producía el gatillo del fusil de Desgás...

¡No, no, no! ¡Dios santo..., eso no podía ser!
¡Que la sangre de Armando cayera sobre su ca-

beza! ¡Que la señalara como su asesino, que aquel a quien ella amaba la despreciara, la aborreciera por semejante acción! ¡Pero, Dios de los cielos, que se salvara a todo trance!

Lanzó un agudo y espantoso grito, y poniéndose rápidamente en pie salvó de un salto la roca en que había estado escondida; por las rendijas de la choza veía el diminuto reflejo cárdeno; abalanzóse derechamente hacia él, se tiró contra las paredes de madera y empezó a golpearlas con los puños con loco frenesí, mientras gritaba desesperadamente:

—¡Armando! ¡Armando! ¡Por amor de Dios, haz fuego! ¡Tu jefe se acerca, viene, ha sido traicionado! ¡Armando! ¡Armando! ¡Rompe el fuego, en nombre del cielo!

Fué arrebatada violentamente de allí y arrojada con fuerza al suelo, donde cayó, lastimada y gimiendo, pero sin dejar de gritar en medio de sus sollozos y sin cuidarse de sí misma:

—¡Percy, esposo mío, huid por amor de Dios! ¡Armando! ¡Armando! ¿Por qué no haces fuego sobre el enemigo?

—¡A ver, uno de vosotros, haced que cese de gritar esta mujer!— rugía Chauvelin, apretando los dientes y sin poder apenas contenerse de golpearla.

Cubriéronla al instante el rostro con un grueso lienzo, que la impidió respirar con libertad, y vióse obligada a callar a la fuerza.

Habíase callado también el atrevido cantor, advertido sin duda por los frenéticos gritos de Margarita, del espantoso peligro que corría. Los soldados habían saltado sobre sus talones; ya no era

necesario que guardaran silencio, pues las rocas mismas retumbaban con el eco de los gritos de la infeliz y atribulada mujer.

Chauvelin dejó escapar una terrible impreca-
ción, de mal agüero para la que se atrevió a des-
baratar sus más preconcebidos planes, y gritó con
voz estentórea:

—¡Adentro, muchachos, y no dejar salir ni uno
con vida de esa choza!

La luna había vuelto a asomarse por entre los
negros nubarrones; desvaneci6se la oscuridad de
las rocas, dejando paso a los brillantes y argenta-
dos rayos lunares. Precipit6ronse todos los solda-
dos hacia la tosca puerta de madera de la choza,
mientras uno qued6se vigilando cuidadosamente a
Margarita.

La puerta estaba entreabierta; abri6la del todo
uno de los soldados de un empuj6n, pero la m6s
completa oscuridad reinaba en el interior de la
choza, y la lumbre de carb6n de leña iluminaba
tan s6lo tenuemente, con sus rojizos destellos, el
m6s distante 6ngulo del interior de la estancia.
Detuvi6ronse los soldados maquinalmente ante la
puerta, como aut6matas que esperasen instruc-
ciones.

Chauvelin, preparado para un violento ataque
desde el interior y esperando encontrar una vigo-
rosa resistencia de parte de los cuatro fugitivos,
amparados sin duda por las tinieblas del aposento,
qued6se moment6neamente petrificado de asombro
al ver a los soldados plantados ante la puerta,
como centinelas que esperan la voz de mando,
mientras en la choza no se oía el m6s ligero ruido.

Presencia de un sentimiento de extraña inquietud

llegóse también él mismo hasta la puerta de la choza, escudriñó minuciosamente las tinieblas que la envolvían y preguntó rápidamente:

—¿Qué significa esto?

—Creo, ciudadano, que los pájaros han volado y ya no hay nadie ahí—contestó, imperturbable, uno de los soldados.

—¿No habréis dejado escapar a esos cuatro hombres?—gritó Chauvelin con voz de trueno e impregnada de amenazas—. ¡Os ordené que no dejarais salir a ninguno con vida! ¡Pronto, todo el mundo tras ellos! ¡Pronto! En todas direcciones.

Los hombres, dóciles como máquinas, se lanzaron por la escabrosa vertiente del acantilado, con dirección a la playa, tirando algunos a la derecha y otros a la izquierda con asombrosa rapidez.

—Vos y los vuestros pagaréis esta torpeza con vuestras vidas, ciudadano sargento—dijo Chauvelin, con voz amenazadora, al sargento que llevaba el mando de los soldados—. Y vos también, ciudadano—añadió, volviéndose con dureza a Desgás—, por haber desobedecido mis órdenes.

—Nos mandasteis esperar, ciudadano, hasta que llegara el inglés alto y se reuniera con los cuatro hombres dentro de la choza. No ha venido nadie—replicóle el sargento, malhumorado.

—Pero también os mandé hace un momento, cuando gritó esa mujer, que entrarais a escape y no dejarais salir a nadie con vida.

—Pero, ciudadano, los cuatro hombres que estaban ahí antes salieron hace un momento, yo creo...

—¿Creéis? ¿Vos?...—rugió con rabia Chauvelin—. ¿Y dejasteis que se marcharan?...

—Nos habíais mandado esperar, ciudadano—protestó el sargento—, imponiéndonos obediencia ciega bajo pena de muerte. Esperamos. Sentí a los hombres deslizarse sigilosamente de la choza a los pocos minutos de habernos puesto al acecho, y mucho antes de que gritase la mujer—añadió, pues Chauvelin parecía haber enmudecido de rabia.

—¡Silencio!—dijo de improviso Desgás.

Oíanse repetidos disparos en lontananza. Chauvelin trató de escudriñar la playa con sus penetrantes miradas, pero en aquel momento la veleidosa luna volvió a velar su brillante luz tras un grupo de nubes y no le fué posible ver nada.

—Que uno de vosotros entre en la choza y encienda luz—balbuceó, por fin.

El sargento obedeció, impasiblemente; acercóse a la lumbre y encendió la linterna que llevaba en el correa; la choza estaba completamente vacía.

—¿Qué dirección tomaron?—preguntó Chauvelin.

—No puedo asegurarlo, ciudadano—dijo el sargento—. Al principio bajaron derechos por la pendiente, desapareciendo luego tras unas peñas.

—¡Silencio! ¿Qué ha sido eso?

Los tres escucharon atentamente. Lejos, muy lejos, se oía el débil eco, que iba desvaneciéndose ya del chapoteo de media docena de remos sobre las aguas del mar. Chauvelin sacó el pañelo y se limpió el sudor que inundaba su frente.

—¡La falúa del yate!—fué lo único que pronunció, con voz entrecortada.

Por lo visto, Armando Saint-Just y sus tres

compañeros lograron deslizarse por la vertiente de las rocas que formaban el acantilado, mientras los hombres, como buenos soldados del bien disciplinado ejército republicano, obedecieron ciegamente, temiendo por sus vidas, las severas órdenes de Chauvelin de esperar sin moverse al inglés alto, cuya captura era la más importante.

Indudablemente habían alcanzado una de las caletas salientes y que a intervalos se extienden mar afuera por aquella costa, y tras ella debieron de esperar la falúa del *Day-Dream*, hallándose a la sazón, sanos y salvos, a bordo del yate inglés.

Y como para confirmar esta suposición, oyóse el sordo estampido de un cañonazo disparado en alta mar.

—El yate, ciudadano—dijo Desgás con tranquilidad—, se hace a la vela.

Chauvelin necesitó de toda su presencia de ánimo para no dejarse llevar de un inútil y bochornoso acceso de rabia. Ya no le cabía duda de que aquel maldito cerebro inglés había vuelto a engañarle de manera consumada. Cómo consiguió llegar hasta la choza sin ser visto por ninguno de los treinta soldados que acechaban el lugar, no podía Chauvelin concebirlo siquiera. Que lo hiciera antes de que llegasen los treinta al acantilado era bastante comprensible; pero cómo pudo llegar hasta allí en el carro de Rubén Goldstein, haciendo el recorrido desde Calais sin ser visto por las diversas patrullas que rondaban los alrededores, no podía humanamente explicárselo. Parecía verdaderamente que un poderoso hado cuidaba del atrevido "Pimpinela Escarlata", y su astuto enemigo se estremecía casi de pavor y de supersti-

ción al mirar en torno suyo y contemplar las elevadísimas rocas del acantilado y la soledad de aquella lejana costa.

Mas no era ensueño: era realidad y tenía lugar el año de gracia de 1792; se hallaban realmente cerca del acantilado, y no había por allí fantasmas ni brujas. Chauvelin y sus treinta soldados habían escuchado indistintamente aquella voz maldita que cantó el “¡Dios salve al rey!”, unos veinte minutos largos después de haberse ellos colocado al acecho de la choza; en aquel momento es cuando los fugitivos debieron de haber llegado a la caleta y alcanzado la falúa, y la caleta más cercana estaba a un kilómetro de la choza.

¿En dónde se había metido aquel intrépido cantor? A menos que el mismo Satanás le hubiera prestado alas, no hubiera podido recorrer aquel kilómetro de escabrosas rocas en el intervalo de dos minutos, que es lo que únicamente había transcurrido entre su canción y el eco de los remos de la falúa allá en el mar. Tenía a la fuerza que haberse quedado en tierra; estaría a la sazón oculto en algún punto de las rocas; las patrullas no se habían retirado; indudablemente, sería visto. Volvía a renacer la esperanza en el corazón de Chauvelin.

Uno de los soldados que se habían lanzado en persecución de los fugitivos volvía a subir despacio por el acantilado y llegó al lado de Chauvelin precisamente en el momento en que renacía aquella esperanza en el alma del astuto diplomático.

—Hemos llegado tarde, ciudadano — dijo el soldado —; llegamos a la playa justamente antes de ocultarse la luna tras aquellas nubes. Es indudable que la falúa debía de estar esperándolos de-

trás de la caleta que está a un kilómetro de aquí; mas cuando llegamos a la playa hacía ya un buen rato que se había apartado de la orilla y avanzaba mar afuera. Llevaba rumbo directo hacia el yate, y se deslizaba rápidamente sobre la superficie de las aguas. Podíamos distinguirla claramente a la luz de la luna. Le hicimos una descarga, mas fué infructuosa.

—Sí — exclamó Chauvelin, con vehemente impaciencia—; hacía un buen rato que se había apartado de la orilla, decís, y la caleta más cercana está a un kilómetro de aquí.

—Eso es, ciudadano. Corrí todo el trayecto a lo largo de la playa, aunque presumía que la falúa tenía que haber estado esperando cerca de la caleta y amparada por su sombra, pues allí llega antes la marea. La falúa debe de haberse hecho a la mar momentos antes de empezar a gritar la mujer.

¡Momentos antes de gritar la mujer! Luego las esperanzas de Chauvelin no le habían engañado. El atrevido "Pimpinela Escarlata" pudo haber logrado enviar delante a los fugitivos para ganar la falúa, mas él no tuvo, seguramente, tiempo de llegar a ella; aun estaría en tierra; los caminos todos estaban cuidadosamente vigilados. Por lo menos, no se había perdido todo, ni se perdería tampoco, mientras aquel insolente inglés permaneciera en suelo francés.

—¡Traed la luz inmediatamente!—ordenó imperiosamente Chauvelin, volviendo a entrar en la choza.

El sargento acudió apresuradamente con su linterna, y ambos comenzaron a registrar la reducida estancia; con una rápida ojeada dióse cuenta

Chauvelin de lo que contenía: un caldero, muy arrimado a una abertura de la pared, y conteniendo los últimos restos de las ascuas de carbón, que se apagaban lentamente; un par de escabeles, volcados sin duda por la prisa de una repentina huída; luego, las herramientas y las redes del pescador tiradas en un rincón, y, cerca de ellas, una cosa pequeña y blanca.

—Recoged eso—dijo Chauvelin al sargento, señalando aquel fragmento—y dádmelo.

Era un pedazo de papel arrugado que, por lo visto, olvidaron los fugitivos con la prisa de su marcha. Amedrentado el sargento por la aparente impaciencia rabiosa del ciudadano, recogió el papel y se lo presentó respetuosamente a Chauvelin.

—Leedlo, sargento — exclamó éste con brevedad.

—Apenas puede descifrarse, ciudadano; son unos garabatos horribles...

—Leedlo he dicho—volvió a gritar Chauvelin, furioso.

A la luz de su linterna empezó el sargento a deletrear las pocas palabras que, aprisa y mal, se habían trazado en el papel:

“No puedo llegar hasta vosotros sin peligrar vuestras vidas y el éxito de vuestra fuga. Al recibo de ésta, aguardad dos minutos, salid luego de la choza con sigilo, uno a uno; torced hacia la izquierda y, con gran cautela, deslizaos por la pendiente del acantilado; seguid siempre hacia la izquierda, hasta que lleguéis a la primera roca que veáis saliente al mar; tras ella, en la caleta, os espera la falúa. Dad un largo y agudo silbido, y se acercará;

entrad en ella, mi gente os conducirá hasta el yate y de allí a Inglaterra, adonde llegaréis a salvo. Una vez a bordo del *Day-Dream*, mandad de nuevo la falúa para recogerme; decid a mis marinos que estaré en la caleta que en línea recta se halla frente a "El Gato Pardo", cerca de Calais. La conocen perfectamente. Estaré allí lo antes posible; pero han de esperarme a distancia segura, hasta que reciban la consabida señal. No os retraséis, y seguid estas instrucciones al pie de la letra."

—Luego, la firma, ciudadano—añadió el sargento, devolviendo el papel a Chauvelin.

Mas éste no había perdido un detalle. Una frase de aquellos importantes garabatos habíase grabado en su imaginación con caracteres indelebles: "estaré en la caleta que en línea recta se halla frente a "El Gato Pardo", cerca de Calais". Aquella frase podía significar aún su victoria.

—¿Quién de vosotros conoce bien la costa? gritó a sus hombres, que, uno a uno, volvían de su infructuosa excursión y se reunían en torno de la choza.

—Yo, ciudadano—dijo uno de ellos—; nací en Calais y conozco hasta el último guijarro de estas rocas.

—¿Hay una caleta en línea recta, frente a "El Gato Pardo"?

—Efectivamente, ciudadano. La conozco muy bien.

—El inglés espera llegar a ella. Seguramente que él no conoce hasta el último guijarro de estas rocas; acaso tomará la ruta menos directa para llegar a ella, y, de todos modos, se andará con cau-

tela, por temor a caer en manos de las patrullas. Por lo menos, nos queda aún la esperanza de cogerle. Mil francos para cada hombre que llegue a esa caleta antes que ese insolente inglés.

—Yo conozco un atajo que cruza las rocas—exclamó el soldado, lanzando un grito de entusiasmo y echando a correr precipitadamente, seguido muy de cerca por sus camaradas.

A los pocos instantes perdíase en lontananza el ruido de los pasos, que se alejaban rápidamente. Chauvelin escuchó un rato; la recompensa ofrecida servía de acicate a aquellos soldados de la República. Volvió a reaparecer en su semblante el reflejo del odio y brilló en sus ojos una mirada de triunfo.

Desgás manteníase a su lado, mudo e impasible aún, esperando nuevas órdenes, mientras dos soldados se arrodillaban a cada lado de la postrada forma de Margarita. Chauvelin echó al secretario una mirada diabólica. Sus bien fraguados planes habían fracasado, la conclusión era problemática; aún existían muchas probabilidades de que el ingenioso y atrevido "Pimpinela Escarlata" lograra escapar, y Chauvelin, con aquella salvaje furia que a veces se apoderaba de él, anhelaba desahogar su cólera con alguien.

Todavía sujetaban en el suelo a Margarita los dos soldados, aun cuando la infeliz no mostraba la más mínima resistencia. Su naturaleza, rendida al fin, sucumbió, sumiéndola en un profundo desmayo que la dejó exánime como una muerta; las sombras violáceas que circundaban sus ojos eran pruebas elocuentes de largas noches de insomnio; los enredados y húmedos cabellos que rodeaban su frente;

sus labios, que se entreabrían en una convulsiva curva, indicaban un horrendo sufrimiento físico.

La mujer de "más agudo ingenio de Europa", la elegante y fascinadora lady Blakeney, que deslumbraba a la alta sociedad de Londres con su belleza, sus encantos y su prodigalidad, presentaba en aquel momento un aspecto lastimoso, un cuadro que hubiera enternecido a cualquier corazón menos duro y vengativo que el de su burlado enemigo.

—¡De poco sirve vigilar a una mujer que está medio muerta—exclamó Chauvelin despreciativamente, volviéndose a los soldados—, cuando habéis dejado escapar a cinco hombres que estaban mejor preparados para la fuga!

Levantáronse los soldados dócilmente.

—Lo mejor que podéis hacer—continuó Chauvelin—es buscarme de nuevo la senda y el desvencijado carro que dejamos en la carretera.

Súbitamente, pareció ocurrírsele una idea brillante.

—Y, a propósito, ¿dónde está el israelita?

—Aquí cerca, ciudadano—dijo Desgás—; le puse una mordaza y le até las piernas como mandasteis.

Cerca de allí se oía un lastimero quejido, que llegó a oídos de Chauvelin. Siguió los pasos de su secretario, que se dirigía al otro lado de la choza, en donde yacía el infeliz descendiente de Israel con las piernas atadas y con una mordaza en la boca.

Su cara, vista a la pálida luz de la luna, estaba lívida de espanto; tenía los ojos desmesuradamente abiertos y casi vidriosos; todo su cuerpo temblaba convulsivamente, como si tuviese fiebre, y un lastimero quejido se escapaba de sus exangües labios,

La soga que le habían liado por los hombros y los brazos había cedido por lo visto, porque envolvía su cuerpo, hecho completamente una maraña. Mas apenas parecía darse cuenta de ello, pues no había hecho el menor esfuerzo por moverse del sitio en que Desgás le dejó primeramente; estaba como gallina atontada, que mira con terror la línea trazada sobre una mesa con tiza blanca, como una garra de hierro que paraliza sus movimientos.

—Traedme a ese cobarde bruto—ordenó Chauvelin.

La rabia le dominaba, y ya que no podía desahogar su ira con racional fundamento en los soldados, que cumplieron, demasiado fielmente, con sus mandatos, creyó que serviría admirablemente de blanco a sus odios el hijo de una despreciada raza. Con el característico menosprecio que todo francés siente hacia un israelita, y el cual ha sobrevivido durante el transcurso de los siglos, llegando latente aun hasta nuestros días, no quiso acercarse mucho cuando dos soldados sacaron al desventurado anciano a los rayos de la pálida luna, contentándose con decirle con cruel sarcasmo:

—Supongo que, como buen judío, tendrás buena memoria para recordar tus tratos. ¡Contesta! —volvió a exclamar, al notar que un temblor convulsivo agitaba los labios de éste y que parecía morir de espanto.

—¡Sí, excelencia!—balbuceó el infeliz.

—Entonces, ¿te acordarás del que hicimos tú y yo en Calais, en el que me prometiste que alcanzaríamos a Rubén Goldstein con su carro y con mi amigo el inglés alto, eh?

—Pe... pe... pero... excelencia...

—No hay "pero" que valga. Te pregunto si te acuerdas.

—Sí..., excelencia.

—¿Cuál fué el trato?

Reinó un silencio de muerte; el desgraciado anciano miró en torno suyo, dirigiendo la vista a las elevadas rocas, a la luna, a las estoicas caras de los soldados y hasta a la pobre mujer postrada y sin sentido que allí cerca se encontraba, pero no dijo una palabra.

—¿Hablarás por fin?—gritó Chauvelin con voz estentórea e impregnada de amenazas.

El infeliz trató de hacerlo, pero sin duda no podía. Mas era indudable que comprendía lo que podía esperar de manos de aquel hombre sin entrañas.

—Excelencia...—se atrevió a decir, suplicante.

—Ya que el terror parece haber paralizado tu lengua —díjole Chauvelin sarcásticamente—, me veo obligado a refrescarte la memoria. Convini-mos en que si alcanzábamos a mi amigo, el inglés alto, antes de llegar a este punto, te ganarías diez piezas de oro.

De los labios del israelita escapóse un lento gemido.

—Pero —añadió Chauvelin con marcado énfasis—, si me engañabas con falsas promesas, te ganarías una soberbia paliza, que te enseñara a no mentir.

—No mentí, excelencia; os juro por Abraham...

—Sí, y por los demás patriarcas, lo sé. Desgraciadamente, creo que aún se hallan en los infiernos, según tu credo, y que no pueden ayudarte en esta

tribulación. Ahora bien, no cumpliste con tu parte en el trato, pero yo estoy dispuesto a cumplir con la mía. Y, por lo tanto, voy a hacer que te den una soberana paliza. A ver, muchachos—añadió, dirigiéndose a los soldados—. Vuestras correas, listas por la parte de la hebilla, para aplicarlas sobre las espaldas de este condenado judío.

Y mientras los soldados soltaban sus anchos cinturones de cuero, como se les mandaba, el israelita lanzó un aullido que hubiera bastado seguramente, por sí solo, para sacar a todos los patriarcas de los infiernos y de las otras partes que estuviesen metidos, y traerlos a la defensa de su descendiente, acometido villanamente por aquel monstruoso oficial francés.

—Creo poder confiar en vosotros, ciudadanos soldados—dijo Chauvelin, riendo con malicia—, y espero que daréis a este viejo embustero la más excelsa y soberana paliza que jamás haya sufrido. Pero no lo matéis—añadió secamente.

—Obedeceremos, ciudadano — contestaron los soldados, imperturbables como siempre.

No esperó ver ejecutadas sus órdenes: sabía que podía tener confianza en aquellos soldados de la República, que recordaban aún sus amenazas y no se andarían con remilgos, ahora que les concedía plena libertad para maltratar a un semejante.

—Cuando ese torpe cobardón haya recibido su castigo — dijo a Desgás — los muchachos pueden llevarnos hasta el carro y uno cualquiera de ellos podrá conducirnos de nuevo a Calais. El israelita y la mujer se encargarán de cuidarse mutuamente—añadió con rudeza—hasta que podamos mandar mañana a recogerlos. En el estado en que están

no podrán alejarse mucho, y en este momento no nos podemos ocupar de ellos.

Chauvelin no había perdido las esperanzas. Los soldados, estimulados por la recompensa, se darían buena maña para la persecución. Aquel enigmático y audaz "Pimpinela Escarlata", aislado y solo, y con treinta hombres detrás de él pisándole los talones, como quien dice, no podría humanamente volver a escapársele por segunda vez.

Mas no se sentía ya tan seguro: le desconcertó una vez la audacia del inglés, y la cerril estupidez de los soldados, hermanada con la intempestiva intervención de una mujer, habíanle hecho perder el juego, cuando sus cartas todas eran triunfos. Si Margarita no le hubiese entretenido, si los soldados hubieran tenido dos dedos de frente, si... Fué un prolongado "si", y Chauvelin callóse por un momento, abarcando en una sola y terrible maldición a más de treinta personas. La Naturaleza, toda poesía, silenciosa y embalsamada de fragante aroma; la hermosa luna, el apacible y plateado mar, hablaban con elocuencia de belleza y de reposo; y Chauvelin maldecía de la Naturaleza, maldecía a aquel hombre y a aquella mujer, y, por encima de todo, a aquel entremetido y enigmático inglés lo maldecía con una horrenda y espantosa maldición.

Los aullidos del israelita, que sufría en sus espaldas el inmerecido castigo, eran un dulce bálsamo para su corazón, que rebotaba de perversidad y de rencor. A sus descarnados labios asomó una sonrisa mefistofélica. Su alma parecía calmarse con la idea de que, por lo menos, otra criatura humana sufría como él; no estaba contento con la humanidad.

Volvióse para contemplar por última vez la solitaria costa en que se hallaba enclavada la choza de madera, iluminada por los suaves destellos de los pálidos rayos de la luna y escena de la más grande derrota que jamás había sufrido el principal auxiliar del Tribunal revolucionario.

Apoyada en una roca y tendida sobre un lecho de piedras hallábase la inanimada forma de Margarita Blakeney, y a unos cuantos pasos de allí recibía el israelita, en sus anchas espaldas, los golpes que le asestaban con dos fuertes correas los robustos brazos de dos fornidos soldados de la República. Los gritos de Benjamín Rosebaum eran capaces de levantar a los muertos de sus tumbas. Seguramente despertarían a las dormidas gaviotas y las harían contemplar con gran interés las sórdidas acciones de los reyes de la creación.

—¡Basta!—ordenó Chauvelin, al notar que los gemidos del israelita se debilitaban y que parecía haberse desmayado el infeliz—. No queremos matarle.

Los soldados, dóciles a la consigna, volvieron a ponerse el correaje, y uno de ellos, con perversidad inaudita, apartó al israelita de un puntapié.

—Dejadle ahí—dijo Chauvelin—y guíad a toda prisa en dirección al carro. Ya os sigo.

Acercóse al sitio en que yacía Margarita y contempló un momento su rostro. Por lo visto había recobrado el sentido y se esforzaba débilmente por incorporarse. Sus grandes ojos azules miraron con terror aquel repugnante espectáculo que la luna iluminaba y se posaron, con mezcla de horror y conmiseración, en el desventurado israelita, cuya desdichada suerte y cuyos lastimeros queji-

dos fueron las primeras señales de vida que sus sentidos pudieron percibir; después dióse cuenta de la presencia de Chauvelin, que se mantenía rígido y fiero ante ella, con su traje oscuro en perfecto orden y que apenas parecía desarreglado, a pesar de los agitados acontecimientos que con tanta rapidez se sucedieron durante aquellas últimas horas. Sonreía sarcásticamente, y sus hundidos ojos la escudriñaban con una mirada en la que brillaba la más reconcentrada malicia.

Inclinóse con burlona galantería y llevó la mano de Margarita, fría como el mármol, hasta sus descarnados labios, haciendo estremecer todo su fatigado cuerpo de indescriptible aborrecimiento.

—¡Cuánto siento, linda dama—dijo, con su más suave acento—, que circunstancias ajenas a mi voluntad me obliguen, por el momento, a dejaros sola aquí! Pero me ausento en la perfecta seguridad de que no os dejo desamparada. Aquí, nuestro amigo Benjamín, aunque a la sazón se encuentra algo fatigado, será para vuestra linda persona un gallardo defensor, no me cabe duda. Al amanecer mandaré un destacamento en busca vuestra; hasta entonces, estoy segurísimo de que hallaréis en él un servidor devoto, aunque algo tardío.

Margarita no tuvo fuerzas más que para volver la cabeza al otro lado. Su corazón estaba transido del dolor más cruel. Una horrorosa idea se aferraba a su mente, mientras acababa de recobrar por completo el conocimiento. ¿Qué era de Percy? ¿Qué había sido de Armando?

Ignoraba en absoluto lo que había ocurrido después de oír la alegre canción del “¡Dios salve al rey!”, que creyó que era la señal de muerte.

—Yo mismo—terminó diciendo Chauvelin—me veo obligado a dejaros, muy a disgusto mío, en verdad. Hasta la vista, pues, linda dama. Espero que volvamos a vernos pronto en Londres. ¿Os veré tal vez en la *garden-party* del príncipe de Gales? ¿No? Bien; hasta la vista, pues. Os ruego deis mis más expresivos recuerdos a sir Percy Blakeney.

Y, sonriendo irónicamente, inclinóse por última vez, volviendo a besar la mano de Margarita, y desapareció después por la senda, detrás de los soldados, seguido por el imperturbable Desgás.



XXXI

LA HUÍDA

MEDIO aturdida aún, Margarita prestó atención al ruido de las pisadas de los cuatro hombres, que se alejaban rápidamente.

Tan profundo era el silencio que, tendida en el suelo y con el oído pegado a él, Margarita distinguía claramente el rumor de los pasos, hasta que los sintió llegar a la carretera, oyendo luego el débil eco de las desvencijadas ruedas del carro y el trote pesado del flaco rocín, que le indicaban que el enemigo se alejaba y que se hallaba ya a un cuarto de hora de allí. Cuánto tiempo permaneció allí no podía explicárselo, pues había perdido la noción del tiempo; contempló con vaguedad el cielo, iluminado por la pálida luna, y escuchó como en un ensueño el monótono murmullo de las olas.

La vivificante brisa salobre del mar era como un néctar para su rendido cuerpo, y la inmensidad de las solitarias rocas semejava un campo de ensueños. Sólo su cerebro conservaba la sensibilidad y continuaba sufriendo la incesante e intolerable tortura de la incertidumbre. ¡Nada sabía!

Ignoraba si Percy se hallaba en aquel momento en manos de los soldados de la República, sufriendo, como le ocurrió a ella, la befa y el escarnio de

su feroz enemigo. Ignoraba si en aquella choza yacería el cuerpo inanimado de Armando; si Percy se habría salvado, enterándose luego de que fueron las manos de su esposa las que guiaron y dirigieron el asesinato de Armando y de sus amigos, cometido por aquellas fieras humanas.

Tan inmenso era el dolor físico que le producía su horrible cansancio, que esperaba con confianza que su fatigado cuerpo quedaría ya para siempre descansando en aquel sitio, después de los terribles sufrimientos, de la pasión desbordada y de las intrigas de los últimos días; que descansaría allí, bajo aquel límpido cielo, al arrullo de las olas del mar, mientras las perfumadas brisas del otoño la elevarían sus suaves cánticos mortuorios. Tan solo, tan silencioso estaba todo en derredor suyo, que parecía un terreno encantado de país de los ensueños. Hasta el último débil rumor lejano del carro se había desvanecido ya por completo hacía mucho tiempo..

Súbitamente vino a interrumpir la soledad de la playa un rumor raro... el más extraño, sin duda, que jamás escucharon aquellas solitarias y escabrosas rocas de Francia.

Tan singular fué aquel ruido, que la suave brisa cesó de murmurar, y los menudos guijarros dejaron de rodar por la abrupta pendiente. Tan peculiar era, en verdad, que Margarita, extenuada de fatiga y rendida de dolor, creyó por un momento que la benéfica insensibilidad de la muerte jugaba fantásticamente con sus aletargados sentidos.

El ruido era de una fuerte voz varonil, que pronunciaba una imprecación genuinamente inglesa:

—¡Maldito sea!

Las gaviotas despertaron en sus nidos, y, atónitas, miraron en torno suyo; una lejana y solitaria lechuza lanzó un grito estridente, que retumbó en la soledad de la noche; las elevadas rocas retemblaron al escuchar semejante imprecación.

Margarita creyó un instante que sus oídos la engañaban. Se incorporó levemente con sus dos manos y aguzó sus cinco sentidos por ver, oír o saber el significado de aquel ruido tan genuinamente humano.

Durante breves instantes volvió a reinar un silencio profundo en la inmensidad de la noche.

Margarita, que escuchaba como electrizada, que creía soñar con aquella serena y magnética luz de la luna, volvió a oír de nuevo el mismo ruido, la misma voz; su corazón cesó de latir y, mirando en derredor con los ojos desmesuradamente abiertos, no se atrevió a dar crédito a sus sentidos.

—¡Voto a Belcebú! Quisiera que esos condenados gabachos no me hubiesen golpeado tan fuerte.

Esta vez no podía haber error: sólo existían un par de labios esencialmente ingleses que pudieran proferir tales palabras con aquel tono amodorrado, lento y remilgado.

—¡Malditos "franchutes"!—volvieron a repetir, con énfasis, aquellos labios ingleses—. ¡Por vida del chapiro! ¡Me han dejado más suave que un guante!

De un salto púsose de pie Margarita.

¿Soñaba? ¿Eran aquellas enormes y majestuosas rocas las puertas del Paraíso? ¿Es que el per-

fumado soplo de la brisa obedecía al aleteo de los ángeles, que le traían divinos goces para calmar su intenso sufrimiento? ¿O es que desvariaba, víctima de su desmayo y de su debilidad?

Aguzó de nuevo el oído y volvió a oír otra vez aquellos sonidos, característicos del hermoso y típico idioma inglés, que no procedían del Paraíso ni semejaban tampoco el aleteo de los ángeles.

Miró con anhelo en torno suyo, extendiendo su vista hacia las elevadas rocas, a la abandonada choza y al enorme trecho de escabrosas peñas. Más alto o más bajo, en alguna parte, tras alguna peña, dentro de alguna grieta y oculto de sus amantes ojos debía de estar el dueño de aquella voz, que una vez la irritaba, pero que si ahora pudiera tan sólo llegar a ella, convertiría a Margarita en la mujer más feliz de toda Europa.

—¡Percy! ¡Percy! —gritó histéricamente, torturada por una horrible incertidumbre, mezclada de esperanza—. ¡Estoy aquí! ¡Cerca vos! ¡Venid a mí! ¿Dónde estáis? ¡Percy! ¡Percy mío!...

—Me parece muy bien que me llaméis, querida mía —replicó aquella voz somnolienta y pausada—. ¡Voto al infierno! No puedo llegar a vos: esos malditos “franchutes” me han atado como un cerdo al asador y tengo menos fuerzas que un ratoncillo. ¡No puedo moverme de aquí!

Pero Margarita no comprendía aún. Transcurrieron diez segundos por lo menos antes de poder darse cuenta de dónde procedía aquella voz tan pausada y tan querida, y ahora tan impregnada de debilidad y de dolor. No veía a nadie... más que,

cerca de aquella roca... ¡Gran Dios! ¡El israelita!... ¿Sería posible?... ¿Estaba loca?... ¿Señaba?...

Con la espalda vuelta a los pálidos reflejos de la luna, y medio agachado, esforzándose el judío vanamente por incorporarse, valiéndose de sus vigorosos brazos, fuertemente atados. Margarita corrió hacia él, cogió su cabeza con las dos manos y fijó su mirada en aquellos ojos azules, bonachones y que brillaban de alegría, reluciendo en el fantástico y descompuesto semblante del hebreo.

—¡Percy! ¡Percy! ¡Esposo mío!—dijo ella con voz ahogada y creyendo morir de felicidad—. ¡Gracias a Dios! ¡Gracias, Dios mío!

—¡Por vida del diablo! Querida mía—replicó él, con su habitual buen humor—, las gracias se las daremos los dos luego; por ahora, creo que debieras ver si te era posible aflojar estas malditas cuerdas y sacarme de esta postura poco elegante.

Margarita no tenía navaja alguna; sus dedos estaban entumecidos y sin fuerzas, pero se valió de sus dientes, derramando lágrimas de alegría, que bañaban como una lluvia de rocío aquellas aprisionadas manos.

—¡Pardiez!—exclamó él cuando, al fin, cedieron las cuerdas a los frenéticos esfuerzos de Margarita—. Querría saber si ha ocurrido jamás cosa igual; ¡que un noble inglés se dejara azotar por un maldito gabacho, sin tratar siquiera de medirle las costillas con la misma vara!

Era evidente que el intenso dolor físico había rendido su cuerpo, pues cuando la cuerda cedió al fin, cayó pesadamente sobre la roca.

Margarita miraba en torno suyo, desesperada.

—¡Si tan sólo pudiera encontrar una gota de agua en esta inmensa playa!—gritó, angustiada, viendo que Percy estaba a punto de perder de nuevo el conocimiento.

—¡Ah querida mía!—murmuró él, con su afable sonrisa—. Si lo dices por mí, preferiría una gota de buen coñac francés. Si quieres meter tu mano en el bolsillo de esta vieja y sucia vestimenta, encontrarás mi tarro... Yo, ni siquiera puedo moverme.

Cuando hubo bebido un trago de coñac, obligó a Margarita a hacer lo mismo.

—¡Válgame Dios! Esto ya está mejor, ¿verdad, mujercita?—dijo con un suspiro de satisfacción—. ¡Pero vaya un traje tan poco decoroso en que sir Percy Blakeney ha sido hallado por su esposa! Y no cabe equivocarse. ¡Caramba!—añadió, pasándose la mano por la barba—. Hace cerca de veinte horas que no me he afeitado: ¡estaré asquerosísimo! Pues, ¿y estos bucles? ¡Están sucios de verdad!

Y riendo como un chiquillo quitóse la fea peluca que le desfiguraba y estiró sus brazos y sus piernas que estaban entumecidos de tantas horas de encorvamiento. Luego inclinándose, fijó sus grandes ojos en los lípidos y azules de Margarita, con mirada minuciosa y escudriñadora.

—¡Percy!—murmuró Margarita, mientras la sangre teñía de púrpura sus delicadas mejillas y su alabastrino cuello—. ¡Si tan sólo supieras...!

—¡Lo sé..., amada mía...; lo sé todo!—replicó con infinita ternura.

—¿Y podrás perdonarme alguna vez?

—No tengo nada que perdonarte, bien mío. Tu heroísmo, tu devoción, que yo, desgraciadamente, tan poco me merecía, han expiado con creces aquel desdichado episodio del baile.

—¿Luego lo sabías?—murmuró ella—. ¿Todo este tiempo?

—¡Sí—contestó él con ternura—, lo sabía todo este tiempo!... Pero, ¡voto al chápuro!, que si yo hubiese sabido lo noble que era tu alma, Margarita mía, hubiera confiado en ti como te lo merecías y no hubieras tenido que pasar por los crueles sufrimientos de estas últimas horas, corriendo tras un esposo cuyas faltas necesitan perdón.

Juntos el uno al lado del otro se apoyaban en la roca, descansando él su dolorida cabeza sobre el hombro de Margarita; entonces era cuando le cuadraba el nombre de “la mujer más feliz de Europa”.

—Y ahora resultamos el caso del ciego conduciendo al cojo, ¿verdad, alma mía?—dijo sir Percy con su alegre risa—. ¡Caracoles! Y no sé lo que dolerá más, si mis hombros o tus monísimos pies.

Inclinóse para besarlos, al ver que asomaban por sus medias rotas, como prueba elocuente de sus sufrimientos y de su pasión.

—Pero ¿y Armando?—dijo Margarita, presa de súbito terror y acongojada por el remordimiento al ver surgir en medio de su felicidad la imagen del hermano querido, por quien había cometido aquella grave falta.

—Nada temas por Armando, vidita mía—dijo él con ternura—. ¿No te empecé mi palabra de

honor que se salvaría? Con De Tournay y los otros se halla ahora mismo a bordo del *Day-Dream*.

—Pero ¿cómo?... ¡No comprendo! —replicó ella con entrecortada voz.

—Y sin embargo es muy sencillo, prenda mía —contestó él con aquella insulsa y cómica sonrisa que había adoptado—. Verás: cuando vi que ese animal de Chauvelin se había propuesto no perderme de vista y pegarse a mí como una sanguijuela, creí que lo mejor sería traérmelo, ya que no podía quitármelo de encima. Yo tenía que llegar de alguna manera hasta Armando y los otros, y todos los caminos estaban patrullados y todo el mundo vigilaba estrechamente para coger a este tu humilde servidor. Ya sabía yo, cuando me escurrí de los dedos de Chauvelin en “El Gato Pardo”, que no me sería posible dirigirme aquí por ningún lado sin que él me acechase en este mismo sitio. Y no quería yo perderlo de vista, quería vigilar todos sus movimientos, y el ingenio inglés es siempre tan bueno como el francés.

Y seguramente que esta vez había resultado infinitamente superior, y el corazón de Margarita se henchía de alegría y de asombro al oír contar a su esposo la temeridad con que logró arrancar de allí a los fugitivos, en las mismas barbas de Chauvelin.

—Disfrazado de viejo y sucio israelita —prosiguió alegremente—, estaba cierto de que no me reconocería. Hacía poco que me había encontrado con Rubén Goldstein en Calais, y éste, a cambio de unas cuantas piezas de oro, me dió este equipo y se comprometió a ocultarse donde

nadie lo viera, prestándome al mismo tiempo su carro y su jaca.

—Pero ¿y si Chauvelin te hubiese descubierto? —dijo Margarita, con acento entrecortado por la excitación—. Es admirable el disfraz, pero ¡es tan astuto!...

—¡Caracoles! —contestó sir Percy tranquilamente—, pues se hubiera acabado todo de una vez, seguramente. Pero no podía menos de someterme a la prueba. Conozco bastante bien el corazón humano—añadió, dando a su voz alegre y genial un acento de melancolía—, y a los franceses los conozco a fondo. Detestan tanto a un judío, que jamás se acercarán a él más de un par de pasos y, ¡voto al chápiro!, que creo logré representar el tipo más asqueroso que imaginarse pueda.

—¡Sí!... ¿Y luego? —preguntó ella con anhelo.

—Pues verás: luego puse en práctica mi pequeño plan; es decir, primero resolví dejarlo todo a la ventura; mas cuando oí a Chauvelin dar sus órdenes a los soldados, pensé que la suerte se había puesto al fin de parte mía. Confié en la ciega obediencia de los soldados. Chauvelin les prohibió, bajo pena de muerte, que hicieran ningún movimiento antes de llegar el inglés alto. Desgás me tiró al suelo, como un fardo, muy cerca de la choza; los soldados no se preocupaban para nada del israelita que había conducido allí al ciudadano Chauvelin. Con algún esfuerzo, logré libertar mis manos de las cuerdas con que me había atado ese bruto; siempre llevo conmigo lápiz y papel, adondequiera que vaya y en la forma en que me vista: apresu-

radamente escribí unas indicaciones importantes; miré en derredor mío y fui arrastrándome hasta la misma choza, delante de los ojos de los soldados, que se habían ocultado ya y que obedeciendo las severas órdenes de Chauvelin no se atrevían a hacer movimiento alguno; dejé caer la esquila por una rendija del muro de madera al interior de la choza, y esperé. En aquella notita decía a los fugitivos que salieran cautelosamente de la choza, que se deslizaran sigilosamente por la pendiente del acantilado, siguiendo siempre a la izquierda hasta llegar a la primera caleta, y que dieran allí una señal preconcertada para que la falúa del *Day-Dream*, que los estaría esperando por allí cerca, se adelantara en seguida para recogerlos. Afortunadamente para ellos y para mí obedecieron mis instrucciones al pie de la letra. E igualmente obedientes a las órdenes de Chauvelin fueron sus soldados, pues no se movieron. Esperé cerca de media hora, y cuando comprendí que los fugitivos estaban ya a salvo, di la señal que tanto barullo ocasionó.

Y esa era toda la historia. ¡Cuán sencilla parecía! Margarita estaba asombrada del maravilloso ingenio, del infinito valor y de la admirable audacia con que logró sacar adelante el atrevido proyecto.

—¡Pero esos brutos te azotaron!—dijo, horrorizada por el recuerdo de tan atroz ignominia.

—Bueno; pero eso no podía remediarse—replicó él con dulzura—. Mientras no se decidiera la suerte de mi mujercita, tenía que quedarme a su lado. Pero, ¡voto al infierno!—añadió con genialidad—, pierde cuidado, que Chauvelin no ha de perder nada con esperar; ¡te aseguro que no! Deja que le coja en Inglaterra, y ¡Dios mío, que está zurra

me la va a pagar con interés compuesto, te lo prometo!

Margarita se echó a reír. Sentíase tan feliz a su lado escuchando embelesada su dulce voz, mirando el alegre pestañeo de sus diáfanos ojos azules al paso que extendía sus vigorosos brazos, anhelando coger en ellos a su enemigo y regocijándose del merecido castigo que pensaba imponerle, que se había ovidado de sí misma.

Pero, de pronto, estremeciósese Margarita; el sonrosado color con que la dicha teñía sus mejillas desapareció de súbito y apagóse en sus ojos el alegre destello de la felicidad: había oído allá arriba unos pasos cautelosos y un guijarro que, desprendiéndose de las rocas, había caído rodando del acantilado hasta la playa.

—¿Qué es eso?—balbuocé, estupefacta.

—No es nada, nena mía—replicóle él entre dientes y con una alegre carcajada—; es un detalle que, por casualidad, habías olvidado... Mi amigo Foulkes...

—¡Sir Andrew!—exclamó ella.

Y, en efecto, habíase olvidado por completo del amigo y compañero que había tenido fe en ella y se había mantenido a su lado durante aquellas horas de ansiedad y de pena. Y ahora, tarde y con amargo remordimiento, se acordaba de él.

—Sí; te habías olvidado de él, ¿verdad, rica mía?—dijo sir Percy alegremente—. Por fortuna, me lo encontré a poca distancia de "El Gato Pardo", antes de celebrar mi fraternal banquete con el amigo Chauvelin..., y aun cuando tenía que arreglar una cuentecita con ese joven desobediente, le indiqué entonces un camino muy largo, de mucho

rodeo, del que jamás sospecharían los soldados de Chauvelin, y que le conduciría a este lugar, poco más o menos, a la hora en que habríamos de estar dispuestos a recibirle, y aquí le tienes ya, pequeña mía.

—¿Y lo hizo?—preguntó Margarita, atónita.

—Sin replicar. Mira, por ahí viene. No anduvo por medio, estorbando quizá, cuando no me hacía falta, y ahora, en cambio, viene a pedir de boca. ¡Para la preciosa Susanita ha de ser un marido admirable!

Entretanto deslizábase sir Andrew Foulkes, con mucha precaución, por la vertiente de las rocas; detúvose un par de veces para escuchar el susurro de voces que le guiaran al escondite de Blakeney.

—¡Blakeney!—atrevióse por fin a llamar con sigilo—. ¡Blakeney! ¿Dónde estáis?

Y en el mismo instante dobló la esquina de la roca en que se apoyaban sir Percy y Margarita, y al ver la fantástica figura que representaba con el largo sayón del israelita, detúvose completamente desconcertado. Pero Blakeney había conseguido ya ponerse de pie.

—Aquí estoy, amigo mío—dijo con su falsa risa—, y muy vivo aún, a pesar de parecer un espantapájaros con estos malditos trapos.

—¡Cáspita!—exclamó sir Andrew, infinitamente asombrado al reconocer a su jefe—. De todos los...

El joven vislumbró a Margarita y refrenó a tiempo el lenguaje algo fuerte que iba a emplear para demostrar su sorpresa al ver al elegante de sir Percy con tan indecente indumentaria.

—¡Eso es!—dijo Blakeney, reposadamente—.

De todos los... ¡Ejem!... Y a propósito, amigo mío: no he tenido aún tiempo de preguntaros qué hacéis en Francia, cuando os mandé que os quedaseis en Londres. ¿Cómo se entiende? Eso es una insubordinación. Y si no me dolieran los hombros tanto, ¡vive Dios!, que os daría el castigo que os merecís.

—Por Belcebú, que sabré resistirlo; y, a propósito, ya estáis con vida para propinármelo—dijo sir Andrew con una alegre carcajada—. ¿Queríais que hubiese dejado a lady Blakeney hacer el viaje sola? Pero, ¡pardiez! ¿De dónde diablos habéis sacado esas ropas tan extraordinarias y sucias, hombre?

—Sí que son algo raras en verdad—dijo sir Percy, riendo con jovialidad.

Pero, tornándose súbitamente serio, añadió en tono de autoridad:

—¡Caracoles, que ya ha llegado Foulkes y no hay tiempo que perder! Ese animal de Chauvelin puede mandar a alguno en busca nuestra.

Sentíase tan feliz Margarita, que de buena gana se hubiera quedado allí para siempre, escuchando la querida voz de su esposo y haciéndole un sinfín de preguntas. Pero al oír nombrar a Chauvelin sobrecogióse de espanto, sintiéndose repentinamente alarmada y temiendo por aquella preciosa vida, por salvar la cual hubiera muerto.

—Mas ¿cómo volver—exclamó—si los caminos de aquí a Calais están infestados de soldados, y...?

—No volveremos a Calais, prenda mía—replícole él—; nos iremos únicamente al otro lado del Gris Nez a unos dos kilómetros de aquí, donde nos recogerá la falúa del *Day-Dream*,

—¿La falúa del *Day-Dream*?

—Sí—dijo él, con alegre carcajada—. Esa ha sido otra obra mía. Debía haberte contado que antes de hacer deslizar aquella notita al interior de la choza, incluí en ella otra para Armando, en la que le ordenaba que fingiera dejarse olvidada allí la notita, que es la que ha hecho a Chauvelin y a los suyos correr a escape hacia “El Gato Pardo” en persecución mía; pero la misiva para Armando es la que llevaba las verdaderas instrucciones, incluyendo también algunas órdenes para el viejo Briggs. Dispuse que se lanzara mar afuera, hacia poniente, y cuando ya no pudiera distinguirse el yate desde Calais, que mandase la falúa a una pequeña caleta que él y yo conocemos y que se halla a poca distancia del Gris Nez. Los marinos estarán al cuidado y ya tienen una señal preconcertada, de manera que llegaremos todos a bordo mientras Chauvelin y los suyos esperarán, pacientemente sentados, vigilando la caleta que está en línea recta frente a “El Gato Pardo”.

—¡Al otro lado del Gris Nez! Pero yo..., yo... no puedo andar, Percy—gemía Margarita con voz débil, haciendo esfuerzos sobrehumanos para mantenerse firme sobre sus fatigados pies y convenciéndose de que ni aun eso podía hacer.

—Yo te llevaré en brazos, querida mía—replícale sir Percy, sencillamente—. ¡El ciego conduciendo al cojo! Ya te lo dije hace un rato.

Sir Andrew estaba también dispuesto a prestar su ayuda para la preciosa carga; pero sir Percy no quiso entregar a su amada esposa a otros brazos que a los suyos.

—Cuando vos y ella estéis a salvo a bordo del

Day-Dream—dijo sir Percy a su joven camarada—; cuando me haya asegurado de que Susanita no me recibe, con el reproche reflejado en el semblante, a mi llegada a Inglaterra, entonces descansaré.

Y sus brazos, vigorosos aún a pesar del cansancio y del dolor, levantaron suavemente el frágil y rendido cuerpo de Margarita, cual si fuera una ligera pluma.

Luego, mientras sir Andrew se mantenía discretamente a distancia para no oír la conversación de los esposos, se dijeron, mejor dicho, balbuceáronse muchas frases que ni aun la brisa del otoño pudo recoger, por hallarse ya dormida en el profundo sueño de la naturaleza.

Percy se olvidó del cansancio que experimentaba; le dolían mucho las espaldas, pues los soldados las azotaron con fuerza; pero sus músculos eran de acero y su energía casi sobrehumana. El recorrido era fatigoso: media hora larga por la escabrosa pendiente del acantilado; pero su valor no cedió por un instante, ni la fatiga logró doblar sus músculos. Adelante siempre, con paso firme y rápido, seguía la vertiente de las rocas, estrechando entre sus vigorosos brazos su preciosa carga, mientras ella, al sentirse tan cerca de su corazón y oír sus violentos latidos, sentíase feliz al arrullo de su amor, hasta que el sueño la venció momentáneamente y pareció sumirse en un ligero letargo en el momento en que la luz del alba rasgaba la densa oscuridad de la noche. De vez en cuando abría los hermosos y anhelantes ojos y los fijaba, con inmensa pasión, en los azules de su esposo, siempre tan alegre y con aquella hermosa sonrisa en los labios, y susurraba a su oído amantes frases,

que ayudaban a hacer más corto el desabrido camino y caían en el corazón de su esposo como un dulce bálsamo que aliviaba todos sus dolores.

En el oriente asomaba ya la aurora, con sus brillantes destellos multicolores, cuando llegaron, al fin, a la caleta de más allá del Gris Nez. La familia esperaba; en contestación a la señal dada por sir Percy se acercó a ellos, y dos robustos y fornidos marineros ingleses tuvieron el honor de llevar a milady en brazos hasta la barca.

Media hora después hallábase todos a bordo del *Day-Dream*. La tripulación sabía, sin duda, los secretos de su amo, y le era fiel con alma y vida, y no se extrañó de verlo llegar con tan extraordinario disfraz.

Armando Saint-Just y los demás fugitivos esperaban anhelantes la llegada de su valiente salvador; pero éste no quiso detenerse a escuchar las expresiones de agradecimiento que se le prodigaban, sino que marchó a toda prisa a su camarote, dejando a Margarita, inmensamente feliz, en brazos de su hermano.

Todo estaba dispuesto a bordo del *Day-Dream*, con el exquisito lujo que sir Percy Blakeney apreciaba tan vivamente, y cuando llegó la hora de desembarcar en Dover, ya había tenido él el tiempo necesario para mudarse de ropa y ataviarse con la elegante indumentaria que le caracterizaba, y de la que siempre llevaba a bordo una magnífica colección.

Lo más difícil era encontrar un par de zapatos que le estuvieran bien a Margarita, y grande fué el contento de todos cuando milady se enteró de que podía desembarcar en suelo inglés con su mejor par.

Lo demás, calma, calma y alegría sin límites en los corazones de todos aquellos que tanto sufrieron y que, al fin, habían hallado la grande y duradera felicidad.

Y cuentan las crónicas que en las magníficas bodas de sir Andrew Foulkes con la bella Susana de Tournay de Basserive, a las que asistió Su Alteza Real el príncipe de Gales y lo más selecto del mundo elegante, la mujer más hermosa de la concurrencia era, sin disputa, lady Blakeney, mientras el traje irreprochable y lujoso de sir Percy era la comidilla de la flor y nata de la juventud londinense.

Y es asimismo cierto que monsieur Chauvelin, el agente autorizado de Francia, no asistió a aquella fiesta ni a ninguna otra celebrada por la brillante sociedad londinense después de la memorable noche del baile de lord Grenville.

FIN



I N D I C E

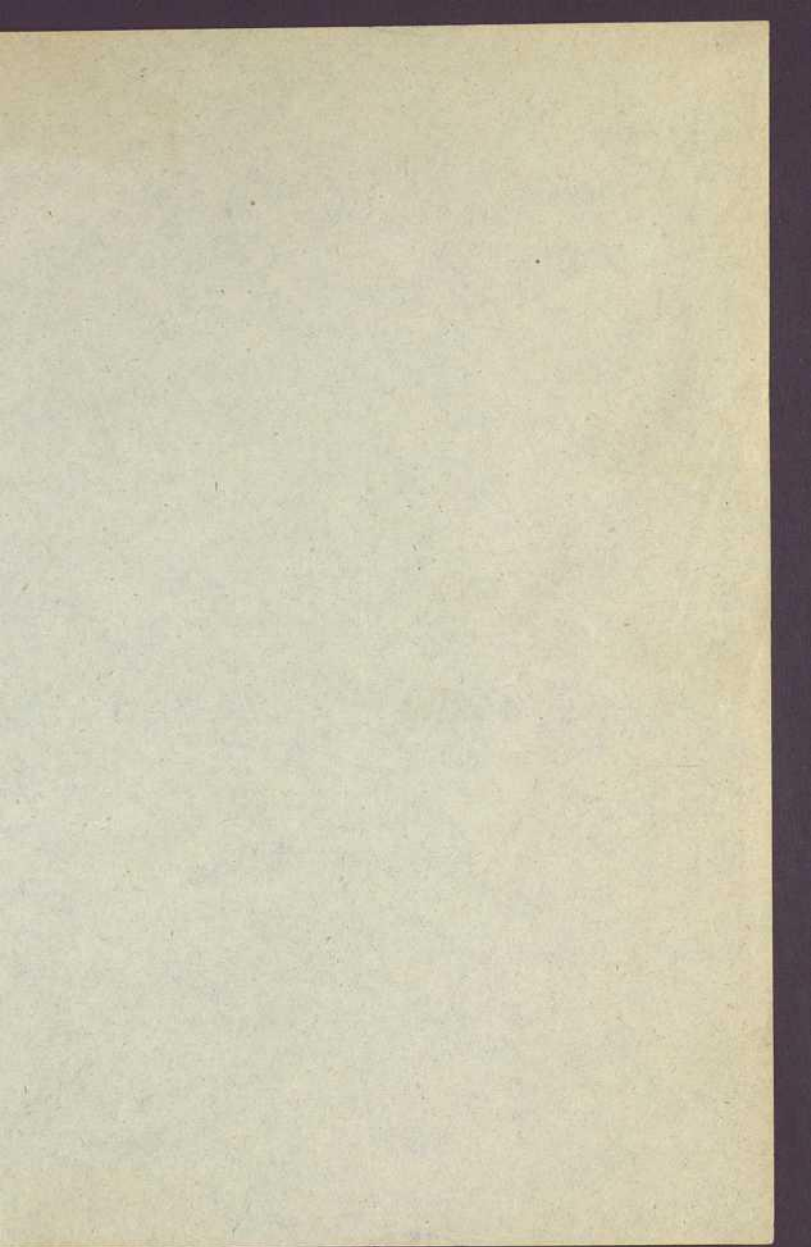
	PÁGS.
I. París: septiembre de 1792.....	7
II. Dover: "El Reposo del Pescador".....	19
III. Los refugiados	33
IV. La liga de la "Pimpinela Escarlata"...	44
V. Margarita	55
VI. Un petimetre de 1792.....	63
VII. El rinconcito oculto.....	78
VIII. El agente autorizado	87
IX. La agresión	104
X. En el palco de la Opera.....	114
XI. El baile de lord Grenville.....	136
XII. El pedacito de papel.....	145
XIII. La disyuntiva: "Sí o no".....	157
XIV. ¡La una en punto!.....	161
XV. La duda	173
XVI. Richmond	181
XVII. ¡Adiós!	201
XVIII. La divisa misteriosa.....	211
XIX. La "Pimpinela Escarlata"	218
XX. El amigo	231
XXI. La incertidumbre	241
XXII. Calais	253
XXIII. La esperanza	267
XXIV. El armadijo de la muerte.....	278
XXV. El águila y la zorra.....	288
XXVI. El israelita	301
XXVII. Sobre la pista	315
XXVIII. La choza del tío Blanchard.....	326
XXIX. ¡Apresados!	349
XXX. El yate	347
XXXI. La huida	366

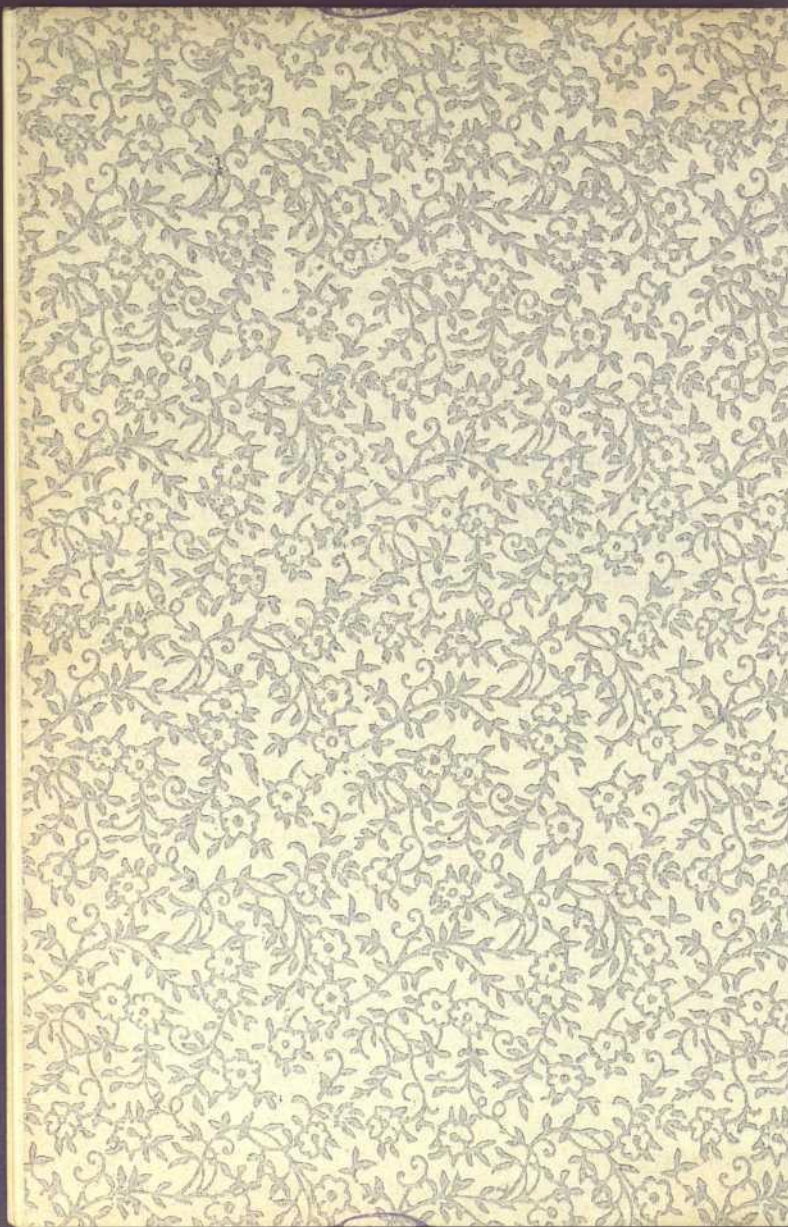
INDICE

DERECHOS RESERVADOS. 1950.

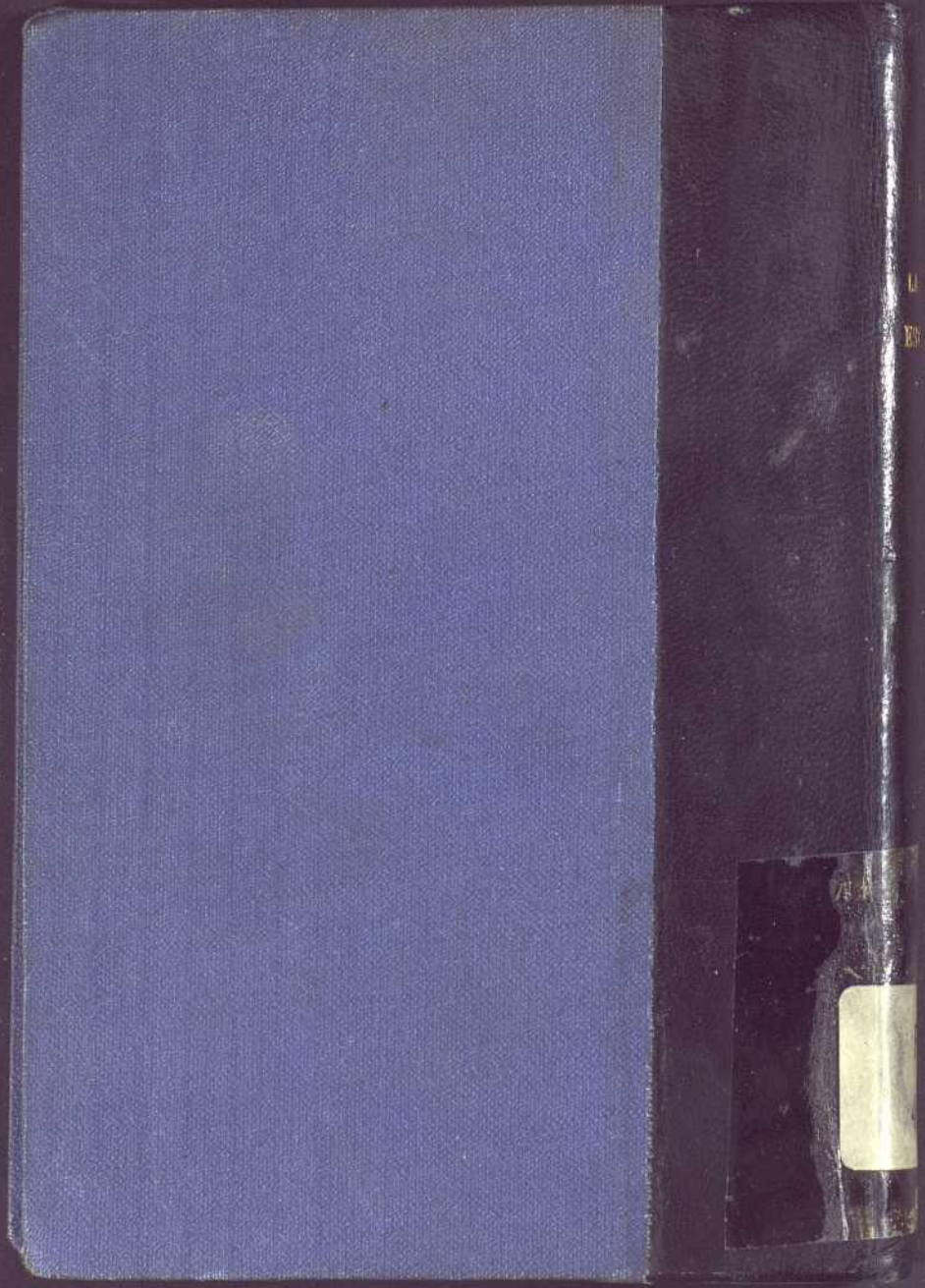
EDICIÓN AUTORIZADA PARA EDITORIAL PUEYO, S. L., POR LA CASA THOMAS NELSON & SONS LTD., DE EDIMBURGO (GRAN BRETAÑA)

300	La duda	XXXI
301	El yate	XXX
302	¡Aprender!	XXIX
303	La charra del tío Bernhard	XXVIII
304	Sobre la pista	XXVII
305	El iracundo	XXVI
306	El águila y la roca	XXV
307	El armadillo de la muerte	XXIV
308	La construcción	XXIII
309	Estas	XXII
310	La investigación	XXI
311	El nuncio	XX
312	La "Pungida Escarlata"	XIX
313	La divina misteriosa	XVIII
314	¡Adios!	XVII
315	Richmond	XVI
316	La duda	XV
317	¡La mas en punto!	XIV
318	La divisa "St. Ours"	XIII
319	El relato de Pascal	XXII
320	El parte de Lord O'Connell	XII









GRACY

LA PIMPINELA

ESCARLATA

F A

4518